

CAROLINA CASADO

# Ayer, nosotros, hoy

«El amor es solo  
una historia más».



VERSÁTIL  
juvenil

# Índice de contenido

- [1. Max](#)
- [2. Scott](#)
- [3. Max](#)
- [4. Scott](#)
- [5. Max](#)
- [6. Scott](#)
- [7. Max](#)
- [8. Scott](#)
- [9. Max](#)
- [10. Scott](#)
- [11. Max](#)
- [12. Scott](#)
- [13. Max](#)
- [14. Scott](#)
- [15. Max](#)
- [16. Scott](#)
- [17. Max](#)
- [18. Scott](#)
- [19. Max](#)
- [20. Scott](#)
- [21. Max](#)
- [22. Scott](#)
- [23. Max](#)
- [24. Scott](#)
- [25. Max](#)
- [26. Scott](#)
- [27. Max](#)
- [28. Scott](#)
- [29. Max](#)
- [30. Scott](#)
- [31. Max](#)
- [32. Scott](#)
- [33. Max](#)
- [34. Scott](#)
- [35. Max](#)
- [36. Scott](#)
- [37. Max](#)
- [38. Scott](#)
- [39. Max](#)
- [40. Scott](#)
- [41. Max](#)
- [42. Scott](#)
- [43. Max](#)

[44. Scott](#)  
[45. Max](#)  
[46. Scott](#)  
[47. Max](#)  
[48. Scott](#)  
[49. Max](#)  
[50. Scott](#)  
[51. Max](#)  
[52. Scott](#)  
[53. Max](#)  
[54. Scott](#)  
[Epílogo: Scott](#)  
[Agradecimientos](#)

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

---

Título original: *Ayer, nosotros, hoy*  
© 2020 Carolina Casado

---

Diseño de cubierta: Eva Olaya  
Fotografía de cubierta: Shutterstock

---

1.ª edición: marzo 2020  
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:  
© 2020: Ediciones Versátil S.L.  
Av. Diagonal, 601 planta 8  
08028 Barcelona  
[www.ed-versatil.com](http://www.ed-versatil.com)

---

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

# *1. Max*

## *Hace diez años*

Los gritos eran tan fuertes que parecía que la casa entera iba a venirse abajo. Max sollozaba, escondida bajo el escritorio de su habitación, mientras se tapaba los oídos con sus manitas. Allison temblaba a su lado. Era mayor y mucho más alta. Aunque se encogiera como si quisiera desaparecer, apenas cabían ambas en ese hueco. Respiraban el mismo aire, el del miedo. La luz del cuarto estaba apagada y solo los destellos blanquecinos de la luna a través de la ventana les ofrecían algo de claridad, pero Max hubiera deseado estar ciega ante el sufrimiento de su hermana. Allison tenía el rostro descompuesto por el terror y las manos le temblaban tanto que bailaban agónicamente sobre su regazo. Era incapaz de ocultarse tras ellas, y por eso lloraba de una manera tan desconsolada, casi como si se estuviera ahogando, así que Max se inclinó hacia ella y cubrió las orejas de su hermana. En cuanto lo hizo, escuchó la atronadora voz de su padre:

—¡Para una puta cosa que te pido y ni eso consigues hacer bien! ¡No vales nada! ¡Ni tú, ni ellas!

Sonaba violento y lleno de furia, como el mar embravecido. Max cerró los ojos, preguntándose qué le había pasado a su padre, a su verdadero padre, ese que hacía unas horas la llevaba en volandas mientras paseaban por Central Park y ahora gritaba de una manera tan terrible. Nadie podía cambiar tanto en tan poco tiempo, ¿verdad? Allison enterró la cabeza en su hombro y Max siguió protegiéndola de la verdad con las manos. Lo haría con todo su cuerpo si hiciera falta. Siempre había escuchado que eran los hermanos mayores los que debían defender a los pequeños, pero Max acababa de comprender, a sus ocho años, que los niños tienen una fortaleza innata que se quiebra cuando se hacen adultos.

—¡Estoy harto de esta familia! ¡Estoy harto de que seáis tan débiles!

Su madre también lloraba. Max apenas oía sus réplicas, porque ella hablaba en un tono tan bajito que era imposible descifrar más de un par de palabras sueltas. «Por favor» o «baja la voz» eran las más frecuentes, pero a su padre eso le traía sin cuidado. Seguía gritando cada vez más alto, cada vez más fuerte, y las paredes retumbaban junto a los latidos del corazón de la niña, que pensaba que iba a salirse del pecho.

¿Por qué estaba tan enfadado con ellas? ¿Acaso se podía dejar de querer a alguien en unas pocas horas? ¿Tan corto era el amor? Ella siempre había creído que el amor que sus padres sentían por ella y por su hermana sería eterno e incondicional. Mamá solía decir que eran sus tesoros, y papá

respondía entre risas que él era el pirata que había navegado por todos los océanos del mundo hasta encontrarlas. ¿Se le había olvidado? ¿Ya no eran valiosas?

—¡Eres estúpida si crees que voy a quedarme en esta casa para acabar destrozando mi vida como tú! —gritaba a pleno pulmón. Max estrechó a Allison con más fuerza y apretó los párpados hasta conseguir ver estrellas—. ¡No os merecéis nada mío!

—¡No, Jason, las niñas no! —Desesperada, su madre lanzó un último alarido antes de quebrarse entre sollozos. Max sintió que se le ponía la piel de gallina y oyó a su padre subiendo las escaleras. El suelo se estremecía con cada pisada, y ella con él.

Abrió los ojos.

Allison se quedó lívida cuando vio que su padre se estaba acercando. La luz del pasillo se encendió y, como si a ella también la hubiera activado algún tipo de interruptor interno, gritó y salió corriendo del cuarto de Max. Quiso ir tras ella, pero estaba paralizada. Incapaz de hacer otra cosa que no fuera llorar y temblar, observó cómo su padre dejaba que Allison huyera sin mirarla y fue hasta Max. Se paró frente al escritorio, con las manos convertidas en puños. No había encendido la luz y su silueta ocultaba la del pasillo, pero Max alzó la mirada de sus botas, aún salpicadas de barro por su paseo, y distinguió sus ojos, dos zafiros que refulgían a pesar de toda esa oscuridad. Ella tenía sus mismos ojos; le gustaba encontrar semejanzas entre su padre y ella, aunque fuera en detalles tan tontos. Le admiraba.

Pero aquellos ojos azules, que siempre la habían mirado con cariño y amor, ahora no eran más que dos puñales de odio. Odio y repugnancia. Max no reconocía a su padre. Quizá se había puesto una máscara y todo eso no era más que un juego. A lo mejor venía a decirle que había ganado, que saliera de su escondite y que su premio era una gran tarta de chuches para cenar.

—Maxine —pronunció su nombre como si quemara.

La niña contuvo la respiración y las lágrimas se convirtieron en ríos cuando su padre siguió hablando. Quieto y airado, como una estatua de guerra. Max supo, con cada palabra que salía por su boca, que debía taparse los oídos. Tenía que protegerse, como había hecho con Allison. Ignorar la realidad si hacía daño. Solo tenía ocho años, pero parecía que a su padre no le importaba. Iba a destruirla. Lentamente, un frío intenso fue sumiendo su corazón en un invierno que arrastró dedos tan fríos como carámbanos por toda su piel. Jamás imaginó que las palabras pudieran doler más que un golpe.

Pero dolían. Dolían mucho. Y siguieron doliendo aun cuando su padre se marchó. Siguieron doliendo a pesar de que su madre la abrazara durante horas, siguieron doliendo aunque durmiera junto a Allison y ambas se usaran de almohada. Siguieron y seguirían doliendo como un eco imborrable, una huella que se hunde en cemento fresco, un secreto que nadie eligió guardar.

Y es que, como sucede con las personas, los secretos pueden terminar destruyéndonos si la única luz que les ofrecemos es la de nuestro interior.

## 2. *Scott*

Para Scott solo había una cosa más placentera que dibujar: escapar del infierno que era su casa.

Como todas las mañanas, le despertaron los gritos. A ojos de sus padres toda excusa era buena para discutir. Que si has roncado demasiado, que si la luz de la lamparita que usas para leer me molesta, que si vete a dormir al sofá... Las paredes de su casa no eran muy robustas y cualquier ruido traspasaba el hormigón como si fuera papel. Cuando Scott era un niño y las peleas se convirtieron en rutina, rezaba para tener una familia feliz, como las de los demás niños de su colegio. Ahora, a sus diecisiete años, solo deseaba terminar el instituto y perderlos de vista para siempre.

Hacer oídos sordos al dolor ajeno era mucho más fácil que implicarse.

Scott se levantó de la cama y apagó el despertador antes de sumar otro ruido a la lista. Tarareando una cancioncilla alegre, se puso unos vaqueros, una camiseta blanca y sus deportivas favoritas. Después, cogió la mochila y se dirigió al cuarto de baño. Allí observó su rostro como quien acaba de verse reflejado por primera vez y le desagrada el resultado. Dando por imposibles los dos surcos negros que cruzaban su cara en forma de ojeras, se centró en refrescar los rizos para que no pareciera que había metido los dedos en un enchufe. Unos instantes de pelea después y tras conseguir un resultado decente, se lavó la cara y salió del baño.

Cuando Scott entró en la cocina, sus padres estaban discutiendo porque se habían quemado las tostadas. Se lanzaban la culpa el uno al otro como si fuera un balón de playa. Le dedicaron una mirada rápida. Nada de «buenos días, hijo» o «¿qué tal has dormido?». Scott no se molestó. Se acercó al plato de la discordia y cogió una tostada. Las reacciones no se hicieron esperar:

—Yo que tú no me la comería, Scott. A tu padre no le importa quemar la comida e intoxicarse con tal de engullir como un animal, pero nuestra salud tiene que ser lo primero. —Cuando su madre se sentía molesta por algo se cruzaba de brazos y miraba al objeto de su ira sin parpadear. Sus ojos grises estaban puestos en Albert, el padre de Scott.

—No le hagas caso —repuso este, con una sonrisa que fingía calma. Tenía el pelo cubierto de canas y la piel llena de arrugas por el tabaco, a pesar de que solo tenía cuarenta años—. Es culpa de tu madre, que prefiere gastarse el dinero en tonterías en vez de preocuparse por comprar un maldito tostador en condiciones.

—Están ricas —se limitó a contestar Scott, dándole un bocado a la tostada y sonriendo después,

a pesar del regusto amargo que inundó su boca.

Para sus padres Scott era un arma más con la que atacar al otro. Siguieron discutiendo como si nada, así que dejó la tostada mordisqueada sobre la encimera con disimulo y, sin despedirse, cogió su chaqueta vaquera y salió de casa.

Se sintió persona de nuevo cuando notó una leve brisa acariciando sus mejillas y revolviendo su cabello. Manhattan siempre amanecía llena de vida. Allí donde alcanzaba su mirada había ríos de gente velados por su necesidad de desconexión, una explosión de color que el manto de nubes grises que se había extendido sobre el cielo no podía apagar. El verano estaba a punto de llegar a su fin para dar paso a un otoño que se presentaba más glacial y lluvioso que de costumbre.

Resguardado del frío gracias a la inmensidad de los edificios que lo rodeaban, Scott echó a andar junto a la multitud. El apartamento en el que vivía con sus padres estaba en Murray Hill, un barrio moderno de calles arboladas y comercios en cada esquina. Su instituto quedaba a veinte minutos andando, casi a tiro de piedra. Lo cierto era que tenía ganas de empezar la semana. Aquel iba a ser su último año. Si todo iba bien y sus calificaciones no se veían afectadas por un repentino ataque de vagancia, podría estudiar Bellas Artes en la Universidad de Tennessee. Y no había en el mundo nada que le hiciera más ilusión.

Sus pensamientos sobre el futuro se vieron interrumpidos cuando llegó a su destino. La familiar apariencia de su instituto, un edificio altísimo que tenía parte de la pintura roja de la fachada corroída por la humedad y el paso del tiempo, le hizo sentirse como en casa. Todavía faltaban unos minutos para el inicio de las clases, por eso los estudiantes más mayores le daban las últimas caladas a sus cigarrillos en la plazoleta sobre la que se erigía, en la que solo quedaban mesas destartaladas y un parque infantil abandonado.

Scott agachó la cabeza al pasar por su lado, aunque conocía a la mayoría de los que estaban fuera. Nunca había sido muy sociable y el ambiente que respiraba en casa había ido modelando su carácter hasta volverlo solitario y algo arisco. Le costaba confiar en los demás porque sentía que las únicas personas en las que había confiado alguna vez le habían decepcionado. Y la decepción era una emoción difícil de gestionar. Aún batallaba contra ella en ocasiones, pero casi siempre solía alzar la bandera blanca en cuanto sentía que lo tocaba con sus dolorosos dedos. Eso le llevó a aislarse de todo y de todos, a preferir pasar sus días solo o en compañía de sus lápices de colores. O junto a Parker, por supuesto.

Parker era el único amigo de la infancia que le quedaba. Su mejor amigo, aunque no se lo dijera muy a menudo. Iban al mismo instituto desde que eran unos críos y se habían vuelto inseparables tras juntarse en los recreos para intercambiar tazos de Pokémon. Eran casi una copia del otro: les gustaba dibujar (aunque objetivamente Scott era más diestro con el pincel) y les apasionaba lo friki (aunque Parker hubiera traspasado los límites de la obsesión hacía tiempo y Scott a ratos acabara pasando vergüenza). Últimamente, la adolescencia había golpeado a su amigo con fuerza y lo había convertido en un revoltijo de hormonas y bromas sexuales difícil de manejar. Pero aun así, lo adoraba.

Al atravesar las puertas del instituto, un torrente de calor abofeteó su rostro. Esquivando a compañeros por los pasillos, se dirigió a su taquilla. Alguien había arrancado la pegatina de «¡Orgullo friki!» que Parker le había regalado para celebrar el comienzo de su último año. Los dibujos impresos de Batman, L, Raiden y demás personajes de ficción se veían muy solitarios ahora. Scott apretujó las pegatinas en la taquilla mientras comprobaba su horario. Todavía no se lo había aprendido. Normal, solo llevaban dos semanas de clase.

—«Filosofía. Aula 21» —leyó, soltando una pequeña risa de felicidad.

Filosofía era su asignatura favorita. Le apasionaba descubrir el pasado sobre el que se construía ese presente en el que se posaban sus pies, hallar las razones que explicaban la moral de cada persona, por qué actuaban de una manera y no de otra. Con energías renovadas, Scott subió a la segunda planta y entró en clase sin molestarse en comprobar que Parker estuviera allí. Su amigo y él tenían horarios distintos ese curso. A falta de cinco minutos para el comienzo, el aula estaba prácticamente vacía.

Se sentó en primera fila tras quitarse la chaqueta. Sacó uno de sus cuadernos de dibujo y lo abrió, apoyándolo sobre la madera. El olor a nuevo que rezumaban sus hojas le hizo cerrar los ojos. Le encantaba perderse en ese aroma que tanto relacionaba con un lienzo en blanco esperando su mano para llenarse de color. Resistió la tentación de hundir la nariz en el cuaderno y rebuscó en la mochila hasta dar con el estuche. Cogió un lápiz de mina fina y lo apoyó sobre el papel, maldiciendo la costumbre tan tonta que tenía de morder la punta.

Sin detenerse a pensar demasiado, deslizó el lápiz sobre la hoja. Nunca sabía cómo iba a acabar un dibujo cuando lo empezaba. Los mejores nacían de sus dedos cuando no se esforzaba en imaginar nada en concreto, cuando se limitaba a decorar el papel. El grafito creaba líneas tan regulares y perfectas como la arquitectura que mantenía en pie a un rascacielos, y Scott notaba cómo su estómago se encogía al mirarlo. Como si estuviera caminando de verdad entre las alturas. Así se sentía cuando dibujaba. Era la única manera que había hallado de expresarse, de encontrar algo más puro que las palabras para explicar lo que anidaba en su corazón, aquello que ni siquiera él había logrado descubrir.

Casi sin darse cuenta había trazado su rostro en el papel, el reflejo que le había devuelto el espejo aquella mañana. Scott observó el dibujo con ojo crítico. «Mis labios no son tan gruesos», reflexionó, arrancando el folio para acercárselo a la cara. «Tampoco tengo los pómulos tan marcados, ni siquiera tengo una barbilla pronunciada. Menuda basura».

Sí, así de exigente era.

Arrugó la hoja de papel y se levantó para arrojarla a la papelera. Nada más volver a sentarse, el profesor Taylor entró en clase y se dirigió al estrado con su habitual sonrisa. Scott se apresuró a guardar su cuaderno y sacar el libro de Filosofía. Mientras tanto, el aula se llenaba con la lentitud propia de aquellos que se comportan como si les estuvieran dirigiendo al más terrible de los destinos. Scott no los entendía; adoraba a ese hombre. No solo por su aspecto cándido y la cercanía que mostraba con sus alumnos, sino por la manera en la que explicaba las lecciones:

impregnaba cada palabra de pasión, vivía en las historias que contaba aunque nunca las hubiera experimentado. Era imposible aburrirse con él, aunque recitara cada dos por tres el discurso de Bonaparte cuando le nombraron cónsul. Según él, era un arma muy motivante para las mentes en formación de los alumnos.

—¡Buenos días, queridas y queridos míos! ¿Tenéis ganas de descubrir los misterios de la Antigua Grecia? Si no me equivoco, es nuestra nueva lección —exclamó, sentándose sobre el escritorio y mirando el rostro de todos ellos. Se acariciaba la poblada barba con una mano mientras que con la otra sujetaba un pedazo de tiza, haciéndolo oscilar entre sus dedos. Scott fue el único que se atrevió a devolverle la sonrisa y a asentir, lo que le valió un guiño agradecido por parte del profesor—. Perfecto, ¡empecemos!

Durante la siguiente hora, Scott atendió a las palabras de aquel hombre sin perder detalle. Apenas apartaba la vista de la pizarra mientras tomaba apuntes como un loco, imaginando posibles paisajes y escenas que dibujar en el descanso con todo lo que estaba relatando. Se sumergió tanto en la filosofía presocrática que apenas se percató de que el timbre que señalaba el final de la clase había comenzado a sonar.

—¡Tranquilos, fieras! Ya sé que os morís de ganas de salir, pero antes debo comunicaros algo. —El profesor abrió su maletín y sacó una hoja, captando su interés—. Como sabrán todos aquellos que me han estado prestando atención, esto es lo único que he podido contaros sobre Grecia porque tengo que seguir con el temario. Pero muchas cosas se han quedado en el tintero, lo que también incluye la mitología. Por eso mismo, quiero que seáis vosotros mismos los que le dediquéis más tiempo. Voy a dividirlos en parejas, aprovechando que sois pares, y tendréis que preparar para el final de este trimestre una historia que proceda de la mitología griega. No importa de qué mito se trate o la forma en la que queráis presentarlo. Pero sed originales, porque vuestra nota final dependerá casi por completo de este trabajo.

Un murmullo de sorpresa surgió entre los pupitres. Scott apoyó los codos en la mesa, maldiciendo su mala suerte. La mitología griega era uno de sus temas favoritos. Se consideraba un experto en todo lo que atañera a dioses antiguos, monstruos de numerosas cabezas y castigos divinos. Podría lucirse con aquel trabajo... si lo hiciera solo. No tenía relación con nadie de esa clase. Maldito Parker. ¿Por qué había escogido Tecnología en vez de Filosofía?

—Un poco de calma, voy a leer vuestros nombres por orden alfabético. En función de vuestro apellido os tocará un compañero o compañera distintos. ¡Empiezo! —proclamó el profesor Taylor.

Scott aguardó pacientemente a que llegara su turno. Se apellidaba Wilson, por lo que su nombre sería uno de los últimos en salir. Moviendo la pierna con nerviosismo, vio cómo algunos de sus compañeros sonreían y mostraban su alegría cuando oían su nombre junto al de algún amigo. Scott resopló en voz baja mientras rezaba para que los cálculos del profesor fueran erróneos, el número de alumnos impar, y pudiera hacer el trabajo en solitario.

—... y, por último... —oyó decir—, Maxine Wallace y Scott Wilson. Recordad, tenéis tres

meses para preparar el trabajo. ¡Pero no os durmáis en los laureles! —Se despidió, recogiendo su maletín y haciendo una cómica reverencia—. Buenos días.

¿Maxine Wallace? Aquel nombre no le decía nada. Scott giró la cabeza para observar el aula, pero no tenía ni idea de quién podía ser Maxine. Todos sus compañeros estaban saliendo de clase, lo que quería decir dos cosas: o bien a Maxine le importaba poco saber quién era su compañero, o bien no estaba allí. Scott recogió sus cosas y se acercó a la mesa del profesor, que todavía no había salido del aula. Tragó saliva.

—Disculpe, profesor Taylor —murmuró con timidez. El hombre le sonrió con amabilidad y asintió con la cabeza, animándole a continuar—, me preguntaba si podría decirme quién es Maxine Wallace.

—Siento decirte que Maxine no ha venido a clase hoy. La verdad es que ya ha faltado varios días, supongo que estará enferma —reflexionó, encaminándose fuera de la clase y palmeándole el hombro al pasar por su lado—. No tardes en ponerte con este trabajo, jovencito. Casi toda tu nota dependerá de ello.

El timbre volvió a sonar y Scott salió corriendo para no llegar tarde a Matemáticas, aunque los números quedaban muy lejos de su mente en aquel momento. Pensar en mitos y monstruos había llenado su cabeza de fantásticas imágenes que se sentía obligado a plasmar en alguna parte, lo que incluía los márgenes de su libro de texto. Lo llenó de minotauros, sirenas y grifos, y lo mismo se dedicó a hacer el resto de las clases, incluso en el descanso. Lo ayudaba a dejar de pensar en esa tal Maxine, en si sería una buena estudiante, si se entenderían y harían un trabajo que dejara al profesor con la boca abierta o una auténtica chapuza.

Necesitaba sacar buena nota. Necesitaba salir de ese apartamento.

Volvió a sonar el timbre. Hora de comer. Parker lo esperaba a la entrada del comedor. Se saludaron con un abrazo y cruzaron las puertas dispuestos, como siempre, a pelear por las patatas.

—¿Qué tal, Parker?

—Muy bien, tío. ¿Sabes lo que hice este fin de semana?

—¿Quedar con una chica? —preguntó Scott sin interés, poniéndose a la cola del mostrador y estirando la cabeza para ver si de segundo había muslitos de pollo.

—¡Casi!

—¿Cómo que casi?

—Le dije a Jessica, la de segundo, si le apetecía salir conmigo. Sabes quién es Jessica, ¿verdad? La animadora, la que siempre lleva el pelo recogido en una coleta y tiene unas tetas que...

—Sé quién es, Parker, no hace falta que me des detalles de su anatomía —le interrumpió Scott, malhumorado por la grumosa pasta verde que le habían puesto en la bandeja y que los cocineros pretendían hacer pasar por puré de verduras. Ya no quedaban patatas fritas.

—Bueno, pues le pedí salir a Jessica. ¿Y sabes qué me dijo?

Scott fingió pensarlo.

—Te dijo... que no.

—¿Cómo lo has adivinado?

Parker parecía sorprendido de verdad y Scott no pudo contener la risa. Su amigo no era feo, aunque tampoco podía decirse que poseyera una belleza canónica, ese tipo de belleza que Scott jamás podría plasmar sobre el papel porque la perfección no estaba al alcance de cualquiera. Parker tenía el rostro redondeado y salpicado por algunos granos. Sus ojos eran oscuros y siempre llevaba el pelo cortado a lo tazón, lo que le hacía parecer más bajito de lo que en realidad era. Vestir con las mismas camisetas frikis cada día no ayudaba a aumentar su atractivo entre las mujeres, por mucho que se esforzara.

—Intuición —terminó respondiendo. Cogió su comida y se dirigió a la primera mesa vacía que vio. Parker iba tras él.

—Jessica es guapa, pero Sandy es mejor.

—¿Esa no es la capitana de las animadoras?

—Apunta alto o no apuntes nunca, Scott —le aconsejó Parker, atragantándose con el agua. Iba tan acelerado siempre...—. ¿Novedades a la vista?

—Tengo que hacer un trabajo de Filosofía sobre...

—Frena. —Parker alzó los brazos. Su cara seguía un poco roja—. Te he preguntado por novedades interesantes, Scott. Obviamente me refiero a mujeres.

—Eres muy monotemático.

—Soy un adolescente que no ha tenido novia en su vida. Es normal que siempre piense en chicas.

—Yo tampoco he tenido novia nunca y no es algo que me preocupe.

Scott estaba siendo sincero a medias. El amor nunca había sido su principal preocupación, pero solía revolotear en su cabeza cuando buscaba inspiración en la pintura simbolista o veía una declaración romántica en una fachada. Le costaba entender el amor, quizás porque nunca se había enamorado. Había leído en blogs de artistas que había ciertos sentimientos que no podías entender ni plasmar hasta que los vivías. El chico temía que tuvieran razón.

—Pero es que tú no eres normal, Scott —replicó Parker, sin dejar de masticar en ningún momento—. Tienes que fijarte más en mí.

Parker se señaló a sí mismo. Llevaba puesta una camiseta de Naruto y el brazalete del Rey Escorpión, el villano de una de las películas de *La momia*.

—No sé cómo no tienes a todas las chicas detrás —soltó. Sonaba entre malicioso y divertido.

—Es cuestión de tiempo que descubran que los musculitos no tienen tema de conversación. Yo soy mucho más interesante.

—En eso te doy la razón. Y ahora, si no te importa, ¿puedes dejar que te cuente mis novedades?

—Si insistes... —Parker puso los ojos en blanco y empujó su bandeja a un lado. Estaba vacía.

—Tengo que hacer un trabajo de Filosofía con una compañera de clase, Maxine Wallace. Por casualidad, ¿no sabrás quién es?

—¿Maxine? Ni idea, tío. En el equipo de animadoras no está, te lo puedo asegurar. ¿Has buscado en Instagram?

—Sabes de sobra que no uso Instagram ni Twitter ni ninguna de esas cosas modernas.

—¿Y a qué esperas?

—¿A que me interese, por ejemplo?

—Scott, me decepcionas. Intento enseñarte cómo triunfar en el mundo digital, que es duro y cruel, y te pasas mis consejos por la...

—Hablas como uno de esos *influencers* —le interrumpió, para no tener que oír el final de la frase—, pero en el fondo solo eres un adicto más.

—Instagram sin mí se quedaría en el «insta». Instantáneamente aburrido —protestó.

—¡Parker, solo tienes treinta seguidores!

—Pero me dan *like* a todo. Eso es más de lo que puede decir el resto de la población. Además, estoy en constante expansión. Ayer me siguió un tío de Corea y me puso corazoncitos en una foto que tengo comiendo *pizza*. Y cállate o no te ayudo con lo de Maxine. —Scott sacudió la cabeza, conteniendo la risa, mientras Parker sacaba el móvil y abría la aplicación—. ¿Cuál era su nombre completo? ¿Maxine...?

—Wallace. Maxine Wallace.

Parker tecleó con rapidez y deslizó el dedo por la pantalla. Tras unos segundos de silencio, terminó poniendo cara de desilusión y encogiéndose de hombros.

—Nada, no aparece nadie con ese nombre. Y eso solo puede significar una sola cosa.

—¿Cuál?

—Que es más rara que tú o que te has equivocado de nombre.

Scott le arrojó un cacho de pan a la cara y Parker rio. Se olvidaron del tema poco después, y pasaron el resto del tiempo en el comedor debatiendo sobre si los superhéroes deberían abandonar su identidad secreta para ligar, las posibilidades de Parker de acabar el instituto dejando de ser virgen y cuánto dinero ganaría Scott si se dedicase a vender dibujos eróticos.

Cuando las clases acabaron, Scott sintió que su alegría se desvanecía mientras volvía a casa... sin saber que su rutina, que llevaba toda la vida nadando entre lápices y colores, se iba a ver pronto interrumpida por un huracán con melodía propia.

Me pregunto si habrá algo más prometedor para mí que una página en blanco, y si conseguirá devolverme algún día todo lo que he perdido por culpa de mis miedos.

### *3. Max*

Contemplando las estrellas que había pegadas en el techo de su cuarto y tirada en la cama, Max se preguntó por qué la gente nacía sin que nadie se hubiera molestado en averiguar si de verdad querían venir al mundo o no.

La mayoría de sus problemas se solucionarían si pudiera apagarse. ¡Puf! Y ya está. Dejar de pensar, dejar de sentir, de repente; solo la nada saliendo a recibirla. Su consciencia desvaneciéndose en un último parpadeo. Sin más. Sin drama ni funerales ni olvido. En ocasiones como esa, cuando el amanecer manchaba de rosa el cielo y la música de Cigarettes After Sex actuaba como su particular ruido blanco, imaginaba cómo sería. Cómo sería ese vacío. Derramar su esencia, alejarla de su cuerpo y permitir que su alma volara libre, si es que acaso existía tal cosa. Flotar muy alto, allí arriba, junto a las nubes. O en el aire, con la fragilidad de un acorde.

Cómo sería sentirse a merced de los elementos. Bailar junto a los pétalos de las flores más frescas, bucear en las profundidades del océano y saltar sobre llamas de cálidos brazos. Cómo sería dejar de ser ella por un instante y vivir allí donde no reinara un solo recuerdo. ¿Sería feliz si nunca hubiera conocido la otra cara de la realidad? Al igual que la luna o el sol, la realidad tenía una cara que muchos desconocían. Desafortunadamente, ella no había podido elegir ser uno de esos ignorantes. Se había visto obligada a mirar antes siquiera de saber que existía. Conocía bien esa otra realidad, la conocía muy de cerca. Oscuros abismos de dolor. Lágrimas derramadas sobre falsas esperanzas. Palabras grabadas a fuego en el corazón. El latido de un corazón que, en ocasiones, le entristecía oír.

Max levantó una mano hacia el techo, como si pudiera tocar las estrellas. Habían perdido el brillo y sus afilados bordes se adivinaban gastados y renegridos, pero se resistía a dejarlas marchar. Fueron su capricho cuando cumplió cinco años. Ver las estrellas brillar siempre la había hecho sentir libre, así que pidió a sus padres que le consiguieran el cielo estrellado y se lo regalaran, solo para ella. Lo hicieron mientras dormía y, cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, sintió que nunca conseguiría ser más feliz que en ese preciso instante.

Bueno, había acertado. Quizás iba siendo hora de quitar todas esas estrellas y asumir que la felicidad era tan efímera y endeble como un copo de nieve.

Dejando caer la mano otra vez sobre su regazo y soltando un hondo suspiro, Max se quitó los auriculares y se levantó de la cama. Sentía que algo le oprimía el pecho, como cada mañana. Se

esforzó por respirar despacio, con los ojos cerrados. Nunca encontraba al culpable. A veces pensaba que era el insomnio. Otras se levantaba ya enfadada y achacaba su falta de ganas de afrontar el día a eso. En muy contadas ocasiones, como ahora, sabía distinguir unas frías garras arañándola desde dentro. Era su compañero inseparable, el guardián de su futuro, aunque intentara por todos los medios darle la espalda.

El dolor. No había tiritas suficientes en el mundo para cubrirlo.

Cuando se retiró de su pecho, al igual que una ola tras romper contra la orilla, Max se puso en movimiento. Le apetecía entre poco y nada ir al instituto, pero ya había faltado a clase el día anterior. Y el anterior del anterior, y algunos días más. Desde que había empezado su último año, hacer pellas era su afición favorita. No podía quedarse en casa porque su madre la pillaría, así que se escapaba con su guitarra cuando quería estar sola o, cuando estaba más animada, quedaba para tomar algo con sus amigos, esos que nunca decían que no cuando se trataba de saltarse clases. Pero no podía estirar eternamente la excusa de que tenía fiebre, vómitos o las dos cosas a la vez. Los iba alternando, como hizo el curso pasado, pero le daba miedo que los profesores sospecharan y llamaran a su casa para preguntar por su ausencia.

Le tocaba sacrificarse de vez en cuando si quería mantener su vida de mentira.

—¡Joder! —soltó una exclamación ahogada al pisar la cejilla de su guitarra. Había estado tocando hasta bien entrada la noche y se había olvidado de guardarla en la funda.

No era lo único que estaba desordenado en su habitación. Para su madre era «una auténtica leonera». Su escritorio estaba cubierto de papeles con ideas y frases sueltas que componía en sus ratos libres. Había partituras esparcidas por el suelo enmoquetado compartiendo espacio con montones de ropa sucia. Caminando de puntillas y esquivándolo todo como podía, se aproximó al escritorio y encendió una vela aromática para camuflar ese olor a cerrado y rancio que le hacía arrugar la nariz. Después, se quitó el pijama y cogió del armario una sudadera limpia y unos vaqueros. Trató de ser lo menos ruidosa posible; Diana y Allison aún dormían. Era el momento perfecto para irse de casa sin preocuparse por su apariencia.

Se ató las Converse en el baño y se lavó la cara a conciencia. Huyó del espejo como si hubiera visto un fantasma reflejado en él. Bajó al salón sin hacer ruido y se bebió de un trago la poca leche que quedaba en la nevera. No le apetecía ni un mísero cereal. La mayor parte de los días sentía que tenía una piedra en el fondo del estómago y comía por inercia.

¿Qué no hacía por inercia?

Cogió su chupa de cuero. Una ráfaga de aire helado secó sus ojos cuando salió a la calle. Max anduvo con paso decidido, casi trotando. El instituto quedaba bastante lejos de la zona en la que vivía, en Uptown. A Max le gustaba vivir algo apartada, como si el mundo hubiera continuado avanzando y ella se hubiera quedado estancada en un silencio vacío. Alejada del ambiente cosmopolita de Manhattan y escondida de todos aquellos edificios que parecían querer agujerear el cielo, Central Park era el único espacio no artificial que quedaba en la ciudad. Parte de sus bosques tenían a la naturaleza en todas sus estaciones como única visitante, algo que Max

agradecía. Le encantaba perderse en ellos acompañada por su guitarra, una lluvia de hojas y el constante piar de los pájaros.

Llegó pronto al instituto, para su sorpresa. Sudaba tanto que el pelo se le pegaba a la frente. Podía haber cogido el autobús, pero aguantar el vaivén en cada curva y ver su cara estampada contra el sobaco sudoroso de otro pasajero no le hacía mucha gracia. Prefería limitar el número de cosas que podían hacerla enfadar de buena mañana.

«Por mi bien y por el de la humanidad», pensó, aproximándose a la entrada con parsimonia. Saludó a un par de compañeros que habían estado con ella en cursos anteriores, pero entró sola. No tenía un grupo de amigos en el instituto. A todos sus colegas los había conocido fuera: en los bares de *jazz* de Harlem, en los partidos de los New York Yankees y en algunas fiestas en las que había logrado colarse pese a ser menor de edad. No era ningún drama para ella asistir sola a las clases. No iba mucho, de todas formas.

Max se adentró en el aula 21 y se sentó en la última fila. Según su horario, su primera clase era de Filosofía. Bufó internamente; odiaba esa asignatura. ¿Para qué querría saber lo que pensaban hace miles de años un grupo de hombres, de qué servía? El olvido formaba parte del ciclo que los alumbraba y los veía morir. A Max le parecía mucho más interesante estudiar el pasado a través de la música y todas las formas en las que se había creado. Desde los juglares hasta el reguetón. Si eso fuera posible asistiría a clase mucho más contenta... bueno, asistiría. A secas.

El aula estaba llena. Max encendió sus auriculares inalámbricos. Pensaba escuchar algo de música antes de que empezara la clase. Quizás incluso durante. ¿Qué le apetecía escuchar...? ¡Ahí estaba! *Piano fire*, de Sparklehorse. Max le dio al *play* y comenzó a mover la cabeza al ritmo del solo de guitarra mientras ponía los pies sobre la mesa y cerraba los ojos.

Iba por la mitad de la canción cuando sintió una presencia frente a ella, a pesar de seguir con los ojos cerrados. Se hizo la loca y empezó a tararear la letra, pero una tos y un carraspeo demasiado altos para ser casuales la hicieron suspigar. Se quitó uno de los auriculares y abrió los ojos con lentitud. El responsable de la interrupción era un chico que siempre solía sentarse en primera fila, aunque no recordaba su nombre. Vestía una chaqueta verde y tenía las manos metidas en los bolsillos. Era alto, aunque no mucho más que ella. Se mostraba aparentemente tranquilo, pero se mordía los carrillos y se balanceaba sobre sus pies; era todo fachada. Ahora comprendía por qué nunca se había molestado en aprenderse su nombre: no era nada del otro mundo. Ojos castaños, pelo rizado y oscuro, cara de empollón. El típico que solo se preocupa de estudiar, estudiar y estudiar.

—Perdón por molestarte, ¿eres Maxine Wallace?

—Depende de para qué.

—Me llamo Scott. —Ante el mutismo de Max, siguió hablando—. El profesor de Filosofía nos contó ayer que nos toca hacer un trabajo juntos porque somos los últimos de la lista y es en pareja —hablaba atropelladamente, sin mirarla a los ojos—. Para el final del trimestre. Tenemos poco tiempo, por eso había pensado...

—Para el carro —le interrumpió Max, inclinándose hacia delante—. Yo no pienso hacer ningún trabajo contigo. Ni con nadie, no te preocupes. No es algo personal.

Scott se mostró estupefacto.

—¿Por qué?

—No me da la gana. Así de sencillo.

—Es un trabajo fácil: tenemos que relatar un mito de la Antigua Grecia. No nos llevará mucho tiempo, ya he pensado algunas cosas.

—Me alegro por ti. Pero no pienso hacerlo.

—No lo entiendo. —Scott se rascó la cabeza.

—Odio esta asignatura. Comprende que no quiero perder ni un segundo de mi tiempo en ella.

—¡Pero es necesario para aprobar!

La desesperación de aquel muchacho resultaba sumamente divertida.

—Me da igual. Iba a suspender de todas maneras, así que... —Creyendo que había sido lo suficientemente clara, Max volvió a reclinarsse en la silla. La canción había terminado y había dado paso a otra del mismo grupo, *Sea of Teeth*. Sin embargo, Scott seguía parado frente a ella, boqueando como un pez fuera del agua. Max se preguntó por qué la gente que perdía los papeles le resultaba tan divertida—. ¿Sigues ahí? Te he dicho que no voy a hacer ese estúpido trabajo contigo. —Se colocó el auricular en la oreja y le dirigió una última mirada, seria—. Adiós, Scott.

La chica cerró los ojos y, dando por finalizada aquella conversación, volvió a sumergirse en la música.

Hola, papá:

No sé por qué sigo haciendo esto. Escribirte, como si eso pudiera reconciliarnos de algún modo. Supongo que es la única manera que tengo de sentirte cerca. De sentirme cerca, de recordar cómo era todo antes de que te marcharas. No he vuelto a reconocerte desde entonces, no he vuelto a encontrar a la Max inquieta y aventurera que tanto te gustaba. Pero eso ya lo sabes.

Las cosas en casa van bien. Todo lo bien que pueden ir en nuestra... situación. Ojalá pudieras ver lo que estamos consiguiendo. La fortaleza de Allison, el ánimo incansable de mamá. Te habrías sentido orgulloso. Creo. No lo sé, papá. No sé si sigues siendo el mismo o has cambiado desde aquel día.

Yo he cambiado. Tengo tantas cosas en la cabeza que no puedo pensar, solo la música me salva. Mi guitarra me sigue salvando, pero cada vez me cuesta más entregarme a ella como antes. Con ilusión, sin miedos. Porque ahora soy una bola de miedos, aunque nadie lo note. Tengo miedo de explotar algún día, como una supernova. ¿Sabes lo que son, verdad? Estrellas muy grandes que se quedan sin energía y explotan. O algo así. Pero lo que más me aterra es que llegado el momento... no me importaría. Entiéndeme: me rompería el corazón hacerle daño a mamá o a Allison, pero lo que me suceda a mí no me importa. Puedo contar las cosas que me hacen sentir bien con los dedos de una mano. Pero las cosas malas, esas que ahogan... para contarlas me faltarían manos.

Pierdo mucho el control. Y cada vez me cuesta más no perderlo en casa. Estoy cansada y furiosa todo el tiempo. Pero ellas ya han sufrido bastante. Lo sabes bien. No se merecen más daño. Ni otra pérdida.

Bueno, tengo que seguir. Nunca respondes a mis cartas, pero sé que las lees. Tienes que leerlas porque... porque sí. Tienes que hacerlo. Sé que algún día me contestarás. Espero no equivocarme.

Joder, ¿de verdad tenías que irte?

Max

## 4. Scott

Boquiabierto, Scott no pudo hacer más que sentarse cuando el profesor Taylor irrumpió en clase segundos después. ¡Qué chica tan antipática, desagradable y borde! Scott no era el rey de la socialización, pero Maxine mucho menos, eso estaba claro.

La tarde anterior, Parker había hecho una búsqueda exhaustiva en Facebook para encontrarla. Tampoco tenía un perfil en esa red social, pero su amigo se metió muy en serio en su papel de *stalker* y estuvo revisando los de otros alumnos. Terminó encontrándola en una orla que una tal Margaret Andrews había subido el año pasado. Su cara estaba emborronada por la mala calidad de la imagen, pero supo que buscaba a una chica con el pelo negro, ojos azules, ropa oscura y cara de haber mordido un ajo.

¿Dónde quedaban todos esos esfuerzos cibernéticos ahora? Por primera vez, la lección de Filosofía se escurría entre los hilos de su pensamiento para tejer una y otra vez la mirada que le había dedicado Maxine al acercarse. Lo había escrutado como si se tratara de un molesto insecto que no paraba de revolotear a su alrededor, cuando Scott solo necesitaba hablar con ella porque tenían que hacer un trabajo juntos. ¿Qué pretendía que hiciera, mandarle un fax?

«Menuda suerte la mía», se dijo, abatido. Todavía le ardían las mejillas por la vergüenza, pero que se hubiera burlado de él era lo de menos. Todos los planes que había hecho para el trabajo, las ideas que había estado rumiando durante la noche, el calendario que había organizado para cumplir el plazo... Todo ese anticipado esfuerzo se había ido al traste, derrumbado como un castillo de naipes a merced del viento.

Sin poder contenerse y habiendo perdido totalmente la concentración, giró la cabeza con disimulo. Maxine observaba su móvil con descaro, el libro estaba cerrado bajo sus codos. Su cara quedaba oculta por una melena corta, lisa y oscura. Solo podía vislumbrar su afilado mentón y sus finos labios. Scott frunció el ceño. Contemplándola desde la distancia y sin escucharla hablar, casi parecía otra persona. Tranquila, razonable, serena. No tan... airada. Ni arrogante. ¿Sería así con todo el mundo o solo con él? No recordaba haberla visto en compañía de otra gente por el instituto. A decir verdad, tampoco recordaba haberla visto a ella. A lo mejor se juntaba con los estudiantes que se pasaban el día fumando en la plaza como si las clases fueran un recreo eterno. «No me extrañaría nada. Menuda macarra».

Como si Maxine pudiera oír lo que pensaba de ella, alzó la cabeza en su dirección. Sus ojos

azules, tan claros como las aguas de una costa paradisíaca, capturaron los suyos por unos segundos. Hasta ese instante Scott no se había dado cuenta de que tenía un mechón teñido de morado en el lado izquierdo del cabello. Eso no salía en la foto que Parker le había pasado. Acto seguido y con una impasibilidad que rozaba el descaro, ella volvió a mirar el móvil. A Scott ni siquiera le dio tiempo a hacer una mueca o preguntarle con señas qué demonios le pasaba. Intentó retomar la lección por donde la había dejado, pero le fue imposible.

El temor a suspender se agarró a sus entrañas y se las retorció con saña. Scott estaba sudando y tembloroso cuando sonó el timbre. Sintió alivio, en vez de desilusión. Se puso en pie para recoger sus cosas mientras observaba por el rabllo del ojo como Maxine era la primera en salir del aula.

«Por eso no me acuerdo de ella: es la última en llegar y la primera en marcharse», pensó. «Se acabó. Ahora mismo le digo al profesor que me busque otro compañero o que me deje hacer el trabajo solo».

Un poco más animado, se acercó a la mesa del profesor Taylor, que le recibió con una gran sonrisa. Era un hombre razonable, comprendería perfectamente su situación. No le obligaría a trabajar con alguien como Maxine. De ninguna de las maneras.

—Disculpe, profesor. Me gustaría hacerle una petición —comenzó diciendo.

—Bien, Scott. ¿Qué necesitas?

—Verá, es que he hablado con Maxine para comentarle lo del trabajo... y no se lo ha tomado muy bien.

El profesor Taylor frunció el ceño.

—¿Qué te ha dicho?

—Básicamente, que no quiere hacer el trabajo conmigo y que prefiere suspender —contestó—. Me gustaría pedirle que me asignara otro compañero o me dejara hacer el trabajo a mí solo. Sabe que soy un buen estudiante y...

—Lo siento, pero no puedo hacer eso. El trabajo es por parejas y se te ha asignado esa compañera, Scott.

—Pero ¿qué puedo hacer si no me hace caso? —Scott sonaba desesperado.

—Habla con ella y arregla las cosas. Max es una buena persona, un poco gruñona, pero buena, al fin y al cabo. Fui su tutor hace unos años y puedo asegurarte que era una estudiante modelo hasta el año pasado —le confesó el profesor—. No sé qué le sucedió. Su situación familiar es delicada, pero... Le vendrá bien tener una persona como tú a su lado para volver a levantar su expediente académico. Confío en ti, Scott.

Scott solo pudo asentir ante sus palabras. ¿Qué otra opción tenía? Resignado, salió del aula. Los estudiantes lo zarandeaban al pasar mientras intentaba ordenar sus ideas. Si quería sacar una matrícula, tendría que ser insistente. Algo le decía que el profesor Taylor no aceptaría que él hiciera todo el trabajo y después pusiera el nombre de Max en la portada junto al suyo. Prefería hacer eso que volver a hablar con la joven, pero no le quedaba otra.

Pensando cuál sería la estrategia que seguiría para abordarla otra vez, se dirigió a su siguiente

clase. No hizo falta que pensara más: se encontró a Max en medio del pasillo, peleándose con su taquilla a golpes para poder abrirla. Su mechón morado se movía en el aire, enloquecido.

—Siento ser pesado, pero tengo que hablar contigo de nuevo. —Scott se plantó frente a ella. Estaba claro que la amabilidad no iba a hacer que Max le prestara atención, así que había optado por ser directo y tratar de hacerse respetar. Su entereza se tambaleó cuando Max le dirigió una mirada gélida y resopló, pero intentó que no se le notara cuando dijo—: He hablado con el profesor y nos obliga a hacer el trabajo juntos. Lamento que odies Filosofía, pero yo no tengo la culpa y...

—¿No te vas a callar nunca? —Max se tapó la cara con las manos.

—¿Qué problema tienes?

—Que no quiero hacer ese trabajo, ya te lo he dicho. Ahora, déjame en paz.

—Me da igual que no quieras hacerlo. Es mi suspenso el que está en juego, al menos ten la decencia de fingir que te importa algo —protestó Scott.

—Creo que me has malinterpretado —dijo, mostrándole una esplendorosa sonrisa. Era la primera vez que se mostraba amable. Se acercó a él—. Voy a ser mucho más clara. —Max tuvo que ponerse ligeramente de puntillas para que su boca pudiera rozar el oído de Scott. Él reprimió un escalofrío y sonrió, creyendo que por fin se había solucionado todo—. Vete a la mierda.

Max le dio la espalda y se alejó por el pasillo. Él se había quedado helado con su respuesta, tanto que ni se movió para perseguirla. Observó cómo su silueta desaparecía entre el resto de estudiantes, caminando con chulería. Solo el timbre le hizo reaccionar, y Scott corrió a continuar su horario de clases. No coincidió con Max en ninguna, aunque era incapaz de apartarla de su mente. ¿Su futuro estaba en juego! ¿Es que a ella no le importaba?

Para él, su futuro lo era todo. Era su puerta a una vida más amable, la manera de probarse como artista y llenar su mundo de color. Scott se imaginaba su vida como una escalera de infinitos peldaños. Cada peldaño era uno de los objetivos que se proponía, un medio para llegar a la cima. Estudiar Bellas Artes en Tennessee era la cima, la cúspide de su éxito. Necesitaba un expediente académico de matrícula si quería que le concedieran la beca para poder estudiar allí. Sacar unas notas excelentes era su siguiente peldaño. Y ya estaba demasiado cerca del final de la escalera como para permitir que Max lo echara todo a perder.

Por suerte, Parker lo rescató de aquel bucle negativo. Le esperaba en la entrada del comedor, como cada día. Sonriente e intranquilo.

—¿Scott! ¿Por dónde te metes? —Parker se colgó de él y estuvo a punto de hacerle caer.

—Perdón, estaba pensando en mis cosas.

—Pues déjate de historias y vamos a comer, me muero de hambre.

La charla intrascendente de Parker consiguió que se relajara. No podía olvidar el mal trago de hablar con Max, pero al menos había logrado despejarse lo suficiente como para no obsesionarse. Siempre le sucedía lo mismo con las preocupaciones: las ataba con fuerza a sus muñecas y se las llevaba de paseo, sin acordarse de que su peso era mayor con cada paso que daba. A veces se

soltaban solas. Pero muchas veces seguía arrastrándolas, incapaz de liberarse.

Scott y Parker se sentaron en la primera mesa que vieron libre y empezaron a degustar sus lasañas. Parker habló y habló sobre echarse novia cuando fuera a la universidad. Su amigo nunca había tenido muy claro a qué quería dedicarse cuando terminara el instituto. Al final se había decantado por Derecho, aunque no había sido su elección. Su padre, un reconocido abogado, se había encargado de influir en su futuro con esa manía tan incomprensible de hacer que los hijos siguieran el mismo camino que sus padres. No entendía por qué tenía tanto interés, cuando su profesión era lo único estable en su vida. Quizás era por eso. Le había puesto los cuernos a su mujer con todo el bufete, vivía solo tras la separación y no tenía más vida que su trabajo y Parker. No era un ejemplo para nadie, precisamente.

Pero Scott no quiso expresar su opinión en voz alta. A Parker le dolía hablar de sus padres, como a Scott. Aparte del dibujo y el frikismo, los unía la decepción que sentían por sus figuras paternas. Casi más que lo anterior. Así que prefirió seguir callado, escuchando la retahíla de fantasías de Parker mientras llenaba su estómago.

Como si el destino quisiera fastidiarle también aquel momento de paz, vio cómo Max se sentaba en la mesa de enfrente, dándoles la espalda. La chica se puso a comer con los auriculares puestos. Sola, sin preocuparse de interactuar con nadie. Como si el resto del mundo fuera un estorbo para ella.

¿De qué iba esa tía? El enfado de Scott volvió a crecer, tanto que dejó de escuchar a Parker. La fulminó con la mirada, pero cuando vio que se levantaba no le dedicó ni un mísero segundo de atención. Y sabía que estaba allí: su sonrisa de chulita al pasar por su lado la delataba.

Scott resopló, angustiado.

«¿Por qué es todo tan complicado?».

Quizás soy invisible y por eso nadie me escucha.  
Quizás todo el mundo me ve y me oye, pero me ignoran.  
Quizás debería dejar de intentarlo.

.....

## 5. *Max*

El frío otoñal era tan imprevisible como su carácter. Max caminaba hacia el instituto con los ojos pegados por el sueño y una mala hostia increíble. Había llovido con tanto estruendo que apenas había podido dormir. Para acabar de arreglarlo, un coche había pasado a toda velocidad por un charco y la había empapado entera. Max le había gritado: «¡Gilipollas!», «¡imbécil, mira por dónde vas!» hasta desgañitarse, pero eso no la había ayudado a desfogarse ni a secar sus Levi's.

«Al menos, hoy no tengo Filosofía». Entró al instituto sin saludar a nadie, mientras una sonrisa de alivio escapaba de sus labios. Por fin el empollón de Scott había dejado de molestarla con su rollo de la importancia de trabajar juntos, de lo mucho que podían aprender sobre mitos, que había que tomarse en serio el instituto y bla, bla, bla. Max le había dejado muy claro que su intención era suspender. Ni más ni menos.

¿Por qué? Eso ya era más complicado de explicar. Max era una buena estudiante, aunque llevara desde el año pasado sin tocar un libro. Le daba mayor satisfacción saber que podría sacar unas notas brillantes si quisiera que observar su expediente lleno de matrículas. Suspender su último año de instituto tenía un doble objetivo: por un lado, sacaría más tiempo para la guitarra y sus canciones. Y por otro lado, podría... si eso sucedía podría...

Max sacudió la cabeza. No tenía por qué dar explicaciones ni a ella, ni a Scott. La vida estaba ahí fuera. Esperando, antes de agotarse para siempre.

Soltó una palabrota cuando una de las animadoras, con ese uniforme tan cosificador, chocó con ella porque iba despistada riéndose con sus amigas. Le hirvió la sangre cuando vio una notita pegada en la puerta de su taquilla.

—Mañana, en la puerta del instituto. A las cuatro —leyó en voz alta, alzando las cejas—. No quiero excusas otra vez. Firmado, Scott. —Max bufó, rompió el papel en mil pedacitos y los tiró al suelo.

Tras insultarlo mentalmente un par de veces, abrió su taquilla, cogió los libros que necesitaba y fue a clase. No prestó mucha atención a lo que allí se dijo en toda la mañana; se estrujó los sesos hasta sacar algo decente para el estribillo de la última canción que estaba componiendo y escuchó algo de música ocultando los auriculares con el pelo. Ni siquiera pisó el comedor. Se tumbó en el único banco de la plaza que no estaba mojado y dejó que un tímido sol besara sus pestañas cerradas y secara la humedad que aún salpicaba su ropa. No necesitaba más que música y soledad

para sentirse plena. Un juego peligroso, era consciente. Corría el riesgo de volverse adicta a la sensación de vacío que ambas cosas dejaban en su pecho. Pero no le importaba.

Tenía a los cretinos como Scott y a los conductores maleducados del mundo para hacerla despertar.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó nada más llegar a casa, para saber si debía mostrar su mejor sonrisa o si podía dejar de fingir.

Ante el silencio que obtuvo como respuesta, Max se desinfló como un globo, aliviada y desilusionada a la vez. Se acercó a la cocina con el estómago vacío y vio que, sobre la puerta de la nevera, había un papelito pegado con la caligrafía de su madre.

—¿Qué pasa, hoy es el día de las notitas? —Max arrancó con manos temblorosas el papel y lo leyó en voz alta—: «Ali y yo estamos en el hospital, tu hermana tiene que hacerse unas pruebas. Llegaremos tarde. Un beso».

Releyó la nota un par de veces y volvió a colocarla donde estaba. Ni siquiera abrió la nevera; no quería tocar nada, aunque se muriera de hambre. Quizás si fingía que no había leído nada no sentiría esas palabras recorriendo sus venas con un frenesí tan familiar y desesperado. Quizás si lo dejaba todo como estaba, el caos que siempre desencadenaban unas palabras tan simples como aquellas (siempre eran las mismas: hospital, revisiones rutinarias, pruebas) quedaría reducido a un vacío libre de grises oscuros, casi negros. Max lo tenía grabado a fuego en su memoria: los cambios generan más cambios, y estos nunca suelen ser buenos.

El gélido manto del miedo cubrió sus hombros mientras subía a su habitación. Lo hacía todo mecánicamente, para no tener que pensar. Tiró la mochila a una esquina del cuarto, se quitó los vaqueros con un sutil movimiento de caderas y abrió la ventana de par en par. Necesitaba respirar. Por unos instantes solo se dedicó a eso, a respirar. Olía a lluvia, a tierra mojada. Más tarde echó todos los papeles del escritorio a un lado, sacó su Takamine de la funda y se sentó con ella sobre el mueble.

Comenzó a afinar las cuerdas de la guitarra con tanto cuidado como si acunara a un bebé. Su Takamine era la niña de sus ojos: una guitarra acústica preciosa con bordados que emulaban un mandala por toda la superficie color café. La había comprado con sus ahorros cuando tenía doce años. Había sido amor a primera vista: la vio en el escaparate de una tienda de música y enloqueció hasta conseguirla. Había tenido que trabajar de canguro, no gastarse un mísero dólar de la paga y ahorrar durante meses para poder pagarla. Pero mereció la pena. Se complementaban la una a la otra: la guitarra buscaba una voz que acompañara a la suya, ella estaba ávida de sonido para huir del silencio que sentía en su interior. Se le ocurrían pocas compañías más allá de una guitarra que pudieran entender y conocer tanto a una persona solo con tocar sus dedos.

A Max no le avergonzaba confesar que la música le había salvado la vida. Escucharla y crearla. Sabía que tenía una voz bonita, y no solo por los cumplidos de su madre. Cuando era pequeña, cantaba a todas horas. En el colegio, en la calle, en casa. Bajo un velo de alabanzas y el convencimiento de que había nacido para hacerse oír, Max empezó a soñar con un futuro dedicado

a la música. Su mente infantil se llenó con imágenes de ella sobre un escenario. Quería despertar algo con sus letras, no ser una artista más. Quería conseguir emocionar y hacer lo que le dictara el corazón a través de su voz. Era complicado, pero pensaba luchar por su sueño. Cantar lo era todo.

Pero todas esas fantasías quedaron arruinadas cuando su padre se fue. El año que siguió a su marcha fue el peor. Max no sentía nada latiendo en su pecho. Era incapaz de reír, de llorar, de mostrar algo más que una apretada y temblorosa línea con sus labios y tararear en apagados susurros. Temió que su padre se hubiera llevado con él sus sueños, su voz y sus sentimientos. Recobró los dos últimos con el paso del tiempo, pero no de la manera en la que esperaba. Sus sentimientos ahora siempre estaban envueltos en un hielo que ardía. Y su voz seguía sonando bien, pero era distinta. La música nunca había vuelto a tener el mismo significado. De pequeña era su pasión, su alegría. Ahora ya solo cantaba cuando necesitaba aire. Tocaba la guitarra para ahogar las preocupaciones en sus acordes. Escribía sus propias canciones porque era la única manera que tenía de sentirse libre. Para comprender lo que sentía, para protegerse de lo que sentía, para abstraerse de la realidad y del pasado. Max trataba de evadirse de ellos pero, al igual que su sombra, siempre estaban ahí. Tras ella. Y, como la oscuridad, solo al escribir sobre ellos era capaz de ahuyentarlos.

Escribía para vivir.

Escribía para recordar cómo era vivir.

Max cerró los ojos y comenzó a tocar. Una canción de Sufjan Stevens al principio, luego Buddy Holly, Dean Lewis. Era más fácil empezar con canciones que formaban parte de ella de tantas veces que las había escuchado que lanzarse a hablar de su interior de golpe. Se sumergió en ese mundo que le daba tanto miedo y descanso a la vez, separando sus labios y animándose a cantar en un tono bajo, íntimo, sincero.

Le encantaba sentirse atrapada en esa tormenta. Volvería una y otra vez a ella, incluso aunque no pudiera salir.

No se dio cuenta de que anochecía. Le pasaba mucho eso de perder la noción del tiempo cuando estaba sola con su guitarra. «¿Cuándo ha dejado de llover?», «¿cuándo ha llovido?». Con la garganta seca y las piernas entumecidas por el frío, Max se masajeó los dedos de la mano izquierda. Estaban despellejados y enrojecidos. Dolían al doblarlos. Iba a seguir un rato más cuando escuchó un ruido en la planta de abajo. Había entrado alguien.

Rodeada de tinieblas, Max contuvo la respiración. No quería moverse, apenas se atrevía a pestañear. Solo pedía más tiempo. Más música y menos cambios.

—¿Max? —Oyó a su madre en el salón—. ¿Estás en casa?

—¡Sí! ¡Bajo en un momento! —contestó.

Se apresuró a cerrar la ventana, guardar la guitarra en su funda y ponerse unos *shorts*. Su madre estaba en la cocina, de espaldas, trasteando con un par de bolsas de un restaurante de comida china. En el aire flotaba un apetecible olor a cerdo agridulce y salsa de ostras. Max notó cómo el estómago le rugía y tragó saliva. Tenía hambre, pero sentía la garganta cerrada y un desagradable

ardor en el pecho. «¿Puede mi cuerpo ponerse de acuerdo y no mandarme señales contradictorias todo el puto rato? Gracias».

—Hola, mamá. —Tosió un par de veces antes de hablar y fingió una sonrisa despreocupada.

Diana se dio la vuelta y sonrió. Su madre había sido y era una mujer muy guapa. Tenía cuarenta y cinco años, pero aparentaba diez más por culpa de las arrugas que surcaban las comisuras de sus párpados y de sus labios. La sombra de lo que había ocurrido y la pesada carga que había tenido que soportar desde entonces le daban un aspecto ajado, frágil, de estar exhausta. Su larga melena rubia, su estrecha frente y sus marcados pómulos la rejuvenecían, además de la ropa que solía vestir, formal pero no demasiado. Max era más alta que su madre y Allison, pero las tres eran muy delgadas y usaban prácticamente la misma talla, por lo que compartían ropa. Ellas, Max no. La falda de cuadros y la blusa azul que vestía Diana habían sido de Max. Se las dio porque nunca se las ponía. Le gustaba vestir con cosas anchas y oscuras aunque su madre se empeñara en hacer que sus armarios estuvieran permanentemente en jornada de puertas abiertas.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el día? —Diana abrió los brazos y Max la abrazó.

—Bien. ¿Dónde está Ali? —preguntó, aún con la cabeza enterrada en su cuello.

Su madre se tensó.

—En el hospital. Los médicos han dicho que es mejor que se quede descansando esta noche para no fatigarse con la vuelta a casa. —Diana la apartó con delicadeza y señaló las bolsas que había sobre la encimera. La sonrisa apenas le llegaba a los ojos—. ¿Me ayudas a sacar la cena? No me daba tiempo a cocinar, así que he pasado por el Yummy City. Dicen que sus rollitos de primavera son una auténtica delicia.

Max asintió. El nudo que le oprimía el pecho y el estómago se hizo más intenso mientras ayudaba a sacar la comida de las cajas para servirla en platos que luego llevó a la mesa. Allison siempre se ponía en medio. Aunque no estuviera, mantenían esa costumbre. Max a veces temía que, sin la presencia de su hermana, Diana y ella terminarían por convertirse en dos extrañas, porque Allison era el puente que las unía y las mantenía ancladas al suelo. Cuando no se encontraba en casa, el silencio era tan ensordecedor que no dejaba sitio para nada más.

—¿Recojo la mesa? —preguntó cuando terminaron de cenar. Diana asintió sin mirarla, Max se levantó conteniendo un suspiro. Los rollitos estaban ricos, pero tampoco eran nada del otro mundo. Los de Yummy City eran unos estafadores engreídos. Después de lavar los platos, estaba encarando las escaleras para volver a su cuarto cuando se fijó en que su madre no se había movido de la mesa. Sus hombros seguían rígidos; la cabeza, agachada. No podía verle la cara, pero el mantel de flores que cubría la mesa estaba salpicado de gotas. Lágrimas. Como si estuviera regando el jardín—. Mamá, ¿pasa algo?

A Max le palpitaban las sienes, pensó que su corazón iba a estallar cuando Diana alzó la cabeza, muy lentamente. Lloraba. Le tembló el labio inferior al susurrar:

—Es posible que Allison esté enferma de nuevo.

Max siguió de pie, aunque en realidad se estuviera viniendo abajo. Dudó. Podía hacer muchas

cosas. Gritar. Salir corriendo a la calle y no parar hasta que sus pulmones se quedaran sin oxígeno. Llorar. Tumbarse sobre la alfombra y hacerse una bola. Rezar. Pretender que eso no estaba sucediendo... porque allí estaba su temido cambio. De nada había servido fingir que no pasaba nada. El pasado siempre la alcanzaba.

Apretó los puños y, resistiendo el impulso de golpear la pared una y otra vez hasta romperse los dedos porque el dolor físico era más fácil de digerir, se sentó al lado de su madre y la abrazó. Un abrazo sin palabras, solo piel con piel. Para apoyarse, para que ambas se dieran cuenta de que no estaban solas, para ofrecerse esperanza aunque hubieran agotado toda su suerte.

Eso era lo que más aterraba a Max: necesitaban todo lo que el destino pudiera brindarles para superar aquel nuevo revés. Y la suerte, el bien máspreciado junto al amor y la salud, tampoco estaba de su parte.

Hola, papá:

¿Reconoces el miedo antes de que aparezca? Empieza siendo algo muy pequeño, casi imperceptible. Como una lluvia de cenizas. Notas algo liviano posándose sobre tu piel, te frota los brazos para espantarlo y crees que lo has conseguido porque te inunda una sensación de calma, la señal de que todo va bien. La calma que precede a la tormenta, eso dicen. También dicen que después de una tormenta siempre sale el sol. Me parecen una basura ambas frases, sinceramente. No hay tormentas, tampoco calma. De las tormentas puedes sacar algo bueno. Lluvia para evitar la sequía y lavar el coche gratis, por ejemplo.

En el miedo no hay nada que te reconforte, por eso no puedo asociarlo con una tormenta. El miedo... se parece más a encerrarse en una habitación sin ventanas ni puertas y ver cómo las paredes se van acercando poco a poco a ti. Te cuesta respirar, te bloqueas, no ves una salida y estás solo. Te encierran, te aprietan, te ahogan, pero no te matan. El miedo no mata: son sus consecuencias las que hacen que desees estar muerto.

¿Alguna vez has sentido un miedo tan salvaje que te ha provocado esa sensación? ¿Has... deseado morir? ¿Has temido morir de miedo? Yo sí. En las peores épocas en casa pensaba en ello constantemente. Allison y mamá no dejaron que me rindiera, no te preocupes. No saben nada de esto. Ellas también viven con miedo. Nos limita mucho, pero estábamos aprendiendo a convivir con él. Creí que habíamos dejado atrás sus tintes más oscuros, las garras que nos mantenían unidas a esa casa de asfixiantes paredes. Pero no. Ha vuelto.

Me gustaría decirte que volveremos a perderlo de vista. Que no habrá más cambios malos porque ya es hora de que solo nos esperen cosas buenas. Me gustaría decirte eso, pero no puedo.

A veces pienso que te llevaste mi futuro contigo. Devuélvemelo.

Max

## 6. *Scott*

Apoyado en la fachada del instituto, con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera y la cabeza cubierta por la capucha, Scott esperaba a que Max acudiera a su encuentro muerto de frío. Miró la hora, contuvo un bostezo. Las cuatro y media. Había citado a Max a las cuatro en el instituto y de momento no se había dignado a aparecer. Scott había pensado que la mejor manera de conseguir que le prestara atención era tomar la iniciativa y sumergirla de lleno en el trabajo sin darle la oportunidad de negarse. El objetivo de Max no podía ser suspender, eso no tenía sentido. ¿Para qué iba a querer sacar malas notas a propósito? A Scott le cuadraba más que se hiciera la dura solo para joderle, para volverlo loco. Quizás era una retorcida venganza hacia los empollones, el grupo al que Scott pertenecía (con mucho gusto). O a lo mejor tenía una cruzada personal contra los hombres de rizo encrespados. Vete a saber... Mierda, ¿y si Max no aparecía? «Tranquilízate. No va a darte plantón, solo llega tarde», trató de convencerse a sí mismo. Estaba resistiéndose a un impulso homicida cuando sonó su teléfono. Tenía de tono la sintonía de la cabecera de *Rick y Morty*. Descolgó al ver el nombre de Parker en la pantalla.

—¡Tío! ¡Hola, Scott!

—Hola. —Los dientes le castañeaban y tenía la impresión de que arrastraba las letras. Un hormigueo muy desagradable corría por sus manos y la punta de la nariz. Seguro que la tenía roja como un payaso.

—¿Qué haces?

—Estoy en el instituto.

—Pero... ¿no habías quedado con Maxine?

—Sí. —Suspiró—. Aquí estoy, esperándola.

—Pues... no creo que vaya a ir.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. ¿Recuerdas a Claire, la pelirroja que hacía gimnasia rítmica e iba a nuestra clase en primero? —Parker bajó la voz—. Se rumorea que lo ha dejado con su novio, el rubio ese que mide dos metros y que van a fichar en el equipo de béisbol nacional. Parece ser que estaban en casa de ella cuando...

—Al grano —le interrumpió Scott.

—Vale, vale. Resulta que en Tecnología hemos tenido que hacer grupos para preparar un trabajo

sobre circuitos eléctricos o algo así. Y me ha tocado con Claire y tres más, de los que te hablaré en otro momento porque eres un impaciente que solo se preocupa de sí mismo. —Scott sintió ganas de estrangularlo y Parker soltó una risotada al saber que lo estaba poniendo de los nervios —. Tranquilo, ya me explico. Estaba por aquí, paseando por la Cuarta Avenida porque es donde vive Claire. Hemos quedado todos en su casa para repartirnos el trabajo. La verdad es que yo le repartiría otra cosa, pero...

—¡Parker!

—¡Vale, lo siento! Total, estaba caminando por aquí cuando me ha parecido ver a tu querida Maxine en la terraza del Scotty's Diner, ¿te acuerdas de ese sitio? Me acompañaste una vez porque tenía antojo de un bocata de ternera con patatas y huevos fritos. Veníamos de aquella convención de rol y... —Parker hizo una pausa y se apartó el móvil de la oreja. Scott oyó cómo hablaba con alguien, seguramente Claire. Se imaginó a la pelirroja caminando delante de él mientras se giraba cada poco tiempo para comprobar que la seguía y esperar, malhumorada, a que Parker guardara el teléfono para poder subir a su casa. Si su amigo hubiera tenido alguna posibilidad con ella, a Scott le habría dado pena habérsela echado a perder—. ¿Te acuerdas del bar o no? Olía a escobilla del váter, las paredes estaban llenas de grietas y el dueño tenía pinta de escupir en cada bebida que servía.

—Sí, sí que me acuerdo. ¿Max está allí?

—Sip. La he visto con un grupo de macarras, supongo que serán sus amigos.

—¿Pero estás seguro de que era ella?

—Es guapa y tiene un mechón de pelo de color morado. Inconfundible.

Scott le dio las gracias por el aviso y colgó. El egoísmo de Max había sobrepasado todos los límites. Él había intentado acercarse a ella de mil maneras distintas, siendo amable y no agobiándola, y solo había recibido desprecio, humillación e indiferencia. Le había mandado a la mierda. Se había reído de sus explicaciones. Había huido de él como si tuviera la lepra. Y ahora le había dado plantón.

Con el enfado controlando cada uno de sus pasos, se dirigió al Scotty's Diner. Estaba cerca del instituto. No tardó en distinguir su toldo apolillado y las mesas apretujadas bajo su curvatura. Solo una de ellas estaba ocupada. Normal, con ese frío. Scott se mantuvo a una distancia prudencial y observó. Max estaba sentada de espaldas a él, presidiendo la mesa. Su manía de poner los pies en alto la delataba. Estaba acompañada por otras seis personas que no reconoció del instituto. Todos vestían de la misma manera, con chupas de cuero y vaqueros rotos. La mayoría eran chicos que parecían mucho mayores que él, algo que le hizo sentirse intimidado. Pero ya era tarde para echarse atrás. Tenía que plantarle cara, demostrar que no podía jugar con él a su antojo. Tennessee pendía de un hilo tan fino como su paciencia en esos instantes.

—Max —soltó, plantándose a su lado y expulsando todo el aire que contenían sus pulmones. Ella se giró, todavía riendo por algo que le acababan de decir. Unas gafas de sol redondas y oscuras cubrían sus ojos, pero aun así Scott notó que se quedaba helada al reconocerle.

—¿Qué haces tú aquí? —graznó, recogiendo las piernas y sentándose muy recta, como una pantera a punto de saltar. Las risas se acabaron de golpe.

Scott sintió que el calor se le acumulaba en las mejillas, pero no dejó que los nervios doblegaran su determinación. Tragó saliva e intentó sonar lo más firme que pudo cuando dijo:

—Levántate, nos vamos.

—¿Cómo?

—Tenemos que hacer el trabajo de Filosofía, así que déjate de tonterías y vamos a ponernos de una vez por todas.

—Estás loco —repuso ella, soltando una risita incrédula.

—Sí, estoy como loco por aprobar, es un defecto que tenemos el 90% de los adolescentes. — Scott se cruzó de brazos, sin apartar la mirada. El mechón morado de Max ondeaba con el viento húmedo—. Hazme el favor de ser razonable, estoy cansado de repetírtelo.

Ella estaba a punto de contestar a Scott con un insulto, a juzgar por la manera en la que torcía la boca, cuando el chico que estaba a su lado habló con los ojos puestos en él. Tenía cara de malas pulgas y la envergadura de un armario ropero. Scott trató de no encogerse, pero se le había secado la garganta y le temblaba el labio inferior.

—Eh, Max, ¿te está molestando este tío?

—Tranquilo, Sam, no pasa nada —le tranquilizó ella, apartándose el pelo de la frente. Parecía cansada—. Scott se marcha ya.

—No. No pienso marcharme hasta que vengas conmigo.

—Pues suerte con eso, porque no voy a irme. Me estoy tomando una Coca-Cola bien fresquita y estoy taaaan relajada... —Max sacudió las manos en su dirección para indicar que se largara, levantando un coro de risas por toda la mesa.

Ya no eran solo las mejillas; toda su cara hervía de la vergüenza. Se sentía imbécil. No había nada que pudiera decir para convencerla, ninguna palabra ni súplica parecía atravesar la coraza de «chica dura y molesta como un dolor de muelas» que llevaba por bandera.

«Puede que no sirva de mucho intentar razonar con ella», pensó. «Pero, quizás...».

Sin saber muy bien en qué estaba pensando se inclinó sobre Max para coger su bebida y vaciarla contra el suelo. Un olor azucarado surcó el aire, mientras el líquido salpicaba sus botas a medida que impactaba contra los adoquines de la calle. La mesa entera lo observó con la boca abierta, rodeándose de un tenso silencio. Scott estaba seguro de que Max tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas debajo de las gafas de sol.

—Tío, tienes más agallas que un esturión —exclamó una chica rubia, la única que parecía encontrar divertida esa situación.

Scott no contestó y terminó de vaciar la lata. Después, la colocó en la mesa de nuevo y se cruzó de brazos.

—Ya se ha terminado tu bebida, ya nos podemos ir.

El chico al que Max había llamado Sam se levantó de la mesa como si tuviera un resorte y

amenazó con lanzarse sobre él.

—Te vas a cagar, cabronazo.

—¡Tranquilo, ya me lo llevo de aquí! —exclamó Max, levantándose para interponerse entre ellos. Apoyó las manos en el pecho de Sam para hacerlo retroceder mientras le susurraba algo en el oído, Scott no pudo escuchar lo que le decía. Se fijó, entonces, en lo pequeñas que eran las manos de Max y en lo delicadas que parecían a pesar de estar salpicadas de heridas, como un manto de diminutos astros—. ¡Nos vamos, nos vamos! —les dijo al resto, que seguían sentados observando la escena. Agarró a Scott de la sudadera y se lo llevó a rastras. Lejos de la vista de todos, lo empujó contra una pared y se colocó frente a él, con las manos en las caderas. Parecía muy enfadada—. ¿En qué coño estabas pensando?

Él se frotó la espalda, dolorido.

—En que vamos a hacer ese trabajo, te guste o no.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Me lo ha dicho Parker.

—¿Parker? —Max parecía confundida.

—Mi mejor amigo.

—Como si es el obispo de Roma. ¿Cómo sabe ese Parker quién soy?

—Te has vuelto famosa desde que has convertido mi vida en un infierno.

Max resopló.

—¿Tan malo es que no quiera perder mi tiempo con un trabajo de instituto?

—¡Pues... sí!

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Quiero aprobar. Y si es posible, sacar la máxima nota. ¿Esa no es razón suficiente?

—La verdad es que no. —Se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo de su chaqueta de cuero. Sus ojos, algo hinchados y enrojecidos, contemplaron a Scott con suspicacia, aunque ya no había burla en ellos. Era un paso.

—Mira, entiendo que no te apetezca una mierda investigar sobre mitología si las clases te dan igual y tienes cosas más importantes a las que atender (cosa que sigo sin compartir, pero ese es otro asunto). Necesito la mejor calificación posible en Filosofía. No voy a explicarte por qué, no creo que te importe. Con que pongas algo de tu parte...

—Está bien, está bien, cállate de una vez. —Max se frotó las sienes y soltó un suspiro de cansancio. ¿Era impresión suya, o sus ojeras aumentaban de tamaño por momentos?—. Acepto hacer ese estúpido trabajo contigo.

Scott sonrió. El alivio amenazó con derretirle los huesos.

—¿De verdad?

—Ya te he dicho que sí. ¿Dónde lo hacemos? —quiso saber, impaciente.

—Tengo libros sobre mitología en la mochila, así que podemos ponernos en cualquier parque y... —Un trueno resonó a lo lejos, haciendo que Max enarcara una ceja y Scott soltase una

palabrota—. Vale, estar en la calle queda descartado. ¿Tu casa está vacía?

—No. —La mirada de Max se ensombreció y volvió a tensarse. Scott se maldijo por no recordar lo que le había dicho el profesor Taylor sobre la situación familiar tan delicada que atravesaba. Procuraría no volver a meter la pata—. ¿Cafetería? ¿Bar?

—No... no llevo dinero encima. —Scott se rascó la coronilla.

—¿Qué clase de persona sale de casa sin dinero?

—Yo. Es la mejor manera de no gastar tontamente en cosas que en realidad no necesito. Solo cojo dinero cuando sé que voy a comprarme algo, así...

—Me estoy durmiendo, Scott —se burló Max, fingiendo un bostezo. Scott entornó los ojos.

—Tampoco hace falta ser tan cruel. ¿Vamos a una biblioteca?

—Las odio. El silencio que se crea entre sus estanterías me produce dolor de cabeza. No te voy a engañar, igual es la falta de costumbre. Pero no me apetece.

—Podemos ir a mi casa, entonces —le ofreció Scott—. Solo un rato, hasta que mis padres vuelvan de trabajar. Pero es mejor que nada.

—Qué remedio... —murmuró la chica, esperando a que el joven empezara a andar para seguirlo.

Cuando estás acostumbrado a vivir rodeado de oscuridad,  
hasta la llama de una cerilla puede cambiarlo todo.

.....

## 7. *Max*

A Max le sorprendió descubrir que Scott vivía en el corazón de Manhattan, donde se apretujaban edificios tan altos como gigantes, nubes de contaminación más grises que la ceniza y una bulliciosa algarabía que no descansaba aunque se pusiera el sol. Por su carácter tranquilo le pegaba más ser su vecino; vivir, como ella, en el pulmón de Manhattan, donde el tráfico no era la principal fuente de sonido y había más árboles que habitantes.

—Adelante. —Scott la instó a pasar al interior de su casa. Se detuvieron en el salón, mientras Max lo observaba todo con ojos críticos. Era muy curiosa. Apenas había decoración entre el mobiliario blanco; las paredes lucían desnudas, desprovistas de cuadros o fotografías enmarcadas. Todo estaba tan ordenado y limpio que Max sintió la tentación de quitarse las botas para no ensuciar el parqué, pero prefirió no hacerlo a no ser que Scott se lo pidiera. Lo que sí se quitó fue la chaqueta de cuero, dejándola apoyada con mimo sobre el sofá.

—Me gusta tu casa —terminó diciendo, con sinceridad.

Scott negó con la cabeza, algo azorado.

—No es para tanto, en realidad es muy sosa.

¿Cómo la desesperación podía cambiar tanto a las personas? Hace media hora Scott habría sido capaz de enfrentarse al mismísimo Schwarzenegger con tal de que ella accediera a hacer aquel dichoso trabajo. Se había comportado como ella jamás habría esperado: temerario, valiente, algo alocado. Y ahora que todo había pasado y ya había conseguido lo que quería, volvía a ser el mismo sieso de siempre.

Aun así, le caía un poco mejor después de no haberse achantado ante Sam. Le había demostrado que tenía carácter y que sabía pelear por las cosas que le importaban... aunque para ella fueran una soberana estupidez. Ante un posible fracaso no había actuado como el empollón que creía que era. No se había chivado al profesor, ni se había puesto a lloriquear para darle pena. Y eso a Max le gustaba.

—Créeme: es mejor una casa de anuncio de revista que una en la que cuelgan fotos tuyas hasta de la nevera. Es agotador ver tu cara en todos los rincones, sobre todo cuando no quieres verte reflejada —repuso.

—Si alguien ha colgado tantas fotos tuyas es porque te quiere mucho, ¿no?

«Es una buena forma de pensar», se dijo a sí misma, aunque no muy convencida. No estaba

atravesando su mejor momento. Su hermana seguía en el hospital y Max se veía incapaz de ir a visitarla, así que había salido un rato con sus amigos para desconectar. Si era sincera, ni siquiera se había acordado de su cita con Scott. ¿En qué la convertía eso?

—Podemos quedarnos en el salón. Mis padres no llegarán hasta dentro de un buen rato — anunció Scott, acabando con sus divagaciones.

Max se sentó en el sofá y él la imitó manteniendo una distancia prudencial. Lo cierto era que su camiseta, en la que se leía «Me estás robando el oxígeno», no invitaba a acercarse. Fuera, la lluvia comenzaba a descargar sus primeras gotas contra la ventana. Max las oía, tímidas y reconfortantes.

—Vale, empecemos —dijo Scott, abriendo su mochila y sacando tres gruesos libros. Max arrugó el ceño.

—*Los dioses del Olimpo, Diccionario de mitología griega y romana, El gran libro de la mitología griega...* ¿Qué es esto? —preguntó ojeándolos. Eran tan antiguos que estaban como desgastados. Las páginas eran de un tono ambarino y olían a pergamino viejo.

—Para el trabajo. Ya te comenté que trataba sobre la mitología griega.

—Me acuerdo de eso. Me refería a los libros. ¿Son tuyos?

—Sí —contestó Scott, a media voz. Se le veía repentinamente tímido—. Soy un apasionado de la mitología. No solo la griega; también me llama mucho la atención la mitología romana, egipcia, azteca... Siempre he pensado que son historias que merece la pena conocer. Aunque puedan parecer muy distintas entre sí, todas dan una versión poética e introspectiva del mundo para que nos ayuden a conocerlo mejor.

—Mola. —Y Max estaba siendo sincera. Le sorprendía que alguien pudiera llegar a vivir con tanta intensidad a través de las letras. A ella siempre le había resultado difícil disfrutar con un libro porque leer le parecía un ejercicio de reflexión demasiado complicado para una cabeza tan inquieta y llena de ruido como la suya. Admiraba que otros pudieran llegar a hacerlo, y encima con esa pasión.

—Bueno, no todo el mundo opina lo mismo. Para la gran mayoría, solo soy un friki.

—Es que eres un friki, pero eso no quita que las cosas que te gustan sean una pasada.

Scott la miró con extrañeza.

—¿Gracias?

—Oh, vamos, era un cumplido. —Max se metió el pelo detrás de las orejas y apoyó los libros en su regazo—. ¿Qué tenemos que hacer exactamente en este trabajo?

—Elegir un mito griego y exponerlo en clase.

—No sé nada acerca de mitos...

—Eso es imposible. —Scott se inclinó hacia ella. Olía a desodorante y a colonia masculina—. Has tenido que oír hablar sobre Hércules, Medusa, Zeus...

—Eso no me convierte en una experta.

—Experta o no, algo sabes.

—Bueno, sé que Zeus era el Dios supremo o algo así y que se dedicaba a acostarse con todo lo que se movía porque era un cerdo machista y no podía controlar su...

—¡Vale, me ha quedado claro! —la interrumpió Scott, con una sonrisa entre divertida y asustada —. ¿Algo más?

—Supongo que podrías ilustrarme un poco —le propuso, recostándose en el sofá.

La mirada de Scott se iluminó como la de un niño al ofrecerle un caramelo. Durante la siguiente hora le estuvo explicando todo lo que sabía sobre los mitos más famosos de Grecia y los no tan conocidos, pero que guardaban en sus historias la misma magia. Para asombro de Max, no se aburrió en ningún momento. Al revés; le encantó aquella charla sobre cíclopes, sirenas, amores imposibles y venganzas consumadas. Le sirvió para olvidarse de todo, dejar las preocupaciones de su día a día a un lado y sentirse liviana y normal. Como Scott, como cualquier otro adolescente. Aunque solo fuera una hora.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —le preguntó Scott al acabar.

—¿Cómo vamos a elegir solo una de esas historias? ¡Es imposible, todas son maravillosas! —Scott se echó a reír y Max lo imitó, tan relajada que recogió las piernas sobre el sofá. Se había quitado las botas mientras él le hablaba del Laberinto de Creta.

—Ya, pero tenemos que escoger una. Así que... ¿cuál te ha llamado más la atención?

—¿Quieres que elija yo el mito?

—Después de lo que me ha costado convencerte para hacer este trabajo, es lo de menos.

Max cabeceó, divertida.

—No seas llorón. Déjame pensar, a ver... —Se llevó una mano a la barbilla y frunció sus finos labios—. ¡Ya lo tengo! —exclamó, incorporándose de golpe—. El mito de Orfeo y Eurídice.

—No pensaba que fueras una romántica —dijo Scott, con una sonrisa pícaro.

—Y no lo soy. Pero esa historia me ha gustado mucho.

—Bien. Si te parece, podemos empezar el trabajo la semana que viene. Mis padres tienen que estar a punto de venir.

—Claro, también es hora de que vaya a casa. —Toda la paz que sentía se desvaneció de un soplido tan frío como la escarcha. Imaginó su casa rodeada en sombras, la cara de su madre cubierta de lágrimas, el silencio que arrastraba la falta de Allison. Se calzó y recuperó su chaqueta de cuero, devolviéndole a Scott sus libros y poniéndose en pie—. ¿Nos vemos la semana que viene, después de clase?

—Perfecto. ¿Quieres llevarte alguno? —Señaló los libros—. Puedo prestártelos si quieres...

—No, muchas gracias. Me queda un largo paseo hasta casa y no quiero que se mojen. Ya te los robaré otro día, cuando no te des cuenta —le anunció.

Scott soltó una pequeña risa y ambos se miraron, indecisos sobre cómo debían despedirse. Siempre que se habían visto, cuando Scott la perseguía por los pasillos, Max se limitaba a darle la espalda y enseñarle el dedo corazón. Ya no lo odiaba (realmente nunca lo había odiado), pero le costaba encontrar la manera de devolverle toda la amabilidad y paciencia que había tenido con

ella. Ella no era amable, ni paciente.

—Bueno... nos vemos —susurró Scott, tan visiblemente incómodo como ella.

—Sí, nos vemos —terminó diciendo ella, acercándose a la puerta principal sin esperar a que la acompañara—. Adiós.

La abrió con prisa y la cerró a sus espaldas sin echar un último vistazo por encima del hombro. Una vez en la calle, Max caminó sin rumbo aunque se dirigiera a su casa, como una brújula estropeada. Había amainado, pero el cielo se veía oscuro sobre su cabeza y las calles estaban mojadas. Su cuerpo seguía allí, moviéndose; su mente estaba muy lejos. Pero, a diferencia de otras ocasiones en las que la perdía, cientos de historias fantasiosas erigidas entre templos y seres que solo habitaban sueños tiraron de los hilos de su memoria hasta anclarla al presente de nuevo. Y Max, que nunca había sido de las que obedecían a los designios del corazón, sonrió.

Hola, papá:

Nunca te gustó que llorara. Decías que era de débiles, que no había nada lo suficientemente malo en este mundo para merecer mis lágrimas. La última frase me inspiraba valentía. Tú me inspirabas valentía, siempre tan resolutivo y capaz. Pero había momentos en los que se me humedecían los ojos y no encontraba otro consuelo que llorar, llorar y llorar hasta vaciar mi corazón. Quebrarme para poderme recomponer cuando el llanto cesara.

Y entonces recordaba esa primera frase que siempre decías: «Llorar es de débiles, Max. Tú eres una chica fuerte». No, papá. Ahí está el problema. Nunca lo fui. Era una niña que se sentía a veces bien y a veces mal. Cuando estaba bien, reía. Cuando estaba mal, lloraba. El equilibrio que todos necesitamos para regular lo que sentimos. Los opuestos no tienen que ser malos. A veces se complementan. Me quitaste una parte de mí, me enseñaste a ocultar la tristeza para ser fuerte.

Y me hiciste la chica más débil de todo el jodido planeta.

Quiero llorar la mayor parte del día, pero no puedo. Solo sucede cuando duermo, y apenas soy consciente hasta que me levanto y encuentro la almohada empapada de lágrimas. Quiero sentir, pero sigo golpeando primero. A lo mejor debería dejarme vencer y comprobar si así se agotan estas constantes ganas de destruir todo lo que me rodea. Me molesta. Vivir me molesta.

Quizás la molestia sea yo.

Max

## 8. *Scott*

Las tripas le rugían con la ferocidad de un león cuando sonó el timbre. Scott se apresuró a guardar los libros en la mochila y salió de clase el primero, sin esperar a que la profesora de Literatura terminara de explicar las novelas que tenían que leer ese trimestre. Ya se enteraría mañana.

Scott caminó por los pasillos del instituto extrañamente feliz. Había dormido un poco más porque sus padres no habían discutido a primera hora de la mañana, se había comprado un donut glaseado en un Dunkin' Coffee de camino al instituto y las preocupaciones que llevaban días atormentándole, como polillas atraídas por una luz brillante y cegadora, se habían evaporado desde que Max había aceptado hacer el trabajo de Filosofía con él. Para cualquier otra persona sería una tontería, pero él sentía que el futuro en Tennessee estaba de nuevo al alcance de su mano. Mejor dicho, de sus pinces.

—¡Buenos días! —saludó a Parker con efusividad y una palmada en el hombro. Le esperaba a la entrada del comedor, como siempre.

—¡Vaya, el primer día que te veo siendo persona! ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó su amigo con malicia, devolviéndole la palmada en forma de capón.

—Yo siempre soy persona, idiota.

—Lo que tú digas... Entremos de una vez, no quiero que nos quedemos sin patatas.

Pero para desgracia de Parker, cuando quisieron llegar al mostrador, ya no quedaba ninguna. Su amigo se puso a gritar: «¡Injusticia!», «¿Para esto pagan mis padres el comedor?», y los cocineros les amenazaron con no dejarles comer si no cerraba el pico. Scott obligó a Parker a callarse y se apresuró a llenar su bandeja de pescado mientras el comedor entero los observaba como si fueran dos bichos raros. «Tampoco van mal desencaminados», pensó Scott.

—Un día de estos voy a matarte —le amenazó Scott cuando se sentaron en la mesa más alejada que encontraron, el uno frente al otro.

—No es justo que los de segundo tengan acceso a la comida primero porque salen más pronto de clase. ¡El profesor Evans les deja salir diez minutos antes para irse a fumar! Es una puta injusticia.

—Nosotros también nos beneficiamos de su adicción al tabaco cuando íbamos a segundo. Es el ciclo de la vida.

—Es una mierda, eso es lo que es. El profesor Evans es un...

—Oh, llego en la parte interesante. —Para sorpresa de ambos, Max apareció con su bandeja y se

sentó al lado de Scott. Creía que ella no había pisado el instituto ese día porque no la había visto en clase de Filosofía ni tampoco por los pasillos. Pero allí estaba, con la misma sonrisa descarada de siempre. Max se metió un cacho de pescado en la boca y miró a Scott, sus ojos azules nadando en destellos de inocencia—. ¿De qué estabais hablando?

Si tuviera que comparar la expresión de Parker con algún cuadro, sería *El grito*. Tenía las manos apoyadas en la barbilla, los ojos abiertos como los de un búho y la boca formaba una «o» tan perfecta que Scott podía ver lo que estaba masticando justo en el instante en el que Max los había interrumpido. «Tierra llamando a Parker, tierra llamando a Parker. ¡Deja de hacer el ridículo!». Lo fulminó con la mirada hasta que su amigo volvió a parpadear. Scott lo comprendía a medias: nunca se habían relacionado con chicas y Parker estaba más interesado en lo que podía surgir de una amistad que en la amistad en sí. Pero aquello no iba a cambiar si seguía comportándose de una manera tan extravagante.

—Pues... hablaba del profesor Evans y de su tabaquismo —farfulló el chico, dándole patadas por debajo de la mesa a Scott, que tuvo que devolvérselas para que le dejara en paz. Le estaba poniendo nervioso.

—Ya, tiene que tener los pulmones nadando en alquitrán. Pero bueno, así nos saltamos algunos minutos de clase —repuso Max, con indiferencia.

—Visto así... —murmuró Parker, aún tan descolocado que poco podía hacer más que observarla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Scott. Ahora que la observaba más de cerca, se dio cuenta de que tenía un agujerito en el lado derecho de la nariz. Un *piercing* que se habría cansado de llevar, imaginó.

—Venía a hablar de ese no tan aburridísimo trabajo de Filosofía.

—Has estado investigando mitos, ¿verdad?

—Reconocerlo hundiría mi reputación, así que borra esa estúpida sonrisa de la cara o voy a tener que quitártela yo de un guantazo.

Scott soltó una risotada ante aquella amenaza tan salvaje y Max lo imitó, seguidos por una carcajada a destiempo de Parker.

—¿Qué querías comentarme, entonces?

—Tenemos que pensar cómo queremos presentarlo. El profesor Taylor valora la originalidad más que el mito en sí, así que deberíamos plantearnos hacer una presentación poco común. Nada de recitar un rollo como loros.

—Es buena idea, ¿se te ha ocurrido algo?

—Eh, yo he querido hacer algo distinto. Ahora te toca a ti pensar qué vamos a hacer —respondió, a la defensiva.

—Menudo morro tienes...

—Es sentido común.

—Por suerte, todavía nos quedan dos meses para presentar el trabajo. Hay tiempo de sobra. —

Scott obvió las señas que le estaba haciendo Parker para que lo incluyera en la conversación y se giró más hacia Max—. ¿Cuándo vas a querer que nos veamos?

—Yo creo que con quedar un par de días a la semana nos dará tiempo a prepararlo todo. Podemos vernos alguna vez aquí, en el comedor, y así hacemos algo productivo mientras comemos.

—Comer ya es algo productivo.

—Habla por ti —repuso Max—. Siempre tengo la sensación de que me estoy perdiendo cosas interesantes mientras dejo el plato vacío.

—Eso es porque todavía no has encontrado algo que te encante —soltó Parker, modulando su voz de adolescente (esa que siempre estaba a medio camino entre desagradablemente aguda y no lo suficientemente grave) para hacerla más profunda e imitar a un galán.

El resultado fue bastante patético.

—Los postres me encantan. Sobre todo los que llevan nata. —Scott suspiró aliviado de que ella lo hubiera dejado pasar, mientras Parker mantenía su sonrisa “sensual”. Y la pasta con pesto también.

—Menudo ejemplo has puesto. No podría haber dos sabores más dispares.

—Soy una persona de gustos peculiares y asimétricos, Scott.

—Y qué lo digas... —Él señaló con su barbilla la camiseta que Max llevaba puesta. Era oscura y tenía estampado el nombre de una banda: «Tokyo Police Club». Scott no había oído nada suyo, pero sabía que eran un grupo *indie*. Nunca le había encontrado la gracia a ese tipo de música. Le parecía muy lenta y aburrida—. Ya me dirás qué tendrá que ver la camiseta de Muse que llevabas el otro día con este grupo.

Max puso los ojos en blanco.

—Por favor, otro puritano de la música no...

—¡No soy ningún puritano! Pero ¿en qué se parecen?

—En nada, y esa es precisamente la gracia de todo. Me apasiona la música *indie*, pero no me cierro ante otro estilo, y eso incluye el rock. Tampoco hago distinciones entre el antiguo y el más moderno. Limitarse en el magnífico universo musical que tenemos sería como cortarse las alas si tuviéramos la oportunidad de volar.

—Matt Bellamy es Matt Bellamy. —Se obstinó Scott.

—¿Has escuchado alguna canción de Tokyo Police Club, genio?

El chico negó con la cabeza.

—Pues cuando lo hagas, tendrás que darme la razón en una cosa. —Max se puso en pie y se inclinó sobre Scott. Sonreía con condescendencia—. El pasado es un buen sitio al que asomarse siempre que no impida que dejemos de observar el presente. —Les guiñó un ojo a ambos y se despidió con un cabeceo—. Tengo que ir a clase, se me hace tarde. ¡Nos vemos!

A Scott no le dio tiempo a replicar. Max había salido del comedor disparada como una bala. Era increíble lo distinta que era a su primer encuentro. Se preguntó qué versión de ella se aproximaría

más a la Max real, y se sorprendió deseando que fuera la de la comida. Era... agradable poder conversar con ella sin sentir que iba a largarse de un momento a otro. Aunque, por otra parte, era lo que acababa de hacer.

—¡Tío! ¿Qué coño acaba de pasar?

—No hay tiempo para tus tonterías, nos toca gimnasia —replicó Scott, poniéndose en pie.

—¿Desde cuándo eres amigo de una tía como esa?

—¿Una tía como esa? —Scott estaba confuso.

—No te hagas el tonto, ¡está tremenda!

—¡Cállate! —le exigió, notando cómo sus mejillas se llenaban de calor.

Objetivamente, Max era guapa. Muy guapa. A pesar de tener el ceño fruncido constantemente y sonreír solo cuando quería burlarse de alguien. Por eso Scott no entendía por qué se sonrojaba al pensar en ello. Era algo que se podía demostrar desde la evidencia científica. Como decir que el agua moja o que su padre tenía un 80 % más de probabilidades de morir prematuramente por fumar. Las chicas guapas siempre habían existido. Quizás se le hacía raro que una de ellas se diera cuenta de que él existía también.

—¿Podemos comer con ella todos los días? ¡Seguro que tiene amigas que me puede presentar! Así, mientras tú sales con ella, yo...

—No salgo con ella ni con nadie, Parker. Así que cierra la boca y déjame en paz.

Pero ni por esas se dio por vencido. Mientras se cambiaban en los vestuarios, no dejó de preguntarle cosas sobre Max. Desde cuándo hablaban, qué habían hecho en su casa, si le había propuesto ir con ellos a la tienda de cómics. Scott hizo oídos sordos y optó por no responder a nada de lo que Parker preguntara, pero ni aun así lo dejó en paz.

Cuando terminaron las clases, a Scott le dolía la cabeza. Inconscientemente buscó a Max con la mirada, pero no la vio por ningún lado, así que volvió a casa pensando en ella.

Sus padres seguían trabajando, por suerte. Apenas tenía deberes, así que se encerró en su cuarto para dibujar. Encendió la lamparita que tenía sobre la mesa porque el atardecer no tardaría en oscurecerlo todo y sacó sus lápices. Un rizo rebelde cayó sobre sus ojos mientras los ordenaba por tamaños de mina, una manía que tenía desde hace años. Con aire distraído, se apartó el pelo de la cara y encendió el ordenador para buscar algo de música. Por raro que pudiera sonar, el silencio lo distraía.

«¿Has oído alguna canción de Tokyo Police Club, genio?». La voz reprobatoria de Max se coló en sus pensamientos y, mordiéndose el labio inferior, tecleó el nombre del grupo en YouTube. Pinchó la primera canción que salió en la pantalla: *Breackneck Speed*. Se puso los cascos, subió el volumen al máximo y escogió el lápiz con la mina más fina. Jugueteó con él entre sus dedos mientras el potente ritmo de la canción avanzaba hasta convertirse en un estridente solo de guitarra que le hizo cabecear a su compás. Parecía que la voz del cantante sangraba de nostalgia, llenando de verdad cada estrofa, cada palabra. «El pasado es un buen sitio al que asomarse siempre que no impida que dejemos de observar el presente».

Max tenía razón. Esa canción era una auténtica pasada.

Miro a mis espaldas, tratando de cambiar lo que soy.

Lo que fui me persigue más rápido que mi sombra y es más persistente.

Nunca pensé que fuera posible equivocarme cuando ya me había equivocado.

.....

## 9. *Max*

Max odiaba los hospitales porque sentía que le robaban el oxígeno. Las paredes blancas (todo era tan blanco que mareaba) parecían aprisionarla como un ataúd sobre el que van arrojando tierra hasta cubrirlo por completo. A cada minuto que pasaba se sentía peor. Se le encogía el estómago, temblaba de arriba abajo, el corazón le latía tan rápido que temía que explotara, le sudaba todo el cuerpo, hacía frío, mucho frío. Lo notaba en los huesos. Como si el hospital los transformara en hielo y tiraran de ella hacia el suelo, buscando ahogarla en la tierra mientras se deshacían.

—Venga, es hora de entrar. —La voz de su madre la sacó de su ensoñación y Max se apresuró a seguirla al interior del hospital Bellevue.

Max reprimió un escalofrío y se sentó en la sala de espera mientras Diana se acercaba al mostrador. Estaban allí para recoger a su hermana. Llevaba varios días ingresada en el hospital, entre pruebas y más pruebas. Max no podía dejar de pensar en lo que eso implicaba, pero trataba de evitarlo. Su madre ya estaba sufriendo bastante, no necesitaba más drama. Tenía que ser fuerte. Por ellas.

Ver aparecer a Allison por el pasillo acompañada por su nuevo doctor fue un alivio. Su hermana tenía la larga melena rubia recogida en un moño deshecho y una mueca que apenas podía considerarse sonrisa. Llevaba puesta la misma ropa con la que ingresó en el hospital: un jersey rojo fino y unos vaqueros. Estaba muy pálida, apagada, como una canción de desamor. Pero en cuanto sus miradas se cruzaron, Allison revivió para correr hacia ella y Max apenas tuvo tiempo de levantarse antes de fundirse en un abrazo con el que logró encontrarse. El contacto con ella incendió el hielo que la cubría, convirtió la inquietud en mariposas y la salvó de sus peores temores. Sentir que había perdido algo antes de haberlo perdido realmente era una emoción con la que estaba acostumbrada a vivir, pero el dolor cada vez era más intenso. Y más difícil de sobrellevar.

—¿Estás bien? —le susurró al oído. Le seguía costando respirar.

—Ahora sí —contestó Allison, abrazándola más fuerte.

—¡Mi pequeña! —Diana apareció y Max se separó de Allison para que pudiera darle un abrazo a su madre.

Las observó con expresión triste, aunque sonriendo al escuchar cómo Diana se había referido a ella. Allison tenía veinticuatro, siete años más que Max, pero su madre la llamaba siempre «mi

pequeña».

—¿Qué tal todo, Diana? —Las tres giraron la cabeza al oír al doctor aproximarse. Aquel hombre le pareció simpático, con su gracioso bigotillo y su frente llena de arrugas.

—Doctor, dígame, ¿cómo está mi pequeña? —Su madre estrechó a Allison contra su pecho y esta protestó, entre risas.

—Será mejor que hablemos en mi despacho. —Ya no había calidez en su voz.

Diana se giró hacia Allison y le dio un beso en la nariz. El miedo volvió a devorar a Max cuando su madre le dedicó una mirada seria y esperanzada a la vez, cargada de un significado que ella no supo descifrar. Ese era uno de sus problemas: trataba a Max como una adulta cuando ella sentía que todavía era una niña que se escondía y lloraba debajo de un escritorio.

—Espera con tu hermana, ¿vale? Ahora vuelvo.

Allison asintió y Max la condujo hacia los sillones de la sala de espera, mientras los dos adultos desaparecían por el pasillo. Max recostó la cabeza en el hombro de su hermana y cerró los ojos. Volvía a tener miedo. Solo oía el latido de su corazón, enloquecido.

—No te preocupes —le dijo Allison, con su dulce voz—. Todo llega y todo pasa. Saldremos adelante.

—A veces me cuesta creerlo, Ali. Es... como escalar una montaña solo para llegar a la cima y volver a caer. Una y otra vez, una y otra vez. Ya no me quedan fuerzas para escalar de nuevo.

—Yo te presto las mías.

—¡Ese es el problema! —Max se incorporó y la miró a los ojos. Le ardía el pecho—. Tú... tú eres la que está sufriendo. La que lleva sufriendo mucho tiempo. No tengo derecho a sentirme así. Lo mío no es nada comparado con lo que estás atravesando tú.

—Sentir no es una competición, Max. Podemos sufrir lo mismo por causas distintas, tu dolor no desmerece al mío. Deja de pensar así.

Allison le sonrió con ternura y se cogieron de la mano. A Max le sorprendía lo bien que encajaban sus pequeños dedos con los de Allison, alargados y finos.

—Pero... la enfermedad...

—Nunca la llamas por su nombre, me he dado cuenta. —Allison parecía mucho más tranquila que ella pese a estar hablando de un tema tan delicado—. ¿Por qué?

—Creo que es como algunos fantasmas que, si los nombras frente al espejo más de diez veces, aparecen para asesinarte. Siento que hablar de ella la traerá a nuestras vidas de nuevo, de una manera u otra.

—Si eso sucede, volveremos a superarla. Quién sabe, igual todo esto es solo una falsa alarma...

El optimismo que destilaba su voz tuvo el efecto contrario en Max, que apretó la mandíbula.

—Con esta enfermedad no existen falsas alarmas.

—¿Qué sería de la vida sin esperanza? Ya sé que es complicado, pero me gusta creer que todo va a salir bien.

—¿Y si no sale bien?

Allison le dedicó una tierna sonrisa.

—Ya es hora de que lo haga alguna vez, ¿no?

Max iba a replicar que no podía confiarse cuando vio a su madre aparecer por el pasillo de nuevo. Su cara no traslucía ninguna emoción.

—¿Volvemos a casa? —les preguntó.

Su voz sonaba como un ruego.

Al llegar, Max subió las escaleras sin quitarse el abrigo y se encerró en el cuarto de baño. «Recuerda que sabes respirar aunque ahora no sepas cómo», se dijo, mientras se mojaba la cara con agua fría. Era la mejor manera de retomar el contacto con la realidad y dejar de pensar. En Allison, en el hospital, en su futuro, en todo. «Respira, aunque no sepas cómo. Sigue respirando. Sigue respirando».

Respiró.

Respiró.

Respiró.

Respiró hasta que recordó que podía hacerlo.

Cerró el grifo y contempló su reflejo. El azul de sus ojos temblaba, al igual que su boca. Se secó la cara a toda velocidad y salió al pasillo. Le sorprendió encontrarlo todo apagado, incluso el salón, así que se metió en su habitación directamente.

Allison estaba tirada sobre su cama, ojeando un libro.

—Mamá tiene razón: esto es una pocilga —comentó, sin dejar de pasar páginas.

—No es para tanto. —Lo era. Ropa por el suelo, la guitarra en el escritorio, papeles tirados de cualquier manera—. ¿Qué haces aquí?

—Mamá se ha metido ya en la cama. No puedo estar en mi cuarto, la oigo llorar —respondió. ¿Cómo conseguía sonar indiferente y, a la vez, tan rota? Max entreabrió los labios, buscando algo que pudiera decir para consolarla, pero Allison alzó la cabeza y le mostró el libro—. ¿Qué es esto?

Max soltó una risotada mientras se quitaba el abrigo.

—*Introducción a la mitología griega* —leyó el título en voz alta, se encogió de hombros—. Nada, es un libro sobre mitos antiguos.

—No sabía que te gustara leer.

—Y no me gusta, pero tengo que hacer un trabajo con Scott y...

—¿Quién es Scott? —Allison embadurnó cada palabra de maliciosa curiosidad y alzó las cejas varias veces seguidas.

—Un compañero de clase de Filosofía. Vamos a hacer un trabajo sobre el mito de Orfeo y Eurídice, así que me estoy documentando.

—¿Estudiando por encima de tus posibilidades? No te creo.

Max se mordió la lengua. «Ojalá pudiera decirte abiertamente que no soy la vaga y la mala

estudiante que en el fondo vosotras creéis que soy. Ojalá pudiera dejar de sentirme un fracaso a tu lado, pero si hablo solo te causaré más dolor. Y es lo último que quiero».

—Di lo que quieras, es la verdad. —Intentó sonar despreocupada.

Allison ahuecó la almohada y se volvió a tumbar, girada hacia Max. Sonreía, su mirada castaña brillando de ilusión.

—¿Por qué no me lees uno de esos mitos?

—¿Yo? —Max sabía que era una pregunta estúpida, no había nadie más en la habitación—. Ali, no sé si...

—Por favor, me apetece mucho escucharte.

—¿No prefieres que cante algo con la guitarra? Eso también te gusta.

—Hoy no. —Allison negó con vehemencia e hizo un puchero—. Por favor.

—Está bien. «La caja de pandora» —Max resopló, se sentó frente al escritorio y comenzó a recitar, aclarándose la garganta—. Zeus, el padre de todos los dioses, estaba ávido de venganza contra Prometeo, un titán que había robado el fuego para llevárselo a los humanos. Él ya había recibido su castigo, encadenado para siempre en una roca a merced de un águila voraz que volvía para comerse su hígado cada noche, ya que al ser inmortal se iba regenerando. Pero la humanidad también debía ser castigada, así que Zeus ordenó a Hefesto, el dios herrero, que creara a la primera mujer sobre la faz de la Tierra. Una mujer tan bella como las diosas y dotada con cada uno de sus atributos: sensualidad, gracia, pasión e inteligencia, pero también con el don de la mentira y el engaño. La llamó Pandora. —Hizo una pausa para pasar de página y siguió leyendo—: Diseñada especialmente para enamorar a Epimeteo, el hermano de Prometeo, ambos terminaron contrayendo matrimonio. De los dioses recibieron un regalo en forma de pequeña caja que no debía ser abierta bajo ninguna circunstancia. Pero Pandora era humana, y la curiosidad late en la sangre de cada humano, así que no pudo resistirse y abrió la caja. Aquel acto tan simple dejó escapar todos los males que asolarían la humanidad durante el resto de los tiempos, incluyendo enfermedades y muerte. Pero algo más les fue concedido a los humanos. Algo que anidaría siempre en sus corazones, a pesar de los tormentos que atravesarían en vida.

Alzó la mirada y vio a Allison dormida. Su pecho bajaba y subía con lentitud, y su expresión era plácida. Max cerró el libro con una sonrisa, se levantó de la silla y la cubrió con una manta. Se inclinó sobre su rostro y le dio un beso en la frente. Su hermana se revolvió, pero no abrió los ojos. Estaba soñando, muy lejos de allí. Max notó que se le humedecían los ojos.

—Esperanza —susurró, tan bajo que apenas podía oírse—. Les quedó la esperanza.

Hola, papá:

Las amistades siempre me han resultado complicadas. Y perdonar tampoco es que se me dé muy bien. Desconfío mucho de la gente y siento que me decepcionan muy rápido. No paso ni una.

Bueno, a ti sí. Tú eres la excepción a todas mis reglas. Quizás porque eres más que un amigo. Sigues siendo mi padre.

Antes de que te marcharas, tenía muchos amigos. Ya no recuerdo sus caras, pero sí algunos nombres. Amy, Sarah, Daniel, John... Jugábamos juntos en los recreos y algunas tardes en el parque. Después, te fuiste. Y yo me transformé. Me volví demasiado irascible. Un volcán que amenazaba con entrar en erupción cada vez que me sentía observada, juzgada con cada mirada de lástima, comprensión o compasión. Perdí a esos amigos y me aislé del mundo. De todos los que habitaban en él. ¿Para qué integrarme, si apenas podía aguantarme yo? La gente se cansó de esperarme, y no les culpo. Yo tampoco querría estar con alguien que está todo el tiempo enfadado, con cara de culo y que parece que va a asesinarte cuando abres la boca.

Me empecé a sentir comprendida cuando me rodeé de incomprensidos. Chicos y chicas que no seguían las normas porque sus límites cortaban. Debbie, Sam, Roberto, Alyssa, James... Formamos un grupo peculiar y quizá demasiado conflictivo, pero siempre hemos respetado los problemas que nos llevaron a ello. Los problemas que nos hicieron así, con todas nuestras luces y sombras.

Somos más de sombras que de luces. Ya lo habrás imaginado. Yo no cuestiono sus movidas, ni ellos cuestionan las mías. Mantenemos un buen equilibrio: me arropan con sus locuras y me hacen sentir parte de algo. Aunque me cuesta mostrarles mi cara oculta. Los ríos de lava que escapan del volcán que es mi carácter suelen intimidarlos, a mí también me queman. Aunque mucho menos, claro. Protegerse nunca está exento de daño. Por eso sigo haciéndolo.

Max

## 10. Scott

—¿Quién ganaría la medalla de oro en los cien metros lisos: Flash o QuickSilver? —preguntó Parker, serio, sin levantar la cabeza de los cómics que estaba ojeando.

—¿Bromeas? Flash le da mil vueltas a QuickSilver —respondió Scott, enfrascado en su tebeo. Era una historia de zombis muy sangrienta e interesante.

—Pero QuickSilver es capaz de ralentizar el tiempo hasta casi detenerlo de la velocidad que alcanza. Esquiva balas como dios. Y puede llegar a crear copias de sí mismo.

—Si se fusionaran el Barry Allen de los cómics y el de la serie, Flash no tendría rival. Caitlin y Cisco son unos científicos de puta madre y podrían hacerlo mucho más veloz. Y si las cosas se pusieran realmente feas, encontrarían la manera de clavar las botas de QuickSilver al suelo o conseguirían que su velocidad se volviera en su contra y terminara por derretirle todo el cuerpo. Algo así.

—No sé, no sé...

—Te recuerdo que Marvel organizó una súpercarrera de velocistas, QuickSilver incluido, y ganó un tal Buried Alien que, casualmente, llevaba restos de un traje rojo y amarillo como el de Flash.

—Suena sensato, me has convencido.

Scott sonrió de lado y dejó el tebeo en la estantería. Estaba pasando la tarde del sábado en su tienda de cómics favorita, junto a Parker. Aquella librería, apenas transitada y llena de estanterías con cómics ordenados por temática de superhéroes y aventuras gráficas, era su santuario. Iban cada semana, los dueños los saludaban por sus nombres y allí tenían un descuento especial. Scott se sentía más querido que en su propia casa.

—¿Vas a comprar algo? —le preguntó a Parker, metiéndose las manos en los bolsillos de la cazadora.

—No sé. ¿Tienes prisa?

—Estaba pensando en avanzar con el trabajo de Filosofía antes de cenar.

—Ah, sí, el coñazo ese. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Estamos consultando distintas fuentes que hablan del mito de Orfeo y Eurídice y la semana que viene empezaremos a redactarlo.

—Había olvidado la suerte que has tenido con tu compañera. —Parker frunció el ceño mientras examinaba un tebeo de *Hellboy*—. ¿Qué tal es trabajar con Max?

Scott pasó por alto su primer comentario y pensó bien la respuesta. Max era muy creativa, tenía que reconocerlo, y la veía ilusionada con el proyecto, aunque de momento no hubieran encontrado algo rompedor que mereciese una matrícula.

—Sin más. Nos complementamos bien —respondió, tratando de sonar indiferente. Alguien acababa de entrar a la tienda con una bolsa de palomitas y el olor a maíz le abrió el apetito—. Oye, ¿vamos a pillar algo de comer?

—¡Por fin propones planes interesantes, mi joven aprendiz! —A Parker le encantaba dárselas de rebelde aunque lo más apasionante que había hecho era quedarse encerrado durante toda una noche en el Museo Tenement. Scott todavía no se explicaba cómo había sucedido, pero a su amigo no le gustaba entrar en detalles—. Por cierto, antes de que nos marchemos... —Sostuvo dos cómics en alto, uno en cada mano: a la derecha el primer número de *Supergirl*, a la izquierda el de *Doctor Extraño*—. ¿Cuál me compro?

—*Supergirl*. —Scott fue tajante. Puede que Marvel les ganara en cinematografía, pero DC seguía coronándose como el rey de las grapas.

Parker le hizo caso y, tras pagar, salieron a la calle. Compraron un par de perritos calientes y se los comieron mientras paseaban entre la muchedumbre despistada y ausente.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —le preguntó Scott.

—Lo que tú quieras, cariño. —Parker puso voz de chica y dio un montón de besos al aire.

—Eres tontísimo, Parker.

—¡Eh, Scott! ¿Entramos ahí? —Parker no se dio por aludido y señaló una tienda de ropa para hombres. En el escaparate había dos maniqués que vestían trajes elegantes y distinguidos. Era evidente qué era lo que había llamado su atención: la chaqueta de uno de esos trajes estaba decorada con el famoso rayo de Harry Potter.

—No te va a quedar bien, Parker.

—Me da igual. Quiero probármela.

Decidido, lo arrastró al interior de la tienda. De poco sirvieron las protestas de Scott, aunque al menos consiguió que se limpiara los restos de la salsa del perrito de la cara. El dependiente los miró como su profesor de gimnasia mientras curioseaban, buscando la chaqueta. La tienda era acogedora. Apenas había gente, hacía un calorillo agradable y olía a mueble recién estrenado.

—¡Aquí está! —Parker sonrió cuando la encontró, triunfante—. ¡Voy a probármela!

Scott lo acompañó a los probadores y se quedó fuera, en los sillones para los acompañantes. En ese momento de calma fue consciente de la presión que sentía en el pecho. El paseo con Parker le había venido bien para despejarse de entregas y estudios, pero seguía sin ser suficiente. La ansiedad se había convertido en su sombra. La notaba en el pecho cuando no se concentraba en el estudio, en el estómago cuando se aproximaba un examen, en los pensamientos de «no podrás con esto», «te quedarás en esta casa para siempre», «la pintura nunca será lo tuyo» que le asaltaban cuando veía el calendario.

Pero merecería la pena. Todo aquello merecería la pena cuando dejara atrás Manhattan y solo

quedaran él y sus cuadernos de dibujo. Estaba seguro.

—¿Qué te parece?

Parker interrumpió sus cavilaciones cuando abrió la cortinilla del probador y salió caminando como si estuviera en una pasarela de modelos. La chaqueta combinaba de pena con sus vaqueros rotos, pero era muy bonita. El dorado de los rayos sobre el negro le daba un rollo estiloso. Scott rio mientras Parker fingía posar para la prensa y hacía el tonto. Le pareció oír al dependiente bufar.

—La verdad es que te queda muy bien. Pero necesitas ponértela con otros pantalones.

—Ya, es una pena que sea tan cara. —Parker se miró desde todos los ángulos posibles en un espejo enorme que vestía la pared—. No puedo gastarme ochenta dólares.

—Si ya sabías el precio, ¿para qué montas todo este espectáculo?

—Me hacía ilusión. Mira, ¡ven!

Parker le obligó a entrar al probador y le mostró una camisa que colgaba de una percha. Era de un rojo intenso parecido al vino, y tenía finos bordados en forma de pluma de un tono más apagado por toda la tela. Era muy bonita. La clase de ropa que se pondría si acostumbrara a ir al teatro o a pasear por Union Square.

—¿Qué pasa con la camisa? —quiso saber Scott, acariciando la tela sedosa.

—Pruébatela.

—¿Cómo?

—Pruébatela, ya verás qué bien te queda.

Parker podía ser muy cansino a veces, así que Scott aceptó probársela, pero primero lo echó del probador. Le sorprendió lo bien que se ajustaba a su torso tras cerrar los botones negros. Pero la verdadera sorpresa llegó cuando se vio reflejado. Le sentaba realmente bien, parecía hecha a medida. El rojo resaltaba sus facciones y le hacía parecer más maduro. Y... atractivo.

—Vaya, y yo que pensaba que lo único elegante que podría vestir era el jersey de Batman —murmuró, peinándose los rizos y alisando la tela.

—¡Scott! ¿Qué tal? —Parker abrió la cortina de repente. Estaba demasiado emocionado sin razón.

—Es perfecta para mí, y encima barata —respondió, echando un vistazo a la etiqueta—. Pero no sé si...

—Tú no te preocupes por el precio, que pago yo.

—¿Disculpa? —A Scott estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas.

—Oye, ni que fuera un rata. Me hace ilusión regalártela, ya está.

—¿Dónde está la trampa, Parker?

—Vale, me has pillado. —Parker soltó una risita y se colocó a su lado frente al espejo. Scott le sacaba media cabeza y, dentro de su delgadez, parecía mucho más fuerte—. Te la regalo con una condición.

—¿Cuál?

—Tienes que ponértela el día que pierdas la virginidad.

—PARKER.

—¿Qué? Quiero verte triunfar, Scott. Y con esta camisa tienes el éxito asegurado. ¿No te sientes... poderoso con ella? ¿Distinto, como más especial?

Scott se contempló una vez más. Por mucho que le costara, tenía que darle la razón. Estaba muy guapo. Pero no se sentía distinto. Se sentía igual, como los demás. Eso le ayudó a decidirse: devolvió la camisa y le dijo a Parker que se gastara el dinero en invitarle a cenar tres *pizzas* barbacoa. La sonrisa de Parker era todo dientes cuando salieron de la tienda.

Las elecciones que me han traído aquí también me dejaron desnudo a merced del viento.

Solo me temo a mí.

.....

## *11. Max*

Solo había una cosa que la calmara casi tanto como tocar la guitarra: salir a correr. La época en la que Allison empeoró y tuvo que dejar el instituto, Max se agobiaba mucho en casa. Sentía que no le salía la voz y los dedos le temblaban tanto que era incapaz de pulsar las cuerdas de la guitarra. Por aquel entonces confiaba demasiado poco en su talento como para salir al exterior con su instrumento y dejar que el viento silbara al compás de sus acordes. Así que un día salió a la calle a respirar, sola, y se descubrió corriendo hasta que el cansancio envió agujas a sus pulmones y agarrotó sus piernas. Extrañamente, aquel dolor quedó en un segundo plano comparado con todo lo bueno que el deporte le hizo sentir. Nunca había liberado tantas endorfinas como cuando había corrido por Central Park en plena lluvia otoñal.

Todo eran ventajas cuando el mundo amenazaba con desmoronarse a su alrededor.

Últimamente, tenía el deporte un poco abandonado. Por eso había protestado tanto cuando Debbie se plantó frente a su ventana, ataviada con un chándal y una cinta rosa en la frente, y le pidió a gritos que la acompañara a mover un poco el culo. Textualmente. Como no había nadie en casa, Max la invitó a entrar. Y entonces desplegó todo un arsenal de razones por las que no quería ponerse a correr en ese momento, razones que Debbie fue desmontando al segundo. Que si tenía el pelo sucio («¿para qué existen las coletas?»), estaba cansada («¿de hacer qué, si no paras de tocarte el higo?»), le apetecía más ver una peli («otro día nos vamos al cine a hacer manitas»), tenía que estudiar («¡ja!, ¿en serio?»), pronto se haría de noche («tranquila, fui a una clase de defensa personal»), su chándal se estaba lavando («pues corres desnuda, me da igual. ¡Venga, Max, no seas vaga!»).

Así que no tuvo más remedio que aceptar para que se callara. Max desempolvó su ropa de deporte: una sudadera en la que se leía: «Aparta de mi camino, molestas», sus viejas Superga y sus *leggings* ajustados. Se hizo una coleta y cogió los auriculares, por si a Debbie le daba por aburrirse y la dejaba tirada a medio camino. Puede que Max fuera un poco vaga y le costara salir de casa para correr, pero una vez que lo hacía no volvía hasta haber hecho unos cuantos kilómetros. Así funcionaba ella. Era un todo o nada constante.

Debbie lo sabía, y lo usaba a su antojo. A veces para calmarla, a veces para obligarla a salir. Eran muy parecidas: tenían un humor algo destructivo, hubieran pagado lo que fuera por haber podido ir a un concierto de Buddy Holly y odiaban las películas de terror. Ambas carecían de una

figura paterna, aunque por motivos distintos. Debbie vivía con su madre y sus tres hermanas pequeñas desde que su padre entró en la cárcel por malos tratos; a ella jamás le puso la mano encima, pero su madre tuvo que sufrir la violencia de esa bestia hasta que se la llevaron. Por lo que Max sabía, había vuelto a recomponerse tras muchos años de ayuda psicológica y ahora las cuatro eran felices juntas. Su historia, a pesar de esa mancha oscura, había tenido un final feliz. En eso se diferenciaban la historia de Debbie y la suya.

—¿Por qué de repente estás tan interesada en el deporte? —le preguntó Max cuando echaron a correr, empezando a notar una sensación liberadora en el pecho.

—¿Bromeas? Odio hacer deporte. Sudas como un cerdo y cansa muchísimo —respondió Debbie. Su respiración comenzaba a sonar como el animal al que acababa de nombrar.

—¡Debbie! ¿Qué coño hacemos corriendo, entonces?

Max se enervó y, cuando aflojaron el ritmo para cruzar un paso de peatones, le tiró de la coleta a modo de reprimenda. Su amiga soltó un quejido mezclado con una risita ahogada. Después, siguieron corriendo en silencio; Max, molesta porque no hubiera sido clara desde el principio, y Debbie con la cabeza agachada y sus carnosos mofletes teñidos de rojo. Parecía estar debatiendo consigo misma si decir algo más o callarse. Pero era Debbie. Así que mientras cruzaban la Avenida Madison, dijo:

—Me gusta una chica.

Max la miró de reojo. Esperaba sentir algo removiéndole el pecho, un nostálgico recuerdo del tiempo en el que habían sido mucho más que amigas. Todos los besos que habían compartido, las escapadas a la azotea de su casa, la vez que se apuntaron a clases de baile, trataron de imitar el movimiento final del baile de *Dirty Dancing* y terminaron en el suelo, la una sobre la otra.

Pero no sintió nada. Tampoco habían estado enamoradas ni había durado demasiado. Era un capítulo de su vida que ya estaba cerrado. Y no quería volver a escribirlo. Así que le dio un suave empujón con el hombro para animarla y sonrió, sinceramente interesada.

—Ah, claro. Ya decía yo que tú solo usabas el chándal para lavar el coche. ¿Quién es?

—Se llama Alexia. Nos conocimos la semana pasada, en el metro. Fue una historia un poco loca, ya te la contaré otro día que pueda hablar más sin sentir que voy a escupir un pulmón —resolló, pero con una gran sonrisa. La típica sonrisa de bobo enamorado—. El caso es que es una chica preciosa. Rubia, delgada, con un cuerpazo. Y yo...

—Tú, ¿qué? Debbie, también eres preciosa. Y rubia.

—Pero ¡mira qué tripa tengo! —La chica se cogió el abdomen con las manos hasta llenarlas. Si no estuvieran hablando sobre sus inseguridades, sería una escena muy divertida. Sin los brazos en alto para estabilizarse, parecía un flamenco trotando para echar a volar. Pero Max era incapaz de reírse sabiendo que Debbie hablaba en serio. Pesaba un poco más de lo que dictaba su altura (apenas rozaba el metro sesenta, Max se sentía un gigante a su lado), pero eso no quería decir que no fuese atractiva. Tenía los ojos verdes, una constelación de pecas en la cara y una talla de sujetador que Max envidiaba. Era preciosa, tanto por dentro como por fuera.

—¡Sorpresa! Las mujeres tenemos órganos, Debbie —le explicó, respirando por la nariz—. Que nadie te intente vender lo contrario. Es natural que tengas esa curva: es el estómago. Estómago, esta es Debbie. Debbie, tu estómago.

—Max, no tiene gracia.

—No estoy bromeando. Mira, está bien que quieras adelgazar. Al fin y al cabo, es tu cuerpo y solo te corresponde a ti tomar esa decisión. Pero piensa de verdad si lo haces porque te apetece o porque crees que no serás suficiente para el resto. Porque tenlo muy claro: si una chica te rechaza por tu peso, eres tú quien debe mandarla a la mierda. Porque será una gilipollas integral que no te merece.

Debbie rio, sofocada y sudorosa.

—Gracias, Max. Necesitaba oír eso.

Siguieron corriendo, hablando de esto y lo otro, mientras el cielo se teñía de naranja sobre sus cabezas. Empezó a hacer más frío, pero Max apenas lo sentía. Comenzaba a notar que el aire se le escapaba por los labios en un angustioso silbido. Sus piernas amenazaban con convertirse en dos bolsas de agua si se detenía, así que rechazó las cinco súplicas de Debbie para descansar un rato. Para cuando su amiga se cansó de llamarla «dictadora» y «enviada de Satán», habían estado media hora corriendo.

—Oye, ¿y qué tal con ricitos de carbón? —le preguntó Debbie, arrastrando los pies.

—¿Quién?

—El chico que vino el otro día a buscarte mientras nos tomábamos algo en aquella terraza. ¿Al final aceptaste hacer el trabajo con él?

—Qué remedio, se estaba poniendo realmente pesado —contestó, esquivando a una anciana y su andador—. No es un mal tipo. Me porté como una cabrona con él y lo provoqué hasta que mi Coca-Cola pagó las consecuencias.

—A mí me pareció muy valiente. ¿Tiene novia?

—¿A ti qué más te da? Eres lesbiana.

—Lo digo por ti.

De la impresión, Max comenzó a toser. Los pulmones le ardían por el cansancio y una dolorosa molestia se extendió por todo su pecho mientras intentaba no ahogarse con su propia saliva.

—Olvídalo —logró decir a duras penas, mientras Debbie reía con fuerza—. No es mi tipo.

—Qué pena. Me pareció muy interesante.

Max esquivó todas las indirectas que Debbie le iba lanzando hasta que, como era de esperar, la abandonó cuando pasaron cerca de su casa. Le dijo que se había dado cuenta de que el deporte no era lo suyo y que a partir de entonces luciría sus loras con orgullo, sin más; le dio un abrazo y entró a su edificio de apartamentos. Max hizo bocina con las manos para que su «¡traidora!» se escuchara hasta el noveno piso y, después, decidió correr un poco más. Necesitaba tener la mente en blanco, dominar el dolor que vestía como una segunda piel ahora que las cosas habían vuelto a cambiar.

Decidió detenerse cuando llegó a la plaza del instituto. Se dobló sobre sus rodillas, rendida y al borde de la extenuación. Pero, tras unos minutos de descanso y cuando su respiración se normalizó, decidió volver a casa. Hacía frío. El sudor empezaba a convertirse en lágrimas de hielo y el viento hacía castañear sus dientes. Y tenía mucha sed. Resopló de alivio al encontrar un ultramarinos al final de la calle y entró, agradeciendo el calor del interior. La tienda era pequeña y tenía cierto aire *vintage*. Le llamó la atención que estuviera sonando una canción de Tokyo Police Club, lo que la puso loca de contenta. Tarareando la melodía, Max cogió una botella de agua y se plantó frente al mostrador para pagarla.

Casi se le salieron los ojos de la sorpresa al encontrar a Scott detrás.

—Hola —dijo ella, con la voz rasposa por la incredulidad y la deshidratación.

—Hola. —En el rostro de Scott se podía leer la misma sorpresa.

—¿Os conocéis? —Max se dio cuenta de que había un hombre al lado de Scott. La curiosidad se reflejaba en sus ojos castaños, idénticos a los del chico. Parecía un poco anciano para ser su padre, pero la chica distinguió la misma amabilidad que notaba en Scott. No creía equivocarse.

—Vamos al mismo instituto. —Ella se aclaró la garganta. Dejó la botella de agua en el mostrador y se recolocó la coleta. Debía tener un aspecto horrible, después de haber sudado tanto y con las mejillas aún rojas del esfuerzo—. Me llamo Maxine, encantada.

—Mucho gusto. Yo soy Albert, el padre de Scott.

Bingo. Se estrecharon la mano mientras Scott observaba la escena con el ceño ligeramente fruncido. Apenas podía sostener la mirada de Max.

—¿Qué haces aquí? —terminó preguntándole. No soportaba los silencios incómodos.

—Trabajo en la tienda de mis padres cuando mamá necesita descansar.

—Es agotador estar aquí todo el día —intervino Albert—. No podemos quejarnos del negocio, nos va bastante bien. Hay días en los que no paramos de atender a gente y otros en los que apenas entran un par de personas. Esos son los peores, porque te obligan a estar de pie, aburrido. La madre de Scott se escaquea cuando quiere, pero no puedo reprochárselo. Yo también lo haría si pudiera. —Soltó una risotada y Max se vio obligada a hacer lo mismo para no resultar descortés. No le pasó desapercibida la manera en la que Scott tensó la mandíbula y lo mucho que miraba a la puerta, como si quisiera que se fuera cuanto antes.

—¿Y a ti qué te trae por aquí? —le preguntó cuando su padre dejó de reírse.

—He salido a correr y he llegado más lejos de lo que pensaba.

—¿Haces mucho deporte?

—Sí, aunque suelo abandonarlo cuando... cuando no lo necesito. Me ayuda a despejarme, solo eso.

Scott asintió, como si lo comprendiera. A Max le habría gustado explicarse, pero no lo hizo.

—Bueno, guapa, puedes venir a la tienda siempre que quieras —dijo Albert, tendiéndole la botella con una sonrisa amable. Olía a tabaco—. Para ti: no es necesario que la pagues. Nunca te faltará agua si te pasas por aquí.

—Oh, muchas gracias, pero...

—No hay peros que valgan. Los amigos de Scott son también los míos, ¿verdad, hijo? —Abrazó con otra risotada a Scott, que se mantuvo inmóvil. Se le veía sumamente incómodo.

—Sí, papá —replicó, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, tengo que irme a casa. Muchas gracias, Albert. Y a ti también, Scott. Nos vemos en clase.

—No tienes que darlas, jovencita. ¡Vuelve pronto! —se despidió el padre, provocando que Scott bufara.

«No entiendo por qué está tan tenso, Albert parece muy simpático», pensó la chica. Miró a Scott con detenimiento y él, esta vez, sí le devolvió la mirada.

—Nos vemos, Max.

Asintió ante su despedida y salió de la tienda. El frío la hizo tiritar mientras abría la botella de agua y se bebía el contenido de un solo trago. Saciada, se puso los auriculares para tener algo de compañía mientras volvía a casa. No quería pensar en lo que la esperaba allí.

Tiró el plástico vacío a una papelera y echó a caminar calle abajo.

Hola, papá:

Tengo una pesadilla que se repite constantemente. Siempre aparece cuando consigo dormir más de cuatro horas seguidas. Lo he calculado a lo largo de todos estos años, desde que empezó a repetirse cuando cumplí los catorce. Y luego ya no consigo volver a dormirme. ¿Cómo podría?

Sueño que estoy caminando por un estrecho sendero de piedra. Solo hay oscuridad a mi alrededor. Mire a donde mire, las sombras flotan y se ríen de mí con sus monstruosas voces. Yo camino durante lo que parece una eternidad, sin ser capaz de ver nada, hasta que llego al final. Como un ángel que ha caído del cielo y le han arrancado las alas para que no pueda volver. Así me espera Allison. Lleva un vestido blanco, su piel brilla y el pelo rubio le baja por la espalda hasta rozarle las caderas. Me observa con una sonrisa espléndida y me anima a acercarme, pero yo no puedo. Las sombras me han clavado los pies a la piedra y soy incapaz de ir a su encuentro, de advertirle que no siga caminando porque no hay más camino frente a ella. No sé cómo puedo saberlo, pero siempre lo sé. Ella no deja de sonreír mientras yo grito y lloro y lucho contra las sombras, pero al final se da la vuelta y da un paso hacia la oscuridad. Y entonces cae. Cae por el abismo, gritando de dolor cuando las sombras la despedazan con dedos afilados como cuchillas para convertirla en una de ellas. Sus risas se hacen más estridentes y yo me tapo los oídos, pero las sigo escuchando.

Ahí es cuando me despierto.

Me he devanado los sesos, pero no logro comprender el significado del sueño. Me basta, sin embargo, con que Allison solo caiga en mis pesadillas. No podría soportar perderla en la vida real. No... no quiero ni imaginarlo.

Quizás ahí es donde reside todo. En el miedo que tengo a perderla por lo cerca que está de la eterna oscuridad.

Max

## *12. Scott*

A partir de entonces, cada vez que Max salía a correr, pasaba por la tienda de los padres de Scott. Los martes y los jueves a las cinco, tan puntual como un reloj. Él se limitaba a observarla a través de la cristalera, procurando que nadie se diera cuenta. Ella le devolvía la mirada y a veces sonreía, pero lo normal era que su rostro, enrojecido por el ejercicio, no trasluciera ninguna emoción. Ni tan siquiera hablaban: Max no entraba a la tienda. Scott tampoco dejaba de atender a los clientes para salir a verla. Se comportaban como dos desconocidos.

Para evitar otra incómoda charla con su padre, Scott dejaba una botella de agua y una barrita energética en la repisa de la cristalera pocos minutos antes de las cinco. Max pasaba corriendo con sus auriculares con tanto ímpetu que, la primera vez, Scott temió que no viera lo que le había dejado y hacer el ridículo. Pero ella se detuvo, el azul de su mirada bailando de sorpresa, un silencioso agradecimiento cuando ambos se miraron. Y aquello llevaba repitiéndose dos semanas. Scott le dejaba un tentempié fuera, Max se detenía frente a la fachada para descansar unos minutos y tomárselo, buscaba su mirada a través de la cristalera y se marchaba. Aquella interacción apenas duraba un par de minutos. Y aun así, se le antojaba más interesante que hablar con Parker de las películas de Ridley Scott.

Era difícil definir esos encuentros. El extraño juego que se traían entre manos (Scott no sabía describirlo de otra manera) se había extendido al instituto. A pesar de coincidir en clase de Filosofía, nunca se sentaban juntos. Se saludaban, sí, pero nada más había cambiado. Scott seguía en primera fila, atento a las explicaciones del profesor Taylor, y Max era la guardiana de la última fila, escuchando música a escondidas y dirigiendo miradas nerviosas al reloj que colgaba de la pared. Scott lo sabía porque se descubría espiándola cuando el profesor hacía referencia a la Antigua Grecia o se enfrascaba en hablar de culturas que habían sentado las bases de su religión en viejos mitos. El muchacho se cubría la cara para que no se le escapara la risa cuando Max, que ni se molestaba en tomar apuntes, levantaba la cabeza de golpe para prestar atención, como si acabaran de llamarla por su nombre. Sus ojos siempre brillaban con la fuerza de un astro cuando eso sucedía.

Habían dejado de verse a la salida de las clases. Ya se habían repartido las tareas para el trabajo de Filosofía, así que no hacía falta que quedasen. Algunos días ella se sentaba con él en el comedor para contarle lo que iba haciendo, pero se marchaba cuando él le daba su aprobación,

para disgusto de Parker. Ya no hablaban de otra cosa que no fuera el arte de Orfeo y la belleza de Eurídice. Tampoco comentaban nada acerca de lo que ocurría en la tienda los martes y los jueves, ni sobre por qué Max corría por aquella zona cuando su casa estaba mucho más lejos. Él no se atrevía a decirle que llevaba dos semanas ayudando a sus padres por las tardes, cuando lo normal era que solo lo hiciera algún martes suelto al mes.

¿Por qué actuaban así? Scott jamás había querido hacerse invisible tanto como cuando ella entró en la tienda esa primera vez y su padre se puso a darle la turra. Se sintió tenso, fuera de lugar. Creyó que su madre entraría por la puerta en cualquier momento y los dos se pondrían a gritarse, lo que asustaría a Max. O le haría pensar que Scott era un mal hijo por no ayudarlos a que arreglaran sus diferencias. O le gustaría y se sumaría a la fiesta, porque tres de cada cuatro veces que había hablado con ella era para discutir. Él qué sabía, ¡todo era tan confuso! Lo único que tenía claro era que la migraña de su madre le había salvado la tarde. Y como no quería volver a arriesgarse porque su buena suerte brillaba por su ausencia, preparaba esa pequeña merienda para que Max no sintiera el deseo de entrar allí. Pero ¿era esa la única razón? Nada explicaba por qué ahora usaba reloj de muñeca y esperaba cada martes y jueves frente al escaparate sin apenas pestañear. Todo su día parecía girar en torno a ese momento. No era capaz de concentrarse en otra cosa hasta que los ojos de Max y los suyos se encontraban. Unos segundos y el mundo seguía girando. ¿Por qué le daba tanta importancia, entonces? Max y él solo eran amigos. Ni siquiera eso.

¿Por qué se sentía tan frustrado?

Scott intentó dejar de pensar y miró el dibujo que tenía entre manos. Estaba en su habitación, dibujando como cada miércoles por la tarde. No podía dejar de pensar en Max. Intentó reprimir su imagen, pero esta vez lo asaltó con la fuerza de un tornado. Y no pudo escapar de ella, no pudo borrar de su mente aquella sonrisa ladeada y el mechón morado que tanta vida le daba a su cara, siempre seria y distante. Como si aquel fuera el único rastro de color que quedaba en ella.

Abrió el cuaderno de bocetos por una nueva página y cogió un lápiz. Sentía el irrefrenable impulso de dibujarla, de observar su rostro sin que ella estuviera presente, de asomarse a su interior sin malas palabras ni corazas forradas con espinas. Max era un misterio de dimensiones titánicas, un pequeño cosmos contenido en una mente demasiado caótica para ser libre.

Quizás dibujarla lo aclararía todo. Afiló el lápiz y comenzó a darle forma a su cara. Líneas curvas en el centro de la hoja hasta formar un óvalo redondeado. Frente estrecha, barbilla puntiaguda. Cejas finas, ojos grandes y vivaces. Scott movió la muñeca hacia abajo, embelesado. No podía detenerse, aunque hubiera empezado a llover y estuviera entrando agua por la ventana abierta. Nariz respingona y pequeña. Boca ancha, labios finos y jugosos. Scott se mordió los suyos mientras dibujaba su corta melena, enmarcando al óvalo que ya no era un óvalo sino una cara sin sonrisa, una chica sin sueños. Terminado el boceto, sacó las acuarelas. Un negro carbón para el pelo, el morado en el mechón que acariciaba su mejilla izquierda, la piel con destellos níveos y los ojos azules. Fue una odisea reflejar ese color, un azul tan claro como el cielo despejado en una tarde de verano, tan límpido como un lago de aguas cristalinas.

Para cuando lo hubo terminado, había dejado de llover. Se echó hacia atrás en la silla y se frotó el cuello con una mano mientras que con la otra sujetaba el dibujo en alto para observarlo con mayor detenimiento. Scott era muy crítico con sus retratos, era lo que más le costaba hacer.

«No, no está bien. Este dibujo no le hace justicia», pensó, frunciendo el ceño. No sabría indicar a ciencia cierta cuál era el error, pero no reconocía a Max en aquel papel. Era demasiado frío. Parecía la Max que veía en el instituto, la que emborronaba el cristal de la tienda hasta convertirla en una sombra, la chica que se esforzaba en esconder lo que sentía de verdad tras una máscara que no podía controlar.

Eran los ojos. No transmitían nada.

Scott arrugó el papel y lo arrojó a la basura. Sin darse por vencido, volvió a enfrentarse a la hoja en blanco y afiló el lápiz. Iba a ser una noche larga.

Siempre que he intentado dibujarme, he sentido el vacío de la perfección manchando el papel.

Siempre que he intentado pintar mi rostro, el calor ha huido de mis mejillas y ha deformado mis ojos hasta convertirlos en dos pozos de oscuridad.

Siempre que he intentado aislar el ruido del blanco de mis cuadernos, este ha vuelto con el estruendo de una tormenta y el aullido de la luna en una noche sin estrellas.

Siempre que he probado a probarme, no he sentido nada.

.....

## 13. Max

Jueves. Cinco menos cuarto de la tarde. Como de costumbre, Max corría por el centro de Manhattan. Tres semanas practicando deporte y ya se sentía toda una atleta. Las agujetas la torturaban cada mañana al levantarse, sobre todo en la zona de los muslos y los gemelos, pero la única manera de eliminarlas era seguir corriendo. Paradójico, pero eficaz. Además, sus preocupaciones menguaban con cada latido acelerado. Como en ese mismo instante. El ruido del tráfico y la dulce voz de una mujer que cantaba con su ukelele por un par de monedas acompañaron a Max en su ruta, tranquilizándola. Se había olvidado los auriculares en casa. «Soy un puto desastre».

Miró el móvil. Las cinco menos dos minutos. Redujo el ritmo mientras enfilaba la esquina de la tienda de Scott. Como cada jueves, a la misma hora. Quitándose el coiletero para arreglarse el cabello con los dedos, Max se preguntó qué la impulsaba a ir allí. Por qué se alejaba tanto de casa cuando tenía los bosques de Central Park tan cerca para observar al chico a través de una cristalera, coger el agua que le dejaba fuera e irse sin intercambiar palabra. Meneó la cabeza. No necesitaba buscarle explicaciones al final del camino que ordenaban sus pasos. Era más agotador que correr durante una hora.

Prefería seguir engañándose pensando que le gustaba finalizar su recorrido allí para calmar su sed.

Max intentó evitarlo, pero sonreía por dentro a medida que se acercaba a la tienda. Sin embargo, pronto supo que algo no andaba bien. No había ninguna botellita de agua ni ninguna barrita esperándola en la fachada porque la cristalera estaba rota. Tenía un enorme agujero en el centro, y lo que se mantenía en pie tenía la forma de una telaraña, con tantas grietas y ramificaciones. Había cientos de pedacitos de cristal salpicando el suelo de la calle. Cuando Max caminó sobre ellos para aproximarse a la entrada, crujieron bajo el peso de sus deportivas.

Entró en la tienda con el corazón encogido. No había puerta, la habían arrancado. El interior era un auténtico desastre. Las estanterías estaban volcadas sobre el suelo y todo lo que contenían se había desparramado. Los helados se derretían lentamente, formando una cremosa mancha que empezaba a secarse sobre las baldosas. Había cereales derramados por doquier, *pizzas* fuera de sus cajas, barras de pan pisoteadas...

Y sobre aquel desastre estaba Scott, junto a Albert y una mujer (Max adivinó que era su madre

por la poblada mata de rizos castaños que tenía, exactos a los de Scott). Ella era la que parecía más afectada. Tenía la mano puesta sobre el pecho y respiraba de forma agitada, incapaz de apartar la vista de ese caos. Albert fumaba un cigarro y murmuraba cosas para sí mismo, dándole la espalda a la mujer. Scott estaba serio, con la cabeza agachada y las manos crispadas sobre su jersey. Max no supo descifrar su gesto: no entendía si se sentía frustrado, apenado, rabioso o las tres cosas a la vez.

La chica dio un paso al frente para llamar su atención y se aclaró la garganta.

—¿Qué... qué ha pasado?

Scott alzó rápidamente la mirada al escuchar su voz, y sus mejillas se llenaron de color mientras una sonrisa triste asomaba a su rostro.

—Hola, Max. No te preocupes, estamos bien. Solo... hemos tenido un pequeño contratiempo.

—Y menudo contratiempo —repuso su padre—. Han entrado a robarnos durante la noche. Y como no teníamos dinero en la caja porque siempre nos llevamos la recaudación a casa... los ladrones han decidido destrozarnos la tienda. ¡Mira qué desastre!

—Yo... lo siento mucho.

—Gracias, hija. ¿Quién eres? —preguntó la madre de Scott, todavía con la mano en el pecho. No se giró para mirarla.

—Me llamo Max. Soy una compañera de Scott, del instituto.

—Fantástico, fantástico. —Max dudó de que la hubiera oído.

—¿Queréis que os ayude a recoger? No tengo prisa —propuso la chica, haciéndose una coleta. Se arrepentía de haberse puesto un chándal con el mensaje «Kiss my butt» en el trasero, así que se anudó la chaqueta a la cintura para taparlo.

—No, tranquila, nosotros nos encargamos.

—De verdad que no me importa...

—En ese caso, te lo agradeceríamos mucho —dijo Albert, intercediendo por ella. El cigarro colgaba de su mano, todo cenizas—. Tenemos que dejar todo esto limpio para mañana, que es cuando nos traen la puerta nueva. Intentaremos salvar lo que se pueda. Esos cabrones no habrán podido destruirlo todo, tiene que quedar algo de valor por aquí.

—Así se habla. —Max sonrió con dulzura y los padres de Scott le devolvieron la sonrisa, aunque el chico no parecía muy contento de que se quedara.

Así que los cuatro se dedicaron a tirar los alimentos descongelados y aquellos que hubieran podido sufrir algún desperfecto. Limpiaron los cristales rotos, levantaron los estantes y taparon el agujero de la fachada con un trozo de cartón. Después de algo más de una hora, los padres de Scott les ordenaron que cogieran un par de latas que no estuvieran muy abolladas y salieran fuera a descansar. Así que Scott y ella salieron a la calle y se sentaron en el bordillo de la acera, con mucho cuidado de no cortarse con los cristales. Los primeros indicios de la noche se alzaban en el firmamento, tocando con sus heladas garras la parte más alta de los rascacielos. Max se frotó los brazos, su camiseta era demasiado fina. Tenía la piel de gallina.

—Creo que no siento las piernas —le confesó, abriendo su lata de Coca-Cola y soltando un pequeño grito cuando vio que había estado a punto de explotar.

—Yo tampoco, Rambo. —El comentario de Scott la hizo reír—. Ya sabes que no tienes que quedarte por compromiso, puedes marcharte cuando quieras.

—No me quedo por compromiso, sino porque quiero ayudarlos.

—Entonces vale.

Max bebió un trago de su lata y Scott abrió la suya. «Maldito suertudo», pensó, cuando vio que la de Scott no había estado a punto de explotar.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, pero ya veré si decido contestarla o no.

—Tus padres... ¿están bien? —Les había visto darse unas cuantas malas contestaciones mientras limpiaban. El ambiente que se respiraba cuando estaban juntos no era tan acogedor como había pensado en un principio.

—Se llevan a matar desde que tengo uso de razón. Nunca me han explicado el motivo, pero creo que tiene que ver con esta ciudad. Mamá quería irse y papá no. Llegué yo y ya no pudieron separarse —contestó con la mirada puesta en su lata—. Por eso no quería que te quedaras en la tienda mientras están allí. Les da igual discutir delante de quien sea con tal de mostrar que tienen la razón. Es agotador.

—Lo siento.

—Tranquila, ya estoy acostumbrado. Te va a sonar raro, pero preferiría que se divorcieran. Si juntos no son felices... deberían rehacer sus vidas por separado.

—No es ninguna locura. Yo pensaría lo mismo de estar en tu situación. ¿Lo has hablado alguna vez con ellos?

—Lo he intentado, pero no ha habido manera. —Las palabras de Scott destilaban tanta amargura que Max sintió la tentación de ponerle una mano en el hombro.

—¿Y ellos no se plantean la posibilidad de separarse?

—Están tan cegados por su ego que en su cabeza no hay lugar para pensar en algo más allá de su destrucción.

Max asintió, intentando que sus propios recuerdos no ensombrecieran su ánimo. Tenía que alentar a Scott, de nada serviría hablarle de su pasado. Sorbió de su lata. «Qué asco, está caliente».

—Cuando entré en la tienda por primera vez, estaba sonando Tokyo Police Club —dijo con una sonrisa, cambiando de tema.

Scott alzó las cejas.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Me preguntaba si fue casualidad o alguien que yo me sé decidió darle una oportunidad al grupo después de que otro alguien se lo recomendase y se quedó prendado de su música.

—Soy una persona curiosa —se defendió Scott, terminándose su bebida.

—Admite que amas a ese grupo gracias a mí y estamos en paz.

—¿En paz?

—Después de tirar mi bebida en aquella terraza. Todavía no me la has pagado.

—Te estoy invitando a una Coca-Cola ahora.

—Han sido tus padres, listillo.

—A partir de ahora escucharé Tokyo Police Club en la intimidad. No estoy dispuesto a permitir que me sigas coaccionando.

Una risa sonora escapó de los labios de Max, uniéndose a la de Scott. Se bebió de un trago lo que quedaba en su lata y se puso en pie, frunciendo el ceño por las horribles agujetas que sacudían sus piernas.

—Venga, vamos a seguir trabajando. Si te portas bien, te desvelaré otro de mis grupos favoritos.

—Yo ya tengo grupos de música favoritos —farfulló él, levantándose también.

—¿Cuáles? —preguntó Max, interesada. Una lluvia tan fina como aguanieve había empezado a caer sobre ellos. Contuvo un escalofrío y se abrazó a sí misma.

—The Strokes y Arcade Fire.

Max se llevó un dedo a los labios. Tenía las pestañas encharcadas, así que parpadeó con fuerza mientras se encogía de hombros.

—Pasables.

—¿Cómo que pasables?

—No están mal.

—¿Cómo que no están mal? —exclamó Scott, anonadado—. Son una maravilla.

—¿Has escuchado alguna vez a Pixies?

Scott meditó su respuesta unos segundos, aunque terminó negando con la cabeza. Los rizos se le habían encrespado por la lluvia y salían disparados como rayos. Divertida, Max entró en la tienda dedicándole una sonrisa condescendiente.

—Ya tienes deberes.

Hola, papá:

Los buenos momentos nunca duran. Son un espejismo, un oasis en medio del desierto. Te ciegan con su falsa felicidad, te llevan a su terreno con promesas que tienen fecha de caducidad y se esconden en tu pecho con emociones indescriptibles que te llenan y te vacían al mismo tiempo.

Cuando crees que eres feliz, olvidas lo que de verdad importa. Deja de preocuparte el mundo, solo te ves a ti rodeado de una felicidad perenne. Actúas por y para ese sentimiento. Piensas: que no se marche nunca, que no me deje sola de nuevo. Vivir sin malas épocas es adictivo, pero no realista. Evitar estar mal es ir contra la naturaleza humana.

Pero estar cómodo en la melancolía tampoco es sano. Lo noto en mis huesos, en ese cansancio que los astilla cuando me levanto de la cama. La rabia me mantiene en movimiento, pero no es suficiente. Es demasiado.

Por suerte, he encontrado algo que me distrae. Un trabajo sobre mitología. Lo sé, sé lo que estás pensando. ¿Desde cuándo me gustan esas cosas? La persona con la que hago el trabajo es muy insistente para lo que quiere y ha conseguido que me implique. Contra todo pronóstico, los mitos me gustan. Muchos hablan de cómo me siento, aunque sus moralejas se vean eclipsadas por monstruos de tres cabezas y chicos que se enamoran de sus madres. Quizás debería centrarme más en el trabajo para apaciguar la rabia. Me vendría bien contar con un refuerzo para seguir siendo yo en casa.

Ya no sé quién soy. Supongo que algún día lo averiguaré. Espero.

Max

## 14. Scott

A la mañana siguiente, cuando Scott salió de su casa para ir al instituto, se encontró a Max esperándolo fuera, apoyada en una farola. Llevaba el pelo suelto y ondulado; su mechón morado tenía la forma de un gracioso muelle. Vestía un jersey oscuro bajo su chupa de cuero, unos vaqueros estrechos y unas botas de montaña. Estaba distinta, aunque Scott no supo explicarse por qué. Quizás se debía al hecho de que lo observaba con una sonrisa amistosa, y no con su habitual ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, desconfiado, al acercarse.

—¡Buenos días a ti también! —replicó ella, poniendo los ojos en blanco—. Sé que es viernes, último día lectivo, y que todos estamos deseando que se acabe antes de empezar. Pero, por favor, un poco de alegría mañanera no vendría nada mal para afrontarlo. —Ante el silencio de Scott, Max se dio una palmada en la frente—. Tu casa me pilló de camino al instituto así que, si no te importa, puedo pasar a buscarte todos los días para ir juntos.

—Creía que vivías en el Uptown. Y eso no está muy cerca de aquí, que digamos. Te saldría mejor coger el autobús.

—Ya lo sé, bobo. Pero no me gusta coger el autobús, prefiero ir andando. Y si camino, tu calle es una de mis paradas. Solo si te apetece, claro —añadió, con timidez. ¿Max, tímida? Debía de estar soñando.

Scott se apresuró a asentir y ella le dedicó una sonrisa. Echaron a andar a la vez, con los hombros casi rozándose. Scott tuvo que obligarse a dejar de mirarla de refilón. Ahora que la tenía tan cerca, los fallos que había tenido esas noches al dibujarla se le hacían evidentes. No se había dado cuenta de que tenía un lunar en el cuello. Las pestañas más alargadas. Y el nacimiento del pelo estaba más arriba de lo que pensaba. «Deja tu alma de artista a un lado y dale conversación», se reprochó.

—Se me hace raro que vayas a venir al instituto todos los días —le confesó, desabrochándose el abrigo. Hacía buen día para tratarse de mediados de octubre—. No podrás saltarte ninguna clase más.

—Ya, es un coñazo —suspiró. Sujetó a Scott por la pelliza para que no se saltara un semáforo y él se lo agradeció con un leve asentimiento—. Pero creo que puedo soportarlo.

—¿Tus padres no te dicen nada?

El semáforo seguía en rojo. Max se mordió los carrillos, seria.

—Mi madre no sabe que faltó tanto a clase. Piensa que hago lo que puedo para aprobar y que soy una buena estudiante desbordada por el temible último curso —pronunció las tres últimas palabras con una ironía exagerada mientras hacía un mohín de fastidio.

—¿Y tu padre? —quiso saber Scott—. ¿Te llevas mal con él?

Ámbar. El rostro de Max se ensombreció y Scott supo que la había jodido.

—No te puedes llevar mal con una persona con la que no tienes relación —terminó contestando al fin, con la mirada puesta en la carretera y toqueteándose el mechón morado. Como si aquel simple gesto pudiera alejarla de lo que sea que estuviera atacando su mente.

Verde.

Antes de que pudiera decir algo para arreglarlo, Max salió prácticamente corriendo hacia la otra acera. Él la siguió y guardó silencio, hasta que Max pareció calmarse sola y redujo el ritmo con el que caminaba. Scott le dio las gracias para sus adentros. Le palpitaban las sienas.

—¿Qué tal lleváis lo de la tienda? —El cambio de tema había sido más que evidente, pero fingió no darse cuenta.

—Regular. Mis padres están esperando a que el seguro se haga cargo de los daños y de la reparación del local, pero no saben cuándo podrán volver a abrir.

—Menuda putada.

—Sí, y por partida doble. Ahora están más irascibles que de costumbre. —Scott se encogió de hombros—. Al menos no volveré a trabajar hasta dentro de un par de semanas o así.

—Entonces, ¿estás libre por las tardes?

—Bueno, tengo que estudiar y...

—¿Hoy también?

—¿Por qué me lo preguntas? —Scott se mostró suspicaz, para divertimento de Max.

—Esta tarde he quedado con mis amigos. Vamos a un parque que hay en Harlem, a tomar algo de birra y charlar. ¿Quieres venir?

Scott estuvo a punto de pararse para asimilar lo que Max le estaba proponiendo, pero aquello habría llamado su atención, así que siguió caminando. ¿Por qué Max lo invitaba a pasar la tarde con sus amigos? ¿Por qué a él? Aquello era tan raro... solo de imaginarse viviendo otra situación parecida a la que se dio en la terraza se le encogió el estómago hasta hacerse del tamaño de una nuez. El cascanueces atacaba de nuevo.

—No sé si voy a poder —dijo, con la voz ligeramente temblorosa. Miraba al frente cuando Max se giró hacia él haciendo un puchero.

—¿Y eso?

—He quedado con Parker. —No le gustaba mentir. Era la ansiedad la que estaba hablando.

—No hay problema, que se venga también. Cuantos más, mejor.

—Es que...

—¿Pasa algo, Scott? —Max no era tonta. Captó sus dudas al vuelo y le obligó a detenerse,

poniéndole una mano en el brazo. A pesar de toda la tela que los separaba, Scott sintió la calidez que desprendían sus pequeños dedos. Seguían llenos de heridas, aunque se había pintado las uñas de un azul eléctrico que las disimulaba un poco.

—No entiendo por qué haces esto —confesó, derrotado. Max lo miró con curiosidad, así que Scott terminó de explicarse—: Se me hace raro que te comportes como si fuéramos amigos, cuando hace unos días hacías cualquier cosa para evitarme y hace unos cuantos menos solos nos saludábamos y nos mirábamos a través de un cristal.

—Eras tú el que me dejabas agua fuera para que no tuviera que entrar en la tienda.

«¡Pum! Gancho directo a la dignidad de Scott».

—Ya te expliqué el por qué —farfulló, sintiendo que se ponía rojo—. Aun así, sigo sin entender lo que pretendes. Lo único que nos une es un trabajo de Filosofía. Trabajo que tú odias y a mí me fascina. ¿Ves lo diferentes que somos?

—Quizás he comprendido que no me he portado del todo bien contigo y quiero compensártelo. ¿Tan raro es que quiera cambiar el hecho de que no seamos amigos? ¿Por qué le buscas una explicación a todo? A veces las cosas no la tienen.

—En mi mundo todas las cosas tienen sentido.

—En tu mundo eres idiota.

—¿Tienes por costumbre insultar a tus amigos?

Max sonrió.

—Siempre. Entonces, ¿nos vemos esta tarde?

Scott refunfuñó en voz baja.

—Vale. —Terminó aceptando, algo azorado.

No le disgustaba la idea de que Max y él fueran amigos, todo lo contrario. Pero no terminaba de creerse que Max realmente quisiera ser su amiga. Nunca había tenido una amiga. La única vez que estuvo hablando más de cinco minutos con alguien del sexo opuesto de algo que no tuviera que ver con las clases había sido en infantil, cuando Steisy González le robó su colección de Gormiti y le obligó a comerse una cera naranja para devolvérsela. Fueron cinco minutos de ardua negociación, pero Scott al final terminó comiéndose la cera. Se le pusieron los dientes como gajos de mandarina y le estuvo doliendo la tripa durante semanas, pero recuperó sus juguetes. Ahora le asombraba comprobar que relacionarse con chicas no era muy distinto a relacionarse con Parker. De hecho, a veces preferiría hablar de ciertos temas con Max antes que con su amigo. Ella al menos le dejaba acabar las frases, aunque luego le acabara respondiendo con un insulto.

Se despidieron en el vestíbulo y quedaron en volver a verse a la salida. Scott pasó las siguientes horas hecho un manojo de nervios, dibujando flores en la mesa y borrándolas después, como hacía el invierno. Su mente lo torturaba imaginando diferentes maneras, cada una más fatídica que la anterior, en las que el plan de ir con Max y sus amigos salía mal. La que más se repetía era, probablemente, la que iba a suceder: Scott abría la boca, Scott les parecía un bicho raro, los amigos de Max se reían de Scott, Max se sumaba a esas risas y Scott terminaba escapándose a su

casa para ocultar la cabeza bajo el edredón y no salir nunca más.

«Contrólate y deja de pensar estupideces», se dijo. La presión en el pecho que relacionaba con los estudios le estrujaba el corazón en ese instante. ¿Estaba en clase de Ciencias o Ética? Un sudor frío resbaló por su frente mientras se arremangaba el jersey. «Max no va a insultarte, ni nadie tiene por qué hacerlo. Sé tú mismo y todo saldrá bien. O mejor dicho: no seas tú mismo y entonces seguro que todo saldrá bien».

Más animado, bajó al comedor a reunirse con Parker cuando llegó la hora del almuerzo. Cuando le contó el plan de Max, se emocionó tanto que sus gritos resonaron por todo el comedor.

—¿Cómo vamos a perdernos esto, tío? Seguro que hay chicas, chicas solteras, y tengo que conocerlas como sea. Es mi última oportunidad de encontrar el amor. Te lo juro, Scott, tengo el presentimiento de que esta vez las cosas serán diferentes. No nos lo podemos perder.

Así que, al salir de clase, Scott se estaba mordisqueando las durezas que tenía entre los dedos por culpa de los pinceles cuando Max se reunió con ellos. Por el camino, los rascacielos fueron menguando hasta convertirse en bloques de apartamentos y casas residenciales a medida que se acercaban a Harlem. Coloridos murales que reflejaban la cultura callejera de los 80 se hacían con el control de las calles, y en el aire flotaba permanentemente un aroma a castañas asadas. Parker y Max caminaban delante de él, entre risas, pero Scott era incapaz de unirse a ellos. Los pensamientos negativos que llevaban asaltándole todo el día cobraron fuerza, y apenas podía fingir una sonrisa sin echarse a temblar. Sus piernas seguían moviéndose hacia delante, pero su cabeza se había quedado atrás. Perdida en la seguridad que le ofrecían sus cuadernos y sus lápices. ¿Qué hacía allí, si su vida de mentira lo liberaba de miedos y la de verdad no estaba hecha para él?

—¿Estás bien? —Max apareció a su lado de pronto y Scott dio un pequeño respingo.

—Sí, no te preocupes —la tranquilizó—. Es que debería estar en casa estudiando para los exámenes finales y...

—Scott, faltan más de dos meses.

—Hay que ser previsor en esta vida.

—Previsor, no aburrido. Venga, no pongas esa cara, ¡ya hemos llegado! —Max se acercó a su oído y susurró—: Verás como te merece la pena. Confía en mí.

Los amigos de Max jalearon su nombre y la recibieron entre abrazos y litronas. El único encanto que tenía ese lugar, un descampado con bancos oxidados y hierbajos, era el altavoz que habían colocado en el suelo, del que salía música *pop*. Scott maldijo su escasa cultura musical. Hubiera sido mucho más fácil integrarse mencionando el nombre de la canción.

—Si te soy sincero, pensaba que iba a haber más chicas —le susurró Parker. Ambos se habían detenido en vez de seguir a Max, indecisos.

—¿Creías que ibas a poder ligar con alguna, acaso? —Tragó saliva. Había reconocido a varias personas de las que estaban en la terraza esa vez. El miedo se agarró a sus entrañas para no caer al suelo.

—Pues claro.

Scott contuvo la risa. Parker tenía un don para aliviar la tensión cuando no era él el que la provocaba. Vestía una chaqueta roja y azul, como el traje de *Spiderman*, y llevaba el flequillo hacia atrás, en un intento por parecer más maduro. Comparándolo con los amigos de Max, en los que predominaba el cuero y las prendas oscuras, Parker era la oveja friki.

—Por intentarlo no vas a morirte, así que...

—¿Ese es el espíritu, Scott! ¿Tú vas a intentarlo también?

—¿El qué? —Scott se mostró confundido.

—Ligar con Max.

—¿Te has vuelto loco? —Su voz se elevó varias octavas y le dio un puñetazo en el hombro a Parker, que soltó un gruñido de dolor—. ¡Max ni siquiera me gusta!

—Pues no entiendo por qué, la verdad. —Parker se rascó la cabeza.

En ese momento volvió Max. Tenía la mejilla izquierda manchada de carmín y un vaso de cerveza en la mano. Cogió a Scott con su mano libre y le hizo avanzar un par de pasos, en dirección a su grupo de amigos.

—Ven aquí, quiero presentártelos.

El contacto de sus dedos unidos lanzó chispas por toda su piel, electrizándola. A Scott le habría gustado estar más atento a esa sensación, pero se quedó paralizado al verse el centro de atención. No le observaban tan detenidamente ni cuando le tocaba exponer en clase. Al menos, el tal Sam con el que se había enfrentado en la terraza no estaba. El riesgo de que le partieran la cara acababa de reducirse a la mitad.

—¡Chicas y chicos, dejad la bebida y hacedme caso! ¡Os presento a Scott, un amigo del instituto! Y él es Parker.

—Hola. —Aquello fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Cómo está esa chavalería? ¡Vamos a montar una buena fiesta! —exclamó Parker, con la emoción de un niño de doce años al que sus padres dejan salir con sus amigos por primera vez. Lo miraron como si fuera un gremlin.

Scott pensó que su vida social había terminado antes de empezar y se arremangó para estrangular a Parker cuando los echaran, pero todos rompieron a reír. Incluso Max. Y con una facilidad asombrosa, su amigo comenzó a socializar. A ser Parker en estado puro. Le ofrecieron cerveza y las chicas le preguntaron de qué iba disfrazado entre risitas. Rebosaba tanta felicidad... Nunca le había visto así de vivo. Tan Parker.

Scott era demasiado Scott para integrarse. Tímido, se sentó en uno de los bancos y se dedicó a observar al resto. Algunos bailaban. Otros jugaban a pasarse un hielo con la boca. Max hablaba con algunas amigas, dando sorbos a su cerveza. Parker hacía reír a una chica imitando al famoso hombre araña. Nadie le hacía caso a él, pero no le importaba. Así tenía más tiempo para pensar en lo raro que resultaba todo aquello.

—Hola, ¿puedo sentarme? —Alzó la cabeza cuando le habló una chica rubia y con el rostro

cubierto de pecas. Scott sintió pánico al reconocerla. Era una de las que estaban en la terraza. Asintió, con la garganta seca, y ella se sentó a su lado, muy cerca. Demasiado cerca—. Eres Scott, ¿verdad?

—Ajá. ¿Y tú eres...?

—Debbie. —Debbie le dio un trago a su cerveza. Parecía contrariada—. ¿Max no te ha hablado de mí?

—¿Debería?

—Pensaba que estabais muy unidos. Y yo fui alguien muy importante para ella. Y lo sigo siendo.

—Claro. —Scott no entendía nada de lo que estaba diciendo, pero sonrió de todas formas. Era evidente que Debbie había bebido más de la cuenta. Tenía las mejillas rojas y su aliento olía a cebada.

Pero no parecía importarle, porque siguió bebiendo. Le brillaban los ojos cuando le acercó el vaso.

—¿Quieres?

—No, gracias. Soy abstemio.

—Oh, guay. ¿Qué... qué es eso?

—Que no bebo alcohol.

—Guay —repitió, mirándole con una sonrisa divertida. Scott se la devolvió y agachó la cabeza, apartándose ligeramente de ella. Seguía demasiado cerca—. ¿Te pongo nervioso?

—¿Qué? No —graznó.

—Tranquilo, no eres mi tipo. —Scott suspiró, aliviado y un pelín desilusionado por ese golpe a su orgullo—. Además, a mí no me engañas. Te gusta Max.

«Otra con la misma cantinela».

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? No me gusta Max, no me gusta nadie.

—Pues eres ciego, o idiota, o ambas cosas. Perdón por las confianzas que me estoy tomando, pero es así. Te creía más lanzado. Y Max no va a estar libre por mucho tiempo. Lo sabes, ¿no? Yo que tú me daría prisa. Sam está muy interesado.

—Gracias por la información, pero te repito que no me interesa.

—Tú mismo. —Debbie se encogió de hombros y se puso en pie. Su coordinación motriz dejaba mucho que desear—. Te arrepentirás el día que te falte por no haberlo intentado lo suficiente. Acuérdate de mis palabras, Scott.

Y se alejó, caminando como un cervatillo recién nacido hasta arrojarse a los brazos de Parker. Se había formado un corrillo a su alrededor y Parker y Debbie se pusieron a bailar como en *Pulp Fiction*. Scott quiso divertirse con el espectáculo, pero no pudo. No pudo apartar la mirada de Max, que aplaudía con entusiasmo y saltaba sobre sus pies. Se descubrió sonriendo al verla, como si acabara de verla realmente por primera vez. Tal y como era, con todos sus colores. Cabezota, obstinada, bruta... pero también divertida, bondadosa, interesante y guapa. Sí, era muy guapa. Y encima tenía un gusto musical exquisito.

¿Le gustaba Max, entonces?

Como si ella pudiera escuchar sus dudas, giró la cabeza hacia él y sus ojos se encontraron. Scott se apresuró a apartar la mirada, pero ella se acercó dando saltitos y se sentó también en el banco. No tan cerca como Debbie, para su desgracia. O alivio. Estaba hecho un lío.

—¿Qué haces aquí tan solo? —le preguntó, apartándose el pelo de la frente.

—Los ambientes con tanta gente no son para mí. —Scott optó por ser sincero, notando como su corazón latía con mucha más fuerza que antes.

—Solo te falta acostumbrarte. Aprenderás a pasártelo bien, ya lo verás. A veces a mí también me cuesta desconectar y mantener mi cabeza en el aquí y ahora.

—Pues no se te nota.

—Porque me esfuerzo en hacer que no se note —le confesó—. Es normal sentirse solo aunque estés rodeado de gente. Cada uno lidia con sus problemas de manera distinta. Lo mejor que puedes hacer para alejarlos es fingir que no los tienes.

—Pensaba que tú eras de las que se enfrentan a las cosas con todo lo que tengas, sin importar las consecuencias.

—A veces ni eso es suficiente. —Max sonrió, melancólica—. Pero empezar por salir de lo que te hace sentir cómodo ayuda mucho.

Scott chistó la lengua.

—No sé...

—Venga, ven un rato conmigo. Te prometo que no estarás fuera de la conversación.

No le quedó más remedio que levantarse. Con los demás, Max cumplió su promesa. Le hizo partícipe de todas las anécdotas que contaban sus amigos hasta hacerle sentir que él también las había vivido. Le habló de los conciertos en los que se habían colado, las fiestas que solo había interrumpido la madrugada, una excursión que hicieron a Washington D. C. La risa de Max cuando Debbie narró cómo se les había pinchado una rueda y lo que habían sufrido para cambiarla eclipsó a la música que salía del altavoz.

Cuando los esbozos de la noche salpicaron el descampado, todo aquello terminó. Recogieron sus bártulos, tiraron las botellas a la basura y se despidieron, cada uno marchándose por su lado. Para sorpresa de Scott, Parker había conocido a una chica que le había pedido que la acompañara a casa dando un paseo. Parker estaba como si le hubiera tocado la lotería cuando se lo contó. Scott los vio irse juntos, preguntándose cuándo le tocaría ser su paño de lágrimas.

Max y Scott se quedaron solos en el camino a casa. Su mechón morado bailaba, descontrolado, a merced del viento. Aquel detalle le hizo sonreír.

—¿Te lo has pasado bien, entonces? —Ella fue la primera en romper el silencio.

—No ha estado tan mal.

—¿Siempre eres tan pesimista?

—Soy realista, que es muy distinto.

—La excusa de los pesimistas para no asumir que lo son —razonó Max.

—¿Qué tiene de malo serlo?

—No sabría explicarlo. ¿Sabes? Pensaba que, presentándote a mis amigos, te estaba haciendo un favor. Ya sabes, ampliando tu círculo de amistades y esas cosas. Pero... me he dado cuenta de que estaba equivocada.

—¿Porque soy demasiado soso? —Scott intentó que su voz no sonara amarga, pero no lo consiguió.

—¡Claro que no! —Max look miró directamente a los ojos—. Todo lo contrario, Scott. Cuando te conocí, pensé que la soledad era una carga para ti. No un modo de escapar de la realidad. Hay personas que encuentran más riqueza en sus propios pensamientos que en aparecer en los de los demás. Y hoy te he comprendido porque en cierta manera... soy igual.

—Pero tú tienes muchos amigos. ¿Por qué ibas a sentirte así?

Max se encogió de hombros.

—No tantos como te crees. Sí, tengo amigos, pero la mayor parte de ellos son solo para pasar el rato. No para tener conversaciones profundas o hablar sobre la vida mientras miras las estrellas. No he llevado a ninguno al mirador —murmuró Max, más para ella que para Scott.

—¿Mirador?

—Oh, es el lugar al que suelo acudir cuando quiero estar completamente sola. Cuando quiero escucharme. Está en Central Park, escondido del mundo. Por eso me gusta tanto. Es el único rincón de esta ciudad en el que puedo ser realmente libre. Sin deber explicaciones a nadie, sin nadie que pueda oírme. Solo el viento —le explicó Max. Sus ojos brillaban de emoción—. Mi guitarra es el único acompañante que tiene acceso.

—¿Tocas la guitarra?

—¿Bromeas? Es la guitarra la que me toca a mí.

Scott rio, y hablaron sobre lo complicado que era hacer un Fa, los diferentes ritmos y la mejor manera de puntear las cuerdas. Max abrió los ojos de la sorpresa cuando él comenzó a tararear una canción de Pixies, y la respuesta de Scott («soy un chico muy obediente») le hizo desternillarse de risa.

Cuando llegaron al portal de Scott todavía no habían encontrado la manera de despedirse, así que aquellos instantes de duda fueron sumamente incómodos para ambos.

—Nos vemos el lunes.

—Sí, nos vemos.

Max le sonrió. Después, se dio la vuelta y echó a andar entre la gente. Scott se quedó unos instantes observando su silueta desaparecer en la distancia y, después, subió a su casa.

A veces siento que soy como un barco que se perdió en el mar.

.....

## 15. Max

Max estaba ocupada con el trabajo de Filosofía cuando sonó el teléfono. *Clementine*, de Halsey, sonaba en su ordenador y Max cantaba a pleno pulmón la letra. «Cause I don't need anyone. I don't need anyone. I just need everyone and then some...». Algo molesta por la interrupción, bajó el sonido de la música y buscó su móvil entre el montón de ropa que tenía en la cama. Lo encontró al quinto tono. Sam, ponía en la pantalla. La chica soltó un bufido y puso los ojos en blanco. Últimamente, Sam estaba más pesado de lo normal con ella. Quería quedar todo el tiempo y saber dónde y con quién estaba. No entendía cómo podía haber estado un tiempo enrollada con ese tío, si de lo único que sabía hablar era de lo duro que era su trabajo de repartidor de *pizzas* y de lo mucho que se le marcaban los bíceps. Max descolgó:

—¡Hola! ¿Querías algo?

—Maaaaax. —Sam arrastraba las letras; estaba borracho. De fondo se escuchaban risas y música electrónica—. ¿Qué haces?

—Aquí, en casa. —Volví a sentarse y puso el manos libres mientras se frotaba las sienes. Le dolían los hombros y la espalda tras pasar toda la tarde reclinada sobre el escritorio. Se notaba la falta de costumbre.

—Estamos todos en el piso de Debbie, ¿por qué no vienes un rato?

—Creo que hoy paso. Estoy liada.

—¡Venga, no seas siessssa! Vente un ratito de nada, lo estamos pasando muy, muy bien. Hace un montón de tiempo que no nos vemos.

Max mordisqueó el bolígrafo y observó los papeles que tenía esparcidos por toda la mesa. Estaba ultimando la redacción del mito. Jamás le había puesto tanto empeño a algo académico, y estaba sorprendida por lo mucho que estaba disfrutando. Se moría de ganas de ver el resultado final.

—No sé, Sam. Estoy haciendo un trabajo de Filosofía.

—¿Eso se bebe acaso, Maaaaax? Seguro que puedes seguir haciéndolo mañana. ¡Aquí lo estamos pasando de miedo! —Se oyeron más risas y subió el volumen de la música. Max se quitó el bolígrafo de la boca y sonrió.

—Vale, en quince minutos estoy allí —le dijo, colgando el teléfono.

Vio como la preciosa historia de Orfeo y Eurídice le ponía ojitos desde el papel y se sintió

culpable. «No te preocupes, Sam tiene razón. Mañana puedes terminarlo, no hay ninguna prisa. Todavía nos falta encontrar la mejor manera de representarlo, así que hay tiempo». Más tranquila, corrió a vestirse. Se puso una sudadera ancha, su chubasquero amarillo por si llovía, unos vaqueros y las Converse. Se fue peinando el pelo con los dedos a medida que bajaba los escalones, avisando a gritos de que se iba. Pero Diana y Allison no se encontraban en casa. No sabía qué estaban haciendo, así que les puso un mensaje y salió a la calle.

La casa de Debbie estaba en Morningside Heights, un barrio de edificios elegantes y apagados resguardados por árboles de hojas tan anaranjadas que parecían artificiales. Se notaba la cercanía con el Río Hudson por la humedad del aire y el olor a salitre y vertedero. Tardó quince minutos en llegar, como le había dicho a Sam. Llamó al timbre y esperó. No fue su amigo quien le abrió, sino una chica con el pelo cardado. Se limitó a saludarla con indiferencia y Max respondió de la misma manera. No la conocía, pero así funcionaban ese tipo de fiestas.

—¡Hoooooola, por fin has venido! —Sam la recibió con un abrazo que Max correspondió, aunque no de forma tan efusiva. A juzgar por el tambaleo y el olor dulzón que desprendía, llevaba bastante rato en esa casa.

—Veo que te lo estás pasando muy bien.

La casa de Debbie era un ático con bonitas vistas a la ciudad y su nube de contaminación. El salón parecía haberse convertido en una discoteca: había muchísima gente bailando y la música estaba a un volumen escandaloso. Faltaba una de esas bolas brillantes colgando del techo para empezar a cobrar entrada.

—Ahora mucho mejor —respondió Sam, mirándola de arriba a abajo.

Sam tenía la piel tan oscura como el ébano y un cuerpo de infarto. Pelo largo y negro, ojos castaños, una bonita sonrisa, metro noventa. A Max no se le hacía difícil comprender por qué le había atraído en el pasado. Habían estado enrollados un par de meses, pero luego ella decidió que estaban mejor como colegas. Sin dramas. Le habían llegado rumores de que Sam se había propuesto reconquistarla. Solo podía responder que buena suerte, con mucho sarcasmo. En ese momento Sam le atraía lo mismo que un oso hormiguero.

—Ajá. ¿Y Debbie?

—Por ahí, yo qué sé. Coge lo que quieras y vamos a sentarnos.

Se llenó un vaso con cerveza y se sentó con él en el sofá. Tuvo que abrirse paso a empujones para poder hacerlo, ya que una pareja se había adueñado de él para apretujarse como dos mandriles en celo. No encontraba a Debbie por ninguna parte.

—¿Cómo estás? Hace mucho que no te veo el pelo. —Sam se cruzó de piernas y la abrazó para atraerla hacia él. Max no se sentía cómoda con tanta cercanía. Se le derramaron unas gotas de cerveza encima cuando se revolvió para sentarse de nuevo, muy recta.

Si a Sam le había molestado su rechazo no dio muestras de ello. Siguió bebiendo como si nada.

—Estoy liada con los estudios —vociferó para hacerse oír por encima de la música.

—Pensaba que tú passssssabas de esas cosas.

—Y paso. Pero ahora he descubierto que me gusta la Filosofía.

—Si quieres buenas historias, soy tu hombre.

«Dios, ¿no se va a cansar nunca de tirarme fichas? A este paso monto un casino», pensó, poniendo los ojos en blanco.

—No, gracias, prefiero los libros.

—Puedo ayudarte a essssstudiar, entonces.

—No me hace falta. Yo era la primera de la clase hace unos años, chaval.

—¿Qué cambió, entonces?

Max miró la ciudad a través de los ventanales. No brillaba ni una mísera estrella, como si alguien hubiera subido al cielo para robarlas. Le dio un trago a su bebida.

—¿Qué no cambia?

Sam y ella continuaron charlando y, de vez en cuando, alguno de sus amigos aparecía para sentarse a su lado, lo que le hacía respirar aliviada. Sam era tan distinto de Scott... Esos últimos días había descubierto que la calma y la serenidad que desprendía eran una panacea para su odio. Al principio había relacionado esos rasgos con los de alguien aburrido, preocupado solo de su propio bienestar, pero él le había ido demostrando poco a poco que se equivocaba. Notaba la inquietud de Scott cuando a ella se le escapaba algún recuerdo de la época en la que aún tenía un padre, porque sabía que eso significaba dolor para ella. A veces tenía ganas de continuar con esa historia. Explotar. Scott era una persona con la que se podía hablar de todo. ¿Era demasiado responsable, estudioso y pragmático? Sí. Pero ¿cuándo ser así había dejado de ser algo bueno y se había convertido en un problema? Precisamente, era lo que ella buscaba. Tranquilidad. Poner los pies sobre la tierra. Perdonar.

Perdonarse.

—¿Max? ¡Estás en las nubes! —le recriminó Sam. Había ignorado su último comentario sobre la liga de fútbol y Seattle Sounders.

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—En su novio, seguro —apuntó Debbie, que acababa de aparecer. Iba tan borracha como Sam. Se sentó sobre su regazo y le dio un beso en la frente. Su melena rubia logró cubrir la rojez de sus mejillas.

—Yo no tengo ningún novio.

—¿Y el chico del otro día? —siguió diciendo. Sam las miraba con la boca abierta.

—Es solo un amigo del instituto —le contestó.

—Nunca nos habías presentado a nadie. No de esa manera.

—Deja de decir tonterías, Debbie. ¿Cómo va a estar Maaaaaax con alguien? —Max no sabría explicar por qué, pero aquel comentario no le hizo ninguna gracia.

—Pues es una lástima, el chico era muy mono. —Debbie hizo un mohín—. ¿Cómo se llamaba? ¿Shelby, Shelly...?

—Scott. Se llama Scott —repuso Max, haciendo que Sam pasara de la sorpresa a la incredulidad más absoluta.

—¿El idiota que te molestó en la terraza del Scotty's Diner hace un mes? ¿En serio estás saliendo con ese? —Sam sonaba entre incrédulo y enfadado.

—No estoy saliendo con Scott. Y no es ningún idiota.

Sam se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

Max echó a Debbie de su regazo, molesta, y se acercó a la mesa que hacía de barra para servirse una Coca-Cola. Quería estar fresca para poder tocar la guitarra cuando llegara a casa. A Allison no le gustaba que bebiera; otro aliciente más para no hacerlo. No entendía de dónde provenía la cruzada de su hermana contra el alcohol, pero Max no le daba motivos para preocuparse. Nunca pasaba de las tres cervezas.

Melancólica, Max aprovechó que estaba cerca de su chubasquero para mirar el móvil. Tenía diez llamadas perdidas de un solo número y un mensaje de texto.

Cuando leyó el mensaje, su cuerpo dejó de reaccionar. El vaso de Coca-Cola chocó contra el suelo y se rompió en mil pedazos. El estruendo atrajo la atención de todos, pero Max estaba lejos. Muy lejos de allí.

Perdiendo estabilidad con cada respiración, Max se puso el chubasquero y salió corriendo, sin despedirse. Ni el viento ni el silencio que la arroparon en la calle consiguieron tranquilizarla. La noche cobijó sus miedos mientras corría, directa a su interior.

Hola, papá:

¿Dónde estás?

Ven. Ven, por favor. Te necesito.

Papá, ¿dónde estás?

Papá, vuelve. Vuelve solo un segundo, aunque sea para demostrarles que te equivocas.

Demuéstrales a los pensamientos que me gritan que no me quieres que se equivocan.

Demuéstrales a mis lágrimas que te importo.

Demuéstrale al puto mundo que sigues estando orgulloso de ser mi padre.

Ha pasado algo. Algo que me ha hecho perder el equilibrio y caer al vacío. No puedes imaginarte lo mucho que me tiembla la mano mientras escribo esto. El papel nunca me ha parecido tan inseguro. Yo nunca me he sentido tan insegura. Tan sola. Te necesito. Por favor.

Demuéstrame que sigues estando aquí.

Ven. Y demuéstramelo.

Max

## *16. Scott*

Cada mañana de esa última semana, Max lo había esperado frente a la puerta de su casa para ir juntos a clase. Por eso a Scott le extrañó no encontrarla apoyada en la misma farola de siempre cuando salió del portal. Miró a ambos lados de la calle, casi esperando verla aparecer corriendo.

Pero nada. No aparecía. Ni rastro de la chica que caminaba con prisa a todos lados como si quisiera atravesar cuanto antes los lugares por los que pasaba y a la vez absorber cada detalle, empaparse de la esencia de las cosas para forjar la suya.

Se sentó en los escalones del portal y comprobó que no tuviera mensajes o llamadas perdidas. Nada. «Qué raro». Decidió llamar él, pero no obtuvo respuesta. Scott se mordió las uñas mientras pensaba qué era lo siguiente que debía hacer. Podría faltar al instituto para ir a buscarla... Total, sabía que no conseguiría prestar atención a ninguna clase con Max en paradero desconocido. Era un misterio que debía resolver cuanto antes.

«Allá vamos, Sherlock». Más intranquilo de lo que le gustaría, se encaminó hacia su casa. No había estado nunca, pero sabía que vivía en el Uptown, muy cerca de Central Park, que el autobús M101 paraba en su misma calle y que su fachada era la única del vecindario que estaba pintada de azul en vez de blanco. Cuando Scott le preguntó por qué, Max se echó a reír y dijo que de pequeña era muy caprichosa. Los vecinos se quejaron de aquel color, que rompía la estética del barrio, pero sus padres (aquella era la única vez que ella había dicho que tenía un padre) les mandaron al cuerno con tal de hacerla feliz. Era en esos instantes de revelación, esos segundos en los que Max no podía contener su verdadera cara, cuando Scott sentía deseos de tirar de la cuerda en la que envolvía sus emociones para descubrir a la chica que se mantenía oculta debajo.

Pero para cuando quería darse cuenta, era imposible encontrar algo más que silencio.

Echó a andar, no podía dejar de pensar en Max. Ahora comprendía por qué ella prefería caminar en lugar de coger el autobús. Todo era más vivo a medida que se alejaba del corazón de la ciudad. El aire era puro y tenía la frescura del rocío. Había más bicicletas, más calma, más árboles; todo rodeado por un perfume otoñal que raras veces había sentido antes en la piel. Si tuviera que representar esa sensación en un folio, dibujaría una hoja quebradiza hundiéndose en un charco de lluvia.

No tuvo problemas para localizar la casa de Max cuando llegó a su vecindario. Era tal y como la había imaginado: el mismo azul de sus ojos, ventanales discretos y un pequeño jardín cubierto por

una alfombra de hojas perennes. No parecía haber nadie dentro. Tras unos momentos de indecisión, Scott se acercó a la puerta principal. Era robusta y lacada en blanco, con una argolla en forma de gárgola siniestra. Idea de Max, supuso. Scott se peinó los rizos, enredados por culpa del viento, y llamó. Una, dos, tres veces. Los nervios le apretaron el estómago cuando escuchó pasos aproximándose, y puso su mejor sonrisa cuando abrió una mujer. Lo miró, desconfiada.

—¿Quién eres? —Era la madre de Max, sin duda. A pesar de ser rubia ceniza, tenía la misma nariz y el mentón igual de perfilado.

—Me llamo Scott. He venido a preguntar por Max. Por... por si está aquí.

—Ah. —La mujer se relajó y se pasó la mano por la cara. Parecía joven, aunque cansada. Muy cansada—. No está, ha ido a clase. ¿Eres uno de sus amigos?

—Sí, del instituto. Solemos ir juntos todos los días, por eso me ha extrañado no verla hoy. —Ante el gesto de preocupación de la mujer, Scott trató de excusarse—. Seguro que me está esperando en clase, no es nada. Hoy he salido muy tarde de casa y me he preocupado al no verla, pero es culpa mía porque soy un dramático. Max es una chica muy aplicada, ya estará allí.

—Menos mal, siento que hayas tenido que venir aquí para nada —dijo ella. No parecía tener fuerzas ni para despedirse, pero le preguntó si quería que lo acercara al instituto. Scott se negó con amabilidad y salió a la calle de nuevo.

Estaba claro que Max había mentido a su madre. ¿Por qué lo había hecho? ¿Dónde estaba?

Scott se estrujó la cabeza para dar con la respuesta. Cuando creía empezar a conocer a Max, se convertía en una desconocida de nuevo. Un enigma de palabrotas y rostro distante que se alejaba cuando él daba un paso al frente. Scott tenía la sensación de que ella no había llamado a sus amigos, tenía el presentimiento de que estaba afrontando lo que tuviera que afrontar sola. ¿Dónde podría estar sola sin que nadie la molestara? El eco de la conversación que tuvieron el viernes irrumpió en su cabeza como el susurro de un viento huracanado. ¿Estaría en el mirador?

Scott apostaría todos sus cómics de *Superman* a que Max se encontraba allí en esos instantes. El mirador fue más difícil de encontrar que su casa. Paseó por arboledas desnudas y explanadas del color de las espigas hasta encontrar un camino de tierra tras una espesa mata de arbustos. Intrigado, lo siguió y comprobó que era la única manera de acceder a una pequeña colina sobre la que reposaba un mirador hecho de piedra y tierra. No había vallas ni escaleras: solo vacío. Era un sitio impensable, resguardado por las ramas de los árboles cercanos y con vistas maravillosas a toda la ciudad.

Sentada al borde del mirador, con las piernas colgando en el vacío, estaba Max. El cielo, que todavía no se había vuelto azul del todo, proyectaba pinceladas rosas y violáceas sobre su figura. De espaldas a él, sostenía su guitarra y mecía la cabeza al ritmo de las notas que tocaba. Scott no entendía mucho de música, pero parecía que la guitarra lloraba. Sonaba como si algo se estuviera rompiendo en mil identidades distintas y luego intentara volverse a unir en un solo cuerpo, pero fracasara.

Scott se sentó a su lado sin decir nada, dejando que sus piernas también colgaran en el aire. Le

daba un poco de vértigo, pero no quería reconocerlo.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó la chica, sin rastro de sorpresa en la voz.

Scott giró la cabeza para mirarla, pero tenía la barbilla inclinada sobre el pecho y la cara oculta por el pelo. Acariciaba la caja de la guitarra con mimo.

—El otro día me dijiste que venías aquí cuando sentías que el mundo se había vuelto demasiado ruidoso y querías recuperar tu voz. Hoy no te he encontrado así que... supuse que necesitabas escucharte.

Max soltó una risa despistada.

—Es un sitio precioso, ¿verdad?

—Sí, sí que lo es. ¿Cómo lo descubriste?

—Siempre me ha gustado pasear por Central Park y alejarme de todo lo que me rodeaba. Cuando mamá me empezó a dejar salir sola de casa, no paraba quieta hasta encontrar un lugar al que nadie más tuviera acceso. Era mi obsesión. —Las comisuras de sus labios se estiraron en una mueca triste—. Corría de un lado para otro, buscando un lugar que me dejara ser invisible. Pero era imposible. Siempre aparecía alguien. Solo quería hallar un rincón en todo este jodido planeta en el que pudiera reír, cantar, llorar o gritar sin que nadie pudiera verme —explicó Max, con la mirada puesta en el horizonte—. Cuando cumplí trece años, me cansé. Me cansé de pedir silencio y recibir más ruido. Soplé las velas y le dije a mi madre que había quedado con unos amigos. Mentí. Corrí por estos bosques, pidiéndole a la tierra y a quien fuera que pudiera oírme que me salvara de mí misma, que me ayudara a dejar de pensar. Quería aprender a dejarme llevar de nuevo, sin medir lo que hacía y decía. Encontrar algo que lo hiciera todo más fácil. Más soportable. Y encontré este mirador. No sé cómo, solo recuerdo estar sentada de pronto contemplando estas mismas vistas. Y tener la certeza de que, aunque todo siguiera cambiando, este lugar siempre sería mío. Vengo aquí desde entonces, cuando siento que el mundo va demasiado rápido y yo no giro a su compás. El mirador me ayuda a recobrar el equilibrio.

—¿Por qué has venido hoy, entonces? —Scott contuvo la respiración, sabiendo que aquella era la típica pregunta que Max siempre se negaba a responder.

Max se frotó la cara. Después, se giró para mirar a Scott. Le sorprendió lo cansados y vacíos que estaban sus ojos. Parecía llevar el peso del mundo en cada iris.

—Mi hermana tiene leucemia.

Scott jamás se habría esperado aquello. Él no conocía a la hermana de Max. No sabía cuántos años tenía, cómo se llamaba, si tenía sus mismos ojos o no. Pero compartió su dolor, porque de verdad le importaba.

—Yo... lo siento mucho. —No sabía qué decir. Estaba bloqueado.

—No es la primera vez que está enferma. —Ella hablaba sin dirigirse a él, para ella misma, aunque seguía mirándolo—. La leucemia siempre se ha cebado con ella, desde que era pequeña. No... no hay manera de escapar. Cuando parece que la ha derrotado, vuelve con mucha más fuerza.

—Max...

—No he sido una buena hermana para ella —susurró, con la voz rota. Parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro y Scott sintió deseos de abrazarla, pero la guitarra se interponía entre ellos como un muro de hormigón.

—Seguro que... esto... —Scott se mordió el labio.

—Allison.

—Seguro que Allison no opina lo mismo. No seas dura contigo misma.

—Mi hermana es demasiado buena para esta mierda de mundo que se empeña en darle la espalda una y otra vez. Por eso no la merezco. Ella me ha dado tanto... nos ha dado tanto a todos... Y solo ha recibido dolor.

—¿Tu padre qué opina de todo esto?

—No opina nada. —Max perdió el control y la rabia impregnó sus palabras mientras apretaba los puños sobre la guitarra—. Perdona. Mi padre... mi padre hace diez años que no vive con nosotras.

Scott asintió, intentando transmitirle con su silencio que no pensaba preguntar nada más sobre el tema. Lo cierto era que no sabía qué podía decir para animarla. No sabía casi nada de la leucemia, solo que era una enfermedad de la sangre, grave, y que a veces no se curaba.

—¿Quieres seguir hablando de esto o...?

—Preferiría no hacerlo, la verdad. —Ella se lo agradeció con una sonrisa y el fantasma de la Max que él conocía se materializó frente a él, lo que también le hizo sonreír—. Por cierto, ¿tú no tendrías que estar en clase?

—Podría decirte lo mismo.

—Eh, yo tengo excusa. Mi madre me mandó un mensaje ayer diciéndome que fuera al hospital cagando leches y no he dormido una mierda vigilando a mi hermana mientras ella hablaba con médicos y otra gente con bata.

—Pero en vez de estar aquí con tu guitarra podrías estar atendiendo a las clases de la profesora Roberts sobre números primos. La gente dice que son muy relajantes.

—¡Claro, porque todo el mundo se duerme en ellas! —Max rompió a reír y Scott la imitó.

—La profesora Roberts no tiene la culpa de que seáis unos cafres.

—La profesora Roberts solo se merece mi respeto porque siempre me pregunta dónde compro mis camisetas y me dice que son geniales. —Scott dirigió una rápida mirada a la que llevaba en ese momento. Ponía «Si no te contesto, lárgate». Y muchas manos con el dedo corazón alzado flotando por toda la tela negra—. Pero no me cambies de tema, listillo. ¿Por qué estás aquí?

Scott se encogió de hombros y agachó la cabeza.

—Estaba preocupado, eso es todo. Además, me apetecía comprobar en mis propias carnes lo que se siente al faltar a clase.

—¿Y qué tal la experiencia?

—No he estado tan acojonado en toda mi vida.

La risa de Max llenó el mirador y el viento la transportó por todo el parque, un agradable eco que se unió al sonido de los pájaros y el rumor de la hojarasca.

—Las pellas no están hechas para ti, Scott.

—¿Y para ti sí?

—Yo solo le vendería mi alma a esta. —Max señaló su guitarra.

—Podrías tocarme alguna de tus canciones.

—¿Cómo sabes que compongo?

—Me lo acabas de confirmar.

—Ja, ja. —Max se apartó el pelo de la frente—. Ahora en serio.

—A veces, en clase de Filosofía, te veo fruncir el ceño... así, como estás haciendo ahora mismo, solo que concentrada frente al papel. Miras la hoja como si no estuviera allí realmente, como si vieras algo que los demás no pueden ver y, mientras marcas un ritmo con el bolígrafo que nadie más que tú comprende, tus ojos parecen decir: «¡Eureka!». Y te pones a escribir lo que sea que estás viendo. No se te ve muy interesada en el profesor Taylor ni en tomar apuntes, así que blanco y en botella...

—¿Me espías en clase?

Scott enrojeció.

—Miro a todos los compañeros por igual, ya sabes que soy muy curioso.

—Ya, claro.

—¿Me vas a cantar algo o no?

Max pareció pensárselo un largo rato. Apretó la guitarra contra su cuerpo y se sentó muy recta. Tocó varias cuerdas, asegurándose de que estaban lo suficientemente tensas, y cerró los ojos. Sonaron los primeros acordes y, con la voz más dulce que Scott hubiera oído nunca, comenzó a cantar:

To be in the rain, I call you again and lose my sense.

I walk on the trail, not minding the pain and shut off my brain.

You taught me how to win. You'd never let me go and monsters came to play.

Take my bullets, shoot and say...

Meet me in the woods where no one judges and say goodbye.

Hug me for those who want to be gone and tell me why.

I am tired of feeling. Does it matter if the sea drowns me in her bloody arms?

Take my bullets, shoot and say...

Cuando el último acorde vibró en el aire, Max abrió los ojos, aturdida y con las mejillas arreboladas. Scott se sentía embelesado, como si le acabaran de arrojar a una habitación llena de obras de arte. Pero Max era mejor, porque a ella podía escucharla y sentirla a través de sus letras. Su canción hablaba, le había hablado de pérdida y dolor, y desprendía un talento y una belleza de todo menos mundana.

«Venga, Scott, di algo. No seas bobo».

—Ha sido... asombroso —tartamudeó.

«Muy bien, te van a contratar para escribir los discursos de los Óscar».

—No seas pelota.

—¡Es la verdad! Cantas... cantas muy bien.

Max sonrió, algo azorada.

—Gracias. Siempre he querido dedicarme a la música, desde pequeña. —Los ojos de Max se perdieron en los suyos y, por unos instantes, no había palabras que pudieran separarlos—. Jamás le había hablado a nadie sobre la enfermedad de mi hermana.

—¿En serio? —Scott tragó saliva mientras Max asentía, sin parpadear—. Te prometo que no se lo contaré a nadie.

—No tienes que prometerlo, sé que no lo harás. —Max pareció pensárselo mejor y añadió—: Y si lo haces, prepárate para enfrentarte a mi furia. Cantar no es lo único que se me da bien. Doy unas patadas voladoras que flipas.

Scott supo que esas palabras significaban que la Max de siempre estaba de vuelta. Y que, aunque él no fuera de los que se saltaban clases, había algo especial en ese mirador y en la chica que se sentaba a su lado que le hacía querer volver. Sonrió. Echaba de menos ese momento antes de que hubiera acabado.

Todos venimos al mundo rotos. Por eso lloramos cuando nacemos, porque sentimos que nos falta algo. Si el mundo es justo y nosotros afortunados, vamos encontrando pedazos de lo que perdimos por ahí. En canciones, personas, nombres. Pasiones, comida, viajes. Nos recobramos, como un puzle antiguo y complicado, pero hay un problema. A veces sentimos que seguimos rotos, aunque en realidad estemos completos. Y nadie te enseña a convivir con esa sensación. Por eso vuelves a romperte.

.....

## 17. Max

Max había creído durante años que no existía otra cosa en el mundo que pudiera hacerle más gracia que los vídeos de gente cayéndose. Pero ahora, al ver a Scott en mallas y con una cinta de *Los Simpson* en la cabeza, descubrió que se equivocaba. Y qué agradable error.

—¿Vas a dejar de reírte en algún momento? —protestó. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la sudadera y resoplaba, enfadado—. Ya te he dicho que esta cinta es de cuando tenía cinco años, y no había nada más en casa que pudiera usar para sujetarme los rizos. Si sudo, el pelo se me encrespa y los rizos se vuelven lacios como gusanos moribundos.

—¡Deja de repetirlo, que me haces reír aún más!

Max estaba tirada en la acera, con las manos en la tripa y una risa tan escandalosa que atraía la atención de todos los que pasaban por su lado. Scott intentaba que se levantara, sin éxito, rojo como un tomate. Cada vez que Max alzaba la mirada y lo veía, volvía a tumbarse y a partirse de risa. Le dolían las mejillas y el estómago, tanto que tuvo que pensar en niños llorando y otras cosas desagradables para obligarse a parar. Cuando se puso en pie, Scott la miraba como un profesor que pillaba a un alumno copiando en un examen.

—¿Has terminado?

Max se limpió las lágrimas y se sacudió la sudadera, manchada de polvo y barro. Ponía «Run, boy, run», pero el «boy» estaba tachado y habían puesto «girl» encima.

—Perdón, es que no he podido resistirme. Pareces... un auténtico deportista.

Max empezaba a disfrutar de la compañía de Scott. Después de lo que habían hablado en el mirador, sentía que había una barrera que se había roto entre ellos. Una barrera que Max no había roto con nadie más. Por eso quizás ahora se sentaba con él en clase de Filosofía y en el comedor. Iban y volvían del instituto juntos. Pero, como le seguía pareciendo poco, le había propuesto que salieran a correr esa tarde. Ella pensaba hacerlo de todas maneras. Sabiendo que Allison volvía a estar... mal, necesitaba despejarse. Quemar su rabia y olvidarse de la tristeza. Que Scott aceptara había ayudado con ambas cosas, la verdad. La hacía sonreír a pesar de todo.

—¿Empezamos ya o qué?

—No corras tanto, Bart. Primero tenemos que calentar. —Max se hizo una coleta y estiró las cervicales, las lumbares, los gemelos y los tobillos. En ese estricto orden.

—Vale. Pero yo me identificaba más con Lisa.

—¿Por qué será que no me extraña?

—¿Lo dices por mi increíble habilidad con el saxofón o por mi collar de perlas? —preguntó él, imitándola como podía. Le ponía ganas, pero parecía un espantapájaros despertando de su letargo.

—Por lo pedante que resultas a veces cuando hablas de cosas de intelectuales.

—Yo no hablo de cosas de intelectuales. Soy un intelectual, las cosas intelectuales escapan por mi boca sin que pueda evitarlo.

—Bueno, pues yo sí que me identificaba más con Bart. Así que multiplícate por cero y sígueme.

Max echó a correr sin avisar, obligando a Scott a seguirla entre maldiciones y bufidos. Ella se rio, reduciendo el ritmo para que pudieran correr juntos. Scott se lo agradeció con una sonrisa y se ajustó la cinta sobre los rizos aplastados. Max soltó una risita entre dientes y dirigió la vista al frente.

Para no haber hecho deporte nunca, Scott tenía buena resistencia. No aguantaba tanto como ella y tenían que descansar cada dos kilómetros, pero se lo tomaba más en serio que Debbie y sabía que había que respirar por la nariz para no sonar como un animal de granja. Y para rendir más, claro.

—¿Qué tal está Parker? Hoy ha salido disparado del comedor sin decir nada —le preguntó a Scott, en uno de esos descansos.

—Está raro de cojones. Todavía no se ha quejado de que el próximo malo de las pelis de *Spiderman* de Tom Holland no sea el Duende Verde y ha dejado de decir que necesita una novia cada dos segundos.

—A lo mejor se ha dado cuenta de que no necesita a nadie para ser feliz.

—Es Parker. Eso sería pedirle demasiado.

Max le dio la razón y, cuando el ritmo de sus latidos empezó a pautarse, siguieron corriendo. Atravesaron Central Park por sus caminos de tierra, bordeados por árboles rendidos ante el otoño. Ese día había sol, pocas nubes y una brisa cálida. Max agradecía el chute de vitamina D. Con lo poco que estaba comiendo y durmiendo esos días, necesitaba energía extra para seguir funcionando.

Terminaron desembocando en Hershhead, en un lago tan grande que parecía partir la naturaleza en dos. Había niños correteando por las inmediaciones, parejas enrollándose en los bancos, perros sueltos jugando con sus dueños, familias enteras haciendo pícnic sobre el césped marchito. Se respiraba calma y alegría, lo que acabó de agotar a Max, que le hizo un gesto a Scott para que parase.

—Creo que por hoy ya hemos corrido suficiente.

—¡Vaya, quién iba a decir que Max, atleta en sus ratos libres, se iba a cansar con tanta rapidez!

—Max se habría tomado en serio la burla de Scott si él no estuviera rojo, sonara como un muelle flojo y fuera medio cojeando.

—¿Te has hecho daño en el tobillo?

—No. Sí. —Scott suspiró, deteniéndose—. Los gemelos.

—Si no estiras bien y te fuerzas demasiado, puedes llegar a lesionarte. Creía que un sabelotodo

como tú lo tendría en cuenta.

—«La duda es uno de los nombres de la inteligencia», Borges.

—«La inteligencia y el sentido común se abren paso con pocos artificios», Goethe. —Scott abrió mucho los ojos y Max sonrió con suficiencia—. ¿Qué creías, que ibas a ganarme al juego de las citas? Soy una experta... en las dos acepciones de la palabra.

—En realidad tiene tres.

—¿Quieres citarte con los peces? Porque puedo tirarte al lago para que intiméis —le amenazó, y Scott (que seguramente pensaba que iba en serio) alzó los brazos, dando un paso hacia atrás con disimulo. Max contempló el lago, las barcas que surcaban su superficie formando ondas en el agua, y su sonrisa se hizo más amplia—. Se me acaba de ocurrir una idea.

Scott la miró con las cejas alzadas. Tenía la frente sudorosa, pero sus rizos seguían intactos.

—Me das miedo.

—Ven.

Max lo cogió de la mano y caminaron hacia el muelle del lago. Era una pasarela de madera pintada de rojo y blanco que necesitaba un barnizado urgente. La chica sintió crujir los leños bajo su peso, y por un momento temió que se rompieran y caer al agua. A saber qué había en sus profundidades. Debbie le contó una vez que cuando vaciaron un lago de Florida encontraron lavadoras, coches, peces con tres ojos y cadáveres medio devorados por esos mismos peces. Max no se terminaba de creer lo de los peces pero, por si acaso, se mantuvo alejada de los bordes del embarcadero mientras aguardaban su turno.

—¿Qué hacemos aquí? —le susurró Scott, soltándole la mano para recolocarse la cinta.

—Me apetece un paseo en barca.

—¿Y has pensado en algún momento si a mí también me apetecería o...?

—Venga, Scott. Estamos cansados y nos queda un largo camino a casa. Solo será un ratito.

—Está bien. —Scott accedió y Max contuvo las ganas de dar saltos de alegría por temor a que la madera se partiera de verdad—. ¿Me va a tocar remar?

—Eh, no estoy tan cansada. Y tengo más fuerza en los brazos que tú.

—En eso tienes toda la razón.

A Max le gustaba que Scott no respondiera a ese tipo de comentarios como si acabara de destrozar su masculinidad. No entendía la manía de algunos tíos por ofenderse si una chica era más fuerte que ellos y lo demostraba. Ya no vivían en cavernas ni eran princesas que necesitaran ser protegidas y rescatadas por príncipes a lomos de un corcel. Hacía tiempo que las mujeres podían mancharse las manos para salvarse solas. «Involuciones no, gracias».

El hombre que alquilaba las barcas parecía el típico pescador que podía encontrarse un domingo junto al río, con el gesto serio y concentrado por la paciencia y esos gorros de paja tan horteras.

—Media hora, quince dólares. Una hora, veinticinco —les dijo, sin dejar de vigilar el lago.

Max abrió su mochila y sacó la cartera. Frunció los labios al ver que solo llevaba cinco dólares con treinta centavos y puso su mejor sonrisa.

—¿Y por diez minutos cuánto nos cobra?

—Niña, no me hagas perder el tiempo. ¿Tienes el dinero o no?

—Solo he preguntado. Tampoco hace falta ser tan...

—¡Aquí tiene! Quince dólares. —Scott se metió entre ambos y le puso el dinero en la mano. El hombre se apresuró a contarle mientras él le apretaba el brazo a Max para que se mantuviera callada.

Se subieron a una barca y Max se adueñó de los remos. Se le daba bastante bien. Todos los veranos iba con Allison a remar al lago. Ella se tumbaba sobre su regazo y leía mientras su pelo rubio lanzaba destellos blancos por los reflejos del sol. Max remaba hasta una zona tranquila y la observaba, bebiendo de su paz. De esa calma interior que tanto envidiaba y, a la vez, temía. Nada duraba para siempre. La caída era mayor cuanto menos la esperaras.

—¡Gracias por tu amabilidad, espero que con nuestros quince dólares puedas comprarte un sombrero nuevo! —le gritó, cuando se alejaron del embarcadero. Él no le hizo ni caso—. Capullo condescendiente —murmuró, hundiendo los remos en el agua. Scott la miraba divertido, con los ojos entrecerrados por el sol. Max se calmó cuando perdió a ese hombre de vista y empezó a remar con tranquilidad, momento que aprovechó para preguntarle a Scott—: ¿Por qué llevabas dinero encima? Una vez me comentaste que solo cogías dinero si salías a comprar algo. ¿Cómo dijiste...? ¡Ah, ya me acuerdo! «Es la mejor manera de ser aburrido y ahorrar para comprar libros con dibujitos de superhéroes que tienen complejo de Hércules».

—Uno, estoy seguro de que no dije eso. Dos, no te metas con mis cómics si quieres que sigamos siendo amigos. Y tres, estoy gratamente sorprendido de que empieces a usar personajes mitológicos para tus referencias.

—No me meto con tus cómics. Ya sabes que respeto tus gustos aunque no me interesen demasiado. Son solo una excusa para sacarte de quicio, un pretexto muy eficaz, por lo que veo. Por cierto, se te ha olvidado el punto cuatro. Ese en el que respondes a mi pregunta, ya sabes.

—Llevaba dinero para comprar agua en caso de deshidratación grave —farfulló, poniéndose rojo.

—¿Quince dólares para una botella de agua?

Scott no respondió y Max prefirió no insistir. El agua parecía verde por el reflejo de los arbustos que cubrían la orilla. Edificios de color naranja, blanco y gris emergían detrás, como una gigantesca reminiscencia de humanidad. Scott lo observaba todo. Parecía analizar cada detalle, cada sombra que los arbustos proyectaban sobre el agua, cada ola de espuma que levantaba el remo, cada hoja que bailaba en el aire hasta posarse en la superficie del lago con la delicadeza de un cisne para, después, hundirse sin remedio.

—Son los quince dólares mejor invertidos de mi vida —soltó, con los ojos brillantes. Estaban sentados el uno frente al otro. Sus rodillas se rozaban cada vez que Max cogía impulso para remar.

—No voy a meterme contigo, pero que sepas que me lo has puesto a huevo.

—Ya, ya sé que ibas a decir algo así como «qué triste eres» o «¿no serás tú el rey de la fiesta?».

—En realidad iba a decir que se llega más rápido al corazón de una chica a través de su estómago que con una payasada romántica. La próxima vez, llévame a cenar a un Five Guys. —Le guiñó un ojo.

—Pero... pero... si lo de las barcas ha sido idea tuya. —Scott estaba lívido y ruborizado. Era una combinación rarísima.

—Tranquilo, estoy de coña. Solo me estaba metiendo contigo, tonto. —Bromear sobre un posible romance con Scott había despertado un extraño calor en su tripa, pero Max se convenció de que solo era hambre por estar pensando en comida—. ¿Paramos aquí?

Scott asintió, tan tenso como las cuerdas de una guitarra, y Max dejó de remar. Se masajeó los hombros mientras miraba el rincón en el que se encontraban. Los arbustos les protegían de los curiosos y las barcas se concentraban en el centro del lago. Estaban solos. Max se sintió intranquila de pronto y dio una palmada para atraer la atención de Scott.

—¿Qué hacemos? —dijo ella.

—¿Aquí? —Se encogió de hombros—. Poca cosa, aparte de mirar a los patos.

—No seas *voyeur*, vamos a tumbarnos.

—Max, dudo que tumbarse en una barca de apenas dos metros que parece tan estable como la fidelidad de Indiana Jones sea buena idea.

—Te recuerdo que al final se casa con la de la primera película.

—¿Cómo sabes eso?

—Haciendo una cosa que se llama ir al cine o alquilar una película en concreto. La ves y, *voilà!* Aprendes los nombres de los protagonistas, lo que les pasa...

—Ya, no me refería a eso. —Max se puso de pie en la barca y a Scott no le quedó más remedio que seguirla. Estiraron los brazos hacia los lados, como si fueran acróbatas y estuvieran caminando sobre una fina cuerda a mucha altura del suelo. La barca osciló, pero no amenazó con volcar—. No pensaba que te gustaban las películas de Indiana Jones, solo eso. ¿Y quién alquila hoy en día una película? ¡Han cerrado los videoclubs!

Max prefirió asegurarse de que no terminarían en el agua antes de contestar. Con cuidado, se sentaron en la balda de la popa y se echaron hacia atrás hasta que sus cabezas reposaron sobre el otro madero. Había tan poco espacio que tenían que estar con el hombro montado sobre el del otro. No era la postura más cómoda del mundo, pero era bonito sentir el sol en la cara. El olor que había empezado a asociar a Scott, pasta de dientes y caramelo, llegó hasta su nariz. Cerró los ojos.

—¿Por qué no me puede gustar un aventurero que busca tesoros y menea el látigo que da gusto? No va con segundas, no te pongas nervioso. Y todavía hay un videoclub abierto en el centro. Soy socia y orgullosa combatiente de la piratería.

—Pensaba que te iban las películas más... es decir, menos...

—Vamos, que solo los frikis os podéis quedar con las historias interesantes y el resto nos tenemos que conformar con los *realities* basura de MTV y Ross Geller.

—¡No quería decir eso! —exclamó Scott, frustrado. Max intentaba por todos los medios aguantar la risa—. Es que...

—¿Por qué os creéis tan especiales? Las etiquetas no definen a nadie, solo encierran prejuicios y generan un estándar idealizado que produce ansiedad si no se alcanza. Estamos tan obsesionados con pertenecer a algo que no nos importa vender lo que sí nos hace únicos y distintos con tal de sentirnos comprendidos. Qué vergüenza, Scott.

—A ver, yo... —sonaba tan angustiado que Max empezó a reír, abriendo los ojos y girando la cabeza para mirarlo—. Vete a la mierda, Max.

—¡Perdona, es que estás muy gracioso cuando te agobias!

—¡Eso no es excusa!

—Te juro que todo lo que estaba diciendo iba en serio. Me gustan las películas en las que la gente busca tesoros muy antiguos, odio a Ross, alquilo películas en un videoclub y pienso que una sola palabra no puede definir cómo eres.

—De todo lo que me has dicho, pensaba que me tomabas el pelo con lo del videoclub. —Ya no sonaba enfadado, sino divertido y algo suspicaz.

—Soy una caja de sorpresas.

Max volvió a dirigir la vista al cielo y la calma inundó su cuerpo. La barca se mecía con suavidad sobre el agua, la luz besaba su piel. Vio una nube con forma de vinilo y sonrió.

—Ojalá me hubiera traído los cascos.

—Vaya, gracias.

—Habría compartido un auricular contigo, intensito. Es solo que... todo sería perfecto si tuviera un poco de música.

—Yo también echo de menos mis lápices.

Max se incorporó de golpe y la barca tembló como si estuviera sufriendo un asalto pirata. Scott se asustó y se sentó, agarrándose a los bordes con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Sabes dibujar?

—¡Coño, Max, cuidado! Podríamos haber volcado. —Ella se movió al otro asiento de la barca para que estuviera más nivelada y volvieron a quedar frente a frente. El miedo abandonó el rostro de Scott y la vergüenza empañó sus ojos color avellana—. Sí, dibujo.

—¡Qué guay! ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No sé, no ha surgido.

—¿Me estás diciendo que en vez de hablarme del rol, sus reglas y la cantidad de dados que se usan no se te ocurrió decirme que dibujabas?

—Dijiste que no te importaría probar el rol algún día.

—Y no me importa. Suena guay eso de poder ser una guerrera orco que descuartiza zombis. Pero ¿por qué no me dijiste lo otro? ¿No querías presumir?

—Tampoco soy tan bueno. —Scott se rio.

Max cogió su mochila, que había dejado en un extremo de la barca, y sacó un cuaderno. La tapa estaba decorada con llamas de pelaje blanco y carita feliz. Allison se lo regaló porque le hizo mucha gracia y sabía que Max era una obsesa de las libretas bonitas. Tenía cientos sin usar y otras cien escritas hasta la última página.

—Muéstramelo. —Abrió el cuaderno por una página en blanco y lo colocó en las rodillas de Scott—. Quiero ver cómo dibujas.

—¿Qué? —graznó el chico. Comenzó a balbucear, negando con la cabeza y tratando de devolverle el cuaderno—. ¿Así, de repente? No... no, es que... no tengo lápices ni...

—Toma el mío. —Max hurgó en la mochila y le tendió un pequeño lápiz de madera. Scott lo escrutó y vio que tenía grabado en la superficie «IKEA». Se lo mostró a Max, con cara de «¿en serio?» mientras ella se encogía de hombros—. No me mires así. Me cobré todo lo que nos gastamos en la estantería del salón en lápices gratis. En algo teníamos que salir ganando, digo yo. Venga, ponte a dibujar ya.

Scott cabeceó, entre exasperado y divertido, y se dio la vuelta. Max bufó mientras veía la espalda del chico inclinada sobre el papel.

—Si no te veo dibujar no tiene gracia.

—¿Quién es la *voyeur* ahora? Necesito mirar el paisaje, en un momentito te lo enseño.

Max se reclinó hasta apoyar la cabeza en la picuda proa de la barca. A sus oídos llegaban los gritos lejanos de los niños y los ladridos de los perros. La barca seguía su recorrido, movida solo por el agua y el viento, con una sinuosidad que invitaba a dormir. Quizás podría volver otro día con Allison. Pedirle que la dejara ser la hermana pequeña por fin. Tumbarse en su regazo, dejar que le acariciase el pelo. Cerrar los ojos y descansar todo lo que no había descansado durante la noche. Cerrar los ojos. Cerrar los ojos...

—¿Max? ¿Te has dormido?

Sintió las manos de Scott zarandeándola y parpadeó, confusa. Tenía la impresión de que había cerrado los ojos solo unos segundos pero, a juzgar por cómo le ardía la frente y lo doloridas que tenía las rodillas, había sido mucho más. Miró el móvil.

—El que alquila las barcas nos va a matar. Llevamos casi una hora —dijo Max, sentándose y bostezando. Le había ido muy bien aquel pequeño descanso.

Scott ya estaba girado hacia ella de nuevo. Sonreía igual que los personajes de *Los Simpson* que seguía llevando sobre la frente cuando le tendió el cuaderno: todo dientes. Max lo cogió, con delicadeza, como si estuviera sosteniendo algo muy frágil. Cuando vio el dibujo de Scott, soltó un ruidito ahogado por la sorpresa y abrió mucho los ojos. Había reproducido el paisaje que los rodeaba a la perfección. La forma del agua, las hojas que se acumulaban en sus bordes bajo la sombra de los arbustos, los edificios en la distancia, las nubes. Todo. Había encerrado la esencia de ese lago en una hoja de papel con un solo lápiz. Cuanto más lo observaba, más tenía la sensación de estar viendo un lugar fuera de las garras del tiempo. Para siempre eterno. Para siempre bello.

—Hostia puta. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Te gusta? —preguntó Scott, con timidez.

—¿Que si me gusta? ¡Es una pasada! —Max apoyó el cuaderno entre sus piernas y se inclinó hacia él, exultante—. ¡Scott, eres un artista!

—Exagerada...

—¡Es verdad! Casi se puede oír el rumor del agua y sentir el calor del sol solo con ver el dibujo.

—Para ti, entonces.

Max sonrió.

—Gracias.

Sus rodillas no eran las únicas en tocarse. Estaban tan cerca que Max podía apreciar los lunares que Scott tenía en el cuello y cerca de la boca. Sus ojos eran grandes y estaban envueltos por unas pestañas espesas, y las mejillas tenían un tono rosado que ya era habitual cuando estaban juntos. Scott tenía la respiración acelerada, los labios entreabiertos. Max se preguntó si ella también tendría ese aspecto. Si sus ojos expresarían tanto anhelo, si respiraba tan rápido porque sentía que contemplar a Scott le estaba robando el aire del pecho, si abría los labios porque quería recuperarlo de los suyos.

Un pato echó a volar cerca de ellos y aquel ruido los devolvió a la realidad. Se alejaron el uno del otro, azorados. Max centró su atención en el dibujo, intentando ocultar el rubor de sus mejillas. Scott fingía quitarse pelusas de la sudadera y arrojarlas al agua. Fue entonces, observando los marcados trazos que recorrían el papel como ríos de grafito y sintiendo otra vez que el dibujo se movía bajo sus dedos, cuando tuvo la mejor idea de todos los tiempos.

—Oye, Scott. ¿Por qué no presentamos el trabajo de Filosofía con dibujos?

—¿Cómo?

—Puedes dibujar el mito de Orfeo y Eurídice. Representar sus diferentes escenas con diferentes ilustraciones. Yo puedo leer lo que hemos preparado estas semanas y mientras...

—...los dibujos se mueven uno detrás de otro a tus espaldas, en el proyector —completó Scott, emocionado. Parecía haberse olvidado de lo que había estado a punto de suceder instantes atrás. ¿Qué había estado a punto de suceder instantes atrás?—. ¡Es una idea genial, Max!

Ella sonrió como pudo y alzó la mano. Scott levantó la suya y el sonido al chocarlas espantó a los pocos patos que quedaban a su alrededor.

—¿No quieres que usemos alguna de tus canciones para acompañar la narración? —le preguntó.

—Ninguna de mis canciones habla de un amor imposible y de una tragedia tan grande.

—Bueno, *White deep* podría interpretarse como...

Scott se interrumpió y puso la misma expresión que pondría si hubiera desvelado un secreto inconfesable. Max entornó los ojos.

—¿Has estado ojeando mi cuaderno?

—Me preguntaba qué hacías con una libreta de llamas en la mochila y, como estabas dormida y

ya había terminado de dibujar, pues...

Max cerró el cuaderno con mucha lentitud, sin apartar la mirada de Scott. El muchacho se retorció de los nervios, tragando saliva. Ella cogió aire... y empezó a golpearlo con el cuaderno.

—No-se-espían-los-cuadernos-ajenos.

—¡Lo siento, lo siento! —Scott se reía y Max también, y terminaron prácticamente encima el uno del otro. Sus respiraciones se entremezclaron mientras Scott forcejeaba con ella para quitarle el cuaderno. Lo terminó consiguiendo y se escurrió como una anguila de los brazos de ella para abrirlo y decir, divertido—: Creo que había por aquí una canción que definía muy bien a la profesora Roberts. ¿Cómo se titulaba...? ¡Ah, sí! *Dumb numbers*.

—¡Scott, estate quieto!

La barca se movía tanto que parecía que estaban surcando el mar de verdad. Scott siguió pasando las hojas de la libreta y leyendo los títulos entre las risas y los gritos de Max, hasta que una hoja de papel que no pertenecía al cuaderno salió volando de entre sus páginas y se quedó enganchada en los arbustos de la orilla. Scott y Max dejaron de reír y observaron el papel, sepultado entre las ramas, casi rozando el agua.

—Mierda... —susurró el chico.

—Es una canción que estoy componiendo —dijo Max, muy bajito—. Se la quiero dedicar a mi hermana.

Scott se frotó la cara y soltó algo entre dientes. Puede que una palabrota. Se quedó pensativo unos segundos y, después, la miró con una gran sonrisa.

—No te preocupes —la tranquilizó, poniéndose en pie—. Voy a recuperarla.

—Scott, ¿qué...?

Él cogió uno de los remos y lo usó para acercar la barca a la orilla. Estaban bastante cerca, casi rozándola. La hoja de papel estaba enganchada en los arbustos más bajos, llenos de juncos y mosquitos. Scott se acercó al extremo de la barca y se agachó, alargando el brazo en dirección a la hoja.

—Ya casi la tengo.

—Scott, ten cuidado. Te vas a caer. No hace falta que la cojas, si...

—Estoy rozando el papel. —Acuclillado, se inclinó aún más hacia delante. Las ramas de los arbustos más altos le ensartaban los rizos—. Solo un poquito más...

—¡Déjalo, no pasa nada! Si yo...

—¡La tengo, la tengo!

Los dedos de Scott se aferraron al papel. Él torció la cabeza para dedicarle a Max una sonrisa triunfal y después se inclinó aún más sobre la orilla, intentando despegar el papel de los arbustos. Pero al usar ambas manos comenzó a desestabilizarse. La barca se bamboleó de un lado a otro con violencia. Por mucho que Scott trató de fijar los pies, la madera estaba resbaladiza y perdió el equilibrio. Max no supo cómo reaccionar cuando vio a Scott gritar y caer al agua.

Hola, papá:

El día que no puedo tocar la guitarra me siento incompleta. Antes no me ocurría. Cuando estabas. No contaba las horas que faltaban para estar sola, no me desgarraba la voz hasta que anochecía y no me costaba un mundo levantarme por las mañanas.

Ahora te escribo sin parar, compulsivamente, porque la guitarra ya no me sirve para escapar. Escribir nunca ha sido tan complicado como ahora mismo. Supongo que ya lo sabrás. Tienes que sentirlo: eres su padre. Allison tiene leucemia. Otra vez. Han encontrado células leucémicas en la médula ósea. Muchas. Demasiadas. Están estudiando su caso antes de empezar con el tratamiento. Es muy infrecuente que alguien que ha logrado superar la enfermedad dos veces vuelva a recaer después de un tiempo tan largo. Supongo que empezará con la quimio en breve, con todos esos botes de pastillas y los ingresos recurrentes en el hospital. Como siempre.

Y confiaremos en que se cure. Como siempre.

Ahora que lo sabes... ¿volverás? ¿La llamarás, al menos? Nunca hablamos de ti. Pero sé que Allison te echa de menos. Se le borra la sonrisa de la cara cuando hacemos algo que le recuerda a ti. Como ver películas del salvaje oeste. Gritar «¡Chispas!» cuando decimos lo mismo a la vez. Comer gnocchis con queso y echarles pimienta negra. Porque era tu comida favorita y tus películas favoritas y tus tonterías favoritas. Y se han convertido en las nuestras y no queremos. Ella no quiere. Sigue pensando que fue su culpa. Que fue su culpa que te marcharas sin decir adiós. No sabe que, en realidad, yo fui la culpable. La responsable de todo.

Porque lo fui, ¿verdad?

No estás aquí para ayudarme a superar esto. Me gustaría decirte que eso me hará odiarte más. Que por fin lograré olvidarte. Pero estaría mintiendo.

Max

## *18. Scott*

—¿Por qué no me dijiste que tenías una copia de esa canción en otro cuaderno?

—¿Lo he intentado! ¡Pero no me has dejado hablar y te has lanzado al rescate!

—¿Qué tal haber empezado con un: «¡Scott, no te preocupes, tengo la canción en otro cuaderno!», «¡Scott, estaba pasando a limpio esa canción, pero la original está en casa!», «¡Scott, no hace falta que te juegues la vida porque...!»». Max, ¿te estás riendo?

Ella se había quitado el coiletero y se refugiaba tras su corta melena negra. Sus hombros sacudiéndose sin control la delataban, y Scott quiso enfadarse. De verdad que quiso. Pero tenía que admitir que la situación era bastante cómica. Iban a casa de Max porque era el sitio que les pillaba más cerca para que Scott pudiera cambiarse. Estaba calado hasta los huesos. Se había quitado la cinta y el pelo le caía sobre la frente, húmedo y ensortijado.

—Si ni siquiera tú puedes aguantarte la risa... —respondió Max, mordiéndose el labio y mirándole al fin. Tenía los ojos anegados en lágrimas y su sonrisa era todo dientes. Scott le dio un codazo.

—Te aseguro que oler a pantano y a pez muerto no entraba en mis planes hoy. No me hace ninguna gracia.

—Al hombre que nos alquiló la barca tampoco. —Scott agachó la cabeza al recordar la bronca que les había echado cuando los vio aparecer en el embarcadero una hora tarde y con él empapado. El tipo amenazó con llamar a la policía si no le pagaban veinticinco dólares más, así que Max agarró del brazo a Scott y escaparon de allí corriendo—. Se lo merece. Por cretino.

—Aun así, me siento mal. Pagamos solo por media hora.

—Tengo la impresión de que, si nos vuelve a ver, el insulto sobre el tamaño de nuestros genitales no será lo único que nos arroje a la cara.

Un estornudo interrumpió la risa de Scott. El chico hizo una mueca y se rascó el cuello como si quisiera desgarrárselo.

—Oye, ¿falta mucho para llegar a tu casa? Tengo la impresión de que se me va a caer la piel a tiras. A saber lo que tenía el agua de ese lago...

—¿No te acuerdas de dónde está? Viniste a buscarme una vez.

—No vine por este camino.

—Estamos dando un rodeo, pero lo hago por ti. Para que nadie tenga que verte con esas pintas.

—Scott volvió a estornudar y Max apresuró el paso, pasando el brazo por su cintura y haciendo que se apoyara en ella—. Venga, no te mueras, ya casi estamos.

Scott intentó que su cercanía no le despistara, pero era imposible centrarse en otra cosa que no fuera el hecho de que iba a subir a su casa. A casa de Max, solos ella y él. Su madre y Allison estaban de compras, por eso le había invitado. Todo era tan... distinto desde que Max y él se habían hecho amigos. Algo había cambiado en él. Se sentía tranquilo y sin preocupaciones cuando estaba con ella. Scott se preguntó si había sido Max con su repentina armonía la que había hecho que su mundo diera un vuelco.

—Ya estamos aquí —anunció la chica, interrumpiendo sus reflexiones—. ¡Mierda! —exclamó, deteniéndose en seco y haciendo que Scott trastabillara—. Mamá y Allison ya han llegado.

—¿Qué? —Scott escrutó los ventanales, pero no veía nada. Las luces estaban apagadas y la casa parecía vacía.

—¡Sí, he visto a mi madre pasar junto a las cortinas del salón! —Sonaba desesperada como pocas veces—. Mierda.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Scott, tiritando con violencia. El aire cálido que los había acompañado durante el día se estaba transformando en un viento frío y cortante.

Max se llevó un dedo a la boca, siempre lo hacía cuando pensaba. Llevaba las uñas pintadas de rojo, con los bordes salpicados de padrastrós. Era curioso: usaban las manos para dos pasiones muy distintas, dibujar y tocar la guitarra, pero tenían la misma apariencia. Siempre enrojecidas y llenas de durezas y heridas.

—Lo tengo. —Max sonrió, abandonando todo nerviosismo y encaminándose hacia la entrada de su casa.

Scott la siguió renqueando porque apenas sentía los pies del frío. Con cuidado, abrieron la verja del jardín y se aproximaron sin hacer ruido a la esquina izquierda de la fachada. Scott no podía dejar de mirar la puerta, temiendo que se abriera de un momento a otro y Diana los pillara en su jardín. Le costaba creer que la madre de Max fuera la clase de persona que miraba con malos ojos a los chicos que se acercaban a su hija, pero no quería comprobarlo. Por si acaso.

—Vale, ¿ahora qué? —le susurró Scott, con la espalda pegada a los ladrillos. Max ladeó la cabeza y señaló la ventana que tenían encima, a más de cuatro metros. No sabía si era culpa del frío o si estaba perdiendo facultades, pero a Scott le llevó un par de minutos averiguar lo que Max le estaba proponiendo—. No, de ninguna de las maneras.

—¡Chsssss! —Max le tapó la boca con la mano—. Treparamos hasta mi ventana, entramos en mi habitación, te cambias de ropa y luego las distraigo para que puedas salir sin que te descubran. Es un plan perfecto, sin fisuras. Ya le gustaría a James Bond tener mis ideas. —Scott intentó protestar, pero la mano de Max ahogaba su voz, cada vez más afónica y ronca—. Vale, vale, ya te dejo hablar. No hace falta que me llenes la mano de babas.

—¡Es una locura! De las peores locuras que te he oído decir, de hecho.

—Poco me has oído hablar, entonces.

—Max...

—Menos pensar y más actuar, Scott. ¿No te han dicho nunca que el mundo es para los valientes?

—Suenas como Parker, ¿sabes? Y es muy desagradable.

—Tienes envidia de mis ideas, eso es lo que pasa.

—¡Tus ideas no tienen sentido! ¿Cómo vamos a trepar tantos metros?

Se le hacía raro discutir en susurros.

—¿Ves la tubería que baja desde el tejado? —Un canalón oxidado descendía por la esquina de la fachada hasta tocar el suelo. La ventana de su cuarto estaba muy próxima a él—. Subimos por la tubería y nos plantamos en mi habitación en un plis.

—No hay plis que valga si nos caemos y nos partimos la crisma.

—Que no, que la tubería tiene agarres a los lados. Observa.

Antes de que Scott pudiera volver a recalcar que era una locura, Max empezó a trepar. La mochila rebotaba contra su espalda mientras escalaba con sorprendente rapidez. Rodeaba la tubería con los brazos y apoyaba los pies a los lados, en los puntos en los que se unía a la fachada con remaches. Le recordaba al gato de su tía Lori, Señor Bigotes, cuando se subía al tejado escalando por el patio interior con movimientos ágiles y elegantes. Pero Señor Bigotes tenía siete vidas, y Max solo una.

—¡Ten cuidado! —dijo, y siseó, extendiendo los brazos debajo de ella por si se caía. Como si de verdad pudiera parar su cuerpo con dos brazos temblorosos y débiles.

Max llegó hasta el alféizar de la ventana. Con el cuerpo apretado contra la tubería y los pies bien metidos a los lados, se soltó y colocó las manos en los cristales de la ventana, arrastrándolas. Scott tenía el corazón en la garganta. «Menos mal que no hay nadie paseando y que aún no han encendido las farolas», pensó. Desde fuera debían parecer dos ladrones inexpertos. Max soltó un resoplido triunfal cuando consiguió abrir la ventana y el chico respiró aliviado cuando la vio atravesarla sin caídas mortales.

—¡Ya estoy! ¡Venga, ahora sube tú! —le susurró ya en la habitación y mirando hacia abajo.

—Max, no lo veo...

—¡No es tan difícil! Cuanto más lo pienses, menos te animarás a hacerlo.

Con las manos en las caderas y sacudiendo la cabeza, Scott volvió a pensar en el Señor Bigotes. Si un gato que comía seis veces al día era capaz de trepar por cualquier superficie sin resultar herido, él no podía ser menos. Así que se apartó el pelo de la frente, se arremangó la sudadera mojada y se colocó frente a la tubería. Estaba salpicada del barro de las botas de Max y manchada de óxido. Apoyó las manos, resbaladizas por el sudor y la humedad. «¿En serio vas a hacer esto, Scott?».

—¿A qué esperas? ¡Date prisa! —le instó Max.

—¡No me presiones!

Casi podía verla poniendo los ojos en blanco. Aquello le dio el impulso que le faltaba y empezó a escalar. O a intentarlo. Los anclajes que unían la tubería a la fachada y que Max había utilizado

como asideros eran muy estrechos para sus zapatillas. Como estaban empapadas se resbalaban. «Definitivamente, he tragado agua del lago y estaba envenenada o algo. Porque estoy mal de la cabeza. ¿En qué momento me ha parecido buena idea escalar una tubería si a mí solo se me da bien escalar cosas en el *Assassin's Creed*?». Alzó la cabeza, buscando a Max. La luz de su cuarto estaba encendida, pero no se la veía por ninguna parte. Y Scott necesitaba su ayuda. La tela de sus pantalones se había enganchado a los tornillos de la tubería justo en una zona muy delicada y tenía miedo de moverse por si... bueno, para evitar desgarros.

—¡Max! ¡Max! —La llamó, a media voz, poniéndose más nervioso a cada segundo que pasaba sin que apareciera. Estaba atascado y a una distancia suficiente del suelo para partirse un hueso si caía. La ventana quedaba a un par de palmos, pero no podía moverse.

«Cojonudo, ¿qué más puede salir mal?». Scott intentó desasirse sin éxito, pues le daba pánico soltar las dos manos de la tubería por si perdía el equilibrio. Justo entonces, escuchó cómo la puerta principal se abría y alguien encendía las luces del porche, deslumbrándolo. Creyendo que iba a morir de un infarto, se encogió todo lo que pudo sobre la tubería mientras murmuraba un «mierda, mierda, mierda». Si sobrevivía a la furia de su madre iba a matar a Max, lo tenía claro. Cerró los ojos, presionando la frente contra el frío metal. Esperó a que Diana gritase, o lo insultara, o dijera a gritos que iba a llamar a la policía. Pero nada de eso sucedió. Cuando estaba girando la cabeza despacio para saber quién estaba en el porche, escuchó una voz muy familiar que le heló la sangre:

—¿A dónde vas, Spiderman?

Max estaba en el jardín, con los brazos cruzados y sonriendo. Scott no entendía nada.

—¿Qué haces ahí? ¡Habla más bajo, nos va a pillar tu madre!

—Es que... creo que me he confundido. No hay nadie en mi casa.

—¿Cómo?

—Bueno, sabía que no había nadie antes de entrar porque me dijeron que cenarían fuera y llegarían algo tarde.

—¿Cómo? —repitió Scott.

—Quería ver cómo reaccionabas, así que me lo he inventado todo y te he gastado una pequeña broma. —Max seguía sonriendo, le recordaba a una niña tras hacer una trastada. Estaba esperando a que Scott se riera para descojonarse ella también. ¿Cuándo había empezado a conocerla tanto?

—¿CÓMO?

Max dio un respingo y se acercó para ayudarlo a bajar, pero la adrenalina y el enfado eran el mejor motor de la valentía y Scott bajó al suelo de un salto. Sin hacerse daño y sin romperse el pantalón. Dos en uno.

—Igual me he pasado un poco, pero tendrías que haberte visto la cara.

—¡Max, no puedes ir por la vida asustando a la gente! ¡Casi me da un puto infarto ahí arriba! ¿Y si me hubiera caído?

—Pero, ¡no te has caído! —Definitivamente, sonaba como una niña pequeña.

—Podría haberlo hecho.

—Pero no te has caído.

—Podría haberlo hecho.

—Pero no te has...

—Vale, bucles temporales como en *El día de la marmota* no, suficiente —la interrumpió Scott, estirando una mano en su dirección—. ¿En paz?

Max fingió pensárselo, pero después le estrechó la mano

—¿De verdad pensabas que tengo una madre que capa chicos si los ve por casa? —le preguntó. Y, con las manos unidas todavía, ambos rompieron a reír. La típica risa que escapa del pecho sin que te lo esperes, esa que solo nace cuando acabas de atravesar un momento difícil—. Vamos, a ver si con la tontería vas a acabar cogiendo una pulmonía por mi culpa.

Le supo mal mojar el suelo de la casa de Max. Era un lugar muy bonito, amplio y decorado con sencillez. Como Max le dijo una vez, había fotos de ella por todas partes. Colgadas en las paredes, sobre los muebles del recibidor, en formato imán en la nevera. Scott vio que en la mayoría salía junto a una chica de pelo rubio y una preciosa sonrisa. Allison, supuso. Subieron a la planta de arriba. Max lo metió en un baño y rebuscó en los cajones hasta sacar una montaña de toallas que luego le puso en los brazos.

—Toma. El agua caliente tarda un poco en salir, la caldera es una mierda.

Scott parpadeó.

—No entiendo.

—¿Es que ibas a ponerte otra ropa sin pasar por la ducha primero? No es por ofender, pero hueles a trucha pudriéndose bajo el sol. —Max arrugó la nariz.

—¿Ducharme aquí? —Una chispa de calor traspasó la ropa mojada para agujerear su pecho y barrer todo aquel frío que sentía. No sabía si era vergüenza o... vergüenza, sí. Era vergüenza y pudor—. Pero, pero... ¿tú qué vas a hacer mientras?

—Contemplarte a través del cristal. ¿Qué voy a hacer, Scott? Limpiar tus pisadas del suelo y hacer mi habitación un poco más habitable para cuando entres.

Scott se limitó a asentir y Max salió del baño, cerrando la puerta a sus espaldas. Se quitó la ropa a toda velocidad. Tenía la piel arrugada y olía terriblemente mal. Olvidó la advertencia de Max y soltó un grito muy poco varonil cuando se metió en la ducha, pero el agua caliente no tardó en caer por sus rizos, deslizándose por todo su cuerpo y borrando un frío que había creído que lo acompañaría siempre. Se anudó una toalla alrededor de la cintura, se colocó otra sobre los hombros para taparse algo más y se envolvió una en la cabeza. El baño estaba inundado por el vaho, su ropa había desaparecido. Imaginarse a Max entrando para recogerla mientras él se duchaba le hizo ponerse del color de una grosella. Ni siquiera la había oído con el sonido del agua.

Era difícil definir lo que sentía por Max. Sentía algo. Eso estaba claro. Pero ¿qué? Había cogido dinero para proponerle ir al cine o algo por el estilo después de ir a correr. Aunque no estaba

nada seguro de si atrevería. Solo de pensarlo cuando la miraba le sudaban las manos y se le secaba la garganta. El paseo en barca lo había salvado. Había sido una cita, más a o menos. Una cita improvisada. «Pero no sé si para Max también ha sido una cita o una manera más de pasar la tarde. Y creo que eso sería un dato importante a tener en cuenta».

Pensar en tener citas con Max, encontrarse desnudo en su casa y tener que verla con solo una toalla puesta no ayudaba precisamente a que se tranquilizara. Abrió la puerta del baño y se asomó al pasillo. Había un cuarto a la derecha con las luces encendidas del que escapaba una música suave y melancólica. La habitación de Max, supuso. Con pasos inseguros, Scott se asomó por el hueco de la puerta. Max estaba de espaldas a él, trasteando con un puñado de hojas de papel para guardarlas en una carpeta. Su cuarto estaba desordenado, pero tenía la personalidad de la dueña impregnada en cada detalle. De las paredes colgaban fotos de conciertos y sus respectivas entradas, como si fueran su tesoro más sagrado. También posters de grupos *indie*; Scott conocía solo un par de ellos. Sobre el techo se veían decenas de estrellas de plástico sin brillo por el paso del tiempo. En las estanterías no había libros, solo instrumentos en miniatura y púas guardadas en pequeños expositores. La guitarra de Max estaba colocada con mimo junto al armario. Era el único objeto que parecía importarle. Scott se aclaró la garganta y entró en la habitación.

—Ya estoy aquí.

Max dio un respingo y se dio la vuelta. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un pijama de pingüinos. Scott alzó las cejas.

—Es de Allison —se defendió, mirándole de arriba abajo—. ¿Estás cómodo así?

Enrojeciendo hasta las orejas, Scott se abrazó e intentó cubrirse cada retazo de piel que la toalla dejaba al aire. No funcionó.

—¿Dónde está mi ropa?

—En la secadora. La he lavado un poco y le he puesto el programa más rápido. En veinte minutos o así estará lista. —«¿TODA la ropa?», quiso preguntar, pero no se atrevió. Max dejó de ordenar y se acercó para darle una especie de manta—. Mientras tanto, puedes ponerte esto.

—¿Qué es? —Scott la desenrolló y frunció los labios a medida que se iba haciendo más grande y ancha. ¿Era una bata? ¿Una manta? Scott rio cuando acabó de extenderla sobre su cuerpo. Le costaba creer que de verdad Max le estuviera ofreciendo...—. ¿Una batamanta?

—No hay ropa de hombre en casa y mi madre ya no la usa. La compró en la teletienda hace dos navidades. Es calentita, grande y ridícula. Ideal para ti.

—Ja, ja. Intenta no morderte la lengua mientras voy a cambiarme para no intoxicarte con tu propio veneno.

Se llevó una mano al pecho teatralmente, como si le hubiera clavado un puñal, y Scott sacudió la cabeza, divertido. Cuando volvió del baño, Max lo esperaba sentada en la cama, mirando por la ventana y frotándose un pie con el otro. También llevaba las uñas pintadas de rojo, a juego con las de las manos.

—¿Es cómoda? —le preguntó cuando se sentó a su lado, sin girar la cabeza. Era difícil saber en

qué estaba pensando cuando hablaba sin ser irónica o agresiva.

—Mucho. Creo que voy a robártela.

—Si te atreves a ir por la calle vestido así es toda tuya. —Por fin lo miró, con esa sonrisa pícaro que tanto le gustaba. Sus ojos seguían envueltos en un brillo indescifrable, dos luceros zarandeados por la indecisión.

—Paso, gracias. Prefiero mi ropa de siempre.

«I think of you, I want you too. I'd fall for you. It's affection, always...», la música sonaba desde el portátil. Comenzaba a estar incómodo. Y notaba que Max también: había vuelto a mirar por la ventana. Así que, pegando la espalda a la pared y estirando las piernas sobre la cama, le preguntó:

—Afuera, cuando me has engañado para que trepara...

—... cuando me he divertido un rato a tu costa...

—Vale, cuando te has divertido un rato a mi costa —cedió, haciendo que ambos rieran de nuevo—, has dicho que estabas acostumbrada a entrar por tu ventana de esa manera, trepando. Que lo hacías constantemente. ¿Por qué?

—Es complicado de explicar. Me cuesta entenderlo hasta a mí. —No podía verle la cara, pero juraría que se estaba mordiendo el labio con fuerza.

—Prueba.

—Tiene que ver con el instituto y con Allison. Bueno, con mi madre también. A ver por dónde empiezo... —Max se echó hacia atrás para sentarse junto a él. Se abrazó las rodillas, fijando la mirada en la moqueta—. Yo antes era buena estudiante. Tampoco un portento, como tú, pero no me costaba aprobar. Sacaba notas decentes, no me importaba sacrificar una tarde con amigos para estudiar...

—Cualquiera lo diría, con el machaque que me has dado.

—Lo sé. Lo siento, por si nunca te lo había dicho —se disculpó. Scott le hizo ver que no pasaba nada con un cabezazo y Max soltó una carcajada temblorosa—. El caso es que... mi sueño siempre ha sido irme. Irme de Manhattan con mi guitarra y mis canciones. Probar suerte tocando en bares por toda Europa, ser telonera en conciertos de artistas discretos y empezar a darme a conocer poco a poco por mi música. Quiero ser cantante. La música lo es todo para mí. —Apoyó la mejilla sobre sus rodillas y le devolvió la mirada a Scott. Parecía triste, perdida en una maraña de recuerdos. Aquel aire nostálgico le recordó a los cuadros de Jan Preisler—. Pero el año pasado me di cuenta de que si Allison enfermaba de nuevo y yo no estaba a su lado... no podría perdonármelo. Nunca. También sé que ella no podría perdonarme que renunciara a mi sueño para quedarme aquí y cuidarla. Pero es lo que he decidido —siguió confesándole a media voz. La canción hacía rato que había dejado de sonar. Solo quedaban ellos dos—. Así que les miento. Y me miento a mí misma. Creen que voy al instituto todos los días, pero casi siempre salgo de casa para que me vean irme y luego entro por la ventana para intentar dormir un poco. Hay algo dentro de mí que no me deja descansar, que me obliga a engañarlas porque creo que es lo mejor. También les digo que el último curso siempre es el más difícil, que lo estoy intentando con todas mis

fuerzas, pero que no sirvo para estudiar. Solo para hacer el cafre porque soy idiota. Y esa es la única verdad.

—No eres idiota, Max. Ni haces el cafre. Sirves para estudiar y para lo que te propongas y, además, eres noble y buena —la consoló Scott, pero Max negó con vehemencia. El mechón morado caía por su cara como una lágrima de color. Notaba un hormigueo en las manos. Quería apartárselo con ternura, abrazarla, asegurarse de que comprendía que estaba siendo valiente, alejar todas las cosas horribles que pensaba de sí misma e intentar que se viera como él la veía: con talento, inteligente, mordazmente divertida, cariñosa. Pero no se atrevió.

—Ella no lo vería así. Ni mi madre. Saben cuánto estaría dispuesta a dar por alcanzar mi sueño... pero no saben que estaría dispuesta a entregar mucho más por ellas. Mi vida entera. Si repito curso con la excusa de que ha sido muy difícil, puedo quedarme a su lado. Puedo cuidarlas.

—¿Cuánto vas a seguir manteniendo esto?

—Todo lo que pueda y más. —Se enderezó, parpadeando con fuerza y sonriendo como si esa conversación nunca hubiera tenido lugar—. Ahora tú.

—¿Yo?

—Un secreto por otro secreto.

—Ese no era el trato —protestó.

—Tampoco tendrías que haber acabado dándote un chapuzón en un lago, y aquí estamos. Venga, dime algo que no sepa.

Scott no tuvo que pensarlo demasiado.

—Quiero estudiar Bellas Artes en Tennessee.

—¿Es tu sueño?

—Sí. No. Es... complicado —dijo, jugando a enrollar y desenrollar un rizo entre sus dedos—. Nunca lo he considerado mi sueño porque es algo que creo que puedo conseguir. Es un objetivo. Un medio para llegar a ser el dibujante que quiero ser, pensando en el esfuerzo que conlleva, sin idealizar nada.

—Caray, eso es una visión muy... técnica de la vida.

—Siempre me he movido por hechos demostrables, cosas que puedo etiquetar. ¿Para qué intentar algo que es objetivamente imposible? Pero si ese algo está a mi alcance, removeré cielo y tierra hasta conseguirlo. Y Tennessee lo está. Por eso necesito las mejores calificaciones. Solo podré estudiar allí si me dan la beca. Y quedarme otro año aquí para ahorrar sería imposible porque...

—... quieres escapar cuanto antes de tu casa —Max acabó la frase. La tristeza volvió a golpear su rostro—. Lo siento tanto, Scott. Tú necesitabas un trabajo de diez y yo poniéndote problemas desde el principio...

—Eh, no te martirices. Al final has entrado en razón.

—Ya —rio, sorbiendo por la nariz. Antes de que Scott pudiera observarla con más atención, el pitido de la secadora les asustó desde la cocina—. Tu ropa está lista. —Max se levantó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo apoyada sobre el marco, de espaldas a él, y dijo—: Es raro.

—¿El qué?

—Nosotros. Somos distintos e iguales a la vez. Los dos queremos salir de aquí, tú por necesidad y yo para buscar un futuro en la música. No nos importaría dejarlo todo atrás, pero tú te establecerías en Tennessee. En cambio, esta casa siempre será mi hogar, aunque mis pies dicten lo contrario. Nuestra vida se compone de canciones y pintura, pero lo que para mí es un sueño, para ti es un objetivo más. ¿No te parece curioso?

—Al final, poco importa lo que pensamos o sentimos. Es lo que decidimos lo que marca cómo somos.

Max se dio la vuelta. Le brillaban un poco los ojos. Volvía a sonreír.

—Entonces... ¿tú quién eres?

Scott podría haber respondido muchas cosas. Dibujante, estudiante frustrado, friki, fanático de los restaurantes japoneses, hijo invisible para sus padres, chico que empezaba a comprender lo que era el amor. Pero, en vez de eso, se puso en pie y respondió:

—Alguien que quiere recuperar su ropa y dejar de sentirse ridículo.

Prefiero caminar por la vida sin sorpresas, sabiendo lo que hay en cada bifurcación, en cada camino. Prefiero encauzar presente y futuro en una misma dirección porque si sé a dónde voy, controlo lo que soy.

.....

## *19. Max*

Las primeras veces escondían una magia difícil de explicar. Una mezcla de entusiasmo y conmoción al mantener los ojos abiertos que se expandía por el pecho y el estómago como cientos de mariposas extendiendo sus alas cuando los cerraba. Sus respiraciones eran entrecortadas cuando pensaba en él. Se ahogaba, pero era una sensación bonita. Nueva. Porque no le faltaba aire, no se sentía enjaulada y a la deriva. Navegaba en un mar desconocido, pero en calma. Sabiendo a dónde quería ir, por dónde, con quién. Sonreía cada vez que aquel agradable hormigueo sacudía su cuerpo, incapaz de apartar la imagen de su mente. Su sonrisa tímida, sus rizos oscuros, la manera que tenía de contemplarlo todo. Como si viera belleza en todas y cada una de las cosas. Como si viviera en un atardecer.

Si Max no tuviera un agujero por corazón, pensaría que Scott lo había ocupado.

No sabría decir cuándo había empezado a sentir todas esas cosas. A pensar en él de esa manera. Quizás cuando apareció en el mirador. ¿Cómo había adivinado que lo necesitaba a su lado? Ella se lo había contado todo. Todo lo que podía contarle, todo lo que ella se permitía contar. Y él... no había salido corriendo. Se mostró comprensivo con ella. Con su dolor. Sin tratarla de forma diferente cuando volvieron a verse. Como si siguiera viéndola de la misma manera. Fuerte, sin miedos. Sin culpa.

Max se sentía así cuando él la miraba. Relajada, libre, valiente. Le apetecía abrirse cuando estaba con Scott. En canal, desnudarse por dentro. Despojarse de todas sus inseguridades y mostrarle lo que escondía. El secreto que la atormentaba desde hacía años y que había cambiado su forma de ser, su forma de verlo todo. El secreto que le impedía dormir, que hacía que tuviera fuego en la sangre y sintiera ganas de incendiar el mundo, que la alejaba de su familia aunque ella quisiera estar cerca en todo momento. El secreto que había terminado por convertirse en una parte más de ella misma. El culpable de que el invierno no pudiera apagar las llamas.

Pero la razón siempre le ganaba la batalla a sus sentimientos. No era difícil. Y ahora que había encontrado a una persona que hacía desaparecer la soledad, no quería perderla. No podía decirle la verdad y esperar que eligiera quedarse a su lado. No creía que fuera a hacerlo. Por eso debía callarse. Así de simple.

Max levantó el culo de la cama, intentando no pensar más. Soltó una palabrota al ver que eran las cinco de la tarde y corrió a vestirse. En media hora había quedado en casa de Scott para

ultimar el trabajo de Filosofía. Desde que hacía un par de semanas le había propuesto presentar el mito con dibujos, Scott se había dado mucha caña para terminarlos. Eso se traducía en verse menos de lo que a ella le gustaría, solo para salir a correr, pero estaba mereciendo la pena. Scott le había dicho esa mañana que ya había acabado los dibujos. Se moría por verlos.

Se puso un jersey viejo que encontró por el suelo y unos vaqueros, y se recogió el pelo con una cinta azul para despejárselo de la cara. «Qué lástima que no sea de los *Teletubbies*. Podríamos haber hecho un dúo muy cómico». Ese pensamiento la hizo sonreír y poner los ojos en blanco a la vez. ¿Cuándo iba a dejar de pensar en Scott? Justo cuando estaba poniéndose el abrigo para salir, él la llamó por teléfono.

—¿Qué pasa, colega? —respondió al descolgar, sintiéndose nerviosa sin motivo.

—¿Te ha poseído el espíritu de los ochenta?

—Es una expresión como otra cualquiera.

—Nunca me has llamado colega.

—Vale, entonces te seguiré llamando imbécil. ¿Mejor? —Las carcajadas de Scott resonaron contra el auricular y Max sonrió—. ¿Qué querías?

—Ah. —La risa de Scott cesó de golpe—. Te llamaba para avisarte de que no podemos quedar en mi casa.

—¿Y eso?

—Han venido unos amigos de mis padres para ayudarlos con la reapertura de la tienda y se van a quedar en casa hasta la noche. Son muy cotillas, hacen mucho ruido y no entienden el término «pregunta incómoda», así que deberíamos buscar otro sitio.

—La calle tampoco es una opción, está lloviendo.

—¿Qué hacemos, entonces?

Ella no quería dejarlo para otro día. Necesitaba verlo. Y si podía ser a solas, sin estar rodeados de extraños, mucho mejor. Así que se sentó sobre la cama, suspiró y observó las estrellas del techo. Ahora sí que estaba nerviosa.

—Puedes venir a mi casa si quieres.

—¿Estás sola?

—No.

—Oh. Entonces... ¿estás segura? —Scott se mostró precavido.

—Claro, no pasa nada. ¿Te veo en media hora?

—Perfecto. Allí estaré.

Max fue la primera en colgar. Su única regla era que nadie subía a su casa si estaba su familia. No quería que la vieran vulnerable y sin coraza. Con Allison y Diana debía fingir que todo era perfecto. Que su carácter siempre era alegre, que las ojeras se debían a que había pasado la noche en vela escuchando música o estudiando, que el abandono de su padre era una mancha blanca en su pasado. En cambio, con el resto del mundo, podía hacer caso a lo que dictaban sus impulsos. Sentirse más libre, pero sola. Y no podía más. La agotaba tener dos caras. La agotaba ser una

persona distinta según dónde se encontrara y no saber en qué piel se sentía más cómoda.

Quizás le iría bien rendirse. Unir ambas realidades y ver si podía convivir con ellas, si se sentía mejor. Aunque solo fuera ante Scott.

Decidida, Max bajó al salón. Su madre estaba sentada en el sofá, viendo un programa de reformas. Allison estaba recostada sobre ella y Diana le acariciaba el pelo. Pronto tendría que despedirse de él. Había empezado el tratamiento, y la quimioterapia no tardaría en eliminar esos mechones dorados, el recordatorio de sus victorias pasadas.

Al fin y al cabo, le tocaba volver al campo de batalla.

Max carraspeó para atraer su atención.

—Un amigo mío va a venir a casa para hacer un trabajo.

«¿Por qué sueno tan a la defensiva?», pensó.

—¡Qué bien! ¿Es el chico que vino el otro día preguntando por ti? —quiso saber Diana, sonriendo.

—Ajá.

—¿Cómo se llama? —intervino Allison.

—Scott. Tenemos que darle los últimos retoques al trabajo, no nos llevará mucho.

—Así que Scott y tú sois amigos...

—Tienes que dejar las telenovelas turcas, Ali. Te montas unas películas que son de Óscar al mejor guion.

—¡Pero si no he dicho nada!

—No es lo que dices, es el tono. El tono. —Allison y Diana rieron y Max sintió que enrojecía—. Dejad de hacer el tonto. Scott es solo un amigo. Va a subir a mi cuarto, vamos a terminar el trabajo y se va a ir. No quiero molestias innecesarias, ni que lo atosiguéis. ¿Entendido?

Diana y Allison se miraron con complicidad, como si compartieran un secreto que nadie más conocía. Max puso los ojos en blanco y se sentó en el suelo, con la espalda pegada al sofá. Allison le acarició la cabeza, adormeciéndola, mientras trataba de centrarse en la tele, pero fue imposible. Estaba más nerviosa que cuando se coló en el concierto de Bon Iver. Para cuando sonó el timbre, se había mordisqueado tanto los labios que la boca le sabía a sangre. Notando cómo su corazón latía renovado, Max se levantó y se acercó a la puerta, observando por el rabillo del ojo cómo su madre y su hermana se sentaban lo más rectas posibles en el sofá.

«Las mato». La chica abrió la puerta. Al otro lado la esperaba un empapado Scott. Llevaba un jersey rojo salpicado de gotas de lluvia, como sus pantalones y sus zapatillas. Sus rizos estaban aún más descontrolados, cayendo sobre su frente y ocultando sus ojos.

—Le has cogido el gusto a esto de venir mojado a mi casa —lo saludó Max.

—Se me ha olvidado el paraguas al salir. —Scott se puso del color de su jersey.

—Espero que no te hayas dejado también en casa la inteligencia. La necesitaremos para el trabajo.

—Muy graciosa —repuso, entrando en el salón cuando ella se hizo a un lado. Scott se quedó

sorprendido al ver a su familia en el sofá, tan pendientes de ellos, y su voz se redujo varias octavas cuando dijo—: Hola.

—¡Hola, Scott, me alegra verte de nuevo! —Su madre se levantó a darle dos besos, ignorando la mirada asesina que le dirigía Max.

—Igualmente, señora...

—Diana, puedes llamarme Diana.

—Genial —murmuró, tímido.

—¡Hola, Scott, yo soy Allison! La hermana de Max.

Y Allison también se levantó para darle un abrazo. No veía la cara de Scott desde atrás, pero pudo imaginar su gesto abrumado. El sudor fundiéndose con el agua de la lluvia.

—Bueno, ya es suficiente, ya lo conocéis. —Max lo agarró del brazo y lo arrastró escaleras arriba, mientras se despedía de su madre y de Allison con la mano y ellas se reían, divertidas.

«Me lo vais a espantar, idiotas», pensó. No entendía dónde estaba la gracia. Una vez en su habitación, cerró la puerta y se sentó frente al escritorio, indicándole a Scott con un gesto que se acercara. El chico dejó en el suelo la mochila y tuvo el detalle de quitarse el jersey antes, para no mojar sus notas. Debajo llevaba una camiseta negra con una carita feliz impresa, parecida a un *emoji*, pero con una mancha escarlata en la frente. Max supuso que sería algo friki, así que no se molestó en preguntarle. Scott no tardaría en hablarle de ello.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó, intentando peinarse sin éxito.

—Puedes echarle un vistazo a los papeles que hay sobre la mesa —respondió Max, inclinándose sobre el escritorio—. Ya tengo el texto de la exposición redactado.

—¿Qué te parece si lo cuadramos con los dibujos que he hecho y vemos cuánto tiempo nos lleva?

—Perfecto. ¿Has traído los dibujos?

—Aquí los tienes.

—Guau, se nota que has estado ocupado en esto. —Max observó las distintas láminas, maravillada. Vio a Orfeo, tocando su lira, y a Eurídice en un bosque de aspecto encantado. No entendía de pintura, pero las líneas eran gruesas y fugaces, quizás hechas con carboncillo, y había rellenado parte de sus cuerpos con acuarela de colores apagados como el azul, el gris o un verde seco.

—Puedo repetirlos si no te gustan.

—Ni se te ocurra tocarlos si no quieres que te corte las manos.

—Vale, vale. —Scott rio—. Solo falta escanearlos para montar el vídeo interactivo, de eso me encargo yo.

—Genial. ¡A practicar!

Durante la siguiente hora comprobaron el tiempo que les llevaba explicar el mito de Orfeo y Eurídice en voz alta, cuadraron cada frase con su correspondiente dibujo y eliminaron algunas partes irrelevantes de la historia.

—Pues ya está —sentenció Max, echándose sobre la cama mientras se masajeaba los hombros. El atardecer había caído sobre su ventana mientras ellos trabajaban, y unas sombras tenues y anaranjadas traspasaban el cristal, reflejándose en los ojos de Scott y volviéndolos mucho más claros—. Ahora, ¿qué hacemos? Quiero decir, si te apetece estar un rato más aquí.

Scott asintió rápidamente y Max sonrió, tranquila.

—¿Sabes lo que representa mi camiseta?

—La verdad es que no. —Por dentro, la sonrisa de Max era mucho más amplia.

—Es el símbolo de *Watchmen*, una serie de cómics guionizados por Alan Moore.

—Todo lo que estás diciendo me suena a chino ahora mismo.

—No puedo creer que no sepas quién es Alan Moore.

—Ni yo que tú no sepas quién es Lewis Capaldi, y no te lo echo en cara.

—Lo estás haciendo ahora mismo.

—¿Sobre qué tratan esos cómics? —preguntó Max, sacudiendo la cabeza. Le divertía tanto sacarlo de quicio...

—Sobre unos superhéroes que viven en Nueva York, en la década de los 80. Bueno, en realidad, el único superhéroe como tal es el Dr. Manhattan, el resto no tiene poderes.

—Menudo rollo, entonces.

—¿Cómo puedes decir eso si no los has leído? —Scott se mostró consternado.

—Me esperaré a que hagan la película.

—Ya estrenaron una película.

—Mierda, me he quedado sin excusas.

Los dos estallaron en carcajadas, y Scott le estuvo hablando del universo DC, una editorial de cómics súper famosa que publicaba historias de superhéroes de los que ella nunca había oído hablar, pero que sonaban ciertamente alucinantes. Le gustó que Wonder Woman fuera la heroína favorita de Scott, y prometió que leería algo suyo. Scott lo celebró como si la hubiera captado para una secta religiosa.

—Madre mía, ya son las siete. Tengo que irme a mi casa —dijo, volviéndose a poner su jersey, ya seco.

—Te acompaño a la puerta.

Bajaron al salón entre risas y pequeños empujones. Diana estaba en la cocina, con los fogones encendidos y removiendo algo en una sartén. A juzgar por el olor picante y dulzón, se trataba de arroz con curri. A Max le encantaba esa comida.

—¿Ya te marchas, Scott? —le preguntó Diana.

—Sí, se me ha hecho un poco tarde.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotras? Se me ha ido la mano con el arroz y tengo para otro plato más.

«Qué casualidad».

—No quisiera molestar...

—¡Qué tontería! No es ninguna molestia, ¿verdad, chicas?

Max se encogió de hombros, forzando una sonrisa. Allison, que estaba tumbada en el sofá, se incorporó entre quejidos para poner la mesa.

—Quieta. —Max se adelantó para ponerle una mano en el pecho y obligarla a recostarse. Jamás había tratado a otra persona con tanta delicadeza, a excepción de su guitarra—. Ya lo hago yo, tú descansa.

—Gracias, Max —dijo, pálida como un fantasma. Se sentía tan cansada que poco más podía hacer que tumbarse, leer o ver un poco la tele. Max sabía que solo podía apoyarla y permanecer a su lado, pero sentía que no era suficiente. Nunca nada era suficiente para cambiar esa sonrisa temblorosa. Para aliviar su dolor.

Max recordó sus pesadillas y le tembló todo el cuerpo.

Scott la ayudó a poner la mesa y ella se lo agradeció con una pequeña sonrisa. Temblaba tanto que por poco se le cayeron los vasos. Ayudó a su hermana a sentarse, y ella y Scott se pusieron juntos al otro lado. Su cercanía la despistaba y la ayudaba a anclar su atención en la mesa a la vez. Era extraño.

Diana terminó de cocinar, apagó el fuego y sirvió el arroz mientras Scott les mandaba un mensaje a sus padres para avisarles de que cenaría allí. A Max le hubiera gustado preguntarle si les parecía bien o si le hacían el mismo caso que cuando discutían: cero.

Pero guardó silencio para que Allison no pudiera oírles.

Sentados todos a la mesa, Scott fue el primero en probar bocado. Su cara de placer fue tan espontánea que las tres rompieron a reír y él no pudo evitar ruborizarse.

—Bueno, Scott. ¿Cómo va el curso? —Diana lo miró con simpatía.

—Bastante bien, no puedo quejarme —respondió, tras meterse otro buen puñado de arroz a la boca. Max lo comprendía: estaba delicioso. De los nervios se le había cerrado el estómago, pero la salsa al curri estaba despertándolo otra vez.

—¿Qué vas a estudiar después?

—Bellas Artes, en la Universidad de Tennessee. Ya lo tengo todo planeado desde hace un tiempo.

—¿Eres artista?

—De momento solo dibujo, pero aspiro a llegar a serlo algún día. —Scott sonaba tan tierno cuando era humilde que Max le clavó el tenedor en el muslo, ganándose una mirada asesina del chico. Allison, que lo vio todo, soltó una risita.

—Max también es una artista, ¿te lo ha dicho?

—Mamá, canto y toco la guitarra. Mi público sois vosotras y la gente que pasa por la calle cuando tengo la ventana abierta.

—¿La has oído tocar, Scott?

—Una vez —respondió, repentinamente tímido—. Ya le dije que lo hacía genial.

—Canta como un ángel. —Max resopló. «¿Por qué todas las madres creen que han parido a

Einstein?»—. A ti que se te dan bien los estudios... ¿no podrías echarle una mano este curso? Se le está atragantando un poco.

Scott miró a Max como queriéndole decir: «¿Qué hago?». Max alzó las cejas. «¿Y yo qué coño sé?».

—Hola, mamá. Estoy aquí, por si no te habías dado cuenta. —Saludó con la mano en el aire, frente a ella.

—No te enfades, cariño. Ya sabes que solo quiero ayudarte a cumplir tu sueño. A que seas la cantante más famosa de todos los tiempos. —Max rio, aunque algo tensa—. Si no apruebas el instituto no podrás matricularte en escuelas de música o viajar por toda Europa para probar suerte en los escenarios, como siempre has querido. ¿No te daría pena quedarte otro año más aquí?

Max guardó silencio. Mantuvo la mirada fija en los granos de arroz, amarillos como girasoles. Habría sido tan sencillo decir la verdad. Dejar a un lado las falsas esperanzas, asumir que los sueños eran cosa del pasado y que el futuro no era tan amable como ella había creído una vez. Que la niña que tenía la cabeza llena de pájaros y promesas murió bajo un escritorio. Que la chica que aún vivía, la que tenía un mechón morado y una sonrisa torcida, no se dejaba guiar por ilusiones. Solo por la culpa y sus impulsos.

—Yo la ayudaré para que eso no suceda —intervino Scott. Alzó la mirada de la sorpresa. Él era el único que sabía lo que estaba pensando en esos instantes. La mentira sobre la que Max había construido su relación con Diana y Allison. «Un secreto por otro secreto». La chica sintió que le ardía el pecho de agradecimiento. Scott le guiñó el ojo (si a eso se le podía llamar guiñar) y toda la tensión abandonó su cuerpo. Ni siquiera sabía que tenía los músculos tan agarrotados hasta ese momento.

—¿Cómo os conocisteis Max y tú? Ella no nos ha contado nada —preguntó Allison.

—Tampoco es necesario.

—¿No les has contado lo tremendamente simpática que fuiste conmigo? —La ironía en las palabras de Scott era evidente y Max soltó una carcajada.

—Venga, supéralo de una vez. No fue para tanto.

—Me tuviste una semana al borde del infarto.

—¡Por favor, solo fui algo borde, nada más!

—¿Puedo contarles esa historia?

Scott no solo le estaba preguntando eso. Le estaba pidiendo que le dejara mostrarles su otra cara, ese lado que ocultaba en casa y que tan llevadero hacía sus días. Su lado más macarra, divertido y desafiante. Max tomó un sorbo de agua, su plato estaba vacío. Sonrió.

—Adelante.

Scott obvió que Max pasaba del tema académico porque buscaba suspender y dijo que se cayeron mal desde el principio. Max le dio la razón, divertida. Allison no paró de reír durante toda la historia, al igual que Diana, que no podía creerse los desplantes tan bordes que Max le había hecho a Scott. La conclusión a la que llegaron todos fue clara: ella había cometido un

terrible error y Scott era un encanto.

Tras el postre, Diana se ofreció a acercarlo a casa en coche. Era muy tarde y seguía lloviendo a cántaros. Max y él se despidieron con un choque de puños y Allison le dio otro abrazo.

—Scott es muy simpático —dijo Allison, cuando se quedaron a solas.

—Sí, aunque también es muy cabezota.

—Sois tal para cual, entonces. —Max no respondió. Tenía calor en la cara y no se le ocurría nada inteligente que decir. Ni mordaz—: ¿Sabes? Me he dado cuenta de que es la primera vez que traes a alguien a casa.

—No te acostumbres —dijo.

Pero se le escapó una pequeña sonrisa.

Hola, papá:

¿Alguna vez has estado enamorado de mamá? Hoy me ha dado por pensar en ello y... tengo dudas. No consigo recordar cómo la mirabas cuando aún vivías aquí.

¿La mirabas como a cualquier otra persona? ¿Como a la cajera del supermercado al que íbamos a comprar todos los martes por la tarde, como al vecino cascarrabias que se quejaba de que nuestro perro hacía mucho ruido cuando le habíamos dicho más de cien veces que no teníamos perro? Te fuiste y no has vuelto a hablar con mamá desde entonces, así que supongo que no la amabas. Nadie quiere darle la espalda a la persona de la que está enamorado. Tú ni siquiera te despediste. Gritaste, cogiste tus cosas y te marchaste. Pero quizás, aunque no pueda recordarlo, sí la querías. Y creo que si amas a alguien no se te olvida de un día para otro.

Yo nunca me he enamorado. Tampoco me he visto reflejada en otros ojos de una manera especial. Me cuesta no ver tu imagen cuando eso pasa. Lo que mejor recuerdo de ti son tus ojos porque los veo cada mañana en el espejo. A veces parpadeo muy rápido para no verlos, a veces los miro hasta que empiezan a molestarme porque se secan. Bueno, que me voy del tema. Yo nunca me he enamorado. No sé qué es el amor. Me enseñaste una versión distorsionada de lo que era amar. Me enseñaste que el amor dolía. Que es a cuentagotas. Que aunque tú no quieras, puede desaparecer de un día para otro.

Yo nunca me he enamorado. Pero ahora siento cosas. He empezado a sentirlas y estoy asustada y maravillada a la vez. Te hablaré de esto otro día. De él. Quiero que solo pienses en mamá al leerme. En lo que sentías o sientes por ella.

Quizás poco a poco se te fue olvidando lo que era querer. Y por eso nos abandonaste y nunca has vuelto, ni siquiera a pedir perdón.

Max

## 20. Scott

—¿Soy yo o tu habitación es mucho más guay que antes?

—Eres una exagerada. ¡Solo he puesto un par de pósteres!

—Una pared desnuda es un sacrilegio. Me alegra que hayas entrado en razón.

Scott le dio un codazo a Max y ella se rio, acariciando con sus finos dedos el póster de Arcade Fire que había colgado en su cuarto. Habían quedado en su casa porque Scott ya tenía montada la animación de la presentación. Café, manchas de tinta en el dorso de la mano derecha y dolor de muñeca, en eso se resumían sus noches hasta lograr superponer unos dibujos con otros y crear un efecto de movimiento que, a su parecer, había quedado más que decente.

Con la tienda abierta de nuevo, estaban solos en casa. Para alivio de Scott, sus padres habían decidido contratar a un ayudante para hablar con proveedores, hacerse cargo de los pedidos y atender a los clientes cuando ellos se liaban a gritos en la trastienda. El otro día escuchó a su madre diciendo que cualquier día se largaría de allí para siempre. Scott esperó para ver si mencionaba su nombre, saber si tenía la intención de que se fuera con ella. Cuando vio que no era así, se sintió dolido. El mismo dolor que cuando se rajó la rodilla jugando en tercero, a los pocos días se olvidó de la herida aunque siguiera ahí, hizo el bruto otra vez y el dolor volvió. «Mi madre no me quiere». Era muy diferente creer algo que darse cuenta de que realmente era así. Los pensamientos ahogaban, la realidad dolía. Fue como arrancar la tirita que cubría la rodilla y ver la sangre debajo. Una herida sin cicatrizar. «¿Esto estaba ahí todo el tiempo? ¿Aunque yo no pudiera verlo?».

—Bueno, ¿te enseño lo que he preparado para el trabajo? —le propuso a Max, antes de que el dolor volviera. Siempre lo hacía en oleadas, por eso era mejor aprovechar cuando se retiraba.

Max dio una palmada y se quitó el abrigo. Llevaba una camiseta *beige* en la que ponía: «Tengo poca paciencia y dos puños» y unos pantalones oscuros. El pelo le había crecido lo suficiente como para rozarle las clavículas.

—Voy a echar las cortinas —anunció, sumiendo la habitación en una penumbra tan solo rota por la luz del ordenador y las anaranjadas sombras que las farolas de la calle proyectaban sobre el cristal de la ventana.

Mientras, Scott buscó el vídeo en el ordenador. El archivo se llamaba «Taylorteamoponmeundiez.avi». Tenía que cambiar el nombre antes de presentarlo, obviamente.

Max se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el lateral de la cama. Tenía la mirada puesta en la pantalla del ordenador, no parpadeaba apenas.

—Para que veas cómo he cuadrado los dibujos con lo que redactaste del mito, iré recitándolo en voz alta mientras el vídeo avanza.

—Pero luego yo lo contaré en clase, ¿verdad?

—Así es.

—¡Qué ganas, dale al *play* ya!

Scott puso el vídeo y cogió el folio en el que estaba toda la información del mito de Orfeo y Eurídice. Después, corrió a sentarse al lado de Max y comenzó a hablar, mientras una suave melodía (al final había convencido a Max para que pusiera la banda sonora con su guitarra) salía por los altavoces y el dibujo de un muchacho de cabellos rizados y gesto grácil ocupaba la pantalla del ordenador:

—Cuando la música llegó al mundo, muchas personas se afanaron por desentrañar todos sus secretos y hallar la perfección, darle vida con los cientos de instrumentos que yacían, desperdigados, por el mundo. Pero nadie era tan hábil para su manejo como el joven Orfeo, que parecía hecho de melodías y de una cadencia tan pura como un soplo de aire fresco. —El vídeo mostró a un muchacho andando a través de un camino rodeado de bosques, mares y pequeñas ciudades, mientras una decena de instrumentos distintos surgían de entre sus manos, arrojando centellas que parecían pequeñas notas musicales. Una lira, con la superficie bañada en destellos dorados, apareció en las manos de Orfeo y él hizo sonar sus cuerdas. Scott juraría que con cada movimiento de su mano, notaba la música latir en su interior—. Cada vez que el muchacho hacía sonar su lira, todos los seres vivos se detenían para escucharlo, sin atreverse apenas a respirar para no interrumpir sus conciertos, que bendecían sus oídos con cada tonada. La sed de conocimientos compartía espacio con la música en el espíritu del joven, que realizaba largos viajes a tierras aún sin explorar en busca de sabiduría.

»Pero el destino es caprichoso y solo atiende a las razones del corazón, pues en el camino de Orfeo se cruzó una joven ninfa de rubios cabellos y bondadosa sonrisa. Se llamaba Eurídice, y fueron su inocencia y su dulzura las que consiguieron cautivar el alma de Orfeo. El amor que sintieron, al ser correspondido, fue tan poderoso que los llevó a desposarse tras los primeros rayos del alba.

La tinta se arqueó para dar forma a la silueta de la ninfa, que brillaba con los colores del arcoíris y caminaba con la gracia de una bailarina. Los dibujos de ambos se fundieron, las líneas parecían besarse, una galaxia de matices convirtió sus dos cuerpos en uno, simbolizando su amor eterno. Max soltó un silbido de asombro y Scott sonrió antes de seguir:

—Sin embargo, su felicidad no tardó en verse empañada por un terrible suceso. Un pastor llamado Aristeo se enamoró de Eurídice nada más verla, pero su corazón no estaba lleno de luz, como el de Orfeo. Oscuros deseos y una peligrosa obsesión lo atenazaban. —En la pantalla del ordenador apareció la sombra de un hombre sin rostro. Todo en él inspiraba inquietud: tenía el

porte de un lobo acechando a su presa y sus rasgos eran negros, borrosos, desfigurados. La música descendió varios tonos, el rasgueo de las cuerdas de la guitarra se volvió entrecortado e intenso—. Un día, la ninfa estaba paseando por el bosque cuando el pastor decidió apresarla y salió corriendo tras ella. Eurídice, aterrorizada, trató de huir de Aristeo, pero una serpiente venenosa mordió el pie de la joven, causándole la muerte.—Una mancha de color escarlata ocupó el centro de la imagen, totalmente blanca, hasta crear varios regueros densos como la sangre. El cuerpo de Eurídice quedó visible entonces, tendido e inmóvil—. El dolor que sintió Orfeo al perder a su amada le impulsó a descender a la tierra de Hades, al inframundo, con tal de recuperarla.

Max contuvo la respiración cuando un pozo oscuro, que Scott había usado para representar el infierno, obligó al joven de cabellos rizados a entrar en él. La música se había vuelto más lenta, plana, disonante. Una melodía que parecía hablar de transformación y fortaleza. Scott se obligó a apartar la mirada de Max y la centró en el folio de nuevo.

—Para entrar al inframundo necesitaba conseguir el permiso del Cancerbero, el perro de tres cabezas que custodiaba la entrada al reino de Hades. Orfeo sacó su lira y tocó una de sus hermosas melodías. Su belleza era tal que se le permitió la entrada, y la fragilidad y la pureza de sus canciones hicieron que la oscuridad se transformara en luz. Los señores del inframundo, Hades y Perséfone, quedaron tan impresionados y conmovidos que le concedieron su tan ansiado deseo de recuperar a Eurídice.

En aquellos momentos, el vídeo mostraba la música de Orfeo representada por trazos semejantes a estrellas fugaces enfrentándose a la oscuridad del inframundo, manchas negras que parecían alimentarse entre sí. En medio de aquel desequilibrio el muchacho de rizados cabellos no cesaba en su empeño de tocar, buscando a su amada con la mirada. Scott continuó leyendo:

—Orfeo y Eurídice podrían volver a estar juntos si cumplían la única condición impuesta por Hades: abandonar sus dominios sin mirarse a los ojos en ningún momento. Si lo hacían, la ninfa permanecería allí para toda la eternidad.—Scott hizo una pausa para tragar saliva y continuó la lectura con rapidez, para seguir yendo al compás del vídeo—: El viaje de vuelta parecía interminable. Largas sombras plagadas de miedos y dudas arropaban sus espaldas, convirtiendo aquel camino en una dolorosa travesía. La luz del sol los esperaba al final del inframundo. Orfeo y Eurídice estaban a pocos pasos de escapar y comenzar una nueva vida juntos. El músico hizo sonar su lira, lo que arrancó un suspiro de anhelo en los labios de la ninfa. Por esa razón, Orfeo se dio la vuelta para observarla. Al incumplir la norma impuesta por Hades, Eurídice se desvaneció ante los ojos de Orfeo, cuya música ahora ya no pudo salvarla de los brazos de la muerte. Se miraron por última vez y sus mundos quedaron separados para siempre.

Scott notó cómo se le quebraba ligeramente la voz al observar la silueta de Eurídice siendo arrastrada de nuevo a las profundidades de ese pozo oscuro. Su retrato se emborronó, como si lloviera sobre la pantalla, y la ninfa desapareció, dejando tras de sí un rastro de pintura gris que parecía ceniza.

—Afligido por la pérdida, Orfeo esperó un tiempo hasta que la certeza de que no volvería a ver

a su amada lo golpeó de lleno. El chico se dedicó a vagar por los desiertos, entonces, con la única compañía de su lira... que nunca dejó de sonar.

Los últimos instantes del vídeo reflejaban el terrible final de Orfeo que, perdido en su dolor y desesperación, terminó por fundirse con el instrumento que tantas y tantas veces le había salvado de sí mismo. Las cuerdas dejaron de moverse y la música se fue apagando con suavidad, hasta que el silencio lo envolvió todo.

Scott dejó el folio en el suelo y se giró para mirar a Max y preguntarle qué le había parecido. La luz de la pantalla del ordenador se había oscurecido, como el cielo, pero sus preciosos ojos azules bastaban para iluminarlo todo. ¿Siempre habían sido tan azules? ¿Tan brillantes, tan llenos de promesas, vida y anhelo?

Nunca supo ver qué se escondía detrás de su mirada porque creyó que solo existía una forma de mirar. Nunca pensó que alguien podría hacerle sentir que caía y con una sonrisa hacerle volar de nuevo. Ese todo o nada constante con el que Max se había hecho a sí misma era lo que no conseguía plasmar porque él nunca había sido de extremos. Él pintaba, pero era una persona gris. Tenía toda una gama de color a su alcance y no se atrevía a sumergirse en ninguno. Pero Max no. Max era música y silencio en el mismo acorde. Cuando cerraba los ojos se refugiaba en el ayer, cuando los abría vivía el presente.

En esos instantes lo miraba como si fuera un descubrimiento inesperado. Como si mereciera la pena arrojarse al vacío por él. El azul de sus ojos lo deslumbró, y Scott sintió que se empapaba de ese color y abandonaba su precaución de siempre, el gris que lo rodeaba, su miedo al amor, la inseguridad que lo limitaba en todo.

Sintió que dejaba de ser Scott. Y abandonarse nunca le había hecho sentir tan bien.

Todo sucedió como en un sueño. Max entreabrió los labios. Sus mejillas arreboladas la hacían parecer mucho más dulce, tímida, despierta. Sin dejar de mirarlo, comenzó a inclinarse en su dirección. Scott pensó que el corazón iba a salirse del pecho y trató de no pensar en nada más que no fuera ella mientras ladeaba la cabeza. El aroma a lluvia y fresas de la chica se coló en su nariz, y Scott lo sintió en todos sus poros. Solo se atrevió a cerrar los ojos cuando sus labios se posaron sobre los de Max, con una delicadeza infinita. El contacto de su boca sobre la suya adormeció cualquier duda que pudiera asaltarle. Solo veía a Max. Solo sentía a Max, el corazón de Max latiendo enloquecido contra el suyo. Piel con piel, latido con latido. Solo Max y él.

El beso creció en intensidad, les ardía la piel allí donde no podían tocarse. La chica enredó las manos en los rizos de Scott, y se le escapó un gruñido cuando tiró de ellos para acercarlo más a ella. Scott no había besado a nadie nunca. No sabía cómo tenía que mover la lengua, si debía hacer pausas para respirar, si era normal sentir aquel vértigo en el estómago. Pero mientras estuviera besando a Max, estaría bien. Ella le hacía sentir que lo estaba haciendo bien.

«Me hace bien. Max me hace sentir bien».

Cuando se separaron, a Scott le pitaban los oídos. La noche se reflejaba en los ojos de Max, nublados y enfebrecidos. Como los suyos, imaginó. Sus caras seguían muy cerca. No podían dejar

de mirarse, pero ninguno se atrevía a hablar o moverse. El silencio era extrañamente incómodo. Respiraban el mismo aire, sus nervios eran uno solo. La magia de Orfeo y Eurídice había traspasado la pantalla. Ahora formaba parte de ellos.

Scott se disponía a decir algo cuando el ruido de la puerta principal cerrándose con fuerza rompió el hechizo. La voz de los padres de Scott discutiendo les hizo reaccionar.

—Bueno, yo... será mejor que me vaya —susurró Max, poniéndose en pie y recogiendo sus cosas. Nunca la había visto moverse tan deprisa.

Scott la imitó y encendió la luz, avergonzado de repente. Seguía sintiendo el sabor de Max en sus labios.

—Sí, se ha hecho bastante tarde...

Max murmuró algo que Scott no entendió. Se puso el abrigo y se colgó la mochila a los hombros. No supo descifrar qué teñía su rostro, así que agachó la cabeza.

—Nos vemos, supongo. —Max sonaba algo perdida. Scott también se sentía así.

—Nos vemos.

La chica abrió la puerta y corrió por el pasillo. Sus padres dejaron de discutir cuando ella pasó por su lado como una exhalación, pero cuando la chica salió a la calle, volvieron a alzar la voz sin molestarse siquiera en acercarse al cuarto de Scott para ver qué había pasado.

Por una vez, Scott agradeció esa falta de atención. Él no hubiera sabido qué responderles.

Cambiar de vida supone abandonarse a uno mismo. No existen dos versiones iguales de un mismo corazón que puedan latir distinto enfrentándose a las mismas cosas. Si el precio de sentir es desaparecer, lo acepto.

.....

## 21. *Max*

Max tenía la mirada puesta en las estrellas del techo. Como siempre hacía cuando tenía dudas aunque no supiera explicar el porqué. Acariciaba con aire distraído las cuerdas de la guitarra, que yacía a su lado. Su inseparable compañera de cama. No había sido capaz de tocar ni una sola canción, y eso que llevaba horas intentándolo. El beso que Scott y ella habían compartido ayer por la tarde seguía rondando en su cabeza. Incesantemente.

—Oye, ¿me estás escuchando?

Max resopló y se preguntó en qué mala hora había decidido llamar a Debbie para distraerse un poco. Ahora no solo tenía que lidiar con el hormigueo que recorría su cuerpo y sus labios al pensar en Scott, sino también con la irritante voz de Debbie en el auricular cada vez que la reñía porque no le hacía caso.

—Perdona. ¿Qué me estabas diciendo de Alexia?

—¿Es la chica más increíble que he conocido nunca! ¿Sabes que es voluntaria en comedores sociales y dona cada libro que se lee? —Debbie sonaba como la protagonista de una película adolescente cuando acababa de conocer al malote de turno—. ¿Quién hace eso?

—Alguien con buen corazón o un rico con remordimientos.

—No es rica... creo. Así que tiene que ser lo primero.

—Muy bien.

Max se tapó la boca para bostezar mientras Debbie le hablaba de su última cita con esa chica. No es que no le interesara, es que se moría de sueño. Había intentado dormir, pero la habían derrotado sus emociones. Se había pasado toda la noche sintiendo la necesidad de saltar de la cama, pasear bajo estrellas reales, dejar que el viento devolviera el frío a sus mejillas. Como si tuviera un motor que funcionaba con sus inquietudes. Para ahogar esos impulsos había tenido que ponerse los auriculares y encerrarse en las voces de otros, en las canciones que tantas veces la habían refugiado cuando necesitaba huir de la realidad. Consiguió dormirse, no sabría decir cuándo. Los primeros rayos del alba la despertaron con tanta delicadeza que le recordaron a los labios de Scott posándose sobre los suyos. ¿O había sido al revés? Ya no había podido volver a dormirse, de todas formas.

—Entonces me acerqué para besarla, pero me di cuenta de que había estado comiendo pan de ajo y... Max, ¿sigues ahí?

—Claro, claro. ¿Qué decías que vas a comer hoy?

—Mira, déjalo. Cuando estés interesada en mi maravillosa historia de amor y bajas de las nubes que te han agilipollado por el motivo que sea, me avisas.

Debbie colgó y Max se frotó las sienes. «Céntrate, Maxine». Cuando se llamaba a sí misma por su nombre completo significaba que el asunto a debatir era bastante serio. «¿Qué ha sucedido con Scott?».

Nada, se apresuró a contestar su parte más fría. Esa que huía de los cambios como si transportaran tragedias y perseguía una estabilidad que solo rozaba con los dedos. Pero el estómago le ardía cada vez que pensaba en esos besos. Cada vez que pensaba en Scott. Porque no podía quitárselo de la cabeza, porque... nada de lo que estaba sintiendo podía ser tan malo si la hacía sentir viva de nuevo, ¿verdad?

El fuego en el que ardía, ese fuego que la obligaba a actuar antes de pensar, nunca había bastado para descongelar lo que latía en su pecho. Para desterrar la tormenta de nieve que se sacudía en su interior cuando pensaba en su padre, en Allison, en lo que sería de Diana si la perdía, en lo que sería de ella si las perdía a ambas. Bloqueaba sus emociones porque no quería sentirse débil. Ni sola. No quería pensar en el mañana. El mañana era hoy. Y no podía vivir en un mañana donde la noche fuera eterna y sin estrellas.

Pero Scott... su beso había sido el único cambio en el que le gustaría quedarse. ¿Por qué lo había besado? ¿Se había dejado llevar por la fascinación que había sentido al ver sus dibujos como si danzaran? ¿Por el arte que desprendía lo que habían hecho? ¿O en realidad solo había sido el acompañamiento perfecto para hacer lo que deseaba? Porque Max llevaba la iniciativa en todas sus relaciones y sabía cuándo alguien le gustaba y cuándo alguien era solo un amigo. Pero ayer no se atrevió a dar el paso hasta que no vio cómo Scott la miraba. Con tanto deseo y respeto que Max se sintió abrumada. Querida. Cómoda. Scott lo hacía todo fácil y complicado a la vez. Y Max no necesitaba esos líos en su vida. Bastante tenía con pensar qué haría para quedarse al lado de Allison cuando no pudiera repetir más cursos, a dónde la conduciría su voz si decidía marcharse.

Mareada de tanto pensar, se puso en pie. Agradeció el calor de la madera cuando sus pies descalzos caminaron sobre ella hasta bajar al salón. Diana estaba sentada en un sillón, con la radio puesta y leyendo una revista. Max no comprendía cómo podía concentrarse en leer y en escuchar a Ariana Grande a la vez. Le dio un beso en la mejilla y se sirvió un vaso de leche. Era lo único que toleraba su estómago por las mañanas.

«Y por las tardes, y por la noche...». ¿Cuándo empezaría a dormir y a comer en condiciones? Por muy contenta que se sintiera, el beso de Scott no la había ayudado con eso. El amor no lo podía todo, por lo que parecía. «¿Qué estás pensando, Maxine? ¿Qué amor ni qué mierdas? Debbie tiene razón: estoy agilipollada».

Como necesitaba distraerse con urgencia y la guitarra no podía ayudarla, se ofreció a acompañar a Allison a terapia. Llevaba unas pocas semanas yendo a un grupo de terapia psicológica para

personas con cáncer en el hospital de Yorkville. Estaba más animada y alegre desde que iba, así que debía estar ayudándola de verdad. Max tenía sus reparos, pero no decía nada para no herirla. Corrió a cambiarse y luego salieron a coger el autobús. Ella hubiera preferido caminar, pero Allison se sentía muy cansada.

—Me hace mucha ilusión que me acompañes —dijo Allison, recostándose sobre su hombro. Max la abrazó para pegarla aún más a ella y sonrió.

—No te hagas ilusiones, que voy a esperarte fuera.

—Soñar es gratis. —Max rio. Allison olía a champú y vainilla. Su pelo rubio le hacía cosquillas en el cuello, ahora las dos llevaban el mismo corte. Allison había decidido adelantarse a uno de los efectos secundarios que más angustia le provocaban de la quimioterapia, y se había cortado el pelo en cuanto vio que se levantaba con la almohada llena de cabellos y pestañas. Le quedaba tan bien...

Era una guerrera, Max lo tenía claro. Si alguien le preguntaba quién era su referente en la vida, siempre respondería que su hermana. Sin duda.

—¿Qué tal la terapia? ¿Te gusta?

—¡Muchísimo! —contestó Allison, emocionada. No podía verle la cara, pero se la imaginaba. Todo hoyuelos y los ojos como dos medias lunas—. Solo llevamos unas pocas sesiones, pero estoy encantada. Mis compañeros son muy abiertos y el psicólogo siempre consigue hacerme reír, hablemos de lo que hablemos. La semana pasada pasó una cosa genial, ¿te la cuento?

—¡Claro!

—Vino alguien de visita para hablarnos de su experiencia con la terapia grupal. Al psicólogo le gusta que conozcamos a otras personas que no hayan tenido problemas... como el mío. Para que veamos que cualquier persona, en algún momento de su vida, debido a unas circunstancias o a otras, puede necesitar la ayuda de un profesional de la mente para volver a encontrarse —le explicó—. Perdón, es que la psicología me hace filosofar. Resulta que la semana pasada vino una chica pelirroja muy simpática a hablarnos de su pasado y de cómo la terapia le ayudó a superar sus problemas. Las cosas que nos contó fueron muy bonitas y esperanzadoras. ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo. El caso es que me fascinó lo bien que se encontraba a pesar de todo por lo que había pasado, parecía que hablaba de otra persona. También nos contó cosas sobre su pareja, al que conoció en una terapia grupal. Increíble, ¿eh?

—Allison, hay algo que no entiendo. —Max se incorporó, obligando a su hermana a hacer lo mismo.

—¿Qué?

—¿Por qué vas a allí? Tú no necesitas ir a terapia.

—No te comprendo. —Allison arrugó el ceño. Aquel gesto era tan poco natural en ella que Max se sorprendió.

—Siempre estás alegre.

—¿De verdad te lo parece? —le preguntó, sorprendida.

Aquella mueca se le hacía aún más extraña.

—¡Claro que sí! —exclamó Max, asegurándose de que no se pasaban de parada—. Siempre estás sonriendo, incluso cuando no hay ningún motivo para ello. Eres fuerte y valiente, y nunca te has venido abajo, ni siquiera en tus peores días. La gente que va a terapia son personas que sienten que han perdido algo o que no son felices. Y tú... —vaciló—, lo eres.

—Max, las emociones no son algo incorruptible. Pretendo que todo vaya bien, pero a veces no es fácil. Es cierto que el vaso siempre está medio lleno para mí, pero eso no significa que no haya días en los que desee estamparlo contra el suelo o bebérmelo de un trago. —Se apartó un mechón rubio de la cara y le dedicó una sonrisa algo triste. Estaba muy pálida y tenía la boca llena de heridas. Las úlceras bucales eran otro efecto secundario—. Lo que quiero decir es que, haga lo que haga, voy a seguir estando enferma. Eso es algo que no depende de mí. Pero puedo aprender a manejar mis emociones. Cómo afronto la vida sí depende de mí. La terapia me ayuda a no rendirme, a ser positiva y a espantar la desesperanza que me asalta de vez en cuando. A veces no es fácil. —Agachó la cabeza—. Hasta la reina, la pieza más poderosa del ajedrez, puede caer por un simple peón.

—No... no lo sabía. —Max tragó saliva. Oírla hablar así, con tanta madurez y franqueza, le había puesto los pelos de punta.

—¿Qué? ¿Que el peón puede comerse a la reina? Si hubieras prestado atención a mis clases de ajedrez...

—¡Allison! ¡No me refería a eso!

Max no quería, pero empezó a reír con tanta fuerza que todo el autobús se giró para mirarla. Su hermana tenía un don especial para convertir los momentos tensos en recuerdos alegres. Si alguna vez pensaba en el día que la acompañó a terapia por primera vez, recordaría ese instante. El suave traqueteo del bus, a Allison muerta de vergüenza a su lado, el sonido de su risa atragantándose, la débil capa de vaho que empañaba las ventanas. Solo esos pocos segundos, los que le habían regalado tanta paz. Solas, su hermana y ella.

La megafonía les indicó que habían llegado a su parada y se levantaron para bajarse; Max aún reía, y Allison sonreía como si fuera realmente feliz mientras murmuraba contra su pelo: «No vuelvo a subir a un autobús contigo».

Entonces, se acordó de lo que habían estado hablando. De cómo se podían fingir las emociones. Jamás se le había ocurrido pensar que su hermana pudiera estar haciendo lo mismo que ella. ¿Allison mentía para no herirla, como Max? ¿O no lo hacía precisamente porque sabía que la mentira era una de las peores formas de herir?

Hola, papá:

Los primeros años después de que te fueras todo era frío. Más azul, menos alegre. Me sentía congelada por dentro. Me costaba levantarme de la cama porque las piernas no me respondían. No podía ni esbozar una sonrisa. No me salían lágrimas cuando yo quería; creo que estaban heladas dentro de mí y sería jodido que una lágrima de hielo saliera por un conducto lagrimal.

Mamá quería llevarme al médico. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que dejar de ser tan egoísta. Allison estaba mal, mamá estaba mal. Yo tenía que hacer algo para que se pusieran bien. Animarlas. Así que fingí que todo iba mejor. Me levantaba a la primera cuando mamá encendía la luz de la habitación. Comía con normalidad. Me reía cuando Allison contaba un chiste.

Y, poco a poco, me fui recobrando. Me compré la guitarra. Empecé a cantar de nuevo. Compuse, hice nuevos amigos. El hielo se fundió, pero donde yo esperaba normalidad, encontré fuego. Brasas eternas que el verano no aviva y el invierno no consigue apagar.

Disculpa si sueno algo poética, igual no me entiendes. Da igual. Solo... solo quería decirte que no sé cuánto tiempo más podré aguantar esto. Ser incapaz de sentir algo más que rabia o la mentira que llevo dentro. ¿Por qué estoy enfadada todo el tiempo? Cuando entro en casa, ya no siento nada. ¿Por qué no puedo salir de ese bucle? ¿Por qué no puedo ser honesta con lo que siento como el resto de la gente? ¿Por qué... por qué no puedo ser normal? Quiero reír sin fantasmas, papá. Sin que me asalte tu recuerdo cada vez que pienso que estoy feliz. Quiero llorar y ser capaz de detener las lágrimas sin que me ahoguen. Quiero estar atenta a las cosas sin que mi cabeza me atosigue con imágenes del pasado que no dependen de mí. Quiero que respeten mi vacío, quiero que me saquen de él. ¿Tiene sentido?

No. No lo tiene.

Max

## 22. *Scott*

Scott había resuelto el misterio que se escondía tras la extraña actitud de Parker: se había enamorado.

Todo comenzó el día que fueron con Max y sus amigos a Harlem, hacía ya un mes. Después de un rato bebiendo cerveza en aquel descampado y bailando como un maniquí al que acaban de arrojar a una trituradora, Sophie, una de las amigas de Max, le pidió que la acompañara a casa. Según Scott tenía entendido, no había pasado nada más entre ellos. Un paseo de noche, dos besos al despedirse en su portal, el comentario de que había sido una tarde que no querían olvidar. Parker, poniéndose la capucha de su sudadera de Spiderman, se alejó con la sensación de que estaba dejando pasar algo. Como el tren que tienes que coger cuando haces un viaje importante y llegas al andén justo cuando se cierran las puertas. Pero no se atrevía a darse la vuelta y pedirle otra oportunidad de seguir conociéndose, de ver a dónde llegaba ese tren.

Así que Sophie, que también se había quedado con las ganas de comprobarlo, salió corriendo tras él y le plantó su número de teléfono en una mano y, luego, un suave beso en los labios.

Sophie era el motivo por el que Parker había desaparecido el último mes. Comenzaron yendo al cine, a ver todas las películas sangrientas que hubiera en la cartelera. Ella era una fanática del género *slasher*. Parker tenía que cerrar los ojos cuando desmembraban a alguien, pero sujetar la mano de Sophie lo hacía todo más soportable. Luego llegaron las madrugadas hablando de la vida sentados en cualquier parque. Los paseos comiendo tacos por el Queens Night Market. Besos interminables aunque los cegara el sol que se transformaban en apasionados escarceos en cualquier callejón vacío. Y, aunque no lo hubieran hablado, Parker había decidido hacer oficial lo suyo con Sophie en ese momento, por eso se lo estaba contando todo. «Es el amor de mi vida, tío. En cuanto cumpla los dieciocho me tatúo su nombre».

Scott dudó que Sophie fuera a mostrarse tan entusiasmada con la idea de atarse a Parker para siempre. La estaba conociendo a través de las vivencias de su amigo, y veía sus diferencias tan claras como el aguanieve que caía, con aspereza, sobre la ciudad. Sophie amaba el cine de terror, su moto, salir de fiesta noche sí y noche también, hacer cosas arriesgadas y la criminología. Parker seguía siendo Parker. Le gustaba leer tebeos y jugar a la consola. Las motos le daban pánico. Se acostaba a las once porque adoraba dormir, lo más arriesgado que había hecho era meter Mentos en una botella de Coca-Cola y creía que los criminólogos eran todos como John

Constantine. Congeniaban bien porque:

1. Parker la hacía reír.
2. Parker aceptaba todos los planes que ella le proponía solo para impresionarla.
3. Sophie muy probablemente se aburría.
4. Ambos podían pasarse horas hablando de una de las pocas cosas que los unían: *Mentes Criminales*.

—Los frikis también se visten de cuero —reflexionó Parker al terminar de contarle su historia de amor. Se habían citado en La Colombe, una cafetería en Lafayette que tenía cristalerías en lugar de paredes y el mejor capuchino de todo Manhattan. Parker se lo había bebido de un trago y acababa de pedir otro. Scott esperaba a que el suyo se enfriase mientras degustaba un sabroso cruasán de almendras.

—¿Por qué no me has contado todo esto antes?

—Me daba miedo que soltaras una frase filosófica de las tuyas y lo arruinaras.

—¡Parker! Yo no...

—Mira, mira qué enamorados estamos. —Sacó el móvil y le enseñó su Instagram, con imágenes de Sophie y él riendo, mirándose a los ojos, posando mientras se besaban delante de un paisaje otoñal o una plaza concurrida. Scott jamás le dejaría su teléfono a un extraño para hacer una foto así. Le daba miedo que, al girar la cabeza, saliera corriendo con su móvil—. Me tiene que querer mucho para subir fotos conmigo casi todos los días, ¿no?

—Claro. Cuántas más fotos y *likes* en las redes sociales, más amor. —Scott estaba siendo irónico, pero Parker no se dio cuenta. Suspiraba, con una sonrisa bobalicona, mientras observaba la lluvia repiquetear contra los cristales.

Scott se limpió las manos en una servilleta y cotilleó el perfil de Sophie. Era guapa. Se daba un aire a Tessa Thompson: tenía el pelo negro muy corto y unos vibrantes ojos castaños. Sus fotos eran mayoritariamente *selfies* donde solo se le veía la cara, sus *piercings* (el septum siempre era visible, el *smiley* solo cuando sonreía) y el tatuaje que tenía en el hombro izquierdo: rosas blancas y negras engarzadas en un mismo tallo con espinas. Las últimas publicaciones eran todas con Parker. No pegaban ni con cola, pero ambos tenían la misma sonrisa sin dientes y su mirada desprendía una electricidad difícil de pasar por alto. La clase de mirada que solo proyectas sobre el mundo cuando piensas que has conseguido lo que más deseas.

Siguió bajando por la pantalla hasta que el corazón le dio un vuelco al ver una foto de Sophie y Max, de antes del verano. No estaban solas: reconoció a Debbie, a Sam y a otra gente de la que no recordaba el nombre, pero que había visto en la terraza o el descampado. Estaban tirados en un sofá, unos encima de otros y reían, sujetando vasos que no dejaban adivinar su contenido, pero Scott supuso que era cerveza. Max estaba subida al regazo de Sophie y la abrazaba. Tenía el pelo mucho más corto, apenas le llegaba por debajo de las orejas, y su mechón morado era una cortinilla de un intenso color violeta que le cubría la frente. Miraba a la cámara con naturalidad y

tenía la boca abierta en una media sonrisa. Seguramente estuviera a punto de decir algo. Al pie de la foto, Sophie había escrito: «Brindo por los buenos momentos que no entienden de finales, solo de comienzos». Y muchos corazoncitos. Toneladas de corazoncitos azules, amarillos y rojos.

—¿Has acabado con el móvil? Tengo que ver si me ha escrito mi pastelito. —Scott se lo devolvió antes de que Max pudiera volver a trastocar todos sus esquemas mentales, ahora que por fin estaba logrando equilibrarlos de nuevo.

Llevaba todo el fin de semana pensando en ella, en su beso, en lo que estaría sintiendo, en si se parecería a lo que sentía él. ¿Qué sentía él? Pues no tenía ni puta idea. Estaba confuso, como si quisiera caminar hacia delante y sus piernas fueran para atrás. Pero no se atrevía a mandarle un mensaje ni a llamarla para preguntarle si ella sabía la respuesta. Le daba miedo pensar en lo que una persona como Max, sin pelos en la lengua y con las ideas claras, podía responderle. A ver si lo iba a mandar a la mierda.

A lo mejor le pedía otro beso. A lo mejor lo llamaba loco porque se estaba montando películas solo. Todo podía ser.

—Dime que no acabas de llamar a Sophie «mi pastelito».

—Una vez se lo dije a la cara y amenazó con no volver a dirigirme la palabra si lo repetía. Así que ahora solo la llamo así cuando no está delante y en su contacto de WhatsApp.

—Yo tampoco pienso volver a hablarte como empieces a ponerle motes dulces a tu novia.

—Algún otro se me ocurrirá. —Parker sonrió con malicia y le dio un sorbo al café.

A Scott le vino a la cabeza una tarde que Max y él corrían por el parque y vieron paseando de la mano a una pareja que se estaba besando con tanta pasión que parecía que querían comerse el uno al otro. «Aspiradoras humanas: una nueva especie de adolescente», dijo Max, poniendo una mueca de asco. Scott se había reído, pero ahora, pensando en Max de otra manera, sentía que no le importaría nada ser ese tipo de adolescente. Pero Max... ¿seguiría siendo tan sarcástica? ¿O el beso también la había cambiado?

—Oye, Parker, ¿puedo hacerte una pregunta?

«Sí, tengo que estar loco si me estoy planteando pedirle consejo amoroso a Parker».

—Dispara sin miedo.

—¿Cómo lo hacéis Sophie y tú? —Parker alzó las cejas y Scott enrojeció, escondiéndose detrás de su taza de capuchino, casi vacía—. ¡Me refería a cómo lo hacéis para que os vaya tan bien, mal pensado!

—Si te soy sincero... no tengo ni idea.

—Venga ya, Parker. Tiene que haber algo. Sois tan distintos el uno y el otro... sois como la luna y el sol.

—Se te olvida que la luna y el sol comparten el mismo cielo. No intentes ser tan calculador con todo, Scott. Los sentimientos no se pueden medir, no entienden de lógica ni de razón. Por algo el amor es como explotar en pedazos de ti mismo, ir recuperándolos poco a poco y darte cuenta de que ya no los reconoces. Ya no te reconoces, porque has cambiado. Los sentimientos te cambian.

—Pero tú sigues siendo el mismo.

—Por dentro he cambiado. A veces hay cambios que no se notan a primera vista, a veces tardan años en surtir efecto. Yo sigo queriendo ir a la tienda de cómics, acostarme leyendo un tebeo, ir a partidas de rol en vivo contigo. Eso no ha cambiado. Pero lo que hay aquí —Parker se señaló el pecho— sí lo ha hecho. Tratar de ser tú mismo es el acto más revolucionario que puedes hacer. Y si te encuentras por el camino con alguien que cambie a la misma velocidad que tú... ¡eso es el amor, tío! Sophie y yo somos muy diferentes, pero vamos en la misma dirección sin perder lo que nos hace únicos, especiales. No sé, Scott. El amor nos vuelve a todos mejores.

Scott asintió, intentando comprenderlo todo. Él se sentía distinto desde que había empezado a sentir cosas por Max, desde luego. Pero... ¿qué sentía? ¿Era amor lo que latía en su pecho al contemplarla? ¿Era amor dormirse abrazado al cuaderno mientras dibujaba su rostro, sus manos acariciando la guitarra, su sonrisa ladeada, y abrir los ojos por la mañana sintiendo que no estaba solo? ¿Era amor imaginarse un futuro con ella y soñar despierto con la posibilidad de que se hiciera realidad? ¿Qué distinguía al amor del miedo a caer?

«Tengo que hablar con Max. El lunes hablaré con ella y aclararemos lo que sea que está sucediendo», pensó, con la mirada perdida en las gotas de lluvia que resbalaban por las cristaleras. Aquello le hizo sentir un poco mejor. Más tranquilo.

—Por cierto. —Parker se apartó el pelo de la frente y se inclinó hacia él. Sonreía con picardía—. Sophie me ha contado cotilleos jugosos sobre la vida amorosa de Max. ¿Quieres saberlos?

—No. ¿Por qué iba a querer saber yo eso? —graznó. De pronto, tenía mucho calor.

Parker se encogió de hombros.

—Curiosidad, nada más.

—Pues yo no soy curioso. Y la vida privada de los demás no me interesa.

—La de los demás no, pero... ¿estás seguro que la de Max tampoco?

«¿Se me nota en la cara, o qué?». Scott obvió la pregunta de Parker y se puso el abrigo.

—¿Nos vamos?

—Sí, que he quedado con mi pas... con Sophie. —Se pusieron de pie y, al segundo, apareció una pareja para coger la mesa. La cafetería estaba a rebosar. Parecía *Juego de Tronos* cada vez que un sitio se quedaba libre—. ¿Quieres venir?

—No, gracias. No tengo mechero para encender las velas.

—¡Scott, no seas idiota! ¿De verdad piensas que estaríamos enrollándonos sin parar mientras tú nos miras?

Salieron de la cafetería y Scott sacó su paraguas mientras miraba a Parker con cara de «¿en serio me estás preguntando esto?». Aunque más bien quería decir «nos conocemos de toda la vida y tienes fama de pulpo».

—Bueno, pues tendrás que venir y comprobarlo. —Parker silbó, alegre.

—Otro día, Parker. Ahora me apetece ir a casa.

Parker era otro. Caminaba de forma alegre y segura: parecía el protagonista de un musical. Pero

también seguía siendo Parker. Quizás los cambios tenían su equilibrio. Quizás el amor también lo tuviera.

Pero Scott no sabía si quería comprobarlo. Así que sacudió la cabeza y echó a andar calle arriba. El paraguas lo protegía de la lluvia. Ojalá pudiera protegerlo también de sí mismo.

Hay tantos miedos en el mundo como personas, pero no todas las personas tienen miedo.  
¿Cómo sería vivir sin su sombra mientras el espejo te dice que todo saldrá bien?

.....

## 23. *Max*

—A ver si lo he entendido. El motivo por el que ayer me ignorabas al teléfono y la razón por la que me has sacado de casa un domingo por la tarde cuando en la calle hace cinco grados... ¿es que te has enrollado con Scott?

Max le dio un codazo tan fuerte a Debbie que esta ahogó un quejido y se llevó las manos al estómago.

—¡Cállate! No nos hemos enrollado, fue solo un beso.

—¿Y por qué tanto drama por un beso? Ya te has besado con mucha más gente antes.

—Tampoco tanta gente. —Max se recolocó el gorro de lana sobre la cabeza y se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Paseaban por el Midtown, entre edificios cubiertos con carteles gigantes y luminosos; el cielo era gris y el aire olía a bombilla fundida y a contaminación.

—¿Empiezo a contar? Yo, Sam, Roberto, Jerry...

—¿Quién coño es Jerry?

—... Mike, aquel chico que parecía Adam Driver de perfil, Jules, Patty, Sam...

—Ya has nombrado a Sam antes.

—... mi primo, el camarero de ese bar de *jazz* en Harlem, Mr. DJ...

—Vale, me ha quedado claro. ¿Puedes parar ya? —Max puso los ojos en blanco y serpenteó entre la multitud, dejando atrás a Debbie.

—¡Espera! —Debbie corrió tras ella. Sus botas de agua resonaron contra los adoquines—. No te enfades. Solo intento entenderlo.

—No hay nada que entender. Scott y yo nos besamos. Estuvo bien. Punto.

«¿Para qué se lo he contado?». Max sacudió la cabeza, más frustrada que enfadada. Sabía que no estaba siendo justa. Debbie solo intentaba ayudar. El problema estaba en ella. En lo que esperaba de sí misma y en lo que esperaba de los demás.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara de pato?

—¿Cara de pato? —Max frunció el ceño.

Debbie hizo un mohín de fastidio, sacando los labios hacia fuera y abriendo mucho los ojos. No se parecía mucho a un pato, aunque la hizo reír.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Los patos tienen cara de estar tramando algo todo el tiempo. Son muy monos y parecen

tranquilos cuando nadan, pero si te acercas se sienten amenazados y son capaces de atacarte para que no descubras sus secretos. —Debbie hablaba con tanta convicción que era difícil aguantar la risa—. Estás perdida en tus propios pensamientos y atacando a todo el que intenta ayudarte.

—Tus razonamientos me superan.

—Deja de hacerte la loca y confiesa. Si solo fue un beso, ¿por qué estás tan rara?

—Pues...

—Si no te conociera, diría que te gusta —la interrumpió Debbie. Las farolas acababan de encenderse y Max bizqueó.

—Yo no beso a gente que no me gusta.

—Max, pareces una rotonda. Estás dando vueltas todo el rato en la misma dirección. El asunto es sencillo: ¿Scott te gusta, pero GUSTAR en mayúsculas, o no?

Respiró hondo. La sombra del Empire State se adivinaba un par de calles más abajo.

—Sí. Creo que sí —dijo, tras unos segundos en silencio. Algo huyó de su pecho al decirlo en voz alta. Una mezcla de resignación e ilusión que la hicieron sonreír de lado. «Decidido: hablaré con él mañana». Debbie aplaudió.

—Problema resuelto. Ahora, una cosa te digo. —La cogió del brazo, se inclinó sobre su oído—. Espero que incluyáis menú vegetariano en la boda.

—¡Debbie!

La chica rio y salió corriendo mientras Max la perseguía. Consiguió alcanzarla al final de la calle, cuando la cara de Debbie se puso del color de una manzana madura y la chica se dobló sobre sus rodillas. Le lanzó una mirada de auténtico odio cuando Max se agachó frente a ella, fresca como una rosa y sonriendo.

—¿Herida en tu orgullo? Si hubieras salido a correr más veces conmigo, habrías conseguido darme esquinazo.

—No quiero poner celoso a tu novio. Sé que ahora corres con él —resolló, maliciosa.

—¡Que no es mi novio! —siseó Max.

Volvieron a discutir —Debbie la picaba con el tema de Scott, Max insultaba—, hasta que Debbie decidió que lo mejor que podían hacer para sellar la paz era comprar un café bien calentito en un Starbucks para bebérselo de camino a casa.

—¿Qué tal con Alexia? —le preguntó Max, mientras esperaban. Tenían delante a una pareja de ancianos, un hombre con gabardina y dos chicas de acento extranjero.

—¿Ahora sí te interesa?

—Hemos hecho las paces, Debbie. No provoques —repuso, con voz cantarina. Las chicas acababan de irse. Era el turno del hombre alto y delgado, aunque la gabardina no dejaba ver cuánto. No podía verle la cara, pero rondaría los cincuenta a juzgar por las canas que salpicaban su pelo corto. Le resultaba extrañamente familiar.

—Lo siento, ya paro. Las cosas con Alexia van bien. Viento en popa, como diría ella. Creo que voy a pedirle que salgamos en serio, pero no sé cómo. Quiero que sea especial. Te voy a contar lo

que he pensado, a ver qué te parece.

Max asintió, aunque había dejado de prestar atención. No podía dejar de mirar al hombre de la gabardina. Había pedido café de calabaza, su favorito. Con extra de nata y virutas de chocolate. Justo como a ella le gustaba. Solo conocía a una persona que lo pidiera de esa manera, y que además se echara tres azucarillos. A fin de cuentas, ella lo aprendió de él. ¿Seguía haciéndolo después de tantos años?

El hombre de la gabardina pagó sin dar las gracias (eso también solía hacerlo) y se giró. Max por fin pudo verle la cara. Fue solo un instante. Un destello del pasado, el eco de un tiempo feliz empañado por un secreto y un final. Nariz grande, boca constantemente fruncida como si todo le molestara, cara angulosa y pálida. Barba de pocos días, ojos azules. De un azul claro como el cielo cuando sonreía, de un azul oscuro como el fondo marino cuando se enfadaba. Los recordaba bien porque así los había visto esa última vez, hacía diez años. Y seguía viéndolos en sus sueños, aunque llorara para espantarlos.

Era su padre.

No sabía qué debía sentir. Alegría, nervios o rabia parecían sentimientos razonables. Era lo que hubiera esperado. Pero no sintió nada de eso. No sintió nada, solo hielo. Un frío espectral paralizándola, volviendo para recuperar el espacio que perdió cuando decidió vivir para escapar de su pasado. Pero sin olvidar. Y allí estaba la parte de ella que nunca había querido dejar atrás, la niña que usaba el escritorio para escribir y no para esconderse debajo. Max pensaba que iba a desmayarse en cualquier momento. Tembló, temiendo que la reconociera, pero Jason no se detuvo en su rostro más de un segundo y siguió caminando. Con parsimonia. Como si no acabara de abandonar a su hija por segunda vez.

—¿Max? ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

Debbie. Max reconocía su voz, pero no podía verla. No conseguía enfocar nada, todo era turbio y tembloroso. ¿Estaba llorando? Esperaba que no. Tenía que aguantar hasta llegar a casa. Nadie podía descubrir lo de su padre. Su debilidad, la cara que mostraba cuando no había nadie cerca y era libre de dejarse llevar por el dolor. Lo sentía en el pecho en ese instante, como si sangrara. No podía refugiarse en casa.

Aún no.

—Tengo... tengo que irme —le dijo a Debbie, alejándose a trompicones por la calle por la que había visto a su padre marcharse.

Había imaginado ese encuentro millones de veces. Cuando era incapaz de dormir, todas las noches. Él llamaba al timbre, ella abría la puerta y se fundían en un abrazo que solo gritaba perdón. Él respondía a sus cartas diciéndole su dirección, ella iba a verle con Diana y Allison y todo volvía a ser como antes. Siempre acababa de la misma manera. Una vez imaginó que se encontraban en la cola de un cine, que ambos lloraban al reconocerse y que el tiempo dejaba de importar.

Sin embargo nunca había imaginado que pudiera ser tan frío. Su padre estaba más viejo: tenía

arrugas alrededor de la boca, pero su cara seguía siendo la misma. Era su padre, joder, lo distinguiría entre una multitud. Y él... él la había visto también. Se le había parado el corazón cuando eso había sucedido. Pero después se había marchado. Sin abrazos, sin llantos, sin perdón. «No sabe quién soy. Nunca le ha importado», se dijo. No dejó que aquellos pensamientos la frenaran. No perdería la oportunidad de recuperar lo que él se había llevado. No quería, no podía hacerlo.

Así que lo siguió. Más tranquila, aunque sin dejar de temblar, persiguió su gabardina por el Midtown hasta desembocar en el West Village, un barrio de calles pintorescas y adoquinadas bordeadas por casas de estilo federal. No la sorprendió ver que Jason no cogía el autobús o el metro. Siempre le había gustado ir andando a todas partes, como ella. Lo había heredado todo de él, incluyendo las cosas que la apartaban de los demás.

Su padre atravesó una plaza con una gran fuente en el centro y rosales a medio marchitar en los márgenes. Tiró el vaso de café vacío al suelo y se detuvo frente a una casa de aspecto sencillo. Las paredes conservaban el color de los ladrillos, había un pequeño porche con una mecedora y las luces estaban encendidas. ¿Quién lo esperaba dentro? Max se agachó tras los rosales y vio como Jason entraba. Subió las escaleras del porche, se limpió los zapatos con el canto. A Max le castañearon los dientes y notaba la punta de la nariz helada. «Vete. Deja de espiarlo y vete», le pedía la parte más racional de su cerebro. Pero necesitaba saber. Conocer a ese extraño que llevaba el rostro de su padre.

Max contuvo la respiración al ver que sacaba un sobre del bolsillo. Estaba lejos, pero reconocería ese sobre azul en cualquier lado. Era el que Max usaba para mandarle cartas. El azul siempre fue su color favorito, o eso recordaba. Le escribía casi todos los días. No tenía su dirección, así que mandaba las cartas a su trabajo, un piso de oficinas en el centro. Era lo único que sabía de él. Ni Allison ni Diana conocían la existencia de esas cartas, y así esperaba que siguiera siendo. La avergonzaba reconocer que no lo había superado, ser tan débil.

Su padre volvió a guardar el sobre en el bolsillo de la gabardina, sacó las llaves y entró en casa. Max oyó ladridos (¿tendría un perro?, siempre había odiado los perros) y luego, solo silencio. El rumor de la hojarasca al ser arrastrada por el viento, el agua de la fuente como una cascada en miniatura.

«Las lee. Lee mis cartas. Entonces, ¿por qué nunca me responde?», se preguntó, con la cara adormecida por el frío. Soltó el aire que llevaba conteniendo todo ese tiempo. La presión en sus pulmones se alivió, como una caricia a destiempo. Tenía más preguntas que respuestas. Y el fuego había vuelto.

Hola, papá:

Te he visto esta tarde en el Midtown. Comprando café de calabaza como si fuera lo más normal del mundo estar bebiendo café mientras tu hija, esa que abandonaste hace diez años, te sigue por las calles por miedo a perderte por segunda vez. No te diste ni cuenta, joder. Te seguí hasta tu nueva casa y no te diste ni cuenta. Sí, es muy *creepy*, ya lo sé. Parecía una asesina peligrosa. Pero me gustaba pensar que vendrías a mí. Que en estos diez años volverías a casa en cualquier momento. Ya sabes ¡sorpresa! ¡Aquí está papá! Pero no ha sido así. Así que me ha tocado espiarte. Y no lo siento.

Pensaba que no seguirías en Manhattan. Siempre te gustó más Brooklyn. Decías que era más limpio, más azul. Pensé que te mudarías, que irías al trabajo en coche. Pero supongo que te habrás dado cuenta de que Nueva York es todo igual. ¿Por qué te has quedado? Estás a media hora de casa. De nuestra casa. ¿No tienes curiosidad por saber qué es de nosotras? ¿De mí?

Sé que lees mis cartas. Antes tenía dudas porque nunca me has respondido a ninguna, pero ahora sé que las lees. Vi el sobre azul, no te atrevas a negarlo. ¿Cómo has podido leerlas todo este tiempo y no tomarte ni un puto minuto para contestar? Vale, sé que nunca te he pedido que contestaras, pero me gustaría. Quiero saber qué es de ti. Necesito saber qué es de ti, por favor.

A lo mejor no contestas porque tienes una nueva familia y sería jodido explicarles que abandonaste a la anterior. A lo mejor las luces de tu casa estaban encendidas cuando llegaste porque una niña de ojos azules te esperaba para ver la tele, para cenar o para que le leyeras un puto cuento. ¡Joder, papá, nunca quisiste que adoptáramos un perro porque decías que lo dejaban todo lleno de pelos! ¿Y ahora tienes uno? ¿Quién coño eres tú?

Quizás me he encontrado con Jason. No con mi padre.

Max

## 24. Scott

Cuando el sol despertó para darle los buenos días, Scott ya llevaba una hora levantado. Era lunes y le dolía la cabeza como si un cascanueces estuviera intentando partírsela. «Menuda manera de arrancar la semana», pensó mordiéndose los nudillos, sentado sobre la cama.

Max le había escrito la noche anterior, de madrugada, diciéndole que no podía ir a pasar a buscarlo por su casa como hacían cada mañana para ir al instituto. Sin explicación, sin emoticonos cariñosos, sin mezclar las mayúsculas y las minúsculas como solía hacer cuando quería decir algo importante. «Quizás esto no es importante para ella y solo lo es para mí», se dijo al leer el mensaje. Le escribió de vuelta, preguntándole si había pasado algo y recordándole que con él podía desahogarse. Que estaba allí para lo que necesitara. Estuvo a punto de poner «Somos amigos, ¿verdad?», pero no lo hizo. Seguía sin tener claro si solo quería ser amigo de Max o si estaba preparado para cruzar otras puertas. Lo mismo daba, porque Max no contestó. Leyó su mensaje a los pocos minutos de mandarlo, pero no volvió a saber de ella. Doble tic azul, última hora de conexión a las cinco y media. Y fuera. Solo silencio.

Qué fácil era ignorar la realidad si había una pantalla de por medio.

Desconcertado, Scott había podido hacer poco más que vestirse y poner algo de música para no tener que escuchar a sus padres levantándose entre gritos y más gritos. «Sometimes I can't believe it. I'm moving past the feeling again». Hasta Arcade Fire parecía haberse puesto en su contra, alimentando sus rayadas con Max. El beso. Max otra vez. Scott temió que sus pensamientos se volvieran monotemáticos. «Tarde: ya lo son». Estaba tan ensimismado con todas esas canciones que parecían hablar de él, sorprendido por las maneras tan distintas que tenía la música de expresar una misma emoción, que se le pasó la hora y tuvo que correr hacia el instituto.

Subió las escaleras de dos en dos, con la lengua fuera, y entró en el aula justo cuando el profesor Taylor acababa de cerrar su maletín. Le sonrió para tranquilizarlo y Scott se sentó en su sitio de siempre. Max no se había sentado a su lado, como de costumbre: estaba al final de la clase, con la mirada puesta en su cuaderno de canciones y los brazos cruzados sobre el pecho. No levantó la cabeza cuando entró, tampoco durante el resto de la hora.

Scott no entendía nada. Le recordaba a la Max del primer día, la chica seria y distante que no se preocupaba por nada ni por nadie. ¿Qué le pasaba? ¿Era por su culpa? ¿Estaba enfadada con él por besarla? Pero... se habían besado los dos. No había sido solo cosa de Scott. ¿Por qué actuaba

de esa manera, entonces?

Cuando sonó el timbre, Scott guardó sus cosas rápido y se levantó para hablar con ella, pero Max se había ido. A la velocidad de la luz, como si Flash hubiera poseído su espíritu. Ni siquiera la había visto salir por la puerta. Frunció el ceño y se apresuró a buscarla por los pasillos. Tuvo un *déjà vu* de cuando él solo quería que se tomara en serio el trabajo de Filosofía y ella le daba largas todo el tiempo. Pero ellos ya no eran dos desconocidos como al principio de curso, y aquel juego había dejado de ser solamente algo molesto. Ahora le producía incertidumbre, y la incertidumbre dolía.

Intentó seguirla, incluso gritó su nombre. Pero ella hizo oídos sordos y se escabulló entre la multitud, usándola de escudo. Scott se dio por vencido, y se dedicó a dibujar el resto de las clases para no entregarse al pánico más absoluto. En el comedor, Parker no notó nada raro en él y amenizó la comida hablándole de lo enamorado que estaba de Sophie, lo maravilloso que era estar junto a ella y todos los viajes que planeaban hacer en verano. Max estaba sentada en otra mesa, sola, dándoles la espalda. Había entrado más tarde, ignorando la mano que había alzado Parker en su dirección. Scott solo alcanzaba a ver lo tensa que estaba su espalda y el color azabache de su pelo.

—Oye, ¿qué le pasa hoy a Max? —Parker siguió el recorrido de su mirada.

—No tengo la más mínima idea.

—No me digas que habéis discutido o algo así. ¡Scott, es mi única amistad femenina!

—No ha pasado nada, Parker. Si tanto interés tienes en descubrir por qué me ignora hoy, ve y pregúntaselo.

Parker alzó las cejas.

—Así que, en realidad, sí que ha pasado algo...

—Vamos, cállate. ¿Qué decías sobre ese viaje a España? Sonaba muy romántico...

No quiso hablar con Max en el comedor. Lo que menos le apetecía era sacar el tema del beso delante de Parker. Así que le pidió a su amigo que se fuera a casa y esperó a Max a la salida, apoyado en la puerta como si fuera un guardaespaldas. Cuando la vio, le cortó el paso y los ojos de Max se abrieron de la sorpresa.

—Por fin, me ha costado alcanzarte hoy. —Scott intentó que su voz no temblara mientras hablaba—. ¿Cómo va la cosa?

—Déjame en paz.

—¿Perdón?

—He dicho que me dejes en paz —le ordenó Max, seria. Tenía ojeras bajo los ojos y estaba mortalmente pálida. Parecía agotada. Un fantasma de sí misma.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Y esa palabra ya encerraba mucho—. Scott, vete de una puta vez.

—¿Qué coño te pasa? —Scott le apoyó una mano en el hombro, pero ella se deshizo del contacto como si le quemase.

—¡Te he dicho que no me pasa nada!

—Y voy yo y me lo trago. Max... soy yo. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, no voy a marcharme. Ni a asustarme. Si he hecho algo que te haya molestado... te pido perdón.

La mitad del instituto los estaba mirando e intentando escuchar todo lo posible. Los cotilleos eran parte del día a día. Max sacudió la cabeza, se mordió sus finos labios, miró al techo. Se notaba que estaba indecisa y arrepentida.

—Lo siento, Scott. Tú no has hecho nada malo. —Sonaba derrotada, cansada, infeliz. Como si sus huesos pertenecieran a otra persona—. Ayer tuve un mal día. En realidad, hoy sigo teniéndolo. Las noches son como días para mí. No... no descanso. No dejo de pensar, de darle vueltas a las cosas que me duelen. Son solo pensamientos, pensamientos y recuerdos, pero los vuelvo tan reales que duelen de verdad. Es un dolor físico, como si tuviera agujas bajo la piel con las que yo misma me ataco cuando pienso en... cuando pienso demasiado. —Scott podía leer la nostalgia en sus ojos, sobrecogido—. Tengo la sensación de que arrastro momentos que no he conseguido olvidar porque, aunque me sigan haciendo daño, en el fondo los necesito. Me empapo de ellos, de lo mal que me hicieron sentir, y boicoteo mis días con su recuerdo porque... no puedo ni quiero escapar. Es una constante en mi vida, desde que era pequeña. No sé vivir de otra manera. Ayer siempre es hoy.

Scott apartó de su mente el rechazo de Max cuando él había intentado tocarla antes y la atrajo hacia sí para abrazarla. «Por favor, no me alejes de tu lado», quiso decirle cuando la rodeó con los brazos. El tacto de su chaqueta de cuero era áspero y seco. Ella enterró la cabeza en su cuello y se aferró a sus brazos como si los necesitara para seguir sosteniéndose. Scott le acarició la espalda con delicadeza. «Estoy aquí. Estoy aquí», decía cada caricia, cada surco que trazaba en el cuero con los dedos. Aunque no hacía ningún ruido, Scott sabía que ella estaba llorando. Notaba el cuello de la sudadera empapado.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras cuando quieras, ¿verdad? —Scott la abrazó con más fuerza—. No hay prisa.

Max se separó de él. Sin brusquedad, sin arrepentimiento. Evitó mirarlo a los ojos: tenía la nariz roja y la cara mojada.

—Normalmente no dejo que nadie me vea llorar —le confesó, limpiándose las lágrimas que la tristeza había dejado en salados surcos bajo sus ojos.

Scott podía imaginar lo vulnerable que se sentía. Recordó lo que le dijo al volver de ese descampado en Harlem: «Cada uno lidia con sus problemas de manera distinta. Lo mejor que puedes hacer para alejarlos es fingir que no los tienes». Así que se tragó las ganas de volver a abrazarla, adoptó una pose chulesca y sonrió.

—Eso es un... ¿halago?, ¿un signo de que vas a dejar de hablarme para mantener intacta tu reputación?

Max parpadeó de la sorpresa y lo miró sin decir nada durante unos segundos. Scott sudaba, pensando que la había pifiado, pero entonces los ojos enrojecidos de Max empequeñecieron

cuando rompió a reír. La nostalgia abandonó su rostro, al menos la mayor parte. Scott jamás había querido perderse en un sonido tanto como en ese. Su risa era música.

—Ya estropeé mi reputación el día que acepté hacer el trabajo de Filosofía contigo. —Max le siguió el juego, Scott fingió ofenderse. Todo volvió a la normalidad. «Bueno... si obviamos el beso, claro»—. Por cierto. ¿Quieres venir a casa a pasar la tarde? Mamá está en el hospital con Ali porque se tenía que hacer unas pruebas. Yo... no suelo acompañarlas. No me gustan los hospitales.

De la misma manera que él usaba los lápices para adormecer su realidad, Max lo estaba usando a él para escapar de la suya. Era dolorosamente consciente. «O quizás no. Quizás se ha dado cuenta de que conmigo no se siente tan sola y le gusta esa sensación. Quizás Max no es tan distinta a ti como crees, y al final sois solo dos personas que huyen hasta que se encuentran. Quizás ella también quiera estar contigo, a su manera».

Así que Scott asintió, le puso un mensaje a su madre para avisarle de que llegaría tarde y se dirigieron a casa de la chica. El camino fue incómodo para ambos. Max miraba todo el tiempo hacia el cielo nublado, como si buscara que el viento secara sus ojos y le arrancara las ganas de llorar. Scott caminaba cabizbajo, contando colillas. Cuando iba por la doscientos cincuenta y tres, le preguntó por Debbie. Ella le dijo que estaba bien, muy enamorada. Entonces, le preguntó por Parker. Él respondió lo mismo, y rieron.

Charlaban sobre los demás para no tener que hacerlo sobre ellos. Y aquello los salvaba de exponerse, aunque Scott dudaba que pudieran seguir haciéndolo durante mucho más tiempo.

Llegaron a su casa cien colillas más tarde. La luz entraba a raudales en el salón por las cristaleras que había a ambos lados de la puerta, blancas y con una familia de cactus en el alféizar. Un par de libros descansaban sobre el sofá. Olía a ambientador y a nuevo. Max de todas las edades y muecas lo observaron desde las fotografías hasta que subieron a su cuarto. Hacía frío, así que la chica cerró la ventana. Su guitarra yacía sobre la cama desecha, como si fuera su lugar de descanso habitual. Max se puso a ordenar el escritorio y Scott se echó sobre la cama. Las estrellas del techo seguían sin brillar. Inquieto, acarició la madera de la guitarra. Era muy bonita. La clase de instrumento que Max tocaría. Las cuerdas parecían robustas, y Scott lo comprobó cuando deslizó su mano sobre ellas.

—Estoy seguro de que no podría aprender a tocarla ni en mil años.

—No es tan complicado. Yo aprendí sola, mirando tutoriales en YouTube. Al final, se reduce a la práctica. Como todo en esta vida.

—Filósofa y cantante. Lo tienes todo. —Max se echó a reír. Le quitó la guitarra, se sentó en el escritorio y se la colocó en el regazo, afinando las cuerdas. Scott se mordió el labio—. ¿Me tocarías algo?

Max alzó la mirada.

—Scott, sabes que esa frase adquiere un sentido diferente si me lo dices tumbado en mi cama, ¿verdad?

—¡Me... me refería a alguna canción que te guste mucho! —Todo el calor de su cuerpo subió a su cara. Hasta sintió un leve mareo mientras Max reía, con la atención puesta de nuevo en su guitarra.

—A ver, déjame pensar... —Se llevó un dedo a los labios, concentrada. Tenía las uñas pintadas de un gris metalizado. A Scott, casi recuperado de su ataque de vergüenza, aquel gesto le pareció tremendamente dulce—. Ya la tengo. ¿Conoces *Someone you loved*?

—No.

—Es una de mis canciones favoritas. Voy a cantar un pedacito.

Scott se sentó sobre la cama y asintió mientras cruzaba las piernas. Max se aclaró la garganta, cerró los ojos. La luz del atardecer oscurecía su silueta recortada contra la ventana, convirtiéndola en un espejismo del que solo escapaba su olor a fresas y lavanda. Las manos de Scott ansiaron sus lápices para dibujarla, para capturar aquel instante y tenerlo siempre consigo. Max deslizó sus dedos sobre las cuerdas, echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar. Sin señales de peligro, sin avisar de que su voz tenía el poder de hacerlo temblar. Solo existían ella y su guitarra.

I'm going under and this time I fear there's no one to save me.

This all or nothing really got a way of driving me crazy.

I need somebody to heal, somebody to know,  
somebody to have, somebody to hold.

It's easy to say, but it's never the same,

I guess I kinda liked the way you numbed all the pain.

Now the day bleeds into nightfall

and you're not here to get me through it all.

I let my guard down and then you pulled the rug.

I was getting kinda used to being someone you loved.

Max abrió los ojos cuando los últimos acordes de la guitarra reverberaban en la habitación, y sus miradas se encontraron. Scott no supo descifrar de dónde surgió el impulso ni la valentía que le hizo levantarse e inclinarse hacia sus labios, pero se sintió él mismo haciéndolo. Todavía podía oír la música en su cabeza, percibir la dureza del lápiz contra sus dedos. Max soltó un ruidito de sorpresa al principio, cuando sus bocas se encontraron, pero no tardó en unir la lengua a la suya: un baile en el que Scott se sentía inexperto, pero del que no le importaría aprender más. Mucho más. Max acogió el beso con fuerza, soltó la guitarra y se arrimó todo lo que pudo a él, que cayó sobre la cama. Scott se quedó sin aliento por un momento, pero aquel beso, estar tan cerca de Max, era todo lo que necesitaba. Ella estaba prácticamente encima de él, pero le seguía pareciendo insuficiente. Nunca podría haber menos distancia entre ellos, aunque fueran la misma persona.

Cuando se separaron tras quedarse sin respiración, Max apoyó la frente sobre la de Scott y él le

besó la punta de la nariz, lo que la hizo reír. ¿Era extraño que quisiera grabar ese sonido y escucharlo a todas horas?

—¿Te apetece ver algo en el salón? —le susurró ella, con los ojos cerrados.

—Ajá.

—¿Has visto *The End of the F\*\*\*ing World*?

—No.

—¿Y eso?

—No sé. —Le faltaba aire como para elaborar una respuesta más compleja.

—Vamos abajo, entonces.

Max se apartó de él tras depositar un beso más suave, casi una caricia, en sus labios. Scott se preguntó cuántos tipos de besos habría y cómo le harían sentir mientras la seguía, cogido de su mano. Estaba fría, aunque las mejillas de Max lucían rojas y sus ojos, brillantes. Scott se preguntó si él estaría igual y si parecería tan atractivo y feliz.

—¿Estás preparado para sumergirte en un mundo de ilegalidades y amor, Scott?

—Qué remedio —respondió, sonriendo y preguntándose si aquello era una indirecta o solo una sinopsis al estilo Max de lo que iban a ver.

Antes de poner la serie, fueron a la cocina para hacer palomitas. Cada vez que un grano de maíz estallaba se besaban como si estuvieran bajo un cielo de fuegos artificiales. Max reía contra su boca. Scott se pellizcaba los nudillos disimuladamente para asegurarse de que todo aquello era real.

Con las palomitas hechas (y algo quemadas), se dirigieron al salón. Apagaron las luces y dejaron las cortinas abiertas para que entrara el destello de las farolas de la calle. A Scott le incomodaba tanta oscuridad. Se tumbaron en el sofá: Max se recostó contra el pecho de Scott mientras él le acariciaba el pelo y ella le metía palomitas en la boca. Formaban un buen equipo. Parecía que se conocían a la perfección, estuvieron toda la tarde viendo un capítulo tras otro sin apenas moverse. Solo pausaban la serie para besarse o para comentar lo bien que les sentaba el nuevo corte de pelo a los protagonistas.

Scott estaba tan cómodo que no se dio cuenta de lo tarde que era. Max recogió las palomitas que había desperdigadas por el sofá y encendió una vela aromática («¿no lo hueles? hay hormonas nuestras flotando por todo el salón»). Diana y Allison estaban al llegar. Scott no quería irse, pero se despidió de Max con un beso rápido que sabía a más y salió de su casa con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía los labios agrietados por el exceso de sal de las palomitas y tantos besos, pero se sentía feliz. Más feliz que en toda su vida.

Scott se puso a silbar la melodía que Max le había tocado con la guitarra y la noche envolvió sus pasos mientras volvía a casa.

Somos dos medias personas reencontrándose para un último baile que no ha hecho más que comenzar.

.....

## 25. *Max*

Max no sabía si ella y Scott estaban saliendo juntos. Pero si eso no era salir, se le parecía mucho.

En tres días presentaban el trabajo de Filosofía, una buena excusa para verse tarde sí y tarde también. A veces quedaban en su casa, cuando Allison y Diana no estaban; y otras en casa de Scott, antes de que sus padres volvieran de la tienda. Cuando no tenían suerte se acercaban a Central Park a tumbarse sobre la hierba, hombro con hombro, mientras miraban el cielo y los rayos de sol que agujereaban las nubes como lanzas. Apenas prestaban atención al trabajo: Max se lo sabía prácticamente de memoria y Scott ya había hecho los últimos retoques al vídeo. Se dedicaban a besarse como si sus bocas fueran dos imanes que luchaban por estar irremediablemente juntos, y hablaban. Hablaban de todo y, a la vez, de nada. De sus miedos más profundos, de anécdotas de su infancia, de lo enfadadas que tenían que estar las sirenas con toda la contaminación de los mares, de lo que hacían para superar los días grises, de su futuro.

Había descubierto un Scott que desconocía. Cuanto más sabía de él, más le gustaba. Y como jamás le había pasado eso con nadie vivía cada nuevo descubrimiento como si fuese un regalo. Un día le confesó entre escalofríos que no soportaba la oscuridad porque de pequeño se fue la luz cuando estaba solo en casa y era de noche. Se le humedecieron los ojos cuando le dijo que nunca había conocido a sus abuelos. Hablaron de su sueño, eso que él vestía de una intención objetiva y realizable. Todos los lienzos que llenaría de color y que un día vería colgados en una galería de arte junto a su nombre.

Max también se había abierto con él. Pequeñas pinceladas de sí misma que tampoco había compartido con nadie, ni siquiera con Debbie, como que todavía soñaba con subirse a un escenario a cantar, entre tantas pesadillas, y que estar enfadada y cansada todo el tiempo era mucho más fácil que sonreír. Se sentía cómoda con Scott, tan liviana como el aire. Tenía alas y volaba. No quería arrancárselas, no quería perder la seguridad que la hacía hablar sin pensar. Soltar todo aquello de lo que su pecho necesitaba deshacerse para que Scott lo recogiera y la besara sin creer que ella no merecía nada. Convertir el hielo en agua.

—¿En qué piensas? —La voz de Scott la sacó de su ensimismamiento. Aquel día no habían tenido suerte y no tenían casa libre, así que se habían acercado a Central Park. Max había apoyado la cabeza sobre el estómago de Scott. Miraban el cielo gris a través de los huecos entre las hojas de los árboles. Tenían los dedos entrelazados.

—En el amor —respondió Max, con naturalidad. Notó como Scott alzaba la cabeza para mirarla, aunque ella no separó sus ojos del cielo. Apretó con más fuerza su mano, notando las durezas que tenía en la piel de tanto dibujar. Aquel detalle le hizo sonreír—. No tengo muy claro qué significa para mí.

—Cada uno vivimos el amor de manera distinta. Creo. ¿Nunca has estado con nadie?

—Si te refieres a estar con alguien como sinónimo de poner declaraciones de amor en todas las redes sociales (Dios me libre de tenerlas) y comprarnos un jersey de Navidad a juego con renos, no. No he salido nunca con nadie. Pero sí que me he enrollado con gente.

—Déjame adivinar: Sam está entre ellos.

—Pues sí, listillo, pero solo fueron unos besos tontos. De mi grupo de amigos solo me enrollé con él y con Debbie. Bueno y con Roberto, pero no lo cuento nunca. Estaba pedo.

—¿Con chicas también? —Le gustaba que Scott sonara curioso, no celoso ni asqueado.

—Sí, me gustan los chicos y las chicas. No es algo raro, ¿no?

—Claro que no.

Max soltó el aire muy despacio y ladeó la cabeza para mirar a Scott. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en la boca.

—¿Y tú? ¿Has estado con alguien? —preguntó, resistiendo la tentación de lanzarse sobre él para besarlo.

—Nunca —respondió, con la voz ronca y ruborizándose.

—No es algo de lo que avergonzarse.

—Y no me avergüenzo. Es solo que... nadie había despertado en mí... esto. Lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos?

¿Por qué se había puesto tan tensa de repente? Scott acarició el dorso de su mano con el pulgar y la chica volvió a mirar al cielo.

—La verdad es que no lo tengo muy claro. Pero algo tenemos.

—Yo tampoco lo sé. Pero... creo que no quiero saberlo. No quiero ponerle una etiqueta a mis sentimientos. Una palabra no puede definir lo que estamos viviendo. No sería suficiente, no nos haría justicia. De la misma manera que el amor no puede explicarse con palabras, nosotros no tenemos por qué caminar con unas expectativas que nos encierren.

—Eso suena un poco pesimista, ¿no crees?

—El amor lo es. —Una nube con forma de gota de agua ocupó el cielo, y Max suspiró, notando como los recuerdos le oprimían la garganta y trataban de aislarla, como siempre habían hecho. Su corazón latió más despacio, derretido en agua que empezaba a cristalizar—. Mi padre nos abandonó cuando supo que Allison estaba enferma.

Scott soltó su mano y se incorporó de golpe, haciendo que Max rodara hasta caer sobre sus muslos. Ella volvió a coger su mano con urgencia y trató de seguir mirando al cielo sobre sus cabezas, aunque todo se había vuelto borroso. Borroso y gris.

—Max...

—Allison estuvo bien durante un tiempo. No sabía qué había sucedido antes de que yo naciera, solo que Allison había pasado su infancia en un hospital, y que todos arrastraban ese dolor tan... vivo. Siempre estaba presente en sus miradas. Yo también terminé sintiéndolo, aunque para mí no tuviera sentido. Pero el dolor se pega a tus huesos si te rodeas demasiado tiempo de él. —Max hizo una pausa. Le costaba respirar—. Aun así, éramos una familia normal. Papá, mamá, Ali y yo. Nos queríamos. Salíamos a pasear todos los domingos, íbamos al cine, de compras... Esos fueron los años buenos. Yo tenía ocho años cuando llegaron los malos. La leucemia volvió al cuerpo de Allison. Ahora sé distinguir cuando eso sucede. Está muy cansada, aparecen moratones de la nada, le sangra la nariz sin parar. Por aquel entonces mi hermana tenía quince. Mamá la llevó al hospital asustada por lo mucho que sangraba y lo débil que se sentía. De un día para otro, todo aquello que habíamos intentado dejar atrás derrumbó nuestra esperanza, cuando aquella palabra todavía nos decía algo. En el hospital nos contaron que la enfermedad nunca llegó a irse del todo. Remisión parcial, lo llaman. Puta injusticia, prefiero llamarlo yo. Mi padre... no lo soportó. Gritó a los médicos, a los enfermeros, a todo el hospital. Gritó que eso no podía ser posible. Que él lo había hecho todo bien, que no se merecía aquello. Cuando volvimos a casa, gritó a mi madre por haber tenido una hija enferma. Como si fuera su culpa, ¿sabes? Es de locos. Allison y yo nos escondimos bajo mi escritorio, demasiado asustadas para hacer otra cosa que no fuera llorar y temblar. Entonces, él subió y me dijo... me dijo... —Max sacudió la cabeza. No podía decirlo en voz alta. Si lo hacía, se haría real. Todo aquello que llevaba casi diez años guardando la aplastaría contra el suelo hasta que no quedara nada de ella. Prefería seguir viviendo a medias que no vivir—. Después, se fue de casa. Y ya no hemos vuelto a saber nada de él. Bueno, yo le vi hace un par de semanas. ¿Recuerdas el día ese que te grité y me abrazaste y luego fuimos a mi casa y comimos palomitas? Estaba enfadada con él, por encontrarnos por la calle y no reconocirme. Supongo que no podía pedirle que lo hiciera. —Scott la escuchaba, serio. La rabia se podía leer en sus ojos, pero no había dejado de acariciar su mano en ningún momento. Era su ancla al presente—. No recuerdo muchas cosas de aquella época. De cuando se fue, me refiero. No hablaba mucho. Lloraba si Allison no dormía a mi lado. Perdí las ganas de cantar, de ir al colegio, de relacionarme con los otros niños. Yo ya no me sentía una niña. No me sentía persona. Las personas sienten, y yo no era capaz de sentir. Lo que me dijo mi padre y su cara de decepción... me han cambiado.

Se le quebró la voz con esa última frase, pero no apartó la mirada de Scott, esperando una respuesta que no llegó. Scott se inclinó lentamente hacia ella, hasta atrapar sus labios, y Max descubrió que aquello no la hacía olvidar, pero sanaba. Sanaba como solo el amor podía hacerlo: de manera intermitente, fugaz y espontánea. Era como poner un parche cuando una tela se rompía, pero sin llegar a coserlo. Tapar una herida sin haberla desinfectado antes. «¿Cuánto tiempo voy a poder esconderme?», pensó ella.

—Todo va a salir bien. —Fue lo único que salió de la boca de Scott.

Pero era todo lo que Max necesitaba.

Hola, papá:

Hoy ha sido el primer día que hablo de ti en diez años. Qué fuerte, ¿eh? No te preocupes, no ha sido a un cualquiera. Le he hablado de ti a Scott.

¿Quién es Scott?, debes estar pensando. Pues el compañero de clase con el que hago un trabajo de Filosofía. Sí, ese trabajo sobre un mito griego. La chica de los bosques y el chico de la lira. Historia de amor preciosa, una horrible muerte y desesperanza a tope. Te he hablado de ese mito cientos de veces. Lo tienes que recordar a la fuerza.

Bueno, que me disperso. Le he hablado de ti a Scott. Tampoco se lo he contado todo. No... no he podido. Solo algunos detalles. De cuando te fuiste, y tal. De cómo te fuiste. Luego me ha pedido que le contara cosas más alegres. Creo que quería borrar la tristeza de mis ojos, y creo que he conseguido engañarlo. Le he contado historias nuestras. Como cuando jugábamos a las cartas y te dejabas ganar para hacerme feliz. Cuando interrumpías mis conciertos en la ducha para decirme que tenía la mejor voz del mundo. Cuando me animabas a hacer amigos en el parque, cuando me subiste a tus hombros en ese concierto de gaitas para que no me perdiera nada.

Mientras hablaba, me he dado cuenta de que algunas de las cosas que le he contado nunca han sucedido. Nunca me dijiste que tenía la mejor voz del mundo y a ese concierto de música celta fui con Allison un par de años después de que te largaras. Creo que he estado tanto tiempo imaginando una realidad en la que seguías siendo mi padre que he confundido las cosas. Es una tontería, ¿verdad? Sentir dolor por algo que nunca ha existido.

Tranquilo, nuestro secreto sigue siendo solo nuestro.

Max

## 26. Scott

El día de la exposición llegó con Manhattan teñida de blanco, como si las alas de un ángel se hubieran extendido sobre la ciudad para bañarla con su pureza. La nieve no duró demasiado sobre el asfalto con tanta gente pisoteándola, pero los bosques mantuvieron su verde escondido bajo aquel manto helado, marchitando las pocas plantas que habían sobrevivido al otoño.

Para Scott aquello era un paisaje de ensueño. Iba capturándolo todo en fotografías mentales para después usarlas como referencia en sus dibujos. Pero siempre terminaba mirando a Max de reojo. Su alma de artista bebía de ella, y su alma de adolescente también. Los copos de nieve caían sobre su cabeza como gélidas lágrimas, pegándose a sus pestañas aunque ella parpadeara para espantarlos entre risas. Sus ojos azules parecían aún más intensos rodeados de tanto blanco, y sacaba la lengua para intentar atrapar copos, como una niña pequeña.

—¡Parece que nunca has visto nevar antes! —le dijo Scott, riendo al verla dar vueltas bajo la nieve con los brazos extendidos en un parque cercano al instituto. Él la esperaba en la acera, con la capucha del abrigo puesta para no mojarse los rizos.

—¡No consigo acostumbrarme! —exclamó, sonriendo con fascinación y envolviéndose con el vaho que escapaba de sus labios. Max dejó de girar y, algo tambaleante, se agachó para hacer una bola de nieve y arrojársela a la cara a Scott. Ni siquiera se acercó a darle: la nieve explotó como una granada al chocar contra el tronco de un árbol, a tres metros de él.

Scott inclinó la barbilla.

—Lo tuyo no es el *Fortnite*, desde luego.

—¿El juego ese de disparar y construir? Suena interesante.

—No te creas: tuve que desinstalármelo después de jugar más de seis horas seguidas. Hubo un momento en el que se me movían los pulgares solos, aunque hubiera soltado el mando. Terrible.

Max lo llamó viciado y se acercó dando saltitos hacia él. Sus botas se hundieron en la nieve hasta los tobillos y se agarró de su brazo para no resbalar sobre los adoquines. A pesar de que los separaban varias capas de ropa, Scott sintió su calidez como si hubieran vuelto a la habitación de ella la segunda vez que se besaron: ella sobre él, aprisionándole bajo su cuerpo. Sus bocas unidas, las cuerdas de la guitarra vibrando aún en el aire. Era la ocasión en la que más cerca habían estado, a pesar de todos los besos que se habían dado después, durante las últimas semanas. Casi piel con piel. Se preguntó cuándo volvería a suceder y si, de hacerlo, llegaría a

más. Aunque solo de pensarlo se mareaba.

La agitación de los estudiantes era palpable a la entrada del instituto. La nieve los había convertido en niños. Los profesores alzaban la voz para hacerse oír y les ordenaban que no se amontonaran frente a las puertas. El señor Evans preguntaba con sorna si no habían visto nevar en su vida mientras daba caladas a su cigarro y Max respondió a grito pelado que se callara para no estropearles la ilusión. Scott se la llevó a rastras al aula de Filosofía antes de que descubriera que aquella voz indignada provenía de una chica con un gorro de lana color burdeos y nieve casi derretida en todo su cuerpo.

El profesor Taylor llegaba tarde, así que les dio tiempo a hacer un último repaso. Scott estaba nervioso, pero no por la exposición. Después de clase habían quedado para comer con Diana y Allison.

Max no le había dado explicaciones de por qué su madre y su hermana lo habían invitado a comer, aunque él había aceptado encantado. Le daba algo de miedo lo que Max les había podido contar, aunque aún más pensar que no les había hablado de él. No estaban juntos de manera formal y no querían ponerle nombre a lo que tenían, pero Scott ansiaba ser importante para Max. Ella lo era para él, y mucho. Desde que le había hablado del capullo de su padre, entendía mejor por qué en algunas ocasiones era tan fría y en otras explotaba como si en ella se ocultara un volcán. Había crecido sin superar que las abandonase (¿cómo demonios se superaba algo así?) y nunca le hablaba de sus sentimientos a nadie. Normal que no supiera gestionarlos. Scott no podía culparla. Max podría pasarse de intensa, pero él se quedaba muy corto en el tema emocional. Lo notaba.

Se giró para mirarla, mordiéndose los carrillos. Las exposiciones habían comenzado. Un par de compañeros hablaban del mito de Ícaro y el sol. «Ícaro era joven y temerario. Voló demasiado cerca del sol, este derritió la cera de sus alas y se precipitó al vacío». La música no era lo único que parecía hablar sobre Scott y su historia de amor de una manera tan poética y derrotista. ¿Por qué el amor tenía que doler? ¿Max estaría pensando lo mismo? Se mordía las uñas, pintadas de azul eléctrico, y sus rodillas no dejaban de moverse bajo la mesa. Scott le puso una mano sobre la pierna, ella dio un respingo.

—Tranquila, lo vas a hacer genial —le susurró.

Max se mostró confundida al principio, como si hubiera un muro de agua entre ellos y no lograra escucharle, pero después le dirigió una esplendorosa sonrisa. Aquel día estaba guapísima. El gorro le despejaba la cara y hacía sus facciones más angulosas y marcadas. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y llevaba puesta una camisa de cuadros rojos y negros que le sentaba muy bien. Por debajo asomaba una camiseta en la que se leía: «Tengo la regla, ni me hables».

—Gracias —le respondió en voz baja, colocando una mano sobre la de él.

—¡Muy bien, chicos, fantástico! —El profesor Taylor aplaudió a sus compañeros, que acababan de terminar la exposición. La clase entera irrumpió en aplausos para desgracia de Scott, que tuvo que separar su mano de la de Max. Los alumnos se sentaron, sonrientes, y el profesor escribió algo en una hoja y levantó la mirada—. Turno de Scott Wilson y Maxine Wallace.

—Se me hace raro que alguien te llame por tu nombre completo —le dijo a la chica mientras se ponían en pie y se dirigían al estrado. Ella se abrochó la camisa.

—Oh, vamos, cállate —replicó. Se colocó al lado de la pantalla del proyector sin ningún papel en las manos mientras Scott ponía el vídeo desde el ordenador. Se había aprendido el mito de memoria. Scott no temió en ningún momento que pudiera equivocarse o quedarse en blanco. Confiaba en ella como si se tratase de él mismo. Y él nunca fallaba.

El profesor les hizo una seña y Max lo miró una última vez antes de dirigirse a la clase y empezar a narrar los acontecimientos que llevaron a Orfeo y Eurídice a separarse para siempre. Scott ya la había escuchado decenas de veces, pero nunca se cansaba. Desprendía tanta magia... su voz era pura dulzura, hablaba cantando. Y a juzgar por los estruendosos aplausos que recibieron cuando acabó de contar el mito, todo el mundo pensaba lo mismo. Max hizo una graciosa reverencia y el pompón que tenía sobre el gorro cayó sobre su frente.

—¡Bravo! ¡Es un trabajo fantástico, chicos, mi más sincera enhorabuena! —exclamó el profesor Taylor, mientras Max se ajustaba el gorro y Scott sonreía como si le hubieran pinchado morfina—. ¿Veis cómo merecía la pena hacer el trabajo juntos?

—Sí. Merecía mucho la pena —reflexionó Scott, mirándola solo a ella. Max sonrió, con los ojos entornados y fijos en sus labios, y el timbre empezó a sonar en el momento en el que a Scott se le secaba la garganta.

El profesor los felicitó de nuevo mientras recogían sus cosas, asegurándoles que tendrían la máxima nota. Scott quiso gritar, saltar y bailar, aunque se le diera de pena. Pero se contuvo para que Max no le llamara empollón y en el instituto no corriera el rumor de que estaba mal de la cabeza.

—¿Te esperabas que nos pusieran una matrícula? —le preguntó ella, sosteniendo su carpeta contra el pecho. Caminaban por el pasillo muy juntos, cómplices del mismo sentimiento de orgullo que se escondía tras sus sonrisas.

—¡Claro! Hemos trabajado un montón. ¿Tú no?

—¡Sí! Es solo que... todo ha sido gracias a ti.

Y ante la incredulidad de los que los rodeaban y en especial de Parker, que acababa de aparecer frente a ellos, Max se acercó a Scott y lo besó con dulzura.

—Nos vemos a la salida —se despidió, con una sonrisa pícaro. Después, se alejó abriéndose hueco entre la muchedumbre hasta que Scott la perdió de vista, mientras notaba como el mundo volvía a cobrar sentido a su alrededor.

El resto de estudiantes lo miraban y cuchicheaban. Scott no sabía si sentirse avergonzado o sorprendido de que estuvieran montando tanto jaleo por alguien como él, alguien invisible. Aunque el peor fue Parker. Corrió hacia él con la boca abierta y empezó a zarandearlo:

—¡Me debes una explicación! ¿Qué ha sido eso, Scott? ¡Tío, habla!

—Parker...

—¿Max y tú salís juntos? ¿Os coméis la boca ocasionalmente? ¿Te ha desvirgado ya?

—Vete a la mierda, Parker. —Scott amenazó con irse, pero Parker lo agarró del hombro.

—¡Vamos, no puedes dejarme así! ¿Nos vemos esta tarde y me cuentas?

—He quedado con Max y su familia para ir a comer.

—La madre de... Scott, dime que no te has casado todavía.

—No, no me he casado con nadie.

—Entonces queda conmigo después de la comida. ¡Me lo debes!

—¿No has quedado con tu amada Sophie? —preguntó Scott, impregnando cada palabra de una musicalidad exagerada y llevándose la mano al pecho.

—Lo cancelo ahora mismo. —Parker sacó su teléfono y tecleó algo a toda velocidad. «Quizás debería pasarme a eso de las redes sociales. Me vendría bien esa soltura en los dedos para dibujar».

—Vale, tú ganas. Nos vemos a las tres en la puerta del instituto.

Parker se dio por satisfecho y se despidió de su amigo alegando que llegaba tarde a su clase de francés. Su voz resonó por los pasillos mientras se alejaba gritando: «Galant, galant!» y Scott se moría de la vergüenza.

En fin. Se lo tenía merecido por no haberle dicho nada.

Cuando el último timbre sonó, Scott se dirigió a la salida con una sonrisa de oreja a oreja. Max ya le estaba esperando, dando golpecitos de impaciencia con los pies. Ya no nevaba. Algunos cristales de nieve, translúcidos y ligeros, flotaban con gracia en el aire, derritiéndose antes de llegar al suelo. Max y Scott caminaron con las manos en los bolsillos mientras sus respiraciones formaban columnas de vaho.

—Si tuviera un coche iríamos mucho más rápido. Y no pasaríamos tanto frío —se quejó Scott. Le castañeaban los dientes.

—No sabía que tuvieras carnet.

—Me lo saqué en verano, pero mis padres no se animan a regalarme el coche y la paga solo me da para un par de cómics. Tampoco pido un Chevrolet, ni un Ferrari. Con algo modesto y pequeñito me apañó.

—Menudo morro tienes. —Max tenía los labios amoratados del frío cuando soltó una risotada. A Scott le costaba apartar la mirada de ellos.

—¿Es normal esto de querer besarte todo el rato? —soltó, arrepintiéndose al segundo de haberlo dicho. «Mierda, mierda, mierda. ¿Cuándo aprenderás que pensar en voz alta solo trae problemas? Va a pensar que eres un crío, o un ñoño, o un pseudopoeta. O peor: un crío ñoño pseudopoeta».

—No lo sé. —Max sonaba como siempre: impasible, natural y algo socarrona—. ¿Probamos?

Antes de que Scott pudiera reaccionar, lo empujó contra la pared y lo besó con pasión y fuego. Incluso llegó a gruñir contra su boca mientras enredaba las manos en sus rizos para acercarlo más a ella. Lo estaba besando como se besa a las estrellas de cine, a los modelos de ropa interior, a Shawn Mendes. Scott se sintió deseado, tan deseado que se preguntó si Max estaría fingiendo solo para hacerle sentir bien. Pero ese pensamiento se lo guardó para sí mismo.

—¿Ves?, ya has visto que es normal. —Max le pasó la lengua por el labio inferior, muy despacio, y Scott sintió que se derretía. Y algo más, bajo la cintura. La chica se dio cuenta y se apartó de él, sonriendo con picardía y señalándolo—. Y esto también. Tranquilo, les pasa a muchos hombres.

—¿Lo de querer besarte todo el rato o lo otro?

La sonrisa de Max se hizo más amplia.

—Las dos cosas.

Scott se abrochó el abrigo con dedos torpes y helados mientras Max reía y el dueño de la floristería en la que se habían apoyado para darse besos +18 salía a echarles la bronca. Scott le pidió perdón, muerto de la vergüenza, y Max lo agarró de la pelliza para que siguieran caminando, entre risitas entrecortadas. Por suerte, el frío y el susto hicieron que el hormigueo tan agradable que le recorría el cuerpo (todo, todo el cuerpo) se evaporara.

Veinte minutos de caminata después, llegaron a un restaurante oriental muy bonito decorado con farolillos de color rojo e ilustraciones del océano retratado por diferentes artistas sobre las paredes. Max tiró de él y se dirigieron a la mesa que ocupaban Allison y Diana.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Scott! —La primera en saludarlo fue Diana, que se puso en pie para darle un abrazo. Vestía un traje que parecía bañado en miles de piedras preciosas, muy elegante y formal. Con su jersey deshilachado y sus vaqueros, Scott se sintió un trozo de carbón.

—Lo mismo digo —respondió, dando la vuelta a la mesa para poder abrazar a Allison. Se notaba que quería levantarse, pero se la veía tan cansada... Tenía la piel cenicienta y había adelgazado, las clavículas asomaban por su blusa y los pómulos eran tan marcados como los de una estatua. Se había cortado el pelo a la altura de los hombros, como Max. Su sonrisa seguía siendo la misma.

«Es curioso», pensó mientras se sentaba frente a ella. Rebosaba alegría y entusiasmo cuando era la que tenía menos razones para sentirse así. Allison era más que fuerte. «Supongo que la fortaleza no depende solo de nosotros, sino que se construye con la de los demás».

Pidieron una montaña de *sushi* y hablaron de todo un poco: de lo bien que les había salido la exposición, del último libro de Diana Wynne Jones que Allison había leído, de lo indomable que podía resultar un niño de dos años. Scott se enteró de que Diana trabajaba en una guardería. Los niños la adoraban. Y es que la madre de Max tenía un aura tan tranquila, cercana y amable que le hacía sentir valorado con solo una sonrisa. Como si esa silla, ocupar un sitio junto a Max, siempre hubiera estado destinada para él.

El tiempo transcurría con agradable lentitud hasta que Scott le preguntó a Allison a qué universidad iba. Max aspiró con fuerza, a Diana se le cayó el tenedor al suelo y el rostro de la chica se oscureció un poco. También tembló su sonrisa, pero aguantó aquella pregunta con estoicismo y le respondió, con voz neutra:

—Dejé el instituto hace años. Mi... mi enfermedad no me permitió continuar con las clases. A los dieciséis tuve que pasar una buena temporada en el hospital, empecé a quedarme atrás con los

estudios y... decidí que lo mejor era dejarlo hasta que me recuperara por completo. Ese momento nunca llegó, no del todo. Así que... —Ante la cara consternada de Scott, Allison sonrió con más intensidad—. ¡No te preocupes, no podías saberlo! Estudio en casa desde hace un tiempo y, cuando esté un poco mejor, me sacaré el graduado y luego iré a la universidad. Me encantaría ser enfermera.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro. Soy la hermana mayor.

—¡Vaya, nunca lo hubiera dicho!

—¿Parezco más joven que Max?

—Eres todo dulzura y palabras bonitas, Ali. Normal que parezcas menor que yo. —intervino Max.

—No soy todo dulzura cuando me levanto por las mañanas. Y lo sabes...

—Tienes un despertar terrible. Deberías verla algún día, Scott, alucinarías.

—¿En serio? —preguntó Scott, riendo.

—Hasta que no me tomo mi café no soy persona —respondió Allison—. Madrugar debería estar penado por ley.

Scott alzó una mano en su dirección y Allison se la chocó, riendo. Mientras comían, él les habló de su pasión por el dibujo y de sus tebeos preferidos. Diana le preguntó por sus padres y Scott tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no torcer el gesto. Les habló de ellos muy por encima. De su trabajo en la tienda. De los téis tan espectaculares que preparaba su madre. De cuando su padre le regaló su primera caja de acuarelas a los cinco años. Era fácil encontrar recuerdos alegres cuando no los buscaba. Se sorprendió de que no hubiera tenido que pensar mucho para encontrarlos. ¿Eso significaba algo? «Sí, que han sido tan pocos que no te cuesta nada recordarlos», pensó con amargura. Pero no quería fastidiar ese momento, así que le dio el último *sushi* de aguacate a Max y rio con ganas cuando se le desmontó en el plato y tuvo que comérselo con los dedos.

El camarero apareció para recoger los platos y Scott miró la hora en su móvil. Las dos y media. Abrió los ojos, alarmado.

—Siento no poder quedarme más tiempo, pero he quedado con Parker. Mi mejor amigo —les explicó, poniéndose el abrigo y levantándose—. Lo he pasado genial, gracias por invitarme.

—Cuando quieras, Scott. —Diana le sonrió con cariño.

—No me habías comentado nada. —¿Era tirantez lo que percibía en la voz de Max?

—Lo siento, ha surgido así de repente y no he podido negarme. ¿Te... molesta?

—¿Por qué me va a molestar? Así aprovecho yo también para ver a mis amigos. Se han reunido en casa de Sam, me pasaré un rato.

Scott sintió una punzada de celos en el estómago, pero los desechó en seguida. Max no era de su propiedad, algo que se pudiera prestar y devolver a conveniencia. Solo se pertenecía a sí misma. Esa era una de las cosas que más le gustaban de ella: su independencia y su manera tan sana de

querer, sin atar en corto al otro. No podía dejarse llevar por su inseguridad y hacerla sentir mal por tener amigos y amigas. Él no era así. Celoso, posesivo. Nunca lo había sido. Y nunca lo sería. Fueran pareja... o lo que sea que fueran.

—¿Seguro que no estás enfadada? —le susurró a Max en el oído, cuando ella se puso en pie para ponerse su abrigo.

—Te juro que no, Scott —replicó Max, sin mirarle a la cara. Pero, ante su asombro, le dio un rápido beso en los labios. Allison y Diana entonaron un humillante «ohhhhh» y Scott notó como enrojecía con violencia. Max resopló y les sacó el dedo corazón—. Voy al baño un momento.

Diana se encaminó a la barra para pagar y Allison y él se quedaron solos. Scott miraba al suelo con nerviosismo, tironeándose de los hilos del jersey que asomaban bajo las mangas del abrigo.

—Scott —lo llamó, acercándose a él. Se apoyaba en la mesa como si fuera un bastón. Nudillos blancos, pecas en el dorso. Era bajita, mucho más que Max y, cuando lo abrazó, la cabeza le quedó a la altura de su pecho. Scott tardó en reaccionar por la sorpresa, pero terminó rodeándola con los brazos. Como abrazaría a un hermano si lo tuviera—. Gracias —dijo con la cara enterrada en su abrigo.

—¿Por qué?

—Por ofrecerte a ayudar a Max con los estudios para que pueda cumplir su sueño. —Allison se apartó de él con los ojos brillantes.

—Yo... esto....

—Sé que Max es cabezona hasta decir basta y que le costaría admitir que las cosas van mal aunque estuviera nadando en un mar rodeada de tiburones. Créeme, vivo con ella. El final del instituto se acerca y siempre nos da largas sobre lo que pasará después. La noto desanimada. Pensaba... pensaba que iba a rendirse. Pero ahora que estás aquí, la veo brillar de nuevo. Seguro que consigues que se implique más con las clases y lo apruebe todo este año. Confío en ti. En los dos.

¿Cómo iba a decirle que todo era una farsa? Que Max no pensaba irse porque quería estar a su lado y cuidarla. Que sus sueños eran una cortina de humo para que nadie se fijara en lo que escondía detrás. Dolor, miedo, soledad. No, no podía decirle eso a Allison. No le correspondía a él desvelar la verdad. Así que asintió, sonriendo solo con la mirada mientras Diana y Max se reunían con ellos.

Aprendemos a querer cuando no estamos preparados para ello. Por eso el amor a veces es como el picotazo de una abeja, otras parece ahogarte en la corriente de un lago en calma. ¿Por qué la gente sigue persiguiéndolo, entonces? Las estrellas fugaces tampoco conceden deseos y todos alzamos la mirada cuando una atraviesa el cielo.

.....

## 27. *Max*

—¿Jugamos a algo? —preguntó Debbie—. Esto es un muermo.

Max puso los ojos en blanco y le dio un codazo. Estaban en casa de Sam, sentadas en el sofá del salón junto a Roberto y una chica que no sabía cómo se llamaba, aunque ya era la tercera vez que coincidían. El salón tenía un aire victoriano que sobrecogía a Max. Toda la casa era así, en realidad. Lámparas de araña, estanterías con libros de arte y cine, muebles regios, cojines de raso tan suaves como pétalos de rosa... Sam y el resto estaban en el suelo, con las rodillas flexionadas. Sophie no había ido. Raro, considerando que nunca se perdía las reuniones en las que había cerveza.

—¿No sabes hablar y ya está, como los adultos?

—Es culpa de esa música que has puesto. Me aburre.

—Métete con Cigarettes After Sex otra vez y será lo último que hagas en esta vida.

—Venga, ¿a qué jugamos? —intervino Sam, para que no se matasen.

—Verdad o reto —sugirió Debbie. Todos empezaron a protestar a la vez. «Eso es de críos», «está pasado de moda», «si me quiero enrollar con Victoria (así se llamaba la otra chica que ocupaba el sofá) no necesito un juego de mierda». Debbie se puso en pie, haciendo oídos sordos, y apagó la música. Max se unió a las protestas y su amiga, elegantemente, los mandó a todos a la mierda con un solo dedo y se sentó en el sofá de nuevo—. Empiezo yo. Max, pregúntame qué quiero.

—Una dosis de madurez.

—He dicho lo que quiero, no lo que necesito.

—Vale. —Max soltó una risita—. Pero no pienso jugar después. ¿Verdad o reto?

—Reto.

—Cómo no. —Se llevó un dedo a los labios—. Tienes que... olerle los pies a Gato.

Su amigo Gato era una montaña de músculos que se pasaba los días haciendo pesas en el gimnasio. Tenían la teoría de que vivía allí. También tenían la teoría (más bien, la certeza absoluta) de que los pies le olían a cadáver envuelto en queso podrido. Nunca se quitaba sus botas de montañero, iba con ellas a todas partes. Incluso al gimnasio.

Envalentonada, Debbie se arrodilló en el suelo y se acercó a Gato. Él rio mientras se desataba una bota: sus ojos se transformaron en dos canicas oscuras con forma de media luna. Con el pelo

rubio, largo, suelto y con las puntas electrizadas, recordaba a un gato ronroneando. De ahí el mote.

Max imaginó cómo sería un gato de verdad si midiera casi dos metros y tuviera bíceps tan grandes como balones, y se perdió el momento en el que Debbie se acercaba al calcetín sudado de Gato. No gritó de asco, ni hizo aspavientos. Volvió al sofá, con la mirada impasible y los labios muy apretados.

—Esta te la guardo, Max —siseó. Se había empezado a poner verde, como en los dibujos animados.

—Guarda ese arma antes de que nos hagas vomitar a todos, Gato —le ordenó Sam riéndose—. Max, te toca.

—Ya he dicho que no voy a jugar a esto. —Max se puso seria.

—Hemos jugado miles de veces...

—Cuando tenía catorce años y cero sentido del ridículo. No.

—Tampoco es que ahora lo tengas muy alto —murmuró Debbie. Max sabía que quería picarla, darle una patada en el orgullo para hacerla reaccionar y que cayera en su juego. Una trampa solo un poco más elaborada que el típico «no hay huevos».

Max dejó su vaso en el suelo y se sentó muy recta, mirando a Debbie con las cejas alzadas y levantando el mentón. Desafiante.

—Elijo verdad.

—¿Seguro? —Sam sonaba algo desilusionado. Al ver que pasaba de él, no le quedó más remedio que preguntar—: ¿Es verdad... que te gusta alguien?

Max entornó los ojos. «Debbie, ¿le has dicho algo a este sobre Scott?». Debbie ladeó la cabeza. «¿Qué voy a decir yo?». Max interrumpió su conexión mental a través de los gestos antes de que alguien pudiera interceptarla y se miró las zapatillas. Podría mentir. Ocultar lo que sentía, como había hecho siempre. Igual había llegado la hora de cambiar eso. De mezclar el hielo que cubría su pecho con el fuego que latía en sus venas. Fundir la Max solitaria y la Max que huía de la soledad en una sola. ¿No era esa la razón por la que le había hablado a Allison de Scott? ¿Para estar más cerca de ella, para que la conocieran con todas sus caras? No se había negado a que Scott comiera con ellas. Le había besado delante de ellas. Estaba cambiando delante de los otros. Se estaba cambiando a sí misma. Y quería seguir haciéndolo.

Así que se metió el mechón morado detrás de la oreja y respondió, con el corazón desbocado:

—Sí, me gusta alguien.

Por segunda vez en ese día, tuvo que aguantar un humillante coro de «ohhhh». Sam se frotó las manos, Debbie se ahogó con la cerveza y Gato aplaudió con los pies en el suelo. Max se pellizcó las aletas de la nariz y alzó la mirada al techo. Deberían beatificarla por el ejercicio de autocontrol que estaba haciendo.

—Tu turno, Sam —dijo la chica con toda la neutralidad que fue capaz de reunir, ignorándolos.

—¡No tan rápido! ¿Quién te gusta?

—¿A ti qué coño te importa, Roberto?

El chico sacudió la cabeza. Sus rizos se revolvieron como si los zarandeara el viento. Se parecía un poco a Scott... si Scott tuviera los ojos verdes, midiera diez centímetros menos y vistiera como un diseñador de moda horterera.

—Somos amigos, estas cosas se cuentan.

—¿Acaso me contaste tú la vez que te colaste en el jardín de mi casa para enrollarte con una chica?

—¡Debbie, eres una bocazas!

—¡A mí no me eches la culpa, ya sabes que el alcohol me suelta la lengua!

—Me rompiste un aspersor, idiota. Y mi madre culpando a las ardillas... ¿para qué están los parques?

—Me daba palo que nos interrumpiera un mirón.

—Llego a estar despierta y te juro que ese hubiera sido el menor de tus problemas.

—Haya paz, haya paz. —Sam alzó los brazos. La camiseta que llevaba era tan ajustada que se le marcaban todos los músculos—. Es mi turno, por si lo habíais olvidado. ¿Quién pregunta?

—¡Yo! —Debbie lo apuntó con un dedo—. ¿Verdad o reto?

Sam miró a Max antes de responder.

—Reto.

—Te reto... a besar a Max.

—Vale.

—Ni de coña —protestó Max. Sam ya se estaba incorporando.

—¿Por qué no? —Sonaba confundido y... ¿dolido?

—Debbie, a veces me dan ganas de ponerte una cremallera en la boca. —No entendía a qué estaba jugando. Sabía que le gustaba Scott, sabía que Sam iba detrás de ella. ¿Lo hacía para divertirse o no se daba cuenta? Max se inclinaba más por la primera opción, y sintió una punzada en el pecho.

—¡Max, es solo un beso! Hemos jugado miles de veces a esto.

—Pues yo no quiero jugar más. No quería antes y no quiero ahora. Y tampoco quiero besar a Sam.

—¿Por qué no? —repitió Sam. Seguía en la misma posición, mirándola como se mira un regalo que acabas de desenvolver y no es lo que esperabas—. Has dicho que te gustaba alguien.

—Sé lo que he dicho. Tengo buena memoria.

—Pero...

—Mirad, estos juegos serán muy divertidos y todo lo que queráis. —Max se levantó del sofá—. Pero yo no voy a besar a nadie si me siento obligada. Llamadme aburrida o lo que os dé la gana, pero es así. No estoy rechazando a Sam porque sienta algo por otra persona, aunque también podría hacerlo por ese motivo y no tendría por qué sentirme juzgada. —Miró a Debbie—. Lo hago porque yo decido con quién me beso, cuándo me beso y dónde me beso. Sea un juego o no. Soy libre para hacer lo que quiera. Soy libre para rechazar a quien quiera. Y ahora quiero esto.

Max se acercó al ordenador que estaba en la mesa y volvió a poner la música que había apagado Debbie. La voz de su cantante favorito inundó el salón. Satisfecha, se sentó en el sofá de nuevo y se cruzó de brazos. Sostuvo las miradas de todos, que se habían quedado en silencio, sin saber qué decir. Sam se sentó en el suelo, enfadado. Tenía las orejas rojas de la vergüenza. «¿Cuándo el rechazo va a dejar de ser considerado un insulto?». Max se encogió de hombros. No le apetecía seguir pensando en ello.

—¿A quién le toca?

Hola, papá:

Me cuesta entender a las personas a veces. Todos llevan una máscara. Cubren su verdadera cara con otra. Y yo los entiendo, y sé que lo hacen porque yo también lo hago. Pero yo creía que solo la gente que está jodida tiene la necesidad de ocultarse. No que era la norma.

Me imagino la máscara que lleva cada persona como si fuera real, como una de estas máscaras venecianas que la gente se ponía cuando acudía a bailes hace cientos de años. Sí, esto es lo que provoca el insomnio en mí. Pienso estupideces para entretenerme mientras miro las estrellas. Se han apagado, por cierto. Las que me pusiste en la habitación, ¿te acuerdas?

Necesito un nuevo cielo al que mirar. Uno que no duela. ¿Te has dado cuenta? A las palabras «mirar» y «admirar» solo las separan dos letras. No son tan distintas entre sí, aunque lo parezcan. Como tú y yo. A nosotros también nos separa mucho más que un abecedario.

Una vez soñé que mamá, Allison y yo llevábamos máscaras, cada una la suya. Yo sabía reconocerlas. Ellas a mí, no.

¿Tú también tenías una máscara? ¿La sigues llevando?

Últimamente cada vez que pienso en ti, solo veo negro.

Max

## 28. *Scott*

A Parker el amor parecía haberle cambiado la cara. Se le veía más maduro, como si hubiera ganado cinco años de golpe. El pelo le caía alrededor del rostro, más largo y sedoso que de costumbre. Tenía menos granos en las mejillas. Los ojos más brillantes, expresivos. Y una sonrisa permanente en la boca a pesar de la cancelación de *Beyond*, serie a la que estaba muy enganchado.

También era más independiente. Más resuelto. Había empezado a vivir sin esperar la aprobación de sus padres, y le estaba yendo bien. Ahora cocinaba y ordenaba su cuarto antes de que las pelusas cobraran vida. Estaba más centrado en los estudios y buscando la mejor manera de decirle a su padre que no quería estudiar Derecho, que quizás prefería ser informático, trabajar en *marketing* ser patinador de hielo profesional porque Sophie y él iban a patinar todas las semanas y creía que por llevar dos días sin caerse ya era el nuevo Yuzuru Hanyu.

Pero la esencia de Parker, esa que llevaba acompañando a Scott toda la vida, esa explosión de idioteces que tantas tardes le habían hecho ahogarse de la risa y otros tantos días cabecear de impaciencia, seguía dentro de él. Seguía siendo Parker. Su mejor amigo, la persona que siempre había estado ahí. Y se alegraba de que el amor no hubiera podido cambiar eso.

—Si Max no quiere ir a más contigo, seguramente sea porque solo te ve como a un rollete de verano —estaba diciendo Parker en ese momento.

Bueno, a lo mejor no se alegraba tanto.

—Gracias, Parker. Me estás ayudando muchísimo. —Estaban sentados en los columpios del parquecito abandonado que había en la plaza del instituto. Scott ya le había contado todo lo que había sucedido entre Max y él. El comienzo de sus encuentros en la tienda, cuando empezaron a ir al instituto juntos, el rato que compartieron en la barca antes de la tragedia, su primer beso, todos los que habían llegado después (sin entrar en demasiados detalles, para disgusto de Parker)—. Max y yo ya decidimos que no queremos ponerle una etiqueta a esto. A lo que tenemos. Y de rollo de verano nada —añadió, molesto—. Estamos casi en invierno.

—¿Y eso lo decidisteis los dos o solo ella?

—¿Qué?

—Scott, si realmente necesitas salir en serio con Max porque así te vas a sentir más seguro o la incertidumbre del no saber qué sois te empieza a afectar... deberías decírselo. Se supone que una etiqueta ayuda a distinguir y a aclarar las cosas. ¿Qué tiene de malo llamaros novio y novia?

Tampoco cambia mucho cómo estáis ahora.

—Te recuerdo que Sophie y tú tampoco estáis saliendo.

—¡Error! —Parker hizo un sonido parecido al de un claxon, como el que usaban los programas de televisión cuando un concursante se equivocaba—. Hace unos días le dije que me gustaría que fuéramos en serio y ella está de acuerdo. ¿Te lo puedes creer? A veces pienso que estoy soñando.

—Enhorabuena, Parker.

Su amigo sonreía, feliz. Scott intentó imitar su sonrisa, pero no pudo. Se dio impulso con los pies y el columpio se balanceó. Vértigo. Cielo gris y viento. Las cadenas chirriaban de lo viejas y oxidadas que estaban. Notaba el *sushi* en el estómago, un regusto agrio en la boca. Aquella sensación tan simple volvió a traerle el recuerdo de Max. Ella ahora estaba con sus amigos. ¿Qué estaría haciendo? ¿Les habría hablado de él? ¿Sabrían que era más que el empollón que la perseguía para hacer un trabajo de Filosofía? ¿Por qué le importaba tanto?

—Tío, ¿estás bien? —Parker sonaba preocupado. Scott clavó los pies en la tierra para detener el columpio y cerró los ojos. Le ardían.

—¡Sí! No te preocupes. Es que... me alegro mucho por ti. De verdad. Te veo muy bien. Pero no puedo evitar comparar y... a veces lo veo todo muy complicado. Nunca me había importado demasiado lo que opinaran los demás de mí. Nunca he tenido la autoestima por las nubes, pero ahora no paro de pensar en si seré lo suficiente para Max y si merece a alguien tan simple a su lado.

—Si tú eres simple, yo soy una ameba. —Scott soltó una risita involuntaria, aún con los ojos cerrados—. Nos complicamos en el nombre del amor, Scott, no al revés. La cuestión es una, y es bien sencilla: ¿estás enamorado de Max?

Scott tomó aire. Se sentía como si fuera a enfrentarse a la última pincelada antes de acabar un cuadro. Soltó el aire que abrasaba su pecho, muy despacio. Abrió los ojos.

—Sí.

—¡Bien! Pues ve ahora mismo a decírselo.

—Parker, esto no es *Love Actually*.

—Ya, ya sé que tu vida no es una comedia romántica y que tú no eres Andrew Lincoln, pero deberías ser sincero con Max. Cuanto antes, sin pensarlo. Porque nunca es fácil decir algo así, y menos a una persona que no suele abrirse con los demás.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Scott bufó, trazando surcos en la tierra con la punta de las zapatillas.

—Sophie me ha contado que es imposible acercarse a ella, a sus emociones y a lo que de verdad piensa. Que lejos de las apariencias, es como el guarda que custodia el puente levadizo de Roosevelt Island. Si elige subir el puente, olvídate de ella hasta que vuelva a bajarlo. Y lo baja muy poco.

Scott negó vehementemente con la cabeza.

—Connmigo no es así.

—O es que todavía no puedes verlo.

—Vale, ya lo entiendo. Solo tu relación puede ser perfecta y maravillosa —inquirió, mordaz. Estaba empezando a cabrearse.

—Scott, no me estás entendiendo. —Parker soltó las cadenas del columpio y se giró hacia él, frotándose las manos por el frío—. Solo intento decirte que al comienzo todo parece un sueño. Ensalzamos las virtudes del otro, y sus defectos son solo pequeñas molestias que no suponen gran cosa. Todo parece tan perfecto que duele. Pero... eso termina desapareciendo. Y entonces la realidad duele más. La persona ideal es un imposible. —Sus ojos castaños, fijos en los árboles que había tras Scott, reflejaban pena y nostalgia. Volvía a parecer el Parker de hace unos meses—. Pero bueno, así funciona todo esto. Idealizamos a las personas a las que deseamos querer porque si no, no nos enamoraríamos de ellas.

—¿Qué eres ahora, el Doctor Amor?

—Scott...

—¡Ni siquiera me contaste lo de Sophie hasta que estuviste seguro de que no te iba a dejar!

El chico se mordió los labios y apretó los párpados con fuerza. Supo que se había pasado sin que Parker tuviera que decírselo. Dolido, su amigo se limitó a mirar al suelo.

—Parker, yo...

—No te lo conté porque no estoy acostumbrado a que las cosas me salgan bien —le interrumpió, a media voz—. Sé que soy pesado. Que a veces te cansas de mí porque no sé cerrar la boca cuando necesitas estar en silencio y hago demasiado el payaso. Pero no sé ser de otra manera, Scott. Y pensaba que si lo de Sophie era algo temporal y se acababa... lo mejor sería no contártelo para que no tuvieras que aguantarme llorando por las esquinas y despotricando sobre mi mala suerte. Pensé que, si pasaba por todo eso solo, no sería una molestia para ti. Quiero estar a la altura de ser tu mejor amigo.

—Eres mi mejor amigo precisamente por ser como eres, Parker. No tienes que superar ninguna altura, ni forzarte a ser distinto. —Scott le echó un brazo sobre el hombro y lo obligó a recostarse contra él—. Siento que te hayas sentido así alguna vez por mi culpa. Hay días que no me soporto y también está lo de mis padres, y supongo que pago mis frustraciones contigo. No te lo mereces, de verdad, eres un amigo ejemplar. —Parker volvió a sonreír y Scott, esta vez, sí que pudo imitar su sonrisa—. Creo que... yo tampoco te he contado lo de Max hasta ahora porque no sabía cómo gestionarlo. Es la primera vez que algo me importa más que el dibujo, el instituto o los cómics. Y me da miedo. No pensaba que enamorarse daba tanto miedo.

—Entonces, ¿vas a hablar con Max?

—Es demasiado pronto. Prefiero esperar a que acabe el instituto.

—Te recuerdo que te irás a Tennessee. —Parker sonaba como la voz de la razón. ¿En qué momento se habían intercambiado los papeles?—. Manhattan y la vida que llevas ahora quedarán atrás. Al igual que tu familia, Max y yo.

—No tiene por qué ser así. Podría quedarme a ayudar a mis padres con la tienda un año más.

Retrasar lo de Bellas Artes.

—¿Te estás oyendo? Lo que te ha movido desde que eras un Scott en miniatura es irte de casa para convertirte en artista. ¡No puedes echarlo todo a perder ahora!

—No estoy echando nada a perder. No voy a cambiar mis planes de futuro, tan solo aplazarlos un poco. ¿Qué tiene de malo? —se obstinó.

—Solo quieres quedarte aquí porque sabes que Max no va a aprobar el curso y tendrá que repetir. Lo de tus padres es una excusa para seguir a su lado.

Scott se puso rojo. Parker había dado en el clavo.

—Bueno... ¿y qué si fuera así?

—Nada. Solo te pido... que no despegues los pies del suelo pensando en un imposible. Piensa en lo que siempre ha estado ahí, contigo: tú. Tú, solo tú.

Cuando miras hacia otro lado y ves tu reflejo en los ojos de alguien y ese alguien no es solo alguien, sino alguien en mayúsculas, alguien que te sujeta y te hace ver mejor, alguien que convierte el mañana en anhelo y el ayer en nostalgia... no sé. Solo quédate con ese alguien.

.....

## 29. *Max*

Max contemplaba la ciudad desde su mirador. El suelo estaba algo embarrado y el viento soplaba allí arriba como si estuviera en lo alto de una noria. Pero pocas cosas la hacían sentirse más libre que tocar la guitarra en ese lugar, que era justo lo que estaba haciendo en ese instante. Estar junto a Scott tenía ese mismo efecto.

¿Qué eran? Max seguía huyendo de la palabra «novios», pero era una simple cuestión terminológica lo que los separaba de ser una pareja convencional. Y lo sabía. Scott y Max iban de la mano siempre. Cuando hacía muchísimo frío, Max metía sus manos unidas en el bolsillo de la cazadora de él y caminaban muy juntos, riendo mientras Max insultaba a las marcas de ropa por no hacer prendas de chica con bolsillos decentes. No hablaban a todas horas ni se veían todos los días, pero se llamaban por teléfono antes de acostarse y, algunas veces, Max se olvidaba de su insomnio y conseguía dormir más de cinco horas seguidas. Cerrar los ojos con la voz de Scott flotando aún en su recuerdo más inmediato era como tenerle al lado y sentirle rodeándola con sus brazos. Le daba seguridad. La calmaba, ahuyentaba el dolor y las inquietudes.

Max había dejado de buscar respuestas en las estrellas del techo. No brillaban tanto como ella cuando estaba cerca de él.

Habían hecho un montón de planes esas navidades. Fueron a patinar al Rockefeller, a desayunar tortitas con chocolate el día de Año Nuevo, a clubs de *jazz* en Harlem, a la tienda de cómics preferida de Scott, al cine, a la bolera... Max se sentía enganchada a lo que vivía con Scott, a la expectación y a las ganas, como si fueran los episodios de su programa de televisión favorito. ¿Qué les esperaba cuando volvieran a verse? El día que más se sorprendió fue una tarde de finales de diciembre. Scott se presentó en su casa de improvisto, haciendo sonar el claxon de su coche nuevo. Max lo observó desde la ventana, sin llegar a creérselo del todo, y bajó a la calle a toda velocidad. Iba en pijama. De la emoción se le olvidó ponerse las zapatillas y sintió el hielo ardiendo contra sus pies desnudos al pisar la escarcha que cubría su jardín.

—¡Pero bueno! ¿Y esto? —exclamó, cuando Scott bajó del coche. Max se subió de un salto a su espalda y el chico la sujetó, echándose a reír y dando vueltas sobre sí mismo. Estaba radiante.

—Es un regalo de mi tío. Vive en Boston y ha venido a visitarnos por Navidad. Llevaba años sin verlo, y casi me ha dado un infarto cuando le he visto aparecer con este Ford y me ha dado las llaves mientras me decía que era para mí. Es de segunda mano, pero no importa. ¡Por fin tengo

coche! ¿Te gusta? —le preguntó, dándole un bocado cariñoso en la mejilla. Max sintió millones de centellas en el estómago y se mordió el labio mientras hacía un mohín.

—¿No había otro color que no fuera blanco?

—¿Qué problema tienes con el blanco?

—Es muy sucio. Y feo, no tiene vida.

—Que yo sepa el color negro tampoco está vivo.

—Anda, gruñón. —Max le devolvió el mordisco, pero con mucha más fuerza—. Deja de discutir y llévame a dar una vuelta.

Él soltó un aullido más propio de un gato que de un ser humano y se acarició la mejilla.

—¿No deberías ponerte algo encima antes?

—Mientras tengas calefacción, me vale.

Scott conducía sorprendentemente bien. Tan suave que Max apenas fue consciente de que estaban moviéndose sobre ruedas. Respetaba todos los límites de velocidad y encogía los brazos como un muñeco de Lego cada vez que veía aparecer una señal. Max se burlaba de él diciendo que había visto por el arcén un caracol adelantándolos, y el chico se molestaba y le repetía decenas de veces que bajara los pies del salpicadero.

Esa primera vez fueron a un parque debajo del Puente de Brooklyn. Allí, resguardados del frío, escuchando a Bon Iver en la radio y con Manhattan al otro lado del río, se besaron como si llevaran años sin hacerlo. «Esta sed nunca se apaga», pensó ella, sintiendo que flotaba sobre el agua con los brazos extendidos y, a la vez, se hundía sin remedio. No pudo comprobar si alcanzaba a bucear porque Scott estaba más pendiente de la gente que pasaba que de ella, que intentó llamar su atención poniéndose encima. Pero golpeó el claxon con la espalda y todo el parque se sobresaltó, dándose cuenta de lo que estaban haciendo. Scott condujo de vuelta, con la cara roja y pidiendo perdón a gritos, aunque las ventanillas estuvieran subidas y Max riera tan escandalosamente que ahogara el sonido de su voz.

Pensar en ese día le sacó una sonrisa. Max se apartó el mechón morado de los ojos y tocó las cuerdas de su guitarra con el mismo cariño con el que acariciaba los lunares que Scott tenía en los brazos. Su móvil sonó, interrumpiendo sus dos pasatiempos favoritos: la música y naufragar en los recuerdos. Max lo sacó del bolsillo de su chubasquero y torció el gesto. Era Debbie. Volvió a guardar el móvil, fingiendo que no lo había visto. Su historial de llamadas estaba lleno de «no me he dado cuenta», «lo tenía en silencio», «me estaba duchando».

Últimamente se había distanciado del grupo. También de Debbie. No les había dado explicaciones, pero Max sabía por qué: no le gustaba cómo se habían portado con ella. Los amigos no te presionan para enrollarte con alguien y no te llaman frígida a las espaldas si te niegas. Tampoco rompían aspersores ajenos ni se burlaban de tu pareja, como había sucedido con Sophie. Decidió alejarse de ellos cuando empezaron las miradas y los comentarios maliciosos al contar que estaba saliendo con Parker. Apenas la veían en las fiestas ya. Al parecer, les ofendía que ella saliera con un friki. «Porque ellos son los machotes de Manhattan y cuando te echan el

ojo, tienes que rendirte a sus pies». Aún le dolía que Debbie se hubiera puesto de su parte e intentara liarla con Sam, a pesar de que ella le había repetido hasta la saciedad que no estaba interesada. Max le había dicho una vez a Scott que sentirse especial por tener unos determinados gustos y no otros era una chorrada. Que cada persona era única, pero eso no significaba que nadie estuviera por encima de nadie. Quizás sus amigos siempre habían sido así, pero ella no se había dado cuenta hasta ese momento. Ahora los veía una vez a la semana, y a veces ni eso. Max había cambiado. Los cambios nunca eran buenos, pero ofrecían perspectivas distintas.

El móvil dejó de sonar. Tenía que ir recogiendo o llegaría tarde a casa: Allison la estaba esperando para hacer galletas de jengibre. Estaba mucho mejor. La primera fase de la quimioterapia había dado resultado. En unos días empezaría la segunda, mucho más intensa y sacrificada, pero al menos había podido pasar las navidades en casa. El mejor regalo que le podrían dar a Max sería abrir los ojos una mañana, descubrirse durmiendo junto a Allison y su olor a canela y saber que estaba bien. Que ya no hacía falta luchar más porque no había nada por lo que luchar. Pero... de momento tendría que conformarse con el jersey que le había tejido y el set de púas que le había regalado Diana. «Ojalá las siguientes navidades podamos hablar de la leucemia en pasado y no en presente».

Pensar en las siguientes navidades, pensar en lo que le depararía ese nuevo año, le oprimía el pecho. De miedo, pero también de impaciencia. De ilusión. Siguiendo con su papel de chica estudiosa que no aprobaba porque el instituto era demasiado difícil, dejó que Scott le diera clases particulares. Aceptó para que Diana y Allison estuvieran contentas. Para que vieran que se esforzaba de verdad. Para que se sintieran orgullosas de ella, para variar. Max pensó que estudiar tendría la doble ventaja de pasar más tiempo con Scott a solas y en su casa, pero él se metía tanto en la piel de un profesor cascarrabias que era imposible distraerle con besos o pedirle que dejaran los libros a un lado para irse a dar una vuelta y ver las luces de Navidad. Al final, le tocó centrarse en el instituto de verdad.

Y no le había ido mal. No del todo. Sus notas no eran como para montar una fiesta, pero le habían quedado solo tres asignaturas. El profesor Taylor le deseó felices fiestas con una matrícula en Filosofía y una palmada en la espalda mientras le decía: «Si sigues así, conseguirás graduarte este año». Y Max, que había empezado a ver el futuro de los otros al terminar el instituto como una realidad a la que ella también tenía acceso, comenzó a creer que no sería tan descabellado retomar su sueño de subirse a los escenarios y ser la artista que siempre había querido ser. Intentarlo, al menos. Si el tratamiento de Allison seguía marchando como hasta ahora, para después de verano no quedaría ni rastro de células leucémicas. Diana no necesitaría tanta ayuda y Scott se iría a Tennessee. ¿Iba a quedarse en Manhattan viendo como los demás avanzaban? ¿O estar junto a su hermana era el mayor avance que lograría en la vida?

De la chica del mechón morado solo quedaba la voz. Una madre. Una hermana. Y las tres cosas habían cambiado, tanto que a veces pensaba que eran irreconocibles. Que era ella quien no era la misma porque nada podía cambiar tanto. Se había quedado atrás, una explicación sencilla para lo

complicada que se había vuelto su vida en los últimos años. Scott generaba la ilusión de que todo era más fácil, pero no duraba. Nada duraba. ¿Dónde quedaron las ganas? ¿Dónde quedó el camino que los astros le habían prometido antes de desvanecerse para siempre?

Hola, papá:

Huyo de las promesas porque desconfío de la gente que cree que algo va a durar para siempre. Si se supone que la vida es nuestro bien máspreciado y no es eterna... ¿cómo van a serlo el resto de cosas?

Huyo de las cosas que parecen eternas. Esas que sabes que van a romperte cuando terminen. El amor es una de ellas. La peor, me atrevería a decir. O la mejor. No sé. Los sentimientos que tienen dos extremos contrarios que a veces se rozan son los más adictivos. Duelen el doble.

¿Cómo va a funcionar una relación si una de las partes está, pero no está? Intenté explicarle a Scott que no quiero tener relaciones serias porque evito tomarme la vida en serio para que no me haga más daño. Intenté decirle que no podría soportar más pérdidas, que no tengo el valor para entregarme y perder una parte de mí. Otra vez.

Pero creo que lo hice mal. Solo sé hablar a través de la música, parece ser. Podría componerle una canción. ¿Qué te parece, eh? A ti te compuse cientos. Todas eran tristes. Todas eran una súplica.

Max

## 30. *Scott*

El lápiz dibujó una línea temblorosa y torcida por sexta vez. Scott se estrujó los rizos, sacó punta al lápiz y volvió a apoyarlo sobre el papel. Concentrado, se mordió el labio y aguantó la respiración. Estaba dibujando las fases lunares. Quería regalárselas a Max para que las colgara en la pared de su cuarto, o en el techo al lado de todas esas estrellas que habían perdido el brillo. Le había contado que quería tatuarse todas las fases de la luna en la espalda, pero Diana no la dejaba hasta que cumpliera los dieciocho. Siempre decía que ella era un poco como la luna: solitaria, cambiante, con una cara oculta. Así que Scott había pensado que sería un buen regalo entregársela en papel hasta que pudiera llevarla en la piel.

«Si consigo dibujar como si no tuviera cinco años, claro». La mina empezó a temblar otra vez. Scott intentó no agobiarse y se enjugó el sudor de los ojos. Había dibujado la luna decenas de veces. Era de las primeras cosas que quiso plasmar cuando era un niño. Los niños sienten fascinación por las cosas bonitas e inalcanzables. La luna, las estrellas, un campo de girasoles, los ojos verdes. Siempre se le había dado bien dibujar lunas. Pero en ese momento no encontraba la manera de hacer que su mano respondiera como quería. A un día de comenzar las clases y tras haber pasado unas navidades increíbles, Scott se sentía inquieto sin razón. Había estado toda la tarde leyendo tebeos sin enterarse de nada y luego se había puesto con el dibujo de Max. Llevaba horas intentándolo, frustrado y con dolor de cabeza. ¿Quizás era culpa de sus padres, que se habían pasado el día gritándose? Oía sus voces desde el salón, una canción desafinada que ya se había repetido demasiadas veces.

—¿Por qué tuviste que tirar la corbata roja? ¡Era mi corbata favorita! —decía su padre en ese momento. Scott se preguntó por qué le importaba tanto, si llevaba años sin ponerse corbata.

—¡Busca bien en el armario! ¡Yo no he tocado nada! —gritó su madre. Casi podía imaginarla con los brazos cruzados, el ceño fruncido y de puntillas.

—¡Ya he mirado en el armario! ¿Te crees que soy tonto?

—¡Me lo habrás dejado hecho una porquería! ¿Por qué no has venido a preguntarme directamente?

—¿Para qué? ¡Si solo sabes gritar!

«En eso tienes razón, papá. Pero se te olvida que tú respondes de la misma manera», pensó, intentando sujetar el lápiz con más firmeza. Scott lo había probado todo: poner música, taparse las

orejas con la almohada, meditar. Nada. Seguía oyéndolos. La misma pesadilla en bucle. Una y otra vez. Reproches. Insultos. Daño. No podía irse a dar un paseo hasta que acabaran porque fuera llovía como si el cielo quisiera inundarlo todo. Y tampoco podía ver a Parker o a Max porque quería terminar el dibujo. Quería tener un detalle con ella, dárselo al día siguiente. Una sorpresa para otra sorpresa. Porque eso era lo que Max había sido en su vida: una sorpresa. Y de las grandes, de las bonitas. Scott sonrió por primera vez en todo el día y deslizó el lápiz en aquel mar de negrura. El esbozo de una luna empezó a cobrar sentido. Dibujar volvía a salvarlo. Volvía a serlo todo para él. Volvía a alejarlo del dolor.

—¡Venga, valiente, dílo!

—¡Eres una egoísta! ¡Nunca te has preocupado por nadie más que no fueras tú! Solo querías largarte de esta ciudad y hacer, ¿qué? ¿Montar una librería? ¿Vivir rodeada de libros, tú sola, y de esos gatos de la calle que tanto te gustaría adoptar? ¡Los libros no dan dinero! —Su padre escupía las palabras con rabia y desprecio. Ya no quedaba amor. Ya no quedaba nada que los uniera. Solo rabia y desprecio—. ¡Nunca te ha importado mi opinión! Te da igual que sea alérgico a los gatos, te da igual que la única utilidad que le vea a los libros sea que con ellos se puede calzar una mesa, ¡da igual! ¡Dijiste que lo aceptabas, pero siempre me lo has reprochado! ¡Me has amargado la vida!

—¿Acaso alguna vez me has preguntado si yo era feliz con tantas condiciones? Lo sacrifiqué todo, Albert. Sacrifiqué todos mis sueños para quedarme aquí y poder formar una familia contigo. Me da igual lo infantiles que te parezcan, ¡eran mis sueños! ¿Tan dura tienes la cabeza que no lo entiendes?

—¿Por qué tengo que preguntarte si eres feliz? ¡Ya sé la respuesta!

La mina se partió sobre el papel. Todo su esfuerzo a la mierda con un movimiento tan simple. Scott observó el estropicio sin parpadear. Ya no podía contenerse más. Echó la silla hacia atrás con violencia y se levantó, con los puños apretados. Sudaba, le dolía el pecho, tenía la mirada desenfocada. Algo parecido le había sucedido el día que Max le dio plantón para irse con sus amigos a aquella terraza, pero lo que sentía en ese momento era peor. Mucho peor, y dolía.

Salió de la habitación y se dirigió al salón. Sus padres discutían. Tenían la cara enrojecida y los hombros tensos. Scott no quería envenenarse más, así que los observó desde el marco de la puerta. Carraspeó. Albert y Lilian dejaron de discutir y lo miraron. Lo VIERON. A juzgar por sus gestos de extrañeza, no se acordaban de que seguía allí. Scott tembló antes de hablar:

—Papá. Mamá. ¿Podrías dejar de discutir para que pueda concentrarme? —pronunciaba cada palabra separándola con pausas muy marcadas y respiraba con dificultad. Sentía que algo le oprimía el pecho, el cuello, la voz—. Ya sabéis que este es mi último año de instituto, el más difícil. —La falsa calma duró un segundo más, antes de darles tiempo a responder. Se estaba ahogando. Tenía que gritar también—. ¡ASÍ QUE POR UNA JODIDA VEZ, PODRÍAIS COMPORTAROS COMO UNOS PADRES NORMALES Y PONERME LAS COSAS UN POCO MÁS FÁCILES!

Dio un paso al frente. Oía su corazón latir, la sangre acumulándose en sus sienes como un río ardiente y veloz. Le dolían las palmas de las manos porque se había clavado las uñas. Jamás se había sincerado tanto. Jamás se había sentido tan mal.

—Scott... —murmuró su madre, el enfado había abandonado su rostro y estaba pálida. Preocupada. Intentó acercarse a él para tocarle el brazo, pero su tacto era de pesadilla. No se sentía real. «Quizás nada de esto es real. Por eso el salón tiembla».

Scott volvió a su cuarto apoyándose en las paredes. Dejó atrás a sus padres. A Albert, con la mano en el bolsillo del pantalón para buscar su tabaco. A Lilian, con la mano suspendida en el aire, los dedos acariciando el espacio que Scott acababa de ocupar, caliente y con un fuerte olor a acrílico.

Se encerró en su habitación, echó el pestillo. «¿Qué me pasa? ¿Por qué estoy tan angustiado?», se preguntó, sintiendo que todas sus emociones se intensificaban. Para cuando se tumbó en la cama, su cuerpo había dejado de responder. Un hormigueo lo recorría entero, desde la punta de los pies hasta la coronilla. Flotaba, y al segundo siguiente lo estaban despedazando unos dedos ardientes, y luego flotaba otra vez. Se le nublabla la vista y le pareció escuchar la voz de su madre, alguien llamando a la puerta. Pero en su cabeza había un ruido tan estático que parecía blanco, así que no supo distinguir si alguien se estaba preocupando por él de verdad o era solo su imaginación. Respiraba mucho, muy corto y rápido, pero no parecía estar oxigenándose lo suficiente. Cada vez se encontraba peor. Cada vez iba a más.

«Cálmate. Scott, por lo que más quieras, cálmate». Consiguió oír su voz en medio de todo ese caos, y se concentró en ella. Intentó ignorar la sensación de estar ahogándose, intentó borrar el abismo de desolación que tenía en el pecho, intentó no pensar en nada. Y fracasó, porque lo asaltaron gritos, discusiones y lápices que se partían, fracasos, miedos y metas inalcanzables, pero esos pensamientos lo ayudaron a buscar una vía de escape y, cuando se llevó las manos a la boca como si temiera quedarse sin voz, descubrió que tenía las mejillas empapadas y podía moverse de nuevo.

Buscó el móvil a tientas en la mesilla de noche. Tenía las manos tan dormidas que por poco se le cayó en la cara al buscar el número de Max en los contactos. El corazón le latía en las costillas, en la garganta, en la punta de los dedos al pensar en oír la voz de la chica. Lo necesitaba. La necesitaba. Marcó y se acercó el móvil a la cara. Le pareció oler su aroma a fresas, sentir sus labios en la mejilla. «Me estoy volviendo loco».

—¡Hola, bonito! —lo saludó Max al descolgar, llena de energía. A través del altavoz se oía un coro de voces alegres y vasos tintineando.

—Hola, Max. —Se sentía estúpido. Se sentía tan estúpido que no pudo contener un sollozo, y la ansiedad aumentó hasta estrangularle la voz. Iba por picos. Cuando subía hasta el pico más alto, pensaba que había llegado a su fin, que todo terminaría por desmoronarse a su alrededor. Cuando bajaba, se sentía estúpido por estar sufriendo tanto de repente, sin motivo. Y volvía a subir.

Era un círculo sin salida ni esquinas, solo picos.

—Scott, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

—No. No... no debería molestarte para estas tonterías. Lo siento. Es solo que... es que...

—Te oigo fatal. ¿Dónde estás?

El ruido de una silla retirándose. Max tapando el teléfono con la mano, su voz distorsionada y preocupada diciendo algo. Silencio. Su respiración otra vez, zapatos golpeando madera, subiendo escalones. Una puerta cerrándose. Silencio otra vez. Scott tragó saliva.

—En casa. ¿Tú?

—También. Han venido a cenar los compañeros de terapia de Allison.

—Si te estoy molestando, yo...

—No molestas, Scott. No molestas en absoluto, ¿vale? Por favor, cuéntame qué te pasa. ¿Necesitas que vaya?

—Ni... ni lo pienses. No quiero amargar... amargarle la cena a Allison. Solo... solo necesito algo a lo que aferrarme. Para no perder el control. Di... dibujar no me ha funcionado.

Entonces le explicó la discusión de sus padres. Le contó que llevaba minutos, horas o años tumbado en la cama, que el tiempo no aliviaba el dolor sino que lo estiraba como los chicles que su padre se metía en la boca para disimular el olor a tabaco cada vez que prometía dejar de fumar. Le habló de su madre, de que oírle decir que nunca había sido feliz le había dejado como sin vida. Culpa, le aplastaba la culpa. Sí, tenía que ser eso. Se sentía culpable por la infelicidad de sus padres, y por su propia infelicidad. Intentó explicarle todo a Max, pero Scott dudaba que pudiera entenderle a través de tantas lágrimas.

—Tranquilízate, Scott, y escúchame —dijo cuando acabó de hablar. ¿Cómo lo hacía para sonar firme y tierna a la vez?—. Dime qué sientes exactamente.

—Hum, no sé. —El chico se limpió la frente de sudor y cerró los ojos. Había conseguido dejar de llorar—. Me... me duele el pecho. Y hay... aire en mi cuerpo. Aire que me hace temblar y no poder moverme. Tengo mucho calor, la boca seca y... no sé, Max. No me había pasado nunca. Es como... es como estar en muchos sitios a la vez. Estoy aquí, pero también allí, contigo, y en la calle con la lluvia, y sentado en la mesa del escritorio, y... bueno. Supongo que estoy desorientado, pero nada parece real.

—¿Tienes taquicardias? ¿Mareos? ¿Náuseas?

—Sí. Sí. Sí. ¿Qué pasa? ¿Me... me voy a morir?

—No, Scott. Tranquilo. Es un ataque de ansiedad. Tranquilo.

—¿De qué voy a tener yo un ataque de ansiedad? He... he oído discutir a mis padres miles de veces. Millones. Nunca me había pasado.

—Todos tenemos un límite. Una línea que, cuando se cruza, marca un antes y un después —le explicó Max pausadamente. Le tranquilizaba oírlo, que le diera respuestas lógicas a las cosas—. Has alcanzado tu límite hoy, Scott. Pero eso no quiere decir que vuelva a pasarte o que vayas a colgar siempre de la misma línea, como un equilibrista malo. Hazme caso, sé de lo que hablo. — Hizo una pausa. La oyó suspirar contra el auricular. Estaba mordiéndose el labio con la mirada

puesta en sus estrellas. Seguro—. Esto pasará. Todo llega y todo pasa.

—Pero ¿qué puedo hacer ahora?

—No dejes de respirar. Muy lentamente, como si saborearas el aire en tu boca. Céntrate en el sonido de mi voz, ¿vale? Estoy aquí. Estoy aquí, Scott. Estoy aquí.

Y aquellas dos sencillas palabras le hicieron revivir de nuevo. Con la mano en el estómago, sintiéndola moverse al compás de su respiración, empezó a calmarse mientras Max las repetía. Las mismas palabras. Ni una más, ni una menos. Al final terminaron por transformarse en un susurro sin pausa, una canción de cuna para una noche oscura, un espejo de una sola cara con dos reflejos: el de Max y el suyo. Sentía el cuerpo de ella tendido a su lado, toda su calidez y su perfume almibarado, como si no los separaran kilómetros de distancia. «Está aquí. Max está aquí. Y yo también».

—Gracias —susurró, cuando los síntomas de la ansiedad remitieron. Estaba agotado y le pesaban los párpados, pero el miedo se había ido. Los temblores se habían ido. Respiraba con normalidad. El techo volvía a ser solo blanco—. Gracias, ya me siento mucho mejor.

Percibió su sonrisa al otro lado de la línea.

—Te lo dije. Todo pasa, lo bueno y lo malo.

—Eso es... pesimista y esperanzador.

—Como la vida misma.

Los dos rieron. Scott ya no oía gritos. Solo lluvia.

—¿Estás mirando las estrellas?

—¿Las del cielo o las de mi cuarto? —preguntó Max, dando un rodeo—. ¿Las que brillan o las que no?

—Las de tu cuarto. Porque también brillan. Hay cosas que brillan y que nunca dejan de brillar, aunque no podamos verlo porque llevan su luz por dentro.

«Tú. Tú eres una de ellas», quiso decirle. Pero estaba cansado y era inseguro, y no veía la cara de Max y no sabía cómo iba a reaccionar. No todos los miedos habían desaparecido.

—Sí, Scott —dijo ella. Sonaba más alegre, más viva, como si le hubiera leído la mente y estuviera de acuerdo—. Estoy viendo las estrellas.

Scott cerró los ojos.

—Yo ahora también.

Me he cansado de perder parte de mi vida siendo un simple espectador. Quiero vivirla intensamente, aunque las cosas malas tengan más peso que las buenas. Quiero equivocarme, aunque me den ganas de no volver a intentarlo. Quiero perder, sin que me importe ganar. Quiero. Solo quiero.

.....

## 31. Max

Ocho de la mañana. Casa de Scott, misma farola de siempre. Hacía mucho frío. Llevaba su gorro de lana burdeos, mallas debajo de los vaqueros, una cazadora gruesa y unos mitones que no le calentaban demasiado las manos, pero que eran cómodos. «Menudo día de mierda para empezar el instituto», pensó, dando saltitos. La puerta del portal se abrió y Scott asomó la cabeza. Miró la farola, sus ojos se encontraron con los de Max. Ella lo saludó con efusividad. Le castañeaban los dientes, pero sonreía. Él estaba algo más serio. Se acercó con las manos en los bolsillos de su anorak, cabizbajo. Los rizos aplastados a ambos lados de la cara.

—Buenos días —dijo ella, alzando la barbilla. Scott farfulló un escueto «hola» y echó a andar calle abajo. Max lo siguió, pegada a él. De lo último que habían hablado antes de acostarse anoche era de estrellas, de lo mucho que la calmaba contemplarlas. Max había bromeado con que un día escalaría hasta su cuarto para pintarlas en su techo, y Scott se había reído diciéndole que debería hacer eso él, que para algo sabía dibujar. Después, se habían despedido con la promesa de que mañana sería otro día. Pero no lo era. «Porque ayer siempre es hoy»—. ¿Estás bien?

—¿Sinceramente? No lo sé. Ya no me duele el pecho ni respiro como si acabara de correr veinte kilómetros, pero me sigo sintiendo tenso y... supongo que dolido. Dolido y decepcionado.

—¿Has hablado con tus padres?

Vaciló.

—A que actúen como si no hubiera pasado nada y me dirijan la palabra en el desayuno no se le puede llamar hablar. Mamá sí que ha intentado sacar el tema, pero he sido yo el que la ha ignorado. No necesito sentirme peor de lo que ya me siento. Bastante ridículo hice ayer cuando te llamé y...

Max le puso una mano en el brazo y le obligó a detenerse. El vaho escapaba de sus labios como el humo que estornudaba el tráfico. Le acarició la mejilla con la misma delicadeza y temple con el que le veía sostener sus lápices

—Soy yo, Scott. Conmigo no tienes por qué sentirte avergonzado de nada.

Reaccionando a su caricia, levantó la cabeza. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, los labios resecos, ojeras y estaba tan pálido como la escarcha que se acumulaba en la copa de los árboles. Y aun así, cuando le sonrió, se le formaron dos grandes hoyuelos en las mejillas, y Max se detuvo en ellos y los acarició con ternura porque le parecía el gesto más humano y sencillo que alguien

podía tener: sonreír cuando las cosas iban mal. Se puso ligeramente de puntillas para darle un beso en cada hoyuelo, y escuchó a Scott suspirar contra su pelo. Enterró las manos en la cintura de Max y la atrajo hacia él, pero no para besarla. Se refugió en su cuello. Max hizo lo mismo, y así se quedaron durante un minuto entero. Perdidos en aquel improvisado abrazo. Scott temblaba, y Max adivinó que no solo por el frío.

—Ojalá siempre fueras tú. Solo tú —le confesó al oído, antes de que se separaran y reanudaran el camino. Se cogieron de la mano, ella las metió en el bolsillo del anorak de Scott, y él la iba guiando entre risas mientras llegaba el turno de Max de mirar al suelo.

«Guau, ¿cómo interpretamos eso, corazón de hielo? Scott últimamente está muy ñoño y a ti está a punto de salirte un sarpullido». Frunció los labios, intentando alejar aquellos pensamientos y esa sensación de... incomodidad que viajaba con ellos. ¿Así se sentía? ¿Incómoda, fuera de lugar? Pero a la vez le gustaba. Le gustaba sentirse importante para Scott. Le gustaba gustar a Scott. Y ella sentía lo mismo por él, ¿verdad? Aunque no supiera expresarlo.

A lo mejor algo estaba mal dentro de ella. A lo mejor el amor tenía su mecanismo en cada cuerpo y a ella le faltaba un engranaje, y por eso no le salía decir lo mismo que a él, demostrarle que le importaba, ser la típica adolescente enamorada que dibujaba corazoncitos en la mesa y pensaba en tatuarse su nombre. Bueno, igual eso último era excesivo. Pero Max no sabía cómo funcionaba el amor en ella, así que estaba hecha un lío. Durante mucho tiempo había creído que su guitarra era la única que podía llegar a conocerla con solo el roce de sus cuerdas. Pero Scott no era música aunque mil canciones acudieran a su mente cuando lo observaba, y al besar sus labios sentía que se encontraba en otro hemisferio donde solo existía silencio. Un silencio que no juzgaba, que no ahogaba. Un silencio en el que era cómodo vivir.

Se despidieron al entrar al instituto. Max quiso besarla, pero seguía intentando descifrar qué era el amor y la mayoría de los estudiantes estaban sospechosamente quietos en el vestíbulo, mirando. La redactora del periódico encargada de la sección de cotilleos tenía un bloc de notas en la mano y el bolígrafo preparado. Max levantó una mano con tres dedos alzados, como en *Los Juegos del Hambre*. Él respondió de la misma manera, entendiendo la referencia, y Max rio mientras subía las escaleras, bebiendo de las caras de desilusión de los demás. «Os jodéis, futuros tertulianos de prensa rosa».

Al mediodía, se dirigió a la mesa que compartían Parker y Scott en el comedor. Se sentó a su lado y le revolvió los rizos con cariño. Él no protestó, estaba acostumbrado a que la gente le tocara la cabeza.

—Hola, guapos —los saludó, pinchando con su tenedor una zanahoria poco hervida. Había tenido un buen día. La profesora Roberts la había felicitado por su camiseta. En letras blancas sobre tela gris, se leía: «Prefiero estar en la cama antes que aquí». Max supo que con que lograra hacer una derivada bien en el siguiente examen la mujer le pondría un diez—. ¿De qué hablabais?

—Del baile de fin de curso. Ya han empezado a organizarlo y han creado una *playlist* en Spotify

para que vayamos metiendo canciones —respondió Parker, devolviéndole el saludo con un guiño que parecía más bien un bizqueo.

—Por favor, no me digáis que os gustan esas chorradas —repuso Max, con los ojos en blanco.

—¿Qué tiene de malo? —Scott se recolocó los rizos y la miró con curiosidad.

—Todo. Odio bailar canciones románticonas y sentir que todo el mundo está pendiente. Odio que las chicas hagan corrillo para comentar cuánto cuesta el vestido que se han puesto las otras chicas y odio que los chicos intenten meter alcohol para ver a cuál de ellas pueden llevarse a la cama. Odio las estúpidas fotos en grupo como si de golpe fuéramos una hermandad, y odio que elijan a reyes del baile y se les exponga como a monos de feria.

—Vamos, odias lo que es un típico baile de instituto —resumió Parker.

—Exactamente.

—No puede ser tan horrible. —Scott bebió un poco de agua—. He escuchado que son inolvidables, la mejor manera de despedir el instituto. ¿Por qué no...?

—Ni de coña. —Max se adelantó a su pregunta.

—Si ni siquiera sabes...

—No pienso ponerme un puto vestido.

—¿Qué tienes en contra de los vestidos?

—Nada. Simplemente, no son mi rollo. Soy igual de femenina que las otras chicas aunque no deje mis piernas a la vista y no me maquille nunca. Así que esos bailes y cualquier otro evento donde lo único que se exalta es la superficialidad y cumplir los roles sociales convencionales me generan urticaria.

—Podría ser bonito —insistió Scott, ignorando el bufido que le dedicó ella—. Aunque las normas digan que hay que vestir de etiqueta, seguro que se puede hacer una excepción. Nadie va a obligarte a hacer algo que no quieras hacer. —Se acercó a su oído, bajó la voz—. Asistir juntos sería una buena manera de cerrar el curso.

—Te he dicho que no.

—Pues yo pienso proponérselo a Sophie —saltó Parker—. Seguro que a ella le encanta.

—Mucha suerte, no admiten gente que no sea de este instituto —replicó Scott, sentándose recto otra vez. Max temió que se hubiera enfadado, pero sonreía.

—Te digo yo a ti que sí. Déjaselo a Parker Reed, el primero de su nombre, rey de la convicción y el engaño, heredero de un ejército de cómics y maestro de...

—Instagram, con la nunca vista cantidad de cincuenta y siete seguidores —le interrumpió Scott.

—Las marcas van a empezar a contratarte para que promociones ropa —añadió Max, y ambos se desternillaron de la risa.

—Reíros, reíros, pero ya vendréis a pedir a mi mansión de Tribeca, cuando sea vecino de Scarlett Johansson y desayune bogavantes.

—Pero si tú odias el marisco —consiguió decir Scott entre risa y risa.

—Más te odio a ti en este momento.

Cuando Max volvió a casa, el atardecer teñía las nubes de rosa y el aire parecía cortar con cada sacudida. Scott y ella se habían estado enrollando en Central Park, hasta que a Max se le congelaron partes del cuerpo que creía que no tenían terminaciones nerviosas. Entró por la puerta de casa con la punta de la nariz roja y hecha un cubito de hielo. Agradeció el calor del interior con una sonrisa.

—¡Hola, familia! ¡Ya estoy aquí! —Se desabrochó la cazadora y se sacudió el pelo, encrespado por la humedad. Se preguntó si Allison habría hecho chocolate caliente. Mataría por una taza de chocolate caliente ahora mismo.

Pero su hermana no estaba, al menos en el salón. Solo Diana que, cuando la escuchó hablar, dio un respingo y se apresuró a cerrar el cajón de la cómoda que había en la pared, junto al sofá. Max nunca se había preocupado en abrirla. Tenía entendido que su madre guardaba allí los papeles del seguro de Allison, recetas médicas y facturas.

—¡Max! Qué pronto has vuelto. —La sonrisa de su madre temblaba. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta torcida, y respiraba muy rápido. Había estado llorando—. Pensaba que pasarías la tarde con Scott.

—No, yo... hace mucho frío.

La chica no supo explicar de dónde surgió el presentimiento de que algo se escondía en la cómoda. Algo que su madre no quería que viera. Quizás se lo imaginó por la manera en la que se retorció las manos, como si le picara la piel, y porque tapaba parte de la madera con el cuerpo.

—Mamá, aparta.

La mirada de Diana se humedeció, pero no intentó detenerla. Max se acercó a la cómoda y abrió el cajón. Su mano era firme, pero una figurita de bailarina y el jarrón sin flores que había encima temblaron. Al principio, Max no entendió nada. Solo veía azul. El cajón sumergido en un mar de aguas claras y planas. Metió la mano y sintió el tacto del papel grueso. Parpadeó, y entonces se dio cuenta de que no era un mar lo que se ocultaba en el cajón. Eran sobres. Sobres azules.

Los sobres que utilizaba para enviar cartas a su padre.

—¿Qué...? —Max boqueó, incapaz de entenderlo. Empezó a sacar los sobres, uno por uno. Había decenas. Cientos. Con fecha de enero del 2015 hasta diciembre de 2018. Todo el tiempo que llevaba escribiéndole. Había una gran pegatina en cada sobre, en la parte de atrás. Ponía: «Devolver al remitente». Ni siquiera estaba escrito por él, sino a ordenador. Los sobres estaban cerrados—. No... no entiendo. ¿Cómo... quién...?

Diana le puso la mano en la espalda. Apretó.

—Lo siento mucho, cariño. No... no quería que te enteraras así.

—¿De qué no tenía que enterarme? —Max miró al techo y se zafó de su mano de un violento tirón—. ¿De que tú sabías que escribía a papá? ¿De que ha devuelto todas mis cartas sin abrirlas? ¿O de que, a pesar de esconderlas, nunca has tenido el valor de decírmelo? —Se dio la vuelta, sin poder contener por más tiempo las lágrimas. Ahora sí que le temblaban las manos. El frío había vuelto—. Me... me has mentido todo este tiempo. No decir la verdad también es mentir. ¿Cómo...

cómo has podido dejarme hacer el tonto de esta manera?

Tenía que salir de allí. Cerró el cajón de un golpe seco y subió corriendo a su habitación, incapaz de mirar a la cara a su madre.

—Max, ¡espera! —gritó Diana a sus espaldas. Pero era tarde.

Ya era tarde para todo.

Se dobló sobre sí misma en el centro de su habitación, conteniendo las náuseas. «No te quiere. Nunca te quiso». Los recuerdos del día que Jason las abandonó golpearon su memoria con crueldad, haciéndola caer de rodillas y sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca de tanta tristeza. ¿Eso era la tristeza, entonces? ¿No poder levantarse aunque quisiera, llorar sin permiso, que hasta la más mínima respiración doliera? «Devuelve mis cartas. Nunca le han importado. Nunca le he importado». Los recuerdos felices de todos los paseos que habían dado juntos, de cuando le leía un cuento por las noches imitando voces y aquella vez que se quedaron despiertos hasta tarde viendo las películas de Harry Potter la hicieron llorar más. Porque era una quimera. Se había refugiado en su infancia para no afrontar la pérdida, pero Max había crecido. Ya no cabía bajo el escritorio. Nunca más podría esconderse.

«Acéptalo. No quiere formar parte de tu vida, acéptalo». Se tumbó en la cama. No quería volver a salir. Sus ojos se detuvieron en el techo. En todas esas estrellas que, de repente, se le antojaron infantiles y estúpidas. Max se puso en pie sobre el colchón. Tambaleándose, empezó a arrancarlas todas. Tenía ganas de destruir, de acabar con la esperanza que quedaba en ella. Aunque eso supusiera acabar con ella también.

Para cuando la oscuridad terminó de ensombrecerlo todo, ya no quedaban estrellas en el techo. Solo su recuerdo. Borrónes de pegamento blanco. Sus cuerpos descansaban, arrugados, sobre la moqueta. En el escritorio. En el mástil de la guitarra, siempre fuera de su funda. Max las observaba, inmóvil.

Scott había mentido. No brillaban por dentro. No brillaban en absoluto.

Hola, papá:

¿O debería decir expapá? Ya sé que te prometí no ser una acosadora, pero he vuelto a tu casa. A tu nueva casa. Hoy, hace un rato. Ya era de noche. Las farolas estaban encendidas, apenas había cuatro gatos en la calle y hacía tanto frío que aún no siento los pies. Pero no sé si ha sido por el frío o por verte de nuevo.

Mamá me lo ha contado. Lo que haces con mis cartas. Con TODAS mis cartas. Sé que las devuelves sin abrir. Y yo, como una idiota, yo... Yo te pedí que me escribieras, y tú solo me has enviado silencio. Me has devuelto mi diario, el día a día del que quería hacerte partícipe. Yo solo quería saber de ti, joder. ¿Por qué? ¿Por qué coges mis cartas, te las llevas a casa y luego me las envías sin abrir? Me cuesta... me cuesta un mundo apartar mi coraza unos minutos para hablarte. Siento que nunca te he entendido, que nunca te has molestado en explicarte. No me has explicado por qué vives con otra mujer, ni por qué la besas todo el tiempo. A mamá no la besabas todo el tiempo. Si no quieres que te miren, cierra las cortinas. Así de simple. O te expones a que tu exhija sienta celos y se le congelen las lágrimas en medio de la calle mientras te ve ser feliz con otra persona. Entiendo que lo seas, esa mujer parece muy buena y es guapa. Tu casa nueva parece acogedora, pero... ¿en serio tienes un chihuahua? ¿En serio, papá? ¿El perro más feo y gruñón del mundo?

Estoy enfadada, decepcionada y sola. He destrozado el cielo que me regalaste. Allison me dijo una vez, cuando era pequeña, que las estrellas son deseos que no se pueden cumplir. La noche tiene que estar llena de los míos, papá. He pedido que vuelvas en cada cumpleaños. Cada vez que veo una estrella fugaz, cada vez que son las 11:11. Es la hora de los deseos, ¿sabes? Pero nunca se me ha cumplido ninguno. Todos tienen que ver contigo, supongo que será por eso.

No sé por qué sigo escribiendo. Sé que nunca abrirás esta carta.

Pero nací para ser una causa perdida.

Max

## 32. *Scott*

Últimamente le costaba ver a Max fuera del instituto. Llevaba unos días muy rara. Apenas lo miraba a los ojos cuando hablaban de camino a clase. No se reía aunque le dijera que había empezado a ver *Shameless* por recomendación suya y que dudaba de su heterosexualidad al conocer al personaje de Lip. Lo besaba con la cabeza en otra parte, y él lo notaba. Porque su cuerpo respondía cuando se abrazaban. Su corazón seguía latiendo al ritmo del suyo, frenético como el vuelo de una mariposa, pero su mente ya no le pertenecía. Orbitaba lejos de ella. Se había convertido en la luna de verdad, y él era la Tierra. Visiblemente cercanos, pero en realidad, a un pequeño infinito de distancia.

Hasta su mechón morado había perdido color.

Cansado de preguntarle qué le pasaba y de recibir una sonrisa y un «nada» como respuesta, Scott decidió pasar a la acción. Un sábado por la tarde cogió las llaves del coche, se enfundó su cazadora vaquera y puso rumbo al Uptown. No había demasiado tráfico, así que tardó poco en llegar. Aparcó frente a la casa de Max. Las luces estaban encendidas y, cuando se dispuso a bajar del coche, la vio salir con la guitarra a la espalda. Scott tocó el claxon y Max se sobresaltó, entrecerrando los ojos hasta que su mirada se detuvo en el Ford. Llevaba su habitual cazadora de cuero y una camiseta en la que ponía: «Peligro: adolescente». Mientras bajaba la ventanilla, el chico se preguntó qué emoción crispaba su rostro al acercarse. ¿Nervios? ¿Incomodidad? Tampoco quería que su saludo comenzara con un interrogatorio, así que le mostró una cálida sonrisa.

—¿Ibas a alguna parte, muñeca?

Max adoraba meterse con él cuando imitaba a un galán de telenovela, pero esa vez sus labios no se curvaron hacia arriba. Ni hacia abajo. Su cara seguía tan inexpresiva como el cielo, salpicado de tintes oscuros y alguna que otra nube gris.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a proponerte que fuéramos al cine. O a dar un paseo o... algo.

Max chistó la lengua.

—Yo... ya he quedado con mis amigos. —No sonaba muy convencida. Tampoco tenía la actitud de alguien que sale de casa para pasárselo bien. Estaba... apagada. Desorientada—. Sam hace una fiesta en su casa.

—Te puedo acercar, si quieres.

Se subió al asiento del copiloto, dejando la guitarra en la parte trasera del coche. Scott arrancó después de que le dijera la dirección. Definitivamente, no era ella. No había puesto la radio nada más entrar. Se había limitado a recostarse en el asiento, sin colocar los pies en el salpicadero antes.

—¿Ocurre algo?

—¿A qué te refieres? —preguntó, a la defensiva.

—Te noto... rara.

—Son impresiones tuyas, yo estoy como siempre.

—¿Y la guitarra?

Max apoyó la cabeza en la ventanilla y aspiró con fuerza.

—Se ha roto una clavija. A la vuelta me pasaré por una tienda de música para arreglarla.

Ahí terminó la conversación. Cuando entraron en Sugar Hill la luna se veía plena en el cielo. La casa de Sam parecía una mansión, con esa fachada color marfil y tantos detalles dorados. La música estaba tan alta que se escuchaba desde el coche, una mezcla de *rock-pop* que invitaba a saltar y a bailar. En Max no parecía tener ningún efecto.

—No pareces muy emocionada.

—Tú qué sabrás... —murmuró, desabrochándose el cinturón. El invierno se reflejó en sus ojos cuando le preguntó—: ¿Te apetece entrar un rato?

Scott se mostró incrédulo.

—¿En serio?

—Si te apetece, claro.

—¡Sí, sí! Es solo que... da igual, déjalo.

Max asintió y se bajó del coche, sin molestarse en comprobar si Scott la seguía. Él se apresuró a caminar tras ella.

«¿Qué mosca le habrá picado?». Max se detuvo frente a la puerta (parecía la entrada de los castillos de los cuentos) y llamó al timbre. Él se situó detrás, en un segundo plano. La música le hacía daño en los oídos y aún no estaban dentro. «¿Habré hecho algo que la ha molestado? ¿O se ha molestado precisamente porque tendría que haber hecho algo y se me ha olvidado?».

Scott se estaba agobiando. No se le ocurrió pensar en ningún momento que el comportamiento extraño de Max podía no tener nada que ver con él. Estaba absorbido por lo que sentía. Su vida había tomado un rumbo nuevo, mucho más emocionante y hogareño que acabar en Tennessee. Ser felices juntos era su principal objetivo, el peldaño más alto de una escalera que quería subir. Y cualquier mínimo cambio, cualquier situación que rompiera ese esquema, como aquella, lo hacía dudar de sí mismo. Nada que pudiera hacer tambalear su futuro era agradable. Tenía diecisiete años, además. A esa edad todo tendría que ser más fácil.

La puerta se abrió y Sam apareció detrás. Sus ojos estaban ligeramente brillantes por el alcohol.

—¡Max! ¡Qué sorpresa, hacía tiempo que no te veía! —La música se hizo más escandalosa con

la puerta abierta. Scott la sentía como si hubiera pegado la oreja a un altavoz. Se escuchaban gritos y risas.

—He estado ocupada.

Sam enmudeció cuando vio a Scott. Acababa de reparar en su presencia.

—¿Y él qué hace aquí?

—Viene conmigo. —Max lo apartó de un empujón y entró en la casa. Scott le dirigió una sonrisa torcida, una mezcla entre «jódete» y «vamos a llevarnos bien». Sam se limitó a verlo pasar mientras se ajustaba el cuello de su camisa. Los músculos de sus brazos triplicaron su masa con ese gesto, y Scott se pegó a Max, algo asustado. Era obvio que Sam lo odiaba. No entendía la razón, pero tampoco iba a acercarse a preguntársela.

El lujo que desprendía la casa por fuera no era mera apariencia, sino un reflejo. Las paredes estaban cubiertas de cenefas florales, espejos con marcos de pan de oro y cuadros suntuosos. Al fondo del recibidor había unas escaleras con forma de caracol que debían de conducir a las habitaciones. En los primeros peldaños había dos chicas rubias besándose, entre risas y palabras dulces.

—¿A qué se dedican sus padres? —le preguntó a Max.

—Su madre es directora de un teatro en Harlem y su padre es productor de cine.

—Ahora entiendo de dónde sale esta mansión. —Scott silbó—. Pero me cuesta comprender entonces por qué Sam es... eh...

—¿Idiota?

—Aparte.

—Ah, vale, te refieres a que por qué no es un esnob, como sus padres. Verás, ellos decidieron que iba a ser actor antes de saber si era niño o niña. Lo apuntaron a teatro en el colegio, pero Sam lo odiaba. No se aprendía los guiones, le daba vergüenza actuar y tenía tanta presión y estrés encima que a los trece años le salió una úlcera. Ahí decidió enfrentarse a sus padres y dejar los escenarios. Ellos no se lo tomaron muy bien. Habían depositado todos sus sueños y expectativas en él, pero bueno, poco a poco las cosas van mejorando. —Se encogió de hombros—. La clásica familia americana, ya sabes.

«No, no sé qué es eso», quiso decir, pero Sam, que acababa de pasar por detrás de ellos, lo distrajo. No tenía buena cara. Scott observó con disimulo cómo se dirigía a las escaleras e interrumpía el beso de las dos chicas. Su espalda se tensó mientras les decía algo, y entonces se apartó. Ellas lo miraron, sorprendidas. A Scott se le hizo familiar un rostro pecoso con los ojos chispeantes.

Debbie.

—¡Max! ¡Scott! —Se la veía algo desorientada mientras se ponía en pie y se acercaba a ellos dando saltos. A él también le pasaba eso de perder la noción del tiempo y el espacio cuando besaba a Max. Le dieron ganas de compartirlo con Debbie, pero se la veía recelosa. En vez de aplastarlo contra ella con el abrazo al que le tenía acostumbrado las pocas veces que se habían

visto, se quedó pasmada, con los labios fruncidos en una mueca pensativa. Evitaba mirar a Max, que se había tensado a su lado—. ¿Qué hacéis aquí?

Alternó la mirada entre una y otra. Se estaban retando como en la peli de *Batman vs Superman*. «¿Alguien me puede explicar qué demonios está pasando?».

—¿Esto es una fiesta, no? —terminó diciendo Max, metiéndose el pelo detrás de las orejas—. Pues aquí estoy. Como siempre.

—¿Como siempre? —Debbie se cruzó de brazos con chulería. Max la imitó.

—Como siempre.

Scott se estaba sintiendo entre incómodo y ridículo, así que volvió a dirigir la mirada a la escalera. La otra chica rubia (Scott supuso que se trataba de Alexia, la novia de Debbie) discutía acaloradamente con Sam. Él no hacía otra cosa que pasarse la mano por el pelo mientras parecía estar convenciéndola de algo. Alexia, con la cara llena de pintalabios, protestaba. «No me parece bien», «no tienes derecho a...». La música no le permitía oír más.

—Bueno, pues vamos a bailar un poco, ¿no? —Max abrió la boca, pero Debbie le puso una mano en la espalda y la obligó a caminar hacia el salón. Allí era dónde se concentraba la fiesta: había decenas de personas bailando mientras alzaban sus copas al techo y se peleaban por usar el sofá como si fuera la tarima de una discoteca—. Scott, ¿por qué no nos traes algo de beber de la cocina? —le sugirió Debbie cuando el chico se disponía a seguirlas—. Algo que lleve limón, por favor. Estoy seca.

No le quedó más remedio que asentir antes de perderlas de vista. Sam y Alexia seguían discutiendo, así que buscó la cocina él solo. Algo le decía que la respuesta de Sam no sería «a mano derecha, tío, no tiene pérdida» si le interrumpía para preguntarle. Más bien, igual recibía un gancho derecho.

Encontró la cocina por descarte tras entrar en dos baños, una alacena y el cuarto de las escobas. Todo era tan blanco que parecía la consulta de un dentista. Tenía un cierto aire futurista, además, con el horno empotrado en la pared y la puerta de la nevera con un dispensador de hielos automático. La música no era tan destroza-tímpanos allí y estaba solo, así que Scott se lo tomó con calma. El alcohol y los refrescos estaban sobre la encimera del fondo: la mayoría casi vacíos y sin tapón. «¿Qué prefiero beber: naranjada sin gas o Coca-Cola con cosas verdes flotando?», pensó, mientras trasteaba con las botellas. «Debbie quiere algo con limón, pero no sé si combina mejor el vodka o el ron. ¿Y qué beberá Max? Ya no queda cerveza, ¿qué le llevo?».

El sonido de la puerta abriéndose a sus espaldas lo distrajo. Scott se giró, con una lata vacía que alguien había usado como cenicero en la mano, y se le cayó el alma a los pies al ver a Sam, que tenía una peligrosa sonrisa en los labios y había cerrado la puerta otra vez.

—Scott, ¿verdad? —Su nombre en sus labios sonaba... extraño. Sucio. No se reconocía en él.

—Eso es —respondió, con la garganta seca. Dejó la lata en la encimera y apretó la espalda contra el mármol, intentando hacerse más pequeño. Solo los separaba una mesa.

—¿Cómo te va con Max? —siguió preguntando Sam, amenazante.

—Bien, la verdad. No me quejo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Se me hace raro verla con alguien como tú. No te puedes hacer una idea.

—¿Alguien como yo?

—Un *otaku* patético. —Escupió la palabra como si le quemara en la lengua.

—¿*Otaku*? —Scott no salía de su asombro. Esperaba cualquier insulto menos ese—. ¿Sabes lo que significa?

—Da igual, lo leí en Twitter y sé que se refiere a frikis como tú. ¿O prefieres otra cosa? —Sam sonrió como un tiburón y empezó a caminar bordeando la mesa hacia él. Scott le dirigió una rápida mirada a la puerta. Estaba demasiado lejos y Sam demasiado cerca—. Eres un sin sangre. Un cara mierda, un aburrido, un aprovechado y un hijo de la gran...

—Creo que te confundes de persona —le interrumpió Scott, sin saber cómo había encontrado su voz—. Me parece que te estás describiendo a ti mismo.

Sam rio amargamente.

—Se nota que eres el perrito faldero de Max, ya hasta imitas sus comentarios. ¿Tan poca personalidad tienes?

—Mira, Sam, no sé a qué viene todo esto, pero...

—¡No te hagas el loco conmigo! —Scott se asustó cuando Sam gritó, furioso. Entonces recordó la vez que Max le dijo que Sam hacía boxeo. Scott temió que le viera cara de saco—. Sabes lo especial que es ella para mí.

—Solo sé que estuvisteis enrollados un tiempo, nada más.

—Porque ella decidió que estábamos mejor como amigos. Pero no he podido olvidarla, olvidar lo que tuvimos. Y llevo meses intentando que todo vuelva a ser como antes, intentando hacer que se enamore de mí. Porque estoy colado por ella. La quiero, joder. Es perfecta para mí. Impulsiva, sin miedos, guapa. Por eso quiero que me expliques. Quiero que me cuentes, aquí y ahora, por qué Max te prefiere a ti. Dímelo. Ya.

—¿No crees que sería mejor preguntárselo a ella?

«Por favor, que alguien abra esa maldita puerta».

—Prefiero hablarlo contigo —contestó Sam, deteniéndose frente a él. Le sacaba una cabeza y tenía las manos grandes, grandes como guantes de béisbol.

Scott nunca se había pegado con nadie. No sabía cómo defenderse ni cómo asestar puñetazos. Estaba cogiendo aire, preparándose mentalmente para la paliza que le iba a dar, cuando la puerta se abrió con un chirrido y Max apareció en el umbral, acelerada y con los ojos muy abiertos.

—¿Qué coño está pasando? —Corrió a ponerse entre ambos, apoyando la espalda en el pecho de Scott y empujando a Sam para hacerlo retroceder. Scott parpadeó, tranquilo. «Ya ha pasado todo. No va a pasar nada malo mientras estés con Max».

—Solo estábamos hablando. Nada más —mintió Sam, encogiéndose de hombros.

—¿Por eso le has pedido a Debbie que me entretuviera, verdad?

—Max... —Sam intentó acercarse para apoyarle una mano en el brazo, pero Max la rechazó,

asqueada.

—Vete a la mierda. Vámonos de aquí, Scott.

Cogió la mano que le ofrecía y vio cómo Sam se encogía ante ese gesto tan simple, cómo se desinflaban sus ganas de pelea y su rollo macarra. Como un globo que pierde todo el aire de golpe. Después, salieron de la cocina. En la entrada se había formado un corrillo de curiosos. Cuando vieron a Scott de una sola pieza, una mueca de desilusión cruzó sus caras. Max los apartó sin delicadeza. Debbie surgió de entre la multitud.

—Max, lo siento. Yo no... —Su voz sonaba lastimera y tenía los ojos húmedos.

—¿Qué? ¿No sabías que Sam quería hacer trizas a Scott? Pensé que éramos amigas, Debbie. Si Alexia no me hubiera avisado... —Max cerró los ojos, temblando de rabia. Scott jamás la había visto tan enfadada—. Te digo lo mismo que a Sam: vete a la puta mierda.

La chica abrió la puerta y la fría noche envolvió sus cuerpos. Scott agradeció el aire que lamió sus mejillas, y solo soltó la mano de Max cuando se detuvieron frente al coche. Ella todavía estaba agitada y sudorosa. Él se sentía derrotado.

—Vámonos de aquí —le pidió Max, mientras se pasaba las manos por el pelo intentando calmarse.

Scott asintió y se subió al coche. Le pitaban los oídos por culpa de la música. Su reflejo era desastroso: tenía los rizos desperdigados, la mirada enloquecida, los labios agrietados. Max se sentó en el asiento del copiloto y se abrazó las piernas. A Scott no le importó que le manchara la tapicería. Seguía demasiado en shock.

—Lo siento —susurró la chica.

—No es tu culpa, Max. No tienes que pedirme perdón.

—En realidad sí que lo es. Yo... te mentí. Hoy no iba a ir a la fiesta de Sam. Ya no le veo apenas. Ni a él ni al resto —le confesó, con la mirada puesta en el disco de Stereophonics que asomaba por la guantera—. Hace unas semanas empecé a notar cosas raras en el grupo. Hacia mí. Comentarios despectivos sobre mi manera de relacionarme si no era con ellos, cuchicheos cuando llegaba tarde porque venía de estar contigo, miraditas reprobatorias si me negaba a hacer alguna de sus ocurrencias... Y un intento constante de liarme con Sam, aunque yo no quisiera. Supongo que todos pensaron que su felicidad estaba por encima de la mía. De repente me convertí en la posible y futura novia de Sam. Ya nadie me trataba como Max. Todo estaba dirigido a que saliéramos juntos. Retrasarse para llegar tarde y dejarnos más tiempo a solas, asustarte para que te alejaras de mí... No entiendo cómo Debbie se ha podido poner de su parte e intentar separarnos para que yo acabara con Sam. Seguramente siempre fue más amiga suya que mía, pero yo creía que no. De verdad. Sophie fue lista: en cuanto vio lo que pasaba, se largó. También intentaron alejarla de Parker, y todo porque no era del grupo. ¿Te lo puedes creer? Me siento traicionada, pero... pero no hundida. Porque son amistades a medias. No tenemos casi nada en común, aparte de que nos gusta la música no comercial, salir de noche y todos tenemos problemas en casa. Ni siquiera saben nada sobre mi vida. Saben que tengo una hermana, una madre y un padre a la fuga.

Nada más. Tú... tú sí que me entiendes. Siempre lo has hecho. —Scott notó como se le encogía el corazón—. Cuando te vi frente a mi casa, te mentí porque no quería enfrentarme a... a todo esto que me pasa. Pero tampoco quería estar sola. Por eso te dije que vinieras a la fiesta conmigo. Lo siento tanto, Scott, no quería involucrarte en esto. Meterte en problemas con Sam y todo eso. Pero... no sé explicarlo. Quiero algo y a la vez lo rechazo. Es como vivir con dos Max que se enfrentan constantemente. Las dos pierden —le explicó, sin mirarlo a los ojos. El mechón morado se le había pegado a los labios, y Scott luchó contra sus dedos para no apartárselo con ternura—. Me dirigía al mirador cuando me viste con la guitarra. No está rota. También era mentira.

—Puedo... puedo acercarte al mirador si quieres. No pasa nada —le propuso Scott, forzándose a sonreír. Le dolía saber que para los amigos (examigos) de Max no era nadie. Que Debbie no lo consideraba apto para ella, que hubiera llegado al extremo de permitir que un matón le partiera la boca. Que Max no le hubiera contado nada hasta ese momento. Que aún se guardara cosas para sí misma cuando él creía que lo compartían todo. Lo malo, lo bueno, lo regular. Pero saber que él no la había cagado y que Max quería seguir teniéndolo cerca lo aliviaba mucho.

—No te preocupes, Sam no ha llegado a tocarme. —Poco a poco, su corazón volvió a latir con normalidad. Arrancó el motor.

—He llegado en el momento justo, ¿no? —preguntó Max, con voz monótona.

—Eres una buena rescatadora. Debería pagarte por ello.

Max soltó una risita y respiró ruidosamente.

—Te lo apunto en la lista de favores pendientes.

—¿Has hecho una lista para exigirme favores?

—Debería.

—¿Y si no hubieras llegado a tiempo?

—Hubiera tenido que llevarte al hospital. Eso ya sería un favor.

—Yo me habría defendido. A lo mejor tendrías que haber llevado a Sam al hospital —replicó, fanfarrón.

—Scott, corazón, tú eres muchas cosas. Eres inteligente, divertido, guapo, simpático y un virtuoso con los pinceles. —Sonaba como alguien que dice una verdad innegable—. Pero pelear, lo que se dice pelear... no creo que sea lo tuyo.

—¿Y cómo lo sabes? —Scott tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que su voz no reflejara lo aturdido que se sentía al escuchar a Max hablar así de él.

—Tú nunca usarías los puños como arma. Vales mucho más que eso.

Scott quiso preguntarle si eso lo convertía en fuerte o en débil ante sus ojos, pero llegaron a Central Park. Subieron al mirador, tras atravesar un sendero vacío y silencioso, y se sentaron sobre la cima, observando el espectáculo de luces y color que era Manhattan por la noche. Max estaba impasible, distante. Podía ver el bosque dentro de ella.

—¿Seguro que estás bien?

Max no respondió en seguida. Se llevó un dedo a los labios inconscientemente, y con la otra

mano jugó a acumular piedrecitas sobre la tela de sus vaqueros.

—Una vez leí en uno de los libros de Allison que aceptamos el amor que creemos merecer. —  
Hizo una pausa—. ¿Qué pasa si creo que no merezco nada de nadie?

—¿Por qué ibas a pensar eso, Max? Es... ¡horrible! Y falso.

—Lo sé. Pero a veces no puedo evitarlo. —Agachó la cabeza.

—Max, mírame. Solo un segundo. —Él le cogió la cara con delicadeza para levantársela. Sus pestañas le acariciaron los dedos cuando cerró los ojos. Tenían el mismo tacto que la punta de sus pinceles—. ¿Sabes cuál es la mejor manera de saber si algo es verdad o no?

—¿Preguntarle a alguien que se haya tomado el suero de la verdad?

—Encontrar los hechos que la sostienen. Pero sí, lo tuyo tendría mucho sentido en una sociedad futurista. —Max rio, y Scott sintió las vibraciones de su risa en todo el cuerpo, como si fuera él quien se estuviera riendo. Las piedrecitas que se acumulaban en sus vaqueros cayeron al suelo con un ruido seco—. Crees que no mereces que te quieran, pero te voy a demostrar que te equivocas. Con pruebas irrefutables.

—¿Pruebas irrefutables?

—Pruebas irrefutables. —Max volvió a reír, aunque menos, y Scott deslizó los dedos sobre su mejilla. Tenía la piel suave y fría—. Mereces querer y que te quieran porque tienes un gusto musical exquisito y gastas unas bromas un poco inquietantes... pero divertidas, tengo que reconocerlo. —El viento humedeció sus ojos. Scott se puso algo más serio y se acercó a ella—. Mereces querer y que te quieran porque has nacido para dejar una huella en este mundo gris con tu voz. Alguien, en un futuro, escuchará tu música y se sentirá salvado por ella. Mereces encontrar un lugar que no te silencie. Donde seas tú, solo tú. —La mirada de Scott se congeló en los labios de Max. Estaban tan cerca que podía oler la sal de las lágrimas que, como perlas diminutas, habían empezado a deslizarse sobre la punta de sus dedos—. Mereces querer y que te quieran porque eres buena. Así de sencillo. Eres una buena persona, Max, aunque no lo creas. Haces felices a todos los que te rodean. Has sido capaz de sacrificar tus sueños para quedarte con tu familia, para cuidar de Diana y de Allison, porque sabes que te necesitan. Día a día escondes tu tristeza y tu rabia y esa parte de ti que solo pide destrucción para que no sufran, para que tengan una vida feliz después de todo lo que os pasó. Tu padre se fue, pero tú sigues aquí. Y Allison seguirá aquí también, porque lo superará. Juntas lo superaréis todo.

—Scott...

—Somos humanos, Max. Vivimos con dudas, decidimos con dudas, queremos con dudas. Dudar está en nosotros. Por eso, la próxima vez que dudes de ti misma, recuerda que...

—...todo llega y todo pasa.

Scott sonrió y, antes de que pudiera decir que le había leído la mente, Max salvó la distancia que los separaba y lo besó. Su lengua se abrió paso en su boca con urgencia y Scott la agarró de las mejillas con más fuerza, sintiendo que no necesitaba tomar aire, que con los labios de Max le bastaba. Era como todos los besos que se habían dado: irreplicable, cálido, eufórico. Pero esa vez

sabía a sal, a verdades ocultas, a una lealtad que les hacía sentirse únicos. A un secreto de dos. Sin miedos, sin fantasmas disfrazados de recuerdos.

Cuando se separaron, las manos de Max se aferraban a la tela de su jersey por debajo de la cazadora. Era como si casi alcanzara a tocar su corazón, que latía desbocado contra sus dedos. Scott seguía con las manos en sus mejillas. No podía soltarla. «Tengo miedo de que se vaya. ¿Por qué temo perderla si está aquí, a mi lado?». Se miraron en silencio, dejando que sus ojos hablaran por ellos. Los de Max brillaban por las lágrimas y capturaban el reflejo de la noche. Scott no veía los suyos, pero se los imaginó reluciendo de felicidad, aunque inquietos por no poder sincerarse del todo. Así que se pasó la lengua por los labios, abrió la boca y dijo, sin pensar, pero sintiendo cada palabra:

—Mereces que te quieran, Max. Y por eso, yo... te quiero.

Ella enmudeció y buscó refugio en su pecho.

A veces te sueño. Nuestros dedos se tocan. Y mis miedos descansan.

.....

### 33. *Max*

Las palabras de Scott seguían resonando en sus oídos con tanta fuerza que Max creyó que nunca, jamás, podría volver a escuchar otra cosa.

«Mereces que te quieran, Max. Y por eso, yo... te quiero».

Scott le había dicho que la quería. En su mirador. Justo en el momento en el que había empezado a sentirse ella misma de nuevo. Justo cuando había conseguido olvidar a su padre y todas esas cartas que nunca recibirían respuesta. El que tampoco había recibido una respuesta era Scott. Max no sabía querer de otra forma que no fuera a ciegas, torpemente y con muchas limitaciones, pero era obvio que cuando una persona declaraba su amor a otra esperaba ser correspondido. Y ella solo había podido balbucear su nombre, abrazarlo y besarle como una autómeta, mientras su mente se llenaba de dudas, inseguridad. Miedo.

Max apoyó la cabeza sobre la helada superficie del cristal. El traqueteo del coche de Scott calmaba sus nervios, pero estaban a punto de llegar y ella tendría que hacer frente a la verdad.

«Mereces que te quieran, Max. Y por eso, yo... te quiero».

Siempre había tenido claras dos cosas: que la música era lo único realmente perdurable en la vida y que, cuando se avecinaba una época de cambios, todo cambio era a peor. Scott le había demostrado que se equivocaba. Le había demostrado que no todas las caídas eran mortales. Que había días en los que la soledad podía quedarse en casa. Que el respeto y el amor iban de la mano.

Se le revolvían las tripas con tan solo pensar en él como un recuerdo.

¿Quería a Scott, entonces?

Por supuesto que sí, pero a su manera. Sin abrir su corazón y temblando por el hielo que lo cubría. Intentando aceptar que alguien pudiera quererla, intentando entender cómo alguien podía hacerlo. Porque Max seguía sintiéndose dividida entre lo que era y lo que pretendía ser. Y eso Scott no lo sabía porque no podía cambiarlo. El amor transforma, pero no cambia. Scott había visto sus dos lados, el más vulnerable y él que arrollaba con todo, y no había salido corriendo. No había intentado ahogar su parte más frágil, como habían hecho Sam, Debbie y compañía. La aceptaba. La quería de todas las maneras posibles.

Y aunque ella se sintiera incapaz de responderle, a su modo, también lo tenía claro.

—Ya hemos llegado.

Max separó la frente del cristal y observó su casa. Diana y Allison debían seguir despiertas. Las luces del comedor estaban encendidas.

—¿Te gustaría entrar? —le preguntó a Scott. No quería estar a solas con ellas. Las cosas estaban un poco tensas desde que descubrió todos esos sobres azules en el cajón. Evitaba a Diana y cambiaba de conversación cuando Allison le preguntaba si sucedía algo. «¿Cuándo no sucede nada?».

—Vale, aunque solo un rato. Mi madre se pone muy preguntona si llego tarde.

—¿Y tú qué le dices? —Max bajó del coche tras coger su guitarra y colgársela de un hombro. Scott cerró el coche y caminó junto a ella.

—Que no podía dejar de besarte y que por eso me he entretenido.

Max lo miró, alarmada.

—Estás de coña, ¿verdad?

Scott soltó una risotada y se paró frente a la puerta mientras Max sacaba las llaves del bolsillo.

—Por primera vez soy yo el que te hace poner esa cara, y no al contrario.

—Dime que no le cuentas eso a tu madre.

—¿Cómo le voy a decir eso? ¡Me daría una vergüenza terrible!

Max soltó una risita y sacudió la cabeza. «No tienes remedio», quiso decir, pero no lo dijo porque en el fondo le encantaba que así fuera. Se preguntó si ahora en su cuarto, tirados sobre la cama y reflexionando sobre las cosas sin importancia que sostenían el mundo, podría decirle que lo quería. Con otras palabras, quizás con las mismas. Ya vería. Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta...

... y se le congeló la sonrisa al contemplar la imagen que la esperaba en el interior. Allison estaba de pie, en el centro del salón. Lloraba. Las lágrimas le manchaban el cuello del jersey y se abrazaba a sí misma como si quisiera demostrar que existía. Diana estaba apoyada sobre la encimera de la cocina. Su cabeza caía, lánguida, entre los codos. Se le marcaban todos los huesos de la espalda, y se sacudían con violencia de arriba abajo. Más lágrimas. Las dos miraron en su dirección cuando Max cerró de un portazo, sorprendidas por la interrupción.

—¿Qué está pasando? —preguntó Max, abriendo los ojos de par en par.

Inconscientemente, escondió a Scott detrás de ella. Allison se limpió las lágrimas con una manga y se recostó sobre la pared, cansada. Parecía muy cansada y triste.

—No es nada. Mamá y yo solo estábamos hablando.

—Estás llorando. —Max notaba un nudo en la garganta, y en el pecho, y en el estómago. Sus emociones eran una lazada demasiado fuerte, la estrangulaban por dentro. El presentimiento volvió, y su mirada se detuvo en el cajón de la cómoda. Vio que la luz se colaba por una fina rendija: estaba mal cerrado. Alguien lo había abierto. Y ella no había podido ser porque no había vuelto a tocarlo desde aquel día. El día que descubrió la verdad—. ¿Le has contado lo de papá? ¿Lo de... mis cartas?

—Lo siento, sentí que debía hacerlo —comenzó a explicarse Diana. Le temblaba el labio

inferior—. Max, mira...

—¿Cómo has podido meter a Allison en esto? —la interrumpió, soltando la guitarra y caminando hacia ella—. ¡No tenías ningún derecho a hacerle más daño! Papá nos abandonó. Se largó y nos dejó tiradas, y yo soy una estúpida porque llevo diez años creyendo que algún día se arrepentiría y volvería. O que, al menos, viviría arrepentido. Que no me escribía por vergüenza, pero que se interesaba por nosotras. Que me leía. Pero... era otra ilusión más. Un cuento de niños. —Max miró al techo, parpadeó—. Las cartas eran mi cuento. La única manera que tenía... y tengo de sentirme cerca de él. Porque aún me duele su marcha y aún tengo la esperanza de que vuelva. No tenías ningún derecho a destrozar eso, ni a leerlas.

—No he abierto ninguna carta, Max. No he leído nada. Por favor, escúchame un momento....

—¡Mientes! ¿Para qué has abierto el cajón si no?

—Max... ¿por qué no me contaste que le escribías? —Allison se acercó a ella—. Papá nos hizo daño. Te hizo daño. No mamá. No lo pagues con ella.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago.

—Allison, yo jamás...

—Entiendo que lo sigas queriendo, entiendo que necesites que él también lo haga, pero yo no. Ya no. He pasado página, Max. Y tú deberías hacer lo mismo. Dejar de permitir que ese hombre domine tu vida. Papá no solo no nos quiere. Nos odia.

—No digas eso. —Max sintió ganas de taparse los oídos. Como hace diez años, bajo su escritorio.

—Fuimos una familia feliz, de esas que salen en la tele y que tanto añoras, hasta que las cosas se complicaron. No estamos incompletas sin él, Max. Estamos mejor que nunca. Porque es un cobarde que nos abandonó cuando más lo necesitábamos. Y todo porque no cumplimos sus expectativas. Porque no fuimos suficiente para él. No somos nada para él, Max. Nunca lo hemos sido.

—Basta.

«Se te olvida que yo te hice fuerte con mis manos. Te protegí del dolor, cuando yo era la hermana pequeña y tú la mayor. Se te olvida que he cargado con él todos estos años, que tuve que crecer de golpe. No me lo devuelvas. Así no».

—¡Ese hombre no se merece tus cartas, Max! —siguió diciendo Allison—. ¡Ese hombre ni siquiera merece que le llamemos padre! No quiere saber nada de nosotras. No le interesamos.

—¿Y tú qué sabes? —A Max se le quebró la voz.

Allison calló y miró a Diana, que guardaba silencio detrás de Max. Era la clase de silencio que resulta incómodo, que precede a un descubrimiento que nadie quiere descubrir. Max se giró, y entonces se dio cuenta de que, sobre la mesa de la cocina, había un sobre blanco abierto. Y encima una carta. Diana la miró con lástima mientras Max sentía como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas heladas. Odiaba que la mirara así. Con pena, con tanta tristeza. Como si necesitara su compasión.

—Jason nos ha escrito. A las tres. Nos ha escrito pidiéndonos... más bien, ordenándonos que no le mandemos más cartas. Que ya nos pasa la pensión y que no tiene ninguna otra obligación con nosotras. Tiene... tiene una nueva vida ahora. Una mujer, un niño en camino. Y no quiere que formemos parte de ella. —Le tendió la carta. En ese instante Max supo de quién había heredado la firmeza en las manos aunque por dentro estuviera derritiéndose, ardiendo, llorando. Siempre creyó que eran las manos de su padre. Pero no. Eran las de su madre—. Lo siento, cariño.

Eso era un alivio y una tragedia a la vez. Alivio porque encontraría una explicación a todo aquel silencio de una vez por todas. Tragedia por el mismo motivo. La máscara iba a caer. Max le quitó la carta de las manos y la leyó. Interiorizó cada palabra, se fijó en cada sílaba, en cada tilde. Bebió de esa caligrafía curva y algo infantil, aunque fuera veneno. Porque era de su padre. Se lo llevó todo con él cuando se fue. Las cosas que quedaron se terminaron perdiendo o en la basura. Pero esa carta era suya, firmada de su puño y letra. Y ponía exactamente lo que Diana le había dicho. Ni más, ni menos.

Ni siquiera sabía que era Max quien le escribía las cartas. Se había dirigido a todas por igual.

—Yo... no sé... —tartamudeó. Alivio y tragedia.

—Sé que es difícil, Max —dijo Allison a media voz. Abrazó a Diana por la espalda (¿cuándo se había movido?) y trató de sonreír—. Lo superaremos juntas. Si yo pude hacerlo con lo que pasó hace diez años, cuando nos abandonó por mi enfermedad, entonces...

—¿Que nos abandonó por tu enfermedad? —Max se secó las lágrimas a restregones y dejó la carta sobre la mesa. No quería mirarla—. Estás muy equivocada, Allison.

Su hermana parpadeó.

—¿Cómo?

—Fue por mí. Fue por mi culpa.

Diana se estremeció.

—Max...

—La razón por la que papá se fue, el motivo de que Allison siga enferma... soy yo. —Hablar era catártico. Los secretos habían dejado de tener sentido. Max ya no le debía nada a nadie. La niña que un día fue era eso, una niña. No vivía en ella. Porque nada duraba para siempre—. Yo soy el problema. Siempre lo he sido. Se suponía... que iba a arreglarlo todo. Que mi nacimiento iba a solucionar las cosas, que iba a ser suficiente para unir a esta familia de nuevo. Pero fallé. Fallé, y ahora es mi culpa que nada nos vaya bien —soltó, notando como el llanto interrumpía sus palabras—. Yo... no debería haber nacido. No... no debería haber nacido.

Max colapsó, como haría el infinito si rozara sus límites, y huyó. Subió corriendo las escaleras, se encerró en su habitación. Tumbada en la cama con los ojos abiertos y rota de dolor, no veía nada porque fuera era de noche y no había estrellas que la consolaran. Aquella verdad en voz alta lo había destrozado todo. Las palabras de Scott en el mirador, que el tratamiento de Allison estuviera yendo bien, que ella sintiera ganas de recuperar su futuro como cantante, que se concediera una última oportunidad. Había convertido el sufrimiento que había callado durante

años en algo veraz, tangible, porque le había dado voz. Sobre el aire siempre quedaría ese recuerdo. Ya nunca podría tocar la guitarra sin sentir esa frase reflejada en cada una de sus canciones. Jamás podría volver a mirar la cara de su familia sabiendo que ellas también lo recordarían. Había fallado. No podía seguir refugiándose en una mentira.

«No debería haber nacido».

En ese momento oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Puedo pasar?

Era Scott. Se había olvidado por completo de que estaba allí, con ellas, cuando había pasado todo.

Max se sentó sobre la cama y se secó la cara con las mangas de su chaqueta de cuero. No se la había quitado. Se peinó el pelo, ensortijado por el viento del mirador. Cómo echaba de menos su mirador en ese instante. Y su guitarra. La había dejado abajo. Cuando notó que las ganas de llorar le habían dado una tregua, sorbió por la nariz y se aclaró la garganta:

—Adelante.

Lo primero que hizo Scott al entrar a su habitación fue encender la luz. El fluorescente cegó a Max: tenía los ojos sensibles e hinchados. No quería ver lástima ni compasión en la mirada de Scott, así que agachó la cabeza y fijó la vista en las partituras desperdigadas por el suelo. Sintió deseos de romperlas en mil pedazos.

—¿Estás bien? —Scott se sentó a su lado. Cerca y, a la vez, manteniendo las distancias. Dándole su espacio.

Max asintió, después negó y volvió a asentir una segunda vez. Alzó la mirada: lo vio contemplar el techo, buscando las estrellas. No hizo ningún comentario al ver que habían desaparecido. Max las echaba de menos y, a la vez, las odiaba. Estaba harta de vivir en extremos. «Un secreto por otro secreto». Scott le había dicho que la quería en el mirador. Max tenía que cumplir su parte. Así que cogió aire y habló, perdida en los recuerdos:

—Allison no dio muestras de estar enferma hasta que cumplió seis años. Siempre había sido una niña muy alocada. Iba corriendo a todas partes, según me han dicho. Era inagotable. La apodaron Ali Rocket, y eso pasó a formar parte de ella. O fue al revés, porque ella siempre había sido así. Quería ser astronauta, que ese fuera su nombre en clave y grabarlo en la luna para que papá y mamá pudieran verlo desde aquí. Gritarles desde el espacio: «¡Mirad qué lejos ha llegado vuestro cohete!». Dejar su huella más allá del mundo y volver para ver sus caras de orgullo. —Max sonrió con tristeza. Sus manos se crisparon sobre el edredón, arrugando la tela—. Hasta que, de pronto, se sentía demasiado cansada para jugar con el resto de los niños en el parque. Se mareaba mucho. Tenía fiebre. Le dolía la tripa constantemente. Cualquier mínimo roce llenaba su piel de moratones. Le sangraba mucho la nariz. Dejó de correr a todos lados. Eso fue determinante. Mis padres la llevaron al hospital y, tras un montón de pruebas terribles para una niña de seis años que solo quiere ser astronauta, le pusieron nombre a lo que le sucedía: leucemia linfocítica aguda. Mis padres sintieron que toda su vida se venía abajo. Sobre todo mi padre. Él siempre quiso formar

una familia de plástico. De esas que nunca tienen problemas a ojos de los demás y viven hasta los cien años, por lo menos. Que Allison tuviera leucemia lo cambiaba todo. Ella era muy pequeña para entenderlo, para entender tanta tristeza de golpe. Ali Rocket dejó de existir. El cohete había despegado sin ella —le explicó a Scott—. Mamá intentó llevarlo con optimismo. Confiaba en el tratamiento, las posibilidades de remisión eran altas porque el número de células cancerosas no era alarmante. Pero papá quería ir más allá. Si la quimio ofrecía un 99 % de posibilidades de salvación, buscaba el 100 %. Si la quimio hubiera sido el cien, habría luchado por el 200 %. Era así con todo. Así que comenzó a documentarse, a investigar más sobre la enfermedad. Y encontró su 200 %.

Max hizo una pausa para tragar saliva. Cerró los ojos.

—La solución para la leucemia de Allison era yo. Nos llaman hermanos salvadores porque nacemos para salvar a un hermano enfermo. Los médicos lo desaconsejaron al principio. Dijeron que era mejor probar con la quimio y esperar un tiempo, para ver si con eso bastaba. Como si yo solo fuera una necesidad médica, la última opción. Pero papá no quería esperar. Así que... me tuvieron. Mi tejido celular era compatible con el de Allison. Casi idéntico. Utilizaron mi cordón umbilical para extraer células madre y trasplantárselas. Así podía tolerar dosis más altas de quimio. Y pareció recuperarse. Y yo crecí pensando que era una de las estrellas de mi techo. Que era especial, pero igual que el resto. Brillaba, tenía sueños. Ignoraba la verdad.

»Pero, cuando yo tenía ocho años, la leucemia volvió a nuestras vidas. Allison volvió a enfermar. Es muy raro que después de tanto tiempo en remisión, una vez curada la enfermedad, el cáncer vuelva. Todas las pruebas daban negativo. Pero puede pasar. A veces quedan células que la quimio no consigue destruir. Son tan pocas que no aparecen en las pruebas normales. Hasta que crecen. Se reproducen. Y no mueren. Y ya no quedaba ningún 200 %. No había tratamientos que aseguraran otra vez la remisión, solo quimio. Además, cuando recaes es más complicado. —Abrió los ojos un segundo para asegurarse de que Scott seguía ahí. Él la miraba, serio y atento, así que volvió a cerrarlos. Era más fácil hablar a oscuras—. La noticia nos destrozó a todos. Yo ni siquiera sabía que Allison había tenido cáncer, ya te lo conté una vez: mamá me dijo que había estado muy enferma, pero no me dio más explicaciones. Me enteré ese mismo día de todo lo que implicaba la leucemia. Del motivo por el que Allison contemplaba con tanta añoranza el cielo, de por qué nunca se tumbaba en mi cama boca arriba, de por qué evitaba leer *La señora astronauta de Marte*. Quería olvidar su infancia. Y eso pasaba por borrar también sus sueños.

Sus párpados temblaban, pero no quiso abrir los ojos. Scott le cogió la mano y ella se la apretó, agradecida. Le palpitaban las sienes, pero necesitaba seguir hablando:

—Cuando llegamos a casa, después de venir del hospital, papá se puso hecho una furia. Gritaba tan alto que pensé que las paredes iban a venirse abajo. Mamá intentaba calmarlo, pero apenas era capaz de hacer otra cosa que llorar. Recuerdo el impacto que supuso para mí oírlo llorar. En ese instante me di cuenta de que las personas fuertes también pueden romperse. Y que todo sigue igual. Estamos hechos de bordes que cortan, pero seguimos aquí. Aguantando. Allison y yo nos

escondimos bajo mi escritorio, asustadas. Papá nunca nos había dicho cosas tan horribles. Nunca había hablado de Allison como si fuera defectuosa, ni insultado a mamá. Yo era incapaz de articular palabra. Solo podía llorar, preguntándome cómo podían haberse torcido tanto las cosas después de una simple visita al hospital. Allison se fue corriendo al salón cuando vio que papá se acercaba a nosotras. No la culpo. Estaba aterrorizada. Ambas lo estábamos. Entonces papá... papá se acercó a mí. Yo estaba sola —explicó, sintiendo como le ardían los ojos—. Me dijo, con la mirada llena de asco y odio, que todo había sido por mi culpa. Que no había servido para nada. Me confesó que solo me habían tenido para salvar a mi hermana. Y que había fracasado. Yo era la defectuosa. Sus últimas palabras hacia mí, antes de cruzar la puerta y marcharse para siempre, fueron: «Tú has destruido esta familia. Tú eres la culpable de la enfermedad de Allison. Tú y solo tú serás la responsable de su muerte».

Max sintió que se quedaba sin oxígeno al confesar el secreto que llevaba diez años guardando. Ni Diana ni Allison sabían que su padre le había dicho esas cosas. No imaginaban el peso con el que había cargado todo ese tiempo. Y solo para no hacerlas sufrir a ellas también. «Quise protegerlas a costa de mi propia destrucción». Por fin se sintió fuerte para abrir los ojos.

—Max... —susurró Scott, con el rostro encogido por el dolor.

—En ese momento empecé a cambiar —prosiguió ella, sacudiendo la cabeza—. Max simpática y protectora en casa. Max borde y despreocupada en la calle. Por las noches, en mi cama, es el único momento en el que dejo que ambas convivan. Me permito llorar, golpear la almohada de rabia y echar de menos. A papá y a la niña que no quiso llevarse con él. Yo... yo lo quería. Lo idolatraba. Era mi padre, y, a la vez, era el mejor padre del mundo. Y yo estaba muy triste y también sentía que no existía, pero no podía decírselo a nadie porque debía ser fuerte. Por Allison, por Diana, por mi padre. Siempre ha estado aquí. Cada vez que le escribo, lo veo. Y me acuerdo de todo lo que me decía. Que no debía mostrarme débil, ni dejar que otros me pisaran. Y empecé a portarme mal con la gente porque todo me agobiaba. Y me aburría. Y de pronto era una adolescente enfadada que tenía que fingir una sonrisa en casa e ir a fiestas y beber alcohol con gente sin nombre para no volverme loca. Para notar que seguía existiendo. Para llenar el vacío que su abandono me dejó, con todos esos sueños rotos y la constante sensación de que no merezco nada. Ni... ni siquiera vivir.

Max rompió a llorar y se tapó la cara con las manos. Había hablado a trompicones, como si le hubieran arrancado cada palabra de la garganta porque se habían quedado pegadas y les costaba salir.

—Lo siento muchísimo, Max. No sé qué decir. Lo siento tanto...

—Abrázame.

Scott le hizo caso. La sujetó entre sus brazos, mientras Max lloraba contra la tela de su cazadora. El olor al champú de sus rizos se coló en su nariz.

—Por eso soy así —continuó diciendo Max—. Porque a veces siento que nunca me han querido, que solo me tuvieron para salvar a Allison. Y ni siquiera he valido para eso.

—Eso no es verdad. Tú no tienes la culpa, Max. No depende de ti. —Scott le acarició la espalda.

—¿Te quedarás siempre conmigo, Scott? —musitó.

—Por supuesto.

Él la abrazó con más fuerza y la besó en la coronilla. Una, dos, hasta trece veces. Hasta que dejó de llorar.

Por extraño que pareciera, la promesa de Scott no la hizo sentir mejor.

Hola, papá:

Hace un año y medio, mes arriba mes abajo, fui a hacer la compra al súper. Allison y mamá estaban muy a gusto tumbadas en el sofá, viendo una película, así que me ofrecí a ir yo. No recuerdo qué peli veían. Creo que era de amor, sobre dos chicos jóvenes con cáncer. Recuerdo que le di una colleja a Allison y puse los ojos en blanco. «Esto es como dejarlo con tu pareja y escuchar canciones antiguas de Ed Sheeran. Prohibido». Ella me sacó la lengua sin separar la vista de la pantalla.

Nunca me ha gustado hacer la compra. Lo odio, porque mi apetito es como una montaña rusa. Y es muy frustrante comer solo por los ojos. Por eso lo paso tan mal en el supermercado, al verme rodeada de tanta comida. Es un recordatorio constante de mis dos extremos. El malo y el no tan malo.

Ese día llevaba una sudadera vieja y el flequillo torcido. Iba con la lista de la compra en la mano, metiendo cosas en el carrito. Bricks de zumo, discos desmaquillantes, paquetes y paquetes de compresas (somos tres chicas en casa), pan de molde, guisantes. Me detuve en un refrigerador para coger barritas de merluza y, de pronto, mi reflejo me dio asco. Ojeroso, pálido, aburrido. Me vi demasiado mediocre. Prescindible. Me asustó que eso fuera lo que hubieras visto en mí para dejarme.

Así que corrí al pasillo de los tintes y elegí el que me pareció más auténtico. El más distintivo. Me compré el tinte morado y me teñí el flequillo nada más llegar a casa. Mamá y Allison estaban horrorizadas al principio. Estaba demasiado distinta. Pero al día siguiente, cuando me vieron bajo la luz del sol, me dijeron que me sentaba bien. Que ese color parecía hecho para mí. Al final me cansé de tanto morado y solo me dejé un mechón. Necesitaba sentirme única.

Pero no sirvió de nada. Como todo esto.

Max

## 34. *Scott*

Max no quería seguir en su casa ni un minuto más. Estaba exhausta, como si hubiera estado horas nadando a contracorriente. Todo lo que la rodeaba parecía contener recuerdos. Recuerdos de una familia unida que ahora solo existía en el pasado. Y Max se sentía atrapada por ellos. Cada vez que le decía a Scott: «Ya está, ya estoy bien», volvía a llorar. Porque no estaba bien. La forma con la que se aferraba a su mano, como si él fuera el centro de su equilibrio, gritaba que no estaba bien.

Así que Scott le ofreció ir a su casa. Con la condición de que hablara antes con Diana y Allison para que no se quedaran preocupadas. Pero Max no quería verlas. No quería ver a nadie. «Solo a ti. Tú, Scott, solamente tú». Y que Max lo necesitase de esa manera le gustaba. ¿Era egoísta por pensar así en un momento familiar tan delicado? ¿Agradecer que fuera una prioridad para Max, por encima de cualquier otra persona, como ella lo era para él? ¿Sentir que compartir el dolor los volvía más cercanos y contentarse de que ese dolor existiera?

Scott tenía muchas dudas. Max insistió en salir por la ventana, y el miedo las disolvió todas. No le dio tiempo a protestar: ella se escurrió por el canalón como si fuera la barra que usaban los bomberos. Scott consiguió llegar al suelo casi ileso: solo con un raspón en la mano izquierda y unas taquicardias tan fuertes que parecían pinchazos.

Una vez en el coche, condujo hasta su casa en el más absoluto silencio. Observaba a Max de reojo. Ella se limitaba a mantener la mirada fija en la carretera, seria, mientras sus uñas repasaban las costuras de sus vaqueros con aire distraído. Las llevaba siempre muy largas para poder tocar la guitarra. A veces le arañaba los brazos como si fuera un gato salvaje cuando él le hacía cosquillas porque las odiaba. Scott era todo lo contrario: se mordía las uñas para calmar los nervios y para evitar que le molestaran a la hora de dibujar. Tenía cero unidades de cosquillas, algo que sacaba de quicio a Max. «Las cosquillas son la bendición y la tortura que los dioses han concedido a los humanos para poder reír sin parar aunque no estés alegre. No eres de fiar, que lo sepas». Scott sonrió al recordarla sentada en un banco de Central Park, con el ceño algo fruncido y tan seria como si estuviera revelándole algo importantísimo.

Le gustaría recordar ese momento en voz alta, hacerla reír de nuevo con una buena dosis de cosquillas en la espalda, pero no sabía cómo iba a reaccionar. Volvía a ser alguien impredecible y distante. Qué estaba pensando era un misterio, pero lo que estaba sintiendo era más fácil de

adivinar. Guardar el dolor para uno mismo solo empeoraba las cosas, y lo mismo sucedía con los secretos. Si no se exteriorizan, es fácil que una mentira adquiera el matiz de verdad. Nadie va a convencerte de lo contrario y, como Max, te recreas en lo único que conoces. Te acostumbras a tu mentira. Max no era la responsable del abandono de su padre; tampoco era su culpa que Allison estuviera enferma. Pero le habían hecho creer que sí a lo largo de todos esos años. A Scott no le entraba en la cabeza que un padre pudiera haber dicho cosas tan horribles... ¿no se había dado cuenta de que le había destrozado la vida? ¿De que había hundido a su familia? Cuando se convivía demasiado tiempo con el dolor, este solía transformarse en una segunda piel. Y la mayoría de las personas elegían seguir caminando con ella porque, si no lo hicieran, se sentirían desnudas, serían incapaces de reconocerse a sí mismas en el espejo.

«Y nadie quiere perderse. Aunque no duela».

Llegaron a su casa. Scott aparcó, y Max y él se apresuraron a entrar en el portal para escapar de la lluvia. Scott escuchó las voces de sus padres resonando como ecos de guerra al otro lado de la puerta. No contaba con que estuvieran despiertos, solían acostarse temprano. Tenso, abrió la puerta y, cuando Max y él entraron al salón, se aseguró de que la chica fuera lo primero que vieran. Fue instantáneo: sus padres se callaron y respondieron con una educada sonrisa cuando él les dijo que Max iba a quedarse en casa un rato. Su madre les pidió que se sentaran con ellos para probar una tarta de queso y fresas que acababa de sacar de la nevera. Scott intentó negarse, pero su entusiasmo era contagioso.

Nunca tenían esa actitud con él. Tan... mansa y contenida. Ni siquiera lo habían intentado. De pequeño solía creer que era culpa del tiempo. Que la vida los había juntado demasiado pronto y no les había dado tiempo a conocerse. Por eso se odiaban: eran dos extraños compartiendo techo y un hijo. Cuando creció, sin embargo, se dio cuenta de que sus padres no eran como la noche y el día. Ni siquiera como el blanco y el negro. No eran dos polos opuestos. Porque la noche y el día se dejaban paso cuando llegaba el momento, y el blanco y el negro podían formar el color gris. No, sus padres solo eran dos personas intentando estar juntas a destiempo.

—Bueno, Max, ¿cómo estás?—dijo su madre, una vez servida la tarta y con los cuatro aposentados en el sofá. Scott se tragó su porción sin apenas masticar, deseando terminar cuanto antes para irse a la habitación con Max.

—Bien, estoy bien. —contestó la chica. Tenía la nariz manchada de nata—. Por cierto, esta tarta está riquísima. Eres una gran repostera.

—Muchas gracias, bonita. Es la primera tarta de queso que hago.

—¿Puedo preguntarte, si no es muy inoportuno, qué relación tienes con mi hijo? Me gustaría que él me lo contara, pero se pasa el día encerrado en la habitación. Nos tiene abandonados —intervino su padre.

—¡Albert! —exclamó su madre antes de atragantarse con la tarta. Scott quiso que se lo tragara la tierra y le dirigió a su padre una mirada asesina, pero Max pareció recomponerse rápido y dijo, como si la cosa no fuera con ella:

—Ninguna. Bueno, somos buenos amigos, pero nada más.

Su padre pareció satisfecho con la respuesta y centró su atención en apartar trocitos de fresa de su tarta. Cuando su madre dejó de toser, le preguntó a Max por los estudios y ambas empezaron a charlar. Intentaron que Scott participara, pero no lo consiguieron.

«¿Has oído que Max solo te considera un buen amigo?». El mundo se había detenido tras esa frase. Su mundo, al menos. ¿Max le había mentado a su padre para evitar más preguntas incómodas o había sonado tan terriblemente sincera porque era verdad que para ella Scott solo era un amigo? No. No, Scott se negaba a creerlo. La intensidad que desbordaban sus labios no podía fingirse. Tampoco la dulzura con la que le acariciaba los rizos, ni los mordiscos que le daba en la nariz porque, según ella, «los besos se me quedan cortos y quiero más». Eso creía Scott. Que ellos eran más. Que siempre querrían más, que juntos sumaban. ¿Todo había sido una ilusión, entonces? ¿El espejismo del primer amor? Se preguntó si se podía querer a una persona a medias y si eso era sinónimo de no querer en absoluto.

Cuando Max terminó su trozo de tarta, Scott se puso en pie y se la llevó a su cuarto antes de que sus padres pudieran ponerse a discutir de nuevo. Menos mal que lo había recogido todo antes de salir. Su mesa de dibujo estaba limpia, su estantería de cómics ordenada y la ventana permanecía cerrada con las cortinas echadas, así que encendió la luz. Ella se sentó sobre la cama y dio un par de golpecitos a su lado. Lo miraba con sus grandes ojos azules, y ojalá fueran artificiales para hacerlo todo más fácil. La nata de la tarta había desaparecido de su cara antes de que él pudiera quitársela a besos. Y ese pensamiento hizo que Scott se quedara sin aire durante un segundo, y creyó que iba a ceder. Quería ceder porque no era el momento de hablar. Porque Max había discutido con su familia y ya no tenía secretos, y él quería tenerlos para explicar por qué se sentía tan gris la mayor parte del tiempo. Quería ceder, pero estaba cansado. Así que se quedó de pie, con los brazos cruzados y mirándose la punta de las zapatillas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, confundida.

—Pensaba que el único que preguntaba esas cosas era yo —respondió, tras mucho pensarlo.

—No te entiendo.

—Yo sí que no te entiendo. ¿Por qué le has dicho a mi padre que somos amigos? ¿Que somos... nada? —Aquella palabra solo tenía cuatro letras, pero dolía como si contuviera todo un abecedario de cuchillas dentro.

—¿Esperabas que le dijera la verdad, acaso?

—¿Y cuál es la verdad? Porque yo tampoco sé qué es verdad.

—No creo que ahora sea el mejor momento para hablar de esto —sentenció Max. Se puso de pie, de cara a la ventana.

—Max, no puedes huir eternamente. Necesito saber qué piensas. Necesito saber qué sientes.

—Scott...

—Yo te quiero, Max. —Se le quebró la voz. Sonaba inseguro, no como en el mirador. Allí creyó que Max iba a corresponderle, como en las películas. Iba a besarlo hasta que saliera el sol y

desgastaría la palabra querer de tanto decírsela. Ahora estaba desesperado por oírla pronunciar un «te quiero». La chica se encogió y Scott dio un paso al frente. Olía a lluvia y a fresas más que nunca. Se moría por tocarla—. Te quiero, y te quiero más que al dibujo, a la pintura, al arte y a todas las cosas buenas que puedan existir en este mundo si no me las das tú. No quiero imaginar un futuro sin ti. Y necesito saber si tú sientes lo mismo.

Max se dio la vuelta. Su pecho se movía con rapidez y sus ojos brillaban, y Scott vio en ellos miedo, inquietud, lucha. Pero no amor. «¿Qué pasa si creo que no merezco nada de nadie?». Era esa mirada. Esa vacilación.

—Scott, no puedo...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, su móvil empezó a sonar. Max lo sacó del bolsillo de la cazadora y contestó. Scott era incapaz de escuchar qué estaba diciendo. Hablaba con rapidez y murmurando.

—¿Cómo? —exclamó segundos después, en un desgarrador grito que hizo que se sobresaltase.

Max colgó. Sus manos temblaban, como el resto de su cuerpo. Parecía una espiga a merced del viento. Estaba pálida. Scott se temió lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—Era mi madre —respondió, demasiado incrédula para llorar—. Allison está muy grave. Acaban de ingresarla en el hospital.

Todo lo que nunca te dije es lo que soy.

.....

## 35. *Max*

Cuando Max tenía seis años, le aterraba la oscuridad. Como cualquier otra niña, se imaginaba que algo desconocido que se ocultaba en aquella negrura quería hacerle daño. Como cualquier otra niña, creía que su miedo era único e irrepetible. Años más tarde comprendería, recordándolo todo, que a la gente le gustaba definirse con lo malo. Miedos, defectos, errores. Nadie creía que lo bueno fuese a durar para siempre. Era vanidoso creer que las cosas iban bien. En cambio, lo malo era lo normal. La norma. Sentir miedo es más común de lo que parece. Es lo que se enseña.

Cada vez que tenía que subir las escaleras para ir a su cuarto cuando se hacía de noche, le pedía a Allison que fuera con ella, que la cogiera de la mano muy fuerte y no la soltara hasta encender la luz de su habitación. Su hermana siempre la acompañaba, aunque estuviera leyendo, estudiando o ya se hubiera acostado. La arropaba con ternura y le pedía que le cantara una canción (Max siempre era la que cantaba, aunque la estuvieran acostando a ella). Cuando apagaba la luz, las estrellas iluminaban el techo de su habitación, pues en esa época todavía brillaban. Y el miedo se desvanecía un poco. A veces Allison se tumbaba junto a ella. «Solo un rato», decía. Pero se acababa quedando toda la noche. Y entonces no hacía falta mirar las estrellas, porque el miedo desaparecía por completo. Nada malo podía sucederle si estaba con su hermana.

Pero cuando Allison enfermó, dejó de acompañarla. Estuvo ingresada durante meses. Su madre se quedaba en el hospital la mayoría de las noches, y su padre ya se había ido. La lanzaron sola a las garras de ese pasillo oscuro. Max pensó que no lo conseguiría. Que no volvería a dormir. Su corazón latía como si quisiera escapársele del pecho y ella respiraba ahogadamente. Estaba componiendo la canción del miedo, pero también la del amor, y era extraño que dos sentimientos tan distintos y contrarios pudieran provocar las mismas emociones. Se suponía que crecer daba respuesta a casi todo.

Ese casi debía ser tan grande como el universo, entonces.

La misma incertidumbre que producía contemplar el espacio y sentirse pequeña, eso era lo que la oscuridad despertaba en ella. La incertidumbre de no saber qué se escondía entre tanto borrón negro, no poder ver aunque tuviera los ojos abiertos, la sensación que producía pensar: «Sé que si algo me pasara, si dejara de existir en este instante, nadie se daría cuenta. La oscuridad me absorbería y sería una niña hecha de sombras, invisible». Porque la oscuridad era mala. Lo pensaban todos los niños. Ella fue la única que creció pensando que su destino era ser oscuridad,

no vencerla. Y lo cumplió. El temor a la oscuridad desapareció progresivamente, cuando los miedos de la vida diaria fueron más fuertes que su imaginación. Cuando comprendió lo que era tener una hermana enferma y crecer sin padre. Pero jamás olvidaría lo que sintió durante años al verse rodeada por la infinidad de la noche.

Porque así se sentía en ese momento.

Scott conducía a toda velocidad hacia el hospital mientras Max luchaba por no entregarse al pánico. Le zumbaban los oídos. Solo era capaz de escuchar la voz de su madre, una y otra vez, que le decía que Allison había perdido la consciencia en casa y no despertaba. Los médicos aún no sabían lo que había pasado: si era un desmayo natural, consecuencia del tratamiento, culpa de la medicación o del cáncer, que se había extendido. «¿Qué médicos son esos?», quiso gritar Max, dejando que cayeran todas sus lágrimas. «Es mi hermana. Es Allison, joder. Tienen que encontrar una solución. Tienen que salvarla. Necesito que la salven».

Solo podía pensar en su hermana, en la posibilidad de perderla, en el dolor que tiraba de ella para mantenerla en pie y, a la vez, alejarla del mundo. Lloraba, y estaba furiosa. No quería despedirse, quería estar sola. Quería que Scott se fuera. Sabía que no era su culpa, que era culpa del universo y todo lo que había en él por no haber hecho que ella fuera suficiente, pero quería que Scott se fuera. Él no iba a perder a nadie.

Cuando llegaron al hospital, Max bajó del coche antes de que las ruedas se detuvieran y la lluvia golpeó su cara con rabia. Entró corriendo al hospital. El blanco de las paredes ardió dentro de sus ojos. Max se acercó al mostrador de información tambaleándose.

—Vengo a ver a Allison. Allison Wallace. La han ingresado hace menos de una hora. —Max escupía las palabras con prisa, robotizada. Necesitaba verla. Ver a Allison, cuanto antes.

—Puede pasar a la habitación 203, segunda planta. La han subido hace unos minutos.

Que la hubieran subido a planta era bueno, ¿verdad? Eso quería decir que estaba estable. Tenía que estar bien, a la fuerza. Era su hermana. Todavía no había podido ser astronauta, y Max no le había dicho que estaba orgullosa de ella aunque no lo fuera.

Max se dio la vuelta, preparada para subir a toda velocidad las escaleras. Pero en medio de su camino estaba un pálido Scott que la observaba con incertidumbre. Se había vuelto a olvidar de él. Esos últimos meses no había podido quitárselo de la cabeza y en menos de veinticuatro horas su existencia ya no le parecía más importante que la de cualquier otra persona. Un nombre de cinco letras, otro habitante más de Manhattan. Max sabía que no estaba siendo justa. Que Scott no merecía su indiferencia, que ella no quería olvidarlo. Pero su familia la necesitaba. Y tenía que redimirse. Sola.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó. Los rizos le caían a ambos lados de la cara, hechos una maraña de nudos y agua.

—Habitación 203 —se limitó a decir, pasando a su lado y encaminándose hacia las escaleras. Scott la cogió del brazo como si fueran a dar un paseo.

—Voy contigo.

—No, no vengas.

Scott abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Mi familia es cosa mía —respondió, soltándose de su brazo. Su voz era afilada porque había encontrado un resquicio al que poder aferrarse entre toda esa tristeza para no pensar en lo que la esperaba arriba, y ese resquicio era la rabia.

«No quiero nada bueno. No merezco nada bueno».

—Yo creía que...

—¡Ese es el problema! ¡Lo que tú creías! —explotó—. Siempre estás pensado por mí. Lo has hecho todo tú solo, sin tener en cuenta lo que yo quería, lo que yo estaba dispuesta a soportar. Lo hiciste con el trabajo de Filosofía y cuando vi a mi padre después de diez años. También hoy, cuando iba al mirador. Me interrumpes. Te impones en todos mis momentos de pausa porque necesitas seguir en movimiento. Porque no puedes soportar tu silencio y lo rompes a costa del mío. —Max sabía que todos en la sala de espera podían oírla, pero le dio igual—. Has construido una vida que no existe alrededor de la mía. Orbitas a mi alrededor, como un asteroide. Porque buscas un lugar en el que sentirte bien y gente que te quiera como necesitas que te quieran tus padres. Pero mi familia no puede reemplazar eso. Yo no puedo reemplazar eso.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —La cara de Scott era una mezcla de incredulidad, dolor y miedo—. Esta... esta no eres tú. ¿Por qué... por qué lo haces? ¿Por qué me estás haciendo esto?

—¡No lo sé! No sé por qué huyo de la gente a la que quiero, y al huir hago daño también. Supongo... supongo que prefiero estar sola para no decepcionar a nadie. Para que no me decepcionen.

—Max, yo no voy a decepcionarte. Yo...

—¡No se trata de ti! Tú no eres el problema, Scott. Solo una mala solución. Tengo... tengo que aprender a resolver esto sola. —Se señaló—. A resolverme sola.

—Max... —susurró Scott. Tenía los hombros hundidos y de su boca solo salían ruegos. En eso lo había convertido ella. Era su culpa que Scott estuviera así. Que fuera un asteroide y no un planeta con toda su vida y sus atardeceres. Tenía que alejarse. Ya le había hecho bastante daño—. Deja que me quede contigo, por favor. Hace solo un rato me estabas pidiendo que jamás me marchara de tu lado. Déjame cumplir esa promesa.

Y dio un paso en su dirección.

Pero Max no podía dejar que se quedara. Necesitaba estar sola. Merecía estar sola. Y Scott merecía algo mejor. Sin oscuridad, sin engaños. Sin Maxine Wallace.

—Mi palabra no vale nada. —Eso le dolió como si se lo estuviera diciendo a sí misma—. Te... te mentí. Quiero que te vayas. —Scott pareció no creerla porque dio otro paso al frente. Y Max no podía dejar que se acercara, porque entonces se lanzaría sobre sus brazos y le susurraría: «No me

sueltes. Sigamos perdidos un poco más». Así que se tragó su anhelo y le empujó el pecho con las manos. Le gritó, a un palmo de la cara—: ¡No quiero volver a verte! ¡Márchate!

Scott la miraba sin entender nada. El dolor desdibujó su rostro, transformándolo en su propio reflejo. Lágrimas, boca entreabierta, una sacudida constante del mentón hacia los lados que decía no, no y mil veces no. Pudo decirle muchas cosas y Max se las merecería todas: que era una mala persona, que era la personificación de las tres «ego» (egoísta, ególatra y egocéntrica), que todo el dolor que estaba sufriendo se lo había buscado. Que él se merecía más. No a Max.

Pero de la boca de Scott no salió ningún sonido. La miró una última vez, se dio la vuelta y echó a correr hacia la salida, atravesando las puertas del hospital como un fantasma. Calmado, a pesar de la tormenta, creyendo que para ella volvía a ser invisible cuando todo en él eran formas, vértices y color.

Max no se sintió mejor con su marcha. Se apoyó en sus rodillas cuando la tensión la abandonó de pronto, y cerró los ojos para no ver todo ese blanco. Intentó borrar de sus retinas la imagen de Scott. Scott devastado, Scott hundido... por ella. Otra víctima más. Como Ali, Diana, Jason. Como todos con los que se topaba en su camino.

«Basta, Max. Necesitas ver cómo está Allison», se dijo, y echó a correr hacia la habitación 203, a pesar de las indicaciones que prohibían hacerlo. Nadie le llamó la atención, quizás porque todo el mundo sabía que si alguien corría en un hospital era por una emergencia, y la chica entró en el cuarto 203. No tuvo tiempo de ver nada antes de que su madre se abalanzara sobre ella. Max la abrazó a pesar de seguir empapada, a pesar de los secretos, y enterró la cara en su cuello, aspirando su aroma a naranja y a café. Parpadeó con fuerza para espantar las lágrimas que amenazaban con volver. No sirvió de nada. Diana también lloraba sobre su cabeza. No sabía si lo que le caía por el cuello eran sus lágrimas o los posos de la lluvia que goteaban por su pelo. Diana no hacía más que repetir: «Todo está bien, ya ha pasado lo peor» mientras lloraba.

Max la creyó. Era eso o dejar de creer.

Se apartó de su madre y fijó la vista en la habitación. Paredes blancas, ventana estrecha, cortinas deshilachadas. Una mesa diminuta a la derecha, una silla de aspecto pegajoso enfrente.

Sobre una cama tan blanca como el resto, estaba Allison. Era ella, claro que era ella. Pero a la vez no. Era como ver a alguien a través de una fotografía con un filtro raro. Estaba demasiado... quieta. Llevaba puesto un batín de hospital y su corta melena rubia ya no estaba sobre su cabeza. Un aparato de plástico le insuflaba aire por la nariz conectado a una máquina de esas que salían en las series sobre hospitales y pitaban. Sus delgados brazos estaban llenos de vías, y líquidos de color blanco y azul salían de los tubos. O entraban, Max no lo tenía claro.

—¿Qué... qué ha pasado? —Alcanzó a preguntar, a media voz.

—Los médicos lo están estudiando ahora. Dicen que lo más probable es que el desmayo sea un efecto secundario de alguno de los fármacos, toma tantos... Me asusté mucho cuando no despertó —le explicó su madre, sonándose la nariz con un pañuelo. «El pelo. Su pelo», era en lo único en lo que podía pensar. Cuando Allison despertara y viera que se lo habían quitado... Adoraba su

melena. Le encantaba que Max se la peinara—. Tuvieron que afeitarse la cabeza. —Diana siguió la dirección de su mirada—. Temían que tuviera un fallo en la circulación de la sangre y no le llegara el suficiente oxígeno al cerebro. Le hicieron una prueba en la cabeza y le quitaron el pelo. Mi pobre niña...

—Entonces... ¿Ali va a estar bien? ¿A pesar de esto? ¿Todo va bien?

—Sí, cariño. Todo va bien. —Max asintió y se limpió la cara con la manga de la cazadora—. ¿Te importa quedarte con ella un momentito? No quiero dejarla sola, pero tengo que hablar con los médicos.

—No me moveré de aquí.

Diana le acarició la mejilla con ternura y salió del cuarto. Cerró la puerta. La habitación quedó en silencio. Solo se oía la lluvia caer contra el cristal y la máquina pitando. Parecía un latido.

Max se aproximó a la cama y se tumbó al lado de Allison sin apenas rozarla. Giró su rostro hacia ella y la miró. La miró, deseando que despertara.

—Lo siento muchísimo —le susurró al oído, aunque sabía que no podía oírla—. Siento que seas tú la que tenga que estar en una cama luchando por vivir un día más. No es justo. No es justo que te pasen estas cosas. Eres luz, joder. Nunca espantas a las palomas cuando pasan por tu lado. No cruzas en rojo. No protestas cuando alguien se te cuele en la cola. Siempre se te cuele alguien, dios, y yo siempre les grito que se aparten y tú me calmas. Y me dices: «Max, ¿no ves que vamos a llegar al mismo sitio? ¿Qué más da que sea cinco minutos antes o después?» —Max se detuvo para acariciar el rostro de su hermana. El tacto de su piel era suave, pero frío—. Por favor, no te mueras. Te juro que si te quedas a mi lado un poco más, también seré buena. Como tú. Te prometo que te escucharé hablar sobre tus libros favoritos hasta la una de la madrugada, que te acompañaré a tus sesiones de terapia grupal, que te cantaré miles de canciones hasta que me quede afónica, que te abrazaré cada mañana y antes de irme a dormir. Por favor, no te vayas. Por favor. Lucha un poco más, Ali Rocket. Por favor.

Hola, papá:

Una de las primeras cosas que aprendí cuando Allison cayó enferma de nuevo es que la leucemia no solo le cambia la vida al enfermo, también a la familia. Te diría que tú lo sabes bien. Pero solo has pasado por eso una vez y fue la más fácil. En la que más esperanza había. Y más fuerza y más oportunidades.

Ali tenía quince años cuando nos enteramos. Como era la primera vez que lo vivía, quise estar a su lado. En el hospital, en cada prueba, en cada momento de bajón. Yo todavía estaba intentando asimilar tu abandono y apenas hablaba. Lo miraba todo y guardaba silencio mientras cogía a Allison de la mano cuando me dejaban. Las enfermeras decían que era muy valiente. Yo. Valiente. Si no hacía nada. Solo miraba.

El hospital se convirtió en su segunda casa. Un hogar con una puerta que solo permite entrar, no salir. Cada vez que iba a verla, cada vez que me convertía en su sostén, era yo la que perdía fuerza. Verla tan apagada, su sonrisa temblando como una media luna salpicada por la niebla... Yo pensaba: ¿la están curando o solo alargan el sufrimiento un poco más? Quise decirle que mantuviera esa sonrisa costase lo que costase, que el universo se había creado solo para que lo contemplaran sus ojos. Quise seguir a su lado, pero le cogí pánico al hospital. Fue demasiado. Yo era pequeña y no quería crecer. Debería haber estado. Como ahora. Me siento pequeña.

Pero estoy a su lado.

Max

## 36. Scott

Scott aún no comprendía lo que había pasado. Estaba flipando, como diría Parker. Porque él creía que lo estaba haciendo todo bien. Max y él estaban bien, de hecho. No se levantaban la voz jamás: la única vez que habían discutido fue una noche en casa de ella por ver quién se quedaba con el trozo de *pizza* más grande. Y se lo dio a ella. Se llevaba estupendamente con Diana y Allison, además. Max lo sabía, lo había repetido más de mil veces, y sonreía mientras lo decía. ¿A qué venía entonces decirle que buscaba una familia postiza porque la suya estaba rota? ¿Era eso lo que más le había dolido porque sabía que era verdad?

Max y él se entendían. Le gustaba cuando se tumbaban en el césped de Central Park, con un auricular cada uno, y le daban al aleatorio de Spotify para hacer lo que Max denominaba «descubrimiento de artistas que nos cambiarán la vida para siempre». Él giraba la cabeza y la observaba con esa sonrisa de niña pequeña, los ojos cerrados y el mechón morado siguiendo la dirección del viento. Las palabras se le atragantaban entonces, pero siempre pensaba en decirle: «Tú sí que me has cambiado la vida para siempre». Se entendían, joder, y era maravilloso y mutuo.

O eso creía Scott hasta esa noche. Seguía sin poder creer que hubiera sido tan fácil para ella poner punto y final a su historia. «¿Es eso?», se preguntó Scott, dando un volantazo para esquivar a un coche tras saltarse un *stop*. «¿Max y yo hemos terminado para siempre?». Pero no salían juntos. Al principio, a Scott le había parecido bien eso de no etiquetar lo que tenían. Cuando no sabía lo que sentía por Max, cuando todo era más fácil. Decidió esperar. Decidió esperar a confesarle a Max que no imaginaba un futuro que no fuera de su mano porque pensaba que ambos deseaban lo mismo. Que no tenían prisa. «Idealizamos a las personas a las que deseamos querer porque, si no, no nos enamoraríamos de ellas», le había dicho Parker. ¿Le había pasado eso? ¿Había idealizado a Max? Recordar su voz le hizo cerrar los ojos.

«¡No quiero volver a verte! ¡Márchate!».

El insistente pitido de un coche hizo que Scott volviera a la realidad. Se había metido por la Avenida Lexington y había invadido el carril contrario. Los faros del coche que se aproximaba peligrosamente hacia él lo cegaron, y tuvo que dar un volantazo para esquivarlo.

—¡Joder! —gritó de puro terror. No se habían estrellado de milagro, y notó un sudor frío bajando por su espalda mientras aparcaba el coche en una calle cualquiera. Su corazón latía tan

alto y tan fuerte que lo escuchaba detrás de los oídos. Había estado a punto de matarse. Había estado a punto de matarse y había perdido a Max.

La lluvia le impedía salir, así que apoyó la cabeza sobre el volante y lloró. Lloró con ganas, lloró cansado, lloró por el futuro que había perdido. Lloró por estúpido, por haber dejado que otra persona sostuviera su vida entre sus manos, por haber confiado ciegamente en alguien que no fuera él mismo. Lloró hasta que se dio cuenta de que era mentira que se pudiera llorar hasta quedarse sin lágrimas, y solo se tranquilizó cuando dejó de llover y se le empezaron a cerrar los ojos del sueño. Su mayor miedo se había hecho realidad: Max no sentía lo mismo por él. ¿Había sentido alguna vez algo? ¿O es que él se lo había imaginado todo, rellenando huecos, interpretando sonrisas con sentimientos que en realidad nunca habían estado ahí?

«Tú no eres el problema, Scott. Solo una mala solución».

Su voz. Su recuerdo, otra vez.

«Vale, lo he pillado. No es que no te merezcas a nadie. Es que mereces algo mejor que yo». Aquel pensamiento le regaló una calma dañina y pasajera mientras conducía de vuelta a casa. Scott jamás habría imaginado que unas palabras tan simples pudieran doler tanto. Comprendió, entonces, que el arma no era el mensaje, sino la persona que se escondía detrás.

El pasado es un buen sitio al que asomarse siempre que no impida que dejemos de observar el presente. Eso dijiste una vez. Se te olvidó comentar cómo sobrevivir al presente si el pasado es la ventana y el sol, y el presente es la lluvia y el encierro. Se te olvidó decirme qué hacer si ya no estás. Se te olvidó estar.

.....

## 37. *Max*

Volcada completamente en la recuperación de su hermana, Max desapareció para el resto del mundo. Volver al instituto y estudiar para recuperar su sueño de ser alguien carecía de sentido después del ingreso de Allison. Aquellos días dormía menos que nunca. Soñaba con ella: la veía intubada, con los ojos cerrados. La devoraba la incertidumbre de no saber si volvería a verlos abrirse alguna vez. Eran pesadillas y a la vez no lo eran, porque todo se veía tan real que se despertaba gritando, buscando la mano de Allison hasta que la sentía cálida, entre sus dedos. Nunca lo reconocería en voz alta, pero tomarle el pulso era lo único que la hacía dormirse de nuevo. Los médicos les prohibían dormir juntas, pero Max se seguía tumbando a su lado cada vez que apagaban las luces. Allison, que se había despertado horas después de su pérdida de consciencia, la oía gritar, aunque no hacía ningún comentario. Le sostenía la mano, le acariciaba el pelo con los dedos más suaves del mundo y le susurraba, con la boca pegada a su cabeza: «Duerme, Max. Duerme, sigo aquí». Y Max dejaba de presionarle las venas de la muñeca y sonreía. «Esto es real».

Y entonces volvía a dormirse.

Esos días se había acordado mucho de su padre. Y de Scott, de todas las cosas horribles que le había dicho para alejarlo de su lado porque no sabía gestionar lo que sentía. Había empezado a mostrarse de verdad: con hielo, fuego, rabia, tristeza y nada y todo. A desahogarse, a vaciarse con su familia. La sorprendió saber que Allison siempre se había dado cuenta de que ocultaba algo. «Todos esos mensajes de tus camisetas eran muy reveladores, estabas llena de rabia», le confesó cuando Max le contó que tenía la entrada prohibida en un bar de Harlem por casi llegar a las manos con un camarero que había intentado tocarle el culo a Debbie.

Debbie. La había llamado miles de veces, y Max se lo había cogido. No habían hablado mucho porque Max todavía necesitaba tiempo para asimilar lo que había ocurrido en casa de Sam. Las cosas duelen si te importan lo suficiente. Y, aunque una vez creyó que no, sus amigos le importaban. Debbie le importaba. Se quedó de piedra cuando Max le contó lo que le pasaba a su hermana. Y lo de su padre. Y lo de Scott. Habló sin parar, sin pausa. Solo sabía que Debbie no había colgado porque la oía respirar contra el auricular. Cuando iba por su vigésimo perdón, Max la interrumpió para decirle que no pasaba nada, aunque luego añadió: «Bueno, sí pasa, así que vamos a esperar un poco hasta que volvamos a vernos, ¿vale?». Debbie aceptó, le pidió perdón

otras tres veces más y colgó. Max no le preguntó por Sam. De él sí que no quería saber nada.

Diana y Max estaban solas en la habitación. Esperaban a Allison, a quien le estaban haciendo unas pruebas. La luz del sol entraba por la ventana, iluminando las paredes (Max había colgado posters de *Ghost* y de *500 Days of Summer*, las películas favoritas de Allison. Los médicos debían estar deseando que se largara de una vez) y el rostro de su madre. Estaba sentada y tenía la mirada perdida. Su aspecto era algo descuidado: llevaba una chaqueta de punto mal abrochada y con manchas de café. Se la veía tan frágil... Max había pedido perdón tan pocas veces que se sentía expuesta y algo incómoda, pero necesitaba aprovechar ese momento a solas, así que se mordió el labio inferior y dio un tímido paso hacia su madre.

—Lo siento —soltó, repentinamente—. Lo siento, por todo.

Diana sonrió. Las arrugas de su boca se hicieron más pronunciadas.

—¿Por qué te disculpas? No has hecho nada malo.

—Sí. Sí que lo hice. En casa, antes de que pasara lo de Allison, cuando hablamos de papá, yo... salí huyendo por la ventana de mi habitación. Os abandoné.

—Es normal que te fueras, todo se volvió tan complicado. Tan doloroso... —Diana se masajeó las sienes con gesto cansado y sus ojos se humedecieron. A Max se le encogió el estómago—. Soy yo la que debería pedirte perdón.

—Mamá...

—Eras solo una niña, Max, y no comprendías lo que estaba pasando. Algo sabías, porque eras lista y nunca has tenido pelos en la lengua para preguntar, pero lo que no conocías lo transformaste en una fantasía para poder seguir. Y yo, no sé... te dejé vivir esa mentira con las cartas porque no quería hacerte más daño. Pensé que te iría bien seguir unida a él. Al menos un poquito más. Sé que siempre fue tu favorito. —Max quiso protestar, pero no le salía la voz—. Sabía que algo te pasaba por dentro, pero... no pregunté porque me daba miedo la respuesta. Las madres también tenemos miedo. Me arrepiento tanto, Max, no puedes ni imaginarlo —dijo Diana, con voz temblorosa. Las lágrimas inundaron sus ojos y Max las sintió como si fuesen suyas—. Jamás perdonaré a tu padre por hacerte creer que solo te queríamos para salvar a tu hermana. Es verdad que tu nacimiento ofreció una nueva oportunidad a Allison, pero fuiste una niña deseada, te lo prometo. Te quise desde que te vi en mis brazos por primera vez, Max, te quise por cómo eras, solo por el hecho de ser tú. Nunca te vi como el fármaco que salvaría a mi primera hija. Me diste otra oportunidad a mí también, porque pude disfrutar de uno de los regalos más bonitos que me ha hecho la vida: tenerte. Allison y tú sois lo mejor que tengo. Os quiero por igual, aunque las circunstancias de cada una sean distintas. Vosotras también sois muy distintas, me habéis cambiado la vida y, pase lo que pase, sé que siempre estaremos juntas, las tres, como siempre debería haber sido. Te quiero, Max. Siempre te he querido y siempre te voy a querer. Siento si no te lo he demostrado lo suficiente, siento...

Pero Max no la dejó terminar. Se lanzó a sus brazos, enterrando la cara en su cuello mientras

lloraba. Le latía el corazón muy rápido, muy fuerte.

—Tú nunca has tenido la culpa de nada de lo que ha sucedido, Max. Tú eres luz, no oscuridad, como llevas creyendo todos estos años. Deja de castigarte tanto, mi niña, ya ha pasado todo. Ya ha pasado todo —le susurró Diana al oído, con la misma voz con la que le leía cuentos cuando era pequeña. Como una caricia por dentro. Max solo pudo sonreír y abrazarla más fuerte.

—Siempre me he sentido culpable por estar sana y no servir para curarla —confesó, en un susurro triste.

—Siempre la protegiste, ¿sabes? Desde que empezaste a gatear. Ibas al lado de Allison allí donde fuera y eras como su guardiana. Ella siempre se ha dejado proteger por ti. Cuando volvió al colegio después de su primera remisión, los niños no querían jugar con ella porque decían que les iba a contagiar algo. Todavía no le había crecido el pelo y los niños son crueles con lo que no entienden. Tú me acompañaste un día a buscarla, cuando tenías tres años, y viste como uno de esos niños se reía de ella a sus espaldas. Te soltaste de mi mano y le metiste tal bofetada que se le cayó un diente de leche. Y eso que te sacaba tres cabezas. —Max rio, incrédula. No se acordaba —. A partir de ese día, hasta que Allison dejó el instituto, nadie volvió a meterse con ella.

—Vaya, no sabía que fuera tan macarra desde pequeña.

—Siempre has sido una justiciera, pero tranquilita. Por cierto... ¿me puedes explicar qué es eso de trepar por la fachada? No tenía ni idea ¿es que tengo una *ninja* en casa?

«Mierda». Max se mordió el labio y alzó la cabeza. Su madre la miraba, seria, pero con las cejas alzadas. Ese era su gesto de «estoy enfadada al 50 %. De ti depende que ese porcentaje baje o suba al cien».

—Verás...

Tenía que quitarse la máscara. Ya no había secretos entre Diana y ella. Se lo contó todo: su sueño frustrado, que quería suspender el curso para quedarse con ellas, su doble cara, lo que sentía por su padre, todo. Con Allison había sido más fácil abrirse porque no era su madre. Con ella no tenía una espinita clavada, no sentía que tenía que ser alguien de quien sentirse orgulloso. Diana seguía seria, pero solo de preocupación. Max se había recostado contra su hombro de nuevo cuando le cogió la mano y le dijo: «Buscaremos ayuda. Volverás a ser tú, recuperarás tus sueños». «¿Y quién soy yo, mamá? Tengo claros mis sueños, pero no sé si son de una desconocida o me siguen perteneciendo». Eso quiso decirle, pero no le apetecía seguir hablando de sí misma.

—¿Qué tal con Scott? —le preguntó después.

La chica sorbió por la nariz y cerró los ojos. Le escocían una barbaridad.

—Las cosas están... complicadas. —No le había hablado de él para que no le doliera su recuerdo. Cada vez que la imagen de Scott acudía a su memoria perdía la calma, perdía la razón, perdía la fachada que había construido para aparentar que todo estaba bien, esa tras la que se escondía. Pero estaba cansada de fingir—. No sé por dónde empezar...

—Empieza por lo bueno.

Su madre escuchó en silencio todo lo que Max tenía que contarle, que era mucho. Notaba la garganta seca de tanto hablar, el pecho envuelto en una nube de fuego al recordar lo que Scott y ella habían compartido. El dolor en el pecho se intensificó cuando le contó cómo lo había echado del hospital, la última vez que se habían visto.

—Pero... ¿tú le quieres? —terminó preguntándole Diana.

—¡Claro que le quiero!

«Entonces, ¿por qué no se lo dije?»

—Entonces, ¿por qué no se lo dijiste? —Su madre parecía la voz de su conciencia.

Max se encogió de hombros, frustrada.

—¡No lo sé! Supongo que me enfada que parezca que siempre va un paso por delante de mí. Y que, la verdad,... no quiero arruinarle la vida como he hecho con la gente que me ha importado algo alguna vez. Prefiero poner distancia entre nosotros y sufrir solo yo si con eso puedo evitar hacerle más daño. No se lo merece. Él, no.

—A veces no podemos evitar enfadarnos con las personas que queremos cuando sentimos que han tocado algo que nos pertenecía. A veces herimos a los demás sin pretenderlo porque es mucho más fácil que cuestionarnos a nosotros mismos. Max, cariño, tienes que aprender a perdonar, y a perdonarte. Hay cosas en el pasado que sí que merece la pena rescatar. Y lo que tú y Scott teníais es una de ellas. Pero tienes que pensar en ti, siempre piensa en ti primero. Y cuando lo tengas claro, no tengas miedo a actuar. Ya le entregamos al miedo demasiadas cosas, ¿no crees?

—Pensaré en ello —le prometió Max con un asentimiento de cabeza.

Hola, papá:

Las cosas van mejorando. Creo.

Me siento bien. Hoy he conseguido dormir siete horas seguidas. No me he equivocado al tocar *Creep*. He desvalijado una máquina expendedora del hospital porque tenía antojo de chocolate. Me veo bien. Menos pálida. Más animada. Ya no siento que el hospital me roba el aire.

Ali y yo hemos hablado mucho de lo que haremos cuando salga del hospital. Quiere hacer cosas arriesgadas. Saltar en paracaídas. Bucear con tiburones. Escalar el Everest. Alcanzar la luna. Ir a Zara en época de rebajas. De todas esas opciones, le he dicho que veo más factible lo de la luna y se ha reído.

He intentado que no se rindiera. Lo vi, vi en sus ojos que estaba a punto de hacerlo cuando los abrió por primera vez después de perder la consciencia. Está cansada de sonreír todo el tiempo, de tener que ser fuerte. Yo la entiendo. Ahora que somos sinceras la una con la otra, le he dicho que compartamos fuerzas. Que escalemos de la mano las mismas montañas. Que volemos con las alas intercambiadas. Que nademos hasta descubrir de qué se compone el mundo, que ella me lleve en su cohete mientras escribo canciones y se las canto a la luna. Lo del Zara lo doy por imposible.

Es broma. No dejo de bromear todo el tiempo, como antes. Todavía tengo una conversación pendiente contigo. Más bien conmigo, porque nunca leerás esto. Pero me ayuda escribirte. Poner lo que siento por escrito. Es otra manera de vivir el dolor.

Max

## 38. Scott

Monótona, angustiada y triste, así había sido su semana desde que Max le había dicho que no quería volver a verlo. Los días parecían haber duplicado sus horas y llovía como si el cielo también tuviera el corazón roto.

Scott abría los ojos por las mañanas deseando cerrarlos de nuevo. El *pack* completo de una ruptura adolescente: no dormía, no comía y no quería seguir viviendo por haber perdido al amor de su vida. A los diecisiete solo se podía sentir de una manera, una sola: con plenitud, como la luna, entregándose sin echar el freno. Él lo había descubierto con Max. No se arrepentía, pero dolía como si lo hiciera.

Sus manos se negaban a sostener un lápiz más de diez segundos sin ponerse a temblar. Porque si todo le recordaba a ella, ¿cómo iba a dibujar? ¿Cómo pintar el mar si Max lo tenía atrapado en la mirada? ¿Y el amanecer, cuando una de las canciones que ella le había tocado con su guitarra era una oda al despertar? Ni siquiera podía dibujar una gota de lluvia deslizándose por el pétalo de una margarita sin pensar: «¿me quiere o no me quiere?». Tiraba el lápiz y se tumbaba en la cama de nuevo al conocer la respuesta.

Iba todas las mañanas al instituto moviéndose por inercia, como un autómata, como un ser que ha perdido la razón de su existencia. Quizás Max tenía razón con eso de que la había hecho el centro de su vida, que lo único que hacía era orbitar a su alrededor. La buscaba constantemente. Por los pasillos, en el comedor, a la salida. En clase de Filosofía miraba su asiento vacío, el de la última fila, pegado a la puerta para ser la primera en salir. Siempre lo era. Ella no había vuelto al instituto desde lo que sucedió en el hospital. Scott no sabía el motivo, pero al menos sabía que Allison estaba bien. Lo vio en la foto de perfil del WhatsApp de Max. Hacía tres días que había cambiado la de siempre, ella de espaldas con su guitarra, por una con Allison: las dos posaban sonrientes frente a una ventana. Allison llevaba un gorro de lana y una sudadera; Max llevaba una de sus famosas camisetas con frases («1, 2, 3, ¡muere!») y la apretaba contra sí como si le diera miedo que al soltarla pudiera desaparecer. Scott se sentía un poco mal por meterse compulsivamente en WhatsApp para controlar cuándo se conectaba. Le escribió mil versiones diferentes de un mismo mensaje, pero no se atrevía a enviarlos.

—¿Qué tal un: Hey, ¿cómo va todo?, ¿te acuerdas de mí o ni eso? —le propuso a Parker un día en el comedor.

—Desesperado. Y suena a reproche.

—¿Y si le digo que la echo de menos y que me dé otra oportunidad?

—Scott, tú no has hecho nada malo. —Parker le dio vueltas al anillo que llevaba en el dedo anular, concentrado. Sophie y él llevaban el mismo. Era dorado, liso y grueso. Le recordaba al Anillo Único de *El Señor de los Anillos*. No era que se hubiesen comprometido, sino una manera de llevar siempre al otro cuando no estuvieran juntos, así se lo había explicado Parker. También le había dicho que cada vez que se lo ponía esperaba hacerse invisible. Sophie, por suerte, no sabía nada de ese doble significado—. No te culpes de que no haya salido bien. Estas cosas pasan.

«Pero ¿por qué a ti no? ¿Y por qué a mí sí?», quiso decirle, frustrado. Era injusto.

El amor era muy injusto.

La oportunidad de volver a hablar con ella se presentó a la hora siguiente, en Filosofía. Cuando acabó la clase, el profesor Taylor lo llamó a su mesa y le preguntó por Max. Él le contó que su hermana estaba en el hospital, y que seguramente no asistía a clase por eso. El hombre se mostró afligido y le palmeó el hombro mientras le decía que Max no tenía que preocuparse de nada. Iba a convencer al resto del claustro para que sus reiteradas faltas no le impidieran presentarse a los exámenes finales. Todos valoraban mucho la mejora de sus notas ese último trimestre y estaban contentos con su evolución.

—Pero es de suma importancia que no tarde más de una semana en volver a clase, porque si sigue perdiéndose temario, le tocará repetir curso el año que viene.

Scott le prometió que se lo diría, pero pensar en oír su voz de nuevo le producía unos nervios tan dolorosos en el estómago que a veces temía vomitar. Sabía lo que le daba miedo: que ella hubiera encontrado más razones por las que Scott no merecía la pena. Era una de sus pesadillas recurrentes. En otras se reía de él. De lo iluso que había sido al pensar que podían estar juntos, de todo lo que parecía ser la primera vez de infinitas veces. Scott cambió de ruta para ir al instituto, cambió de música. Intentó cambiarlo todo para alejarse de ella. Pero no pudo. Max estaba en él. Tendría que cambiar de piel, de sangre y de cerebro para olvidarla.

«Y tampoco quiero olvidarla», se decía, y no paraba de preguntarse si debería llamarla o no mientras deambulaba por la ciudad. Cuando la noche era tan cerrada que el resplandor de las estrellas se reflejaba en los charcos de las calles iba al mismo lugar. Siempre el mismo, siempre de noche. Esperando encontrarla, deseando no hacerlo. El mirador de Central Park estaba vacío, oscuro y silencioso. El viento soplaba con fuerza y el vértigo le retorció las entrañas cuando se sentó. Ese día Max tampoco estaba. Le daba un vuelco al corazón cada vez que empezaba a subir y le parecía oír su guitarra. La imaginaba de espaldas, regalando su arte al mundo, el mundo aceptándolo sin prestarle mucha atención porque había mucho arte en todas partes. Scott contempló el cielo y las estrellas. Las siluetas de los edificios más altos, brillando como faros. El ritmo vertiginoso de una ciudad que seguía teniendo todas sus horas.

Sacó el móvil de su bolsillo. Abrió su conversación con Max: estaba vacía, había borrado todos sus mensajes en un ataque de orgullo y pena. Escribió, con los dedos temblorosos y los ojos

húmedos:

«El tiempo no descansa cuando te pienso. Necesito saber si todavía crees en esto, aunque solo sea cuando despiertas. Quiero seguir estando ahí, contigo, para ti. Vuelve. Te quiero, Max. Vuelve».

Scott se secó los ojos. Tiritaba. Miró una última vez Manhattan desde allí. Todo parecía distinto desde las alturas, pero era lo mismo. Seguro que lo era.

Pulsó la tecla de borrar y se puso en pie. Hacía mucho frío.

Una vez escuché que el primer pensamiento del día, cuando despiertas, es para lo que más deseas. Si fuera así, tu recuerdo estaría gastado ya.

.....

## 39. *Max*

—¡Cuidado, estas cosas las carga el diablo!

—Venga, Ali. ¿No te apetece un poquito de diversión?

—¡Max, ni se te ocurra jugar con la silla de tu hermana!

Allison reía con cada sacudida, encantada, como si estuviera en una montaña rusa. Acababan de llegar a casa después de recibir el alta en el hospital. Le habían cambiado la medicación para que no sufriera más desmayos. Su cuerpo todavía se estaba adaptando, así que Max se había autoproclamado su cuidadora oficial. Manejar la silla la hacía sentirse importante.

Una vez dentro, la aparcó en el salón imitando el sonido de un coche de carreras. Allison rio contra su cuello mientras Max la cogía en volandas y la tumbaba en el sofá, con cuidado. La arropó con una manta, le preparó un té verde y se sentó en el brazo sobre el que su hermana apoyaba la cabeza. Diana les dio un beso a cada una en la coronilla, les pidió que se portaran bien y subió a su cuarto a leer.

—Ya puedes quitarte este gorro tan feo. —Max lo cogió del pompón y lo lanzó a la otra punta del salón. Chincarla también era una de sus obligaciones. Allison protestó:

—¿Por qué dices que es feo? ¡A mí me encanta!

—Prefiero verte bien la cara.

Allison llevaba muy mal que le hubieran rapado el pelo. Se veía horrenda, pero Max le decía sin parar que era preciosa. «¿Cuántas veces me lo vas a repetir?», le preguntaba cuando la inseguridad empañaba sus ojos. Max sonreía y le daba un beso en la cabeza. «Hasta que te lo creas».

Pero era la hermana pequeña, así que su opinión era la mitad de importante que la de los demás. Regla universal de todas las familias con hermanos.

—Yo me veía mejor cuando no estaba calva. —Allison hizo un mohín.

—El pelo volverá a crecer, como las otras veces. Es lo que tiene el proceso de recuperación: perdemos cosas y ganamos otras. Tú tienes una ventaja que nadie más tiene: cuando estés bien del todo, también recuperarás lo que has perdido. ¡A ver quién puede decir eso!

—Cuando vuelva a tener pelo, pienso teñirme un mechón de morado. —Alzó la cabeza, sus ojos color caramelo brillaban—. Como tú.

—Eso sí que no, el morado está reservado para estrellas de la música —bromeó Max,

sonriendo.

Allison le dio un manotazo.

—¡Deja de burlarte de mí!

Max aprovechó su falso enfado para tumbarse en el sofá y apoyar la cabeza en su hombro. Se había acostumbrado a hacerlo en el hospital. Encajaban, como cuando eran pequeñas. Y era bonito recuperar eso. Uno de los pocos recuerdos del pasado que no dolían. Esos días muchos recuerdos habían dejado de hacer daño. Si Max los miraba desde fuera, como una espectadora, parecían menos suyos. Y paradójicamente, eso la acercaba más a ellos.

—Max, ¿me acompañarías a terapia grupal pasado mañana? —le preguntó Allison, cautelosa—. Tengo muchas ganas de volver.

—Claro que sí, guapi. —Tardó menos de un segundo en contestar.

—¡Gracias! Ya que estamos... ¿te puedo hacer otra pregunta?

—Dime.

—¿Cuándo volverá Scott a casa?

Max tiró de los hilos de la manta.

—No lo sé —respondió, sincera. Porque no lo sabía. Lo que sentía por Scott ante su ausencia y lo que sentía por Scott ante la posibilidad de volverlo a ver la confundía. Miedo y necesidad se entremezclaban como si fueran dos emociones inseparables, y ella empezaba a entender cómo funcionaba el amor. Era avanzar de la mano y retroceder en solitario. Y no quería entenderlo, porque seguía creyendo que el amor no era para ella—. Es... complicado. Preferiría hablar de otra cosa.

—Vale. ¿Qué pasa con el instituto?

—Joder, Ali, dame un respiro.

—¿Vas a volver? —Max resopló, incorporándose. Los calcetines de Allison asomaban por el extremo de la manta.

—No puedo volver ahora. Tengo que cuidar de ti.

—No necesito que nadie me cuide.

—Pero yo quiero hacerlo de todos modos. Eres lo más importante para mí. Necesito demostrártelo. Hacer esto por ti, por mí, por nosotras. Solo nosotras. El resto puede esperar.

—A mí me vas a tener siempre, Max. —repuso su hermana, sentándose y cogiéndola de la mano mientras le daba un sorbito al té con la otra. El aire que circulaba entre ellas olía a frutos rojos—. Pero terminar el instituto abrirá las puertas de todos tus sueños.

—Yo ya no tengo de eso.

—Venga ya, ¿has olvidado que quieres recorrer el mundo con tu guitarra?

Pensar en ello la hizo sonreír con tristeza.

—Por supuesto que no lo he olvidado, pero...

—No hay peros que valgan. Tienes un talento increíble, Max. Lo llevas dentro, y sería una pena que no intentaras compartirlo con el mundo entero. Deberías planteártelo otra vez —le

recomendó.

—Ya es muy tarde para eso.

Allison dejó el té sobre la mesa y la hizo mirarla a los ojos:

—Si tú alcanzas tus sueños, Max, me harás cumplir todos los míos. Solo quiero que seas feliz.

Hola, papá:

Compuse mi primera canción a los siete años, ¿te acuerdas? Se llamaba *Mariquitas en el cielo*. Iba sobre un puñado de mariquitas que volaban de flor en flor. El azul del cielo se reflejaba en sus topos negros cuando lo surcaban, o algo así. Dios, era la canción más horrible del mundo. Pero conseguí rimar cuatro frases y me sentí poeta, cantante, de todo. Allison, Diana y tú os sentasteis en el sofá, yo usé un cojín para parecer más alta y la canté tres veces seguidas, hasta que consideré que me habíais aplaudido lo suficiente.

Ojalá siguiera teniéndola, pero hice un avioncito de papel con ella y lo arrojé por la ventana cuando llovió a la mañana siguiente. Mi manera poética de deshacerme de las cosas que no me gustan.

Cuando me compré la guitarra y aprendí a tocarla, empecé a componer de nuevo. Cosas más serias. Más maduras. Menos rimas, más sentimiento. Más de mí. La mayor parte de las canciones que escribo son tristes. No es intencional. Tampoco lo entiendo, porque cuando estoy mal lo que menos me apetece es componer. Canto, pero no compongo. No puede salir nada bonito de mí cuando solo soy tristeza y rabia. El mito este del artista que es un genio solo si está deprimido me tiene un poco hasta las narices, sinceramente.

Estos últimos días no solo yo me dejo caer contra las cuerdas. También arrojé a Scott y mis inquietudes respecto a lo que siento hacia él. Te he hablado de él en las últimas cartas. Si las leyeras... La música no me aclara la mente. Hablar con mamá y Allison tampoco. Y yo sola no soy capaz de llegar a ninguna conclusión. Creo... creo que le quiero, ¿sabes? Creo que lo que pasa es que tengo miedo a querer. A hacer daño y que me lo hagan.

Demasiadas heridas sin cicatrizar. Demasiadas cicatrices que todavía sangran.

Max

## 40. Scott

—Piensa que la vida es como un océano.

—Ay, no. Otra vez no.

Sophie soltó una risita y Scott se llevó las manos a la cabeza rezando internamente para que Parker se callara. Era domingo, las cuatro de la tarde. Scott estaba encerrado en su habitación, haciendo una maratón de películas de superhéroes con las cortinas echadas para aislarse aún más del mundo. Acababa de poner en pausa la película *Capitán América: El primer vengador* porque la actriz que hacía de Peggy Carter le recordaba demasiado a Max cuando Parker llamó al timbre. Él y Sophie habían ido a secuestrarlo. Parker le dijo que estaba harto de que Scott se comportara como un zombie emocional, uno más de esos adolescentes que atraviesan una ruptura como si fuera el fin del mundo. Scott lo llamó exagerado por el telefonillo mientras reía, pero sabía que tenía razón. Las ojeras le habían comido media cara y se sentía cansado aunque estuviera durmiendo más de doce horas. Quiso negarse al plan de Parker, pero supo que sería misión imposible. Si buscaba insistencia en el diccionario, aparecería su foto.

Así que le pidió cinco minutos, se lavó la cara, se puso su anorak oscuro encima del chándal y se despidió de Lilian. Su madre leía en el salón, su pasatiempo favorito cuando Albert no estaba en casa. Al bajar a la calle, Parker y Sophie lo recibieron con un abrazo, la clase de abrazo que uno da cuando quiere consolar a alguien y no sabe cómo. Echaron a andar sin rumbo: la ciudad no había cambiado en su ausencia. El tráfico era el mismo, la gente iba y venía, los árboles seguían igual de mustios y una capa de hielo lo cubría todo porque el invierno parecía eterno ese año.

Scott estaba disfrutando del paseo: Sophie era muy simpática y hablaban de lo típico (estudios, futuro, *pizza* favorita, Netflix) hasta que Parker le preguntó por Max y se desató su espíritu de filósofo.

—¿Cuántos peces hay en el océano, Scott? —Iba cogido de Sophie con una mano y comiéndose un gofre con la otra. Caminaban por Kips Bay, cerca de los muelles. Serpenteaban entre edificios gigantes de aspecto sucio mientras oían el río a lo lejos y veían gaviotas sobrevolando el cielo gris. Parker se había metido en el papel de Doctor Amor: con sus metáforas imposibles ya le había sacado más de una sonrisa, así que le dejó seguir hablando—: Millones de peces, ¿verdad? Pues ahora imagina que todos esos peces son personas. ¿Ves a dónde estoy yendo a parar?

—La verdad es que no, Parker.

—El océano es nuestro mundo y los peces las personas que lo habitan.

—Ya, hasta ahí llegaba.

—Es matemáticamente imposible que solo puedas enamorarte y ser feliz con una persona con todas las que hay. Seguro que, de todas las chicas que nos hemos cruzado hasta aquí, al menos cinco de ellas serían compatibles contigo. —Scott se metió las manos en los bolsillos y miró la cara de la gente que lo rodeaba. Sonrientes, serios, cabizbajos, distraídos con su teléfono, escuchando música. Le llamó la atención una chica de pelo castaño que caminaba mirándolo todo, como solía hacer él cuando pintar era su única motivación. Llevaba un gorro con orejas de panda. Era guapa. Sus ojos verdes se toparon con los suyos cuando pasó por su lado y Scott se apresuró a apartar la mirada—. Solo tienes que buscar, tío. ¡La vida está llena de peces!

—Eres muy pesado, Parker.

—Es un mito eso de que solo existe una persona perfecta para nosotros. ¿Medias naranjas de qué? ¡Gajos, coño, somos gajos!

—Claro, por eso ya has marcado en el calendario la fecha en la que te casarás con Sophie y has pensado en los nombres de los tres hijos que tendrás.

—¿Cómo? —graznó la chica, mirando a Parker, ceñuda.

—No le hagas caso, está... —Se llevó el gofre a la cabeza y lo giró de un lado a otro. Scott vio cómo le caían gotitas de chocolate en el abrigo, pero no hizo ningún comentario. Le estaba llamando loco, se lo merecía—. La ruptura le ha dejado secuelas.

—A ti sí que te voy a dejar secuelas. En la cara.

—Oh, Scott, si quieres iniciar un duelo...

—¿No habéis vuelto a hablar? —Sophie interrumpió a Parker mirando a Scott directamente a los ojos. Su pelo corto y negro se le pegaba a la cara, dejando sus *piercings* al descubierto. Le chiflaban: llevaba las orejas llenas de aros, bolitas de metal en las aletas de la nariz y en el labio inferior, y un adorno plateado atravesándole el cartílago de la nariz. Le contó que Max la había acompañado hacía más de un año a que se hiciera ese último: ella se había puesto un *piercing* en la nariz para aprovechar una oferta de 2x1, pero odiaba cómo le quedaba y se lo quitó a los pocos días. Eso explicaba la pequeña cicatriz que tenía, la marca que tantas veces Scott había repasado con los dedos—. ¿Nada de nada?

—No, y siento que debería. Quiero decir, si no vuelve al instituto en menos de una semana no tendrá la oportunidad de presentarse a los finales y le tocará repetir.

—¿Y crees que ella no lo sabe?

Scott pestañeó.

—Pues...

—Deberías dejar de preocuparte por su futuro y empezar a centrarte en el tuyo —le sugirió Parker. Sophie asintió—. Ahora que las cosas empiezan a aclararse, puedes retomar lo de Tennessee. Ya sabes, lo que llevas queriendo hacer toda tu vida. Dibujar, ser artista... cosillas sin importancia.

—¿Vosotras habéis hablado? —Scott ignoró a Parker y se dirigió a Sophie. La chica negó con la cabeza.

—No, no exactamente. Sé cosas, pero...

—¿Qué cosas?

—Scott, tío, date un respiro —le dijo su mejor amigo, terminándose el gofre—. No es sano que estés tan pendiente de Max. Tienes que aceptar su decisión, tío.

—Me dijo que no quería volver a verme sin darme ninguna explicación. ¿Qué habrías hecho tú?

Parker se limitó a asentir y agachar la cabeza. Todo parecía fácil y distinto cuando no lo vivías en primera persona. Scott agradecía sus ánimos, pero no les correspondía a ellos ayudarlo a superar a Max. A volver a ser él solo podía ayudarse él mismo. Y, aunque pareciera que no, poco a poco lo estaba consiguiendo. Ya no sentía ganas de abrirse una cuenta en Instagram para subir frases de canciones a modo de indirecta. Sí, a esos extremos había estado a punto de llegar en su desesperación por verla reaccionar, aunque no tuviera nada agradable que decirle. Su odio sería mejor que nada.

—Bueno, ¿cómo van los preparativos para el baile de fin de curso? —preguntó para escapar del silencio tan incómodo que los acompañaba en los últimos pasos. Habían dejado el río atrás. La ciudad se cobraba su presencia en todos los puntos cardinales.

—Está siendo increíble. Ya estamos mirando trajes y vestidos para ir conjuntados. —A Parker se le iluminó la mirada. Sophie no parecía muy emocionada.

—Todavía no sabemos si yo puedo asistir, Parker. No soy de tu instituto.

—Nadie va a darse cuenta. Nos presentaremos juntos y ya está.

—Sí, claro. Voy a comprarme un vestido de cien dólares y arreglarme para nada.

—Si no te dejan pasar podemos irnos de fiesta a algún otro sitio.

—No voy a comprarme un vestido de cien dólares y arreglarme para irme a un local de mala muerte en Harlem, Parker.

La pareja empezó a discutir y Scott silbó mientras mantenía la mirada en el horizonte. Al fondo de la calle se veía el Village East Cinema. Era un antiguo teatro que habían reformado para convertirlo en cine. Por fuera parecía una iglesia, un edificio alargado de piedra con ventanas ovaladas, cristales tintados y arcos en cada entrada. En la fachada colgaba un cartel luminoso con el título de las películas, como en los cines antiguos. Algunas costumbres era mejor no perderlas.

Scott estaba a punto de proponerles que entraran a ver alguna película cuando se dio cuenta de que, apoyado en uno de los arcos de la fachada, estaba Sam, mirando el teléfono con una mano y fumando con la otra. Sintió que se quedaba sin respiración mientras veía a Debbie, Alexia, Roberto y otros amigos de Max salir del cine e ir a su encuentro. Pensar en verla a ella también, en su mechón morado y todos los otros colores que le había robado su ausencia, le hizo detenerse de golpe.

—Scott, ¿a qué tú vendrías si...? Oh, mierda —soltó Parker, cuando siguió el recorrido de sus ojos y los vio al final de la calle.

—Sí, mierda. ¿Max estará con ellos?

—Ni idea —respondió Sophie. También estaba seria—. Debbie y ella se han reconciliado y, por lo que tengo entendido, Max no tiene intención de hacer las paces con el resto. Pero puede haber cambiado de opinión, ya sabes. Yo también pasaba de todos y ahora me vuelvo a llevar bien con Debbie y alguno más. Las amistades son así. Un día te odias y al día siguiente matarías por esa persona. Y al otro te arrojarías por un puente con ella, y al otro te besarías.

Scott miró a Sam de nuevo. Reía con algo que le había dicho Debbie, se le veía mejor que nunca. El chico recordó lo que le había dicho en su fiesta, cuando lo acorraló en la cocina. Cuando le confesó lo que sentía por Max. «La quiero, joder. Es perfecta para mí. Impulsiva, sin miedos, guapa». El temor a recibir un puñetazo le había impedido hablar, pero si pudiera le habría dicho que se equivocaba. Que la Max que él conocía sí tenía miedos, aunque no los mostrara. Que si él, que creía conocerlos todos, también había terminado perdiéndola, a lo mejor es que ninguno de los dos la merecía. A lo mejor Max solo se merecía a sí misma. Quizás su amor no entendía de necesidad, como el de Scott, quizás era más feliz sin él. Sam parecía llevarlo bien. Seguía pareciendo él, no un fantasma.

Cuando le vio arrojar el cigarrillo a la carretera y mirar en su dirección, Scott se dio la vuelta y les dedicó a Parker y a Sophie una gran sonrisa.

—¿Por qué no vamos a otro cine? Invito yo.

—¡Genial! —Parker le cogió de la mano. Scott sintió el tacto pringoso del chocolate, pero no dijo nada.

Parker echó a correr calle arriba, y los tres rieron mientras los demás los miraban sin entender nada.

Creo que solo hace falta conocer dos cosas de una persona para saber cómo es: quiénes son sus amigos y qué canción cantaría de noche, borracho y solo.

.....

## *41. Max*

Aunque se lo hubiera prometido a Allison, Max se arrepintió de acompañarla a terapia nada más poner un pie en el hospital. Allison insistió para que se quedara como acompañante. «A veces los padres de mis amigos entran para saber lo que hacemos y compartir experiencias. A Richard no le importa».

Richard era el terapeuta. Un hombre de unos cincuenta años, pelo canoso, gafas que pendían de la punta de la nariz y jersey lleno de pelotillas. Como los de las películas. Pero este tenía una sonrisa permanente en la cara y se encorvaba en la silla y cerraba los ojos y los abría y la miraba como una persona normal. Sin aires de superioridad, sin juzgarla por estar allí ¿Por qué estaba allí? «Por Allison», se recordó. Pero, entonces, ¿por qué tenía la sensación de que la acompañante no era ella?

Sus piernas empezaron a dar golpecitos en el suelo. Max estaba medio tirada sobre la silla. Mordía los cordones de su sudadera y esquivaba la mirada de Richard cuando la centraba en ella. La había hecho presentarse nada más comenzar la terapia y, tras decir su nombre y explicar que era la hermana de Allison, no había vuelto a intervenir. Prefería que hablara el resto.

Había seis personas en la sala, sin contarla a ella, a Allison y al terapeuta. A todos los conocía de la cena que hicieron en su casa hacía ya unas semanas, cuando a Scott... cuando tuvo que subir a su habitación para hablar por teléfono. Le caían bien. Al lado de Allison se sentaba Nick, un chico de dieciséis años al que le habían detectado cáncer de testículos hacía tan solo dos meses. A su derecha, estaba Claire. Tenía la misma edad que Allison y un cáncer la había dejado en silla de ruedas a los veinte. Alice, Evelyn, Joss y Hannah también habían sufrido un cáncer o estaban en tratamiento. Y aun así... parecía que ese no era el motivo por el que se reunían allí. Bromeaban, se contaban unos a otros cómo les había ido la semana con los estudios o el trabajo, hablaban de sus planes de futuro, de todo lo que harían cuando el cáncer se fuera. Así lo decían. Cuando el cáncer ya no estuviera en sus cuerpos, serían imparables. Aunque en realidad ya lo eran.

La terapia duró una hora. Escuchándolos, a Max le quedó claro que a veces lo peor no era la enfermedad, sino cómo respondías a ella. Claire jugaba en un equipo de baloncesto mientras estudiaba Derecho. «Mis piernas no funcionan, pero siempre encuentro la manera de hacer que no me importe. Tampoco son tan útiles, ¿sabéis? ¡Cuando caminaba no metía ni un triple, y ahora los meto todos!».

Claire era la que animaba el grupo, obviamente. Les hacía reír con cada

intervención, y era la definición del optimismo. Allison la miraba embobada cuando hablaba. Se había quitado el gorro de lana al entrar en terapia, y ahora descansaba en su regazo. Jugaba con el pompón cada vez que era ella la que intervenía. Contó lo del desmayo, el nuevo ingreso en el hospital, las pruebas... Max le acarició la pierna mientras tanto. Richard animó a Allison a apoyarse en su entorno y a entender que eso había sido un tropiezo, no una caída. Porque ese era el papel de Richard: animarlos. Animarlos a hacer cosas que les gustaran para olvidar el cáncer, animarlos a hablar entre ellos como si fueran adolescentes normales (porque lo eran), animarlos a pensar más allá de su presente más inmediato. Lo habían superado o iban a superarlo. Sabían que la otra opción existía, pero se quedaba fuera de la terapia. Ese era su espacio seguro. Para desahogarse, para contar lo que quisieran, para buscar apoyo.

«Ahora entiendo por qué a Allison le gustan tanto estas reuniones», pensó Max, mientras ayudaba a recoger al acabar. Detrás, su hermana hablaba con Nick sobre lo mucho que le gustaba la enfermería y lo volcada que estaría en los estudios cuando terminara la quimio.

—¿No te dan pánico las agujas? —le preguntaba Nick, arrugando la cara. Llevaba una coleta y vestía con camisetas de Metallica. A Max le caía bien solo por eso.

—No, bueno, sí, pero cuando me pinchan a mí. Pinchar no me da miedo —respondía Allison sin apartar la mirada de Claire, que acababa de hablar con Richard y se dirigía hacia ellos.

Max rio al ver como Allison se ponía más roja que un tomate y, al girarse para seguir guardando sillas, se topó con los ojos azules de Richard.

—Max, ¿te apetece que hablemos un rato? —le propuso. Tenía la voz algo aguda y disonante, y en la barbilla eran visibles las heridas que quedaban tras un mal afeitado. Quizás aceptó porque le parecía de todo menos un terapeuta, porque confiaba en él tras ver cómo trataba a su hermana, o porque ella querría haber dicho muchas más cosas, pero las palabras no salían y aún le quemaban en la garganta.

Max le dijo a su hermana que la esperara en el pasillo un momentito. Allison asintió (¿por qué sonreía como si se alegrara de que eso sucediera?) y manejó ella misma la silla hasta atravesar el marco de la puerta. Claire la estaba esperando fuera. Tenía los dientes algo torcidos, la cara llena de lunares y unos rizos castaños imposibles de domar. Era muy guapa.

—¿Chocamos ruedas? —bromeó con Allison.

Max sacudió la cabeza, divertida, mientras cerraba la puerta y dejaba a su hermana balbuceando en el pasillo. Richard la esperaba sentado en una silla. Había otra vacía frente a él. Max avanzó hacia ella con pasos lentos e inseguros. Se sentó sin apoyar la espalda del todo en la madera, tensa.

—Mi hermana tiene algo que ver con todo esto, ¿verdad? —Se pasó la lengua por los labios, secos y agrietados. Richard no se movió. Solo siguió sonriendo.

—¿Te gustaría que así fuera?

—Pues ni sí ni no.

—Allison se preocupa por ti.

—¿Ha hablado de mí?

—A todas horas. Créeme, te adora. —Max sonrió con timidez y estiró las piernas al frente mientras se deslizaba en la silla hasta prácticamente tener el culo fuera. ¿Por qué no conseguía estarse quieta?—. Y ahora, si te parece, podemos hablar. De ti, de Allison, de lo que quieras.

Max se cruzó de brazos y se llevó un dedo a la boca. Repasó con la uña, pintada de negro, las heridas que tenía en los labios hasta que un sabor metálico inundó su paladar. Era denso y pesado, como lo que sentía por dentro. Como lo que se negaba a sentir. ¿Por qué le apetecía hablar de eso con un desconocido? Quizás la gente se abría tanto con los psicólogos precisamente porque eran personas que estaban, pero no estaban. Que no te conocían lo más mínimo, y eso lo hacía todo más fácil. No tenías que cumplir unas expectativas, ni fingir para agradar. Se enderezó y tragó saliva.

—No sé por dónde empezar... —La boca le seguía sabiendo a sangre.

—El principio suele ser el mejor comienzo.

Una risita atravesó su garganta, pero Max la reprimió. Sabía qué quería decir, pero le costaba. Joder, cuánto le costaba.

—¿Alguna vez te has sentido idiota por estar triste, pero sin poder llorar y aun así notar todo ese dolor en el pecho? —Max se llevó las manos a la nuca y dejó caer la cabeza hacia atrás. Parecía que se estaba estrangulando—. Perdona, es una pregunta estúpida.

—No lo es, Max. No lo es. Tendemos a menospreciar lo que sentimos cuando no podemos entenderlo. Pero hay sentimientos inexplicables que persisten en nosotros y no entienden de palabras. Solo callan.

—Ya. —Su voz sonaba rara desde esa postura. Le empezaba a doler la frente—. No se va. La tristeza, quiero decir. Me ha costado años entender que lo que siento es tristeza. La confundía con otras cosas. A veces la sigo confundiendo.

—¿Con qué cosas?

—Cuando mi padre nos abandonó, no sentía nada. Era incapaz de llorar cuando quería, de reír cuando me decían algo gracioso, de cantar cuando me pasaba los días escuchando mi voz. Con el paso de los meses me recuperé. Poco a poco. Pero algunas cosas se me quedaron como bloqueadas dentro, ¿sabes? Me volví fría, tuve que aprender a fingir para que mi familia no se preocupara.

—Y eso te agotó —completó Richard.

—Sí, me agotó.

—¿Por qué consideras que tienes que fingir delante del resto?

—Mi padre nos abandonó por mi culpa. Bueno, a ver, ya sé que no —rectificó—. He empezado a entenderlo desde hace unas semanas, así que todavía me cuesta cambiar el chip. Supongo que Allison ya te habrá hablado de mi padre y de lo que pasó, así que me salto todo eso. —Tomó su silencio como un sí y siguió hablando—. Total, que he crecido pensando que yo era la causante de la destrucción de mi familia. Así que... me volví de hielo.

—Define volverse de hielo.

—Pues... oculté lo que no quería sentir. —Max se sentó recta otra vez, poniendo una mueca de cansancio. La sangre se le había acumulado en la cara y le ardía. Richard seguía en la misma posición, con una media sonrisa en forma de luna—. Lo de mi padre, lo de mi sueño de ser cantante, los sentimientos que me acercan a ser feliz. Los cubrí de hielo. Suena tonto, pero cada vez que pienso en ellos, noto escalofríos. Mira, mira cómo se me pone la piel.

Se arremangó la sudadera y le enseñó el brazo izquierdo. El vello se le había erizado y habían aparecido puntitos sobre toda la epidermis. Richard la examinó como un médico y siguió preguntándole:

—¿Y esto lo haces siempre? Controlarte, digo.

—Solo en casa. —Max se bajó la manga y se frotó los brazos—. No quiero que mamá y Allison se preocupen por mí. Siento que no lo merezco. Así que siempre sonrío, les digo que todo va bien en el instituto, finjo que ya no me acuerdo de papá... He llegado a mentirles para que creyeran que sigo soñando con vivir de la música. A ver, es lo que quiero. Las cosas como son. Pero ahora no puedo permitirme pensar en eso.

—Es un instinto como cualquier otro. Proteger aquello que más amamos. Pero hay que saber cuáles son los límites. A la gente se le olvida que también hay que quererse a uno mismo. ¿Cómo eres fuera de casa?

—Una bomba con la mecha muy corta. —Richard rio y Max lo imitó, con gusto—. He estado llena de rabia. Y me ha acompañado desde lo de mi padre. Me paso la vida enfadada. Siento que todo me molesta. El mundo, la gente, las ardillas. Odio las ardillas y Central Park está lleno. Odio el sol, las personas que van por ahí caminando como si no tuvieran problemas y el café frío. —Max se mordió el labio—. Creo que me odio a mí y por eso lo pago con la gente. No puedo controlarlo. Es algo innato en mí, ¿me entiendes?

—Voy a recapitular para ver si lo he entendido. —Richard se quitó las gafas. Su sonrisa era mucho más amable que antes—. Cuando tu padre os abandonó, cargó la culpa del abandono en tus hombros. Y tú eras solo una niña de ocho años. —Esperó a que asintiera y, cuando Max lo hizo, continuó—. Los actos siempre tienen consecuencias. Y lo que tu padre te hizo fue horrible. Hizo que todo tu mundo se desmoronara. Te obligó a cambiar en un segundo, a protegerte de una mentira no aceptando la verdad.

—¿La verdad de que mi padre es un capullo sin sentimientos? Podríamos decir que sí. Me protegí.

—La manera más eficaz que encontraste de protegerte fue no sentir. O eso creías. Porque nada puede ocultarse para siempre, Max, y mucho menos lo que guardamos en nuestro corazón. Sentías dolor, culpa y miedo. Supiste ocultarlo durante todos estos años, pero ¿a qué precio? Allison me ha contado que te oye gritar por las noches. Que apenas comes. Que cada día parece que tienes menos vida. Todo tiene un límite. Todo, tú también. Y ese límite es la rabia que mencionabas, la constante necesidad de estar en movimiento y sentirte tan agotada como para soportar lo que sucedía fuera de ti. Eso no podías ocultarlo. Con tu familia te forzabas a ser la

niña que nunca sufrió un abandono y con el resto del mundo actuabas como si no te quedara nada por lo que vivir.

A Max se le habían ido humedeciendo los ojos. Habló, con la voz temblorosa y débil:

—No sé quién soy de verdad. No sé qué versión de mí misma es la auténtica Max.

—Puedes ser una mezcla de las dos. En la vida no hay nada que sea blanco o negro, Max. Puedes ser borde a veces o tan impulsiva que luego te arrepientas y llores. Puedes querer y tener miedo a la vez, puedes mostrarle tu dolor a Allison o a Diana y dejar que te apoyen. No eres una sola cosa. Eres el daño que te hicieron, las veces que te has levantado después y lo que sueñas. Eres todo lo que quieras ser.

—Eso me lo decía mucho Scott. —Max se frotó los ojos antes de que empezaran a caer las primeras lágrimas.

—¿Quién es Scott?

Richard le alcanzó un clínex (era cierto que todos los psicólogos tenían. ¿De dónde lo había sacado?) y Max sonrió, agradecida, y se sonó la nariz.

—Él es... es decir, él fue... Joder, ni yo misma lo sé. Creí que Scott me salvaría. Que lo que sentía por él, lo que éramos, me salvaría. Pero no lo ha hecho.

—El amor no salva. Solo nosotros tenemos ese poder, sin depender de nadie. Amar ayuda, pero no lo es todo.

—¿Cómo voy a cambiar? ¿Cómo voy a superar lo de mi padre después de tantos años? Y todo lo que dejó detrás. Lo que me hizo ser así. ¿Cómo voy a cambiar eso? ¿Cómo voy a salvarme?

—Si te dijera que yo puedo ayudarte con eso... ¿me darías una oportunidad?

Max se guardó el clínex en el bolsillo. Sentía la cara hinchada, pero sonreía.

—¿Es que no ves que ya te la he dado?

Hola, papá:

He empezado a ir a terapia. Mamá y Allison están muy contentas con mi decisión. Y yo también, la verdad.

Richard es muy majo. Es de los que escuchan antes de hablar (ya, ya sé que es su trabajo), no te interrumpe nunca y consigues que sientas que te comprende con solo dos frases. Inspira mucha calma y tranquilidad. Me hace parar.

De momento han sido solo dos sesiones, pero siento que lo han cambiado todo. No sabía que necesitaba ayuda hasta que me he visto delante de él. Hablando. Al final siempre es lo mismo. Mi coraza. Mi constante preocupación para que nadie sepa qué es lo que de verdad pasa por mi cabeza. De momento solo han sido pinceladas porque todavía tiene que conocerme más. Y yo a él. Pero está empezando a derrumbar todas esas ideas que me metiste en la cabeza. Llorar no es de débiles. Puedo permitirme fallar de vez en cuando. No tengo que ser fuerte todo el tiempo. Pedir ayuda no es malo. No tuve la culpa de que te marcharas.

Richard y yo hemos acordado objetivos para la terapia. Le he dicho lo que quiero, y él va a ayudarme con todo. Le he dicho que quiero tratar mi falta de autocontrol para no tener ganas de liarla todo el tiempo, pero que me gustaría guardar un poco de mi mala leche para los gilipollas que andan sueltos por el mundo. Le he dicho que quiero dejar de sentirme vacía cuando pienso en ti, pero guardar los buenos recuerdos que tengo contigo para siempre. Le he dicho que quiero valorarme más, pero sin alcanzar el límite para seguir superándome día a día. Le he dicho que quiero ser una única Max, con todo lo bueno y lo menos malo de mis dos versiones.

Él ha sonreído al escucharme decir eso. Sonríe mucho, todo el rato. Y me ha repetido que no soy ni blanco ni negro. Soy gris. Soy azul. Soy morado.

Soy lo que quiera ser. Y qué bien sienta creerlo.

Max

## *42. Scott*

Scott salía de su clase de Biología, como cada jueves a las once, cuando se encontró a Max apoyada en las taquillas del pasillo mientras hablaba con el profesor Taylor.

Llevaba casi dos semanas sin verla. Pensaba tanto en ella que era capaz de imaginarla con la viveza de un retrato, pero la Max de carne y hueso había cambiado, estaba distinta. Se había cortado el pelo, y ahora la punta de su mechón morado le acariciaba la mandíbula. Vestía una cazadora vaquera decorada con pines de guitarras y unos pantalones anchos. Escuchaba atentamente lo que le decía el profesor Taylor, que estaba de espaldas a Scott. Asentía, se mordía el labio y se retorció el cuello de la cazadora, en ese orden. Parecía nerviosa.

Scott, que se había pasado las horas pensando en cómo sería la próxima vez que se vieran, estaba más desilusionado que impactado. En su imaginación era mágico. Épico. Una vez soñó que ella estaría esperándolo una mañana bajo su ventana, tocando alguna canción que hablara de amor con la guitarra y, cuando él se asomara sorprendido, Max le sonreiría como si nunca hubiera pasado nada, animándolo a bajar con un gesto. Se despertó escuchando su voz, un espejismo inagotable, y ella no estaba. Mentiría si dijera que no ansiaba oler el aroma a frutas que desprendía acercándose por su espalda, notar la suavidad de su piel cuando le tapara los ojos con las manos, estremecerse cuando se acercara a su oído para susurrarle: «Me has echado de menos y si no lo reconoces, eres idiota».

Sí, sabía que cualquiera de esas situaciones era más propia de una película de Sandra Bullock que de su vida, pero le gustaba pensar que Max y él se reencontrarían de una manera perfectamente imperfecta. Porque así se habían conocido, porque ese parecía ser su destino, aunque antes no creyera en él.

Pero no había sido así. Ni serenata en la ventana, ni sorpresas por la espalda. Y eso, a Scott, le hizo muchísimo daño.

Sintiendo como se le paralizaba el corazón se dispuso a dar la vuelta para marcharse cuanto antes de allí, pero los ojos de Max se posaron sobre los suyos. Ella se puso pálida y entreabrió los labios de la sorpresa. Se despidió del profesor Taylor, que le palmeó el hombro de manera amistosa, y se acercó a él. Ahora que la veía de cerca, se dio cuenta de que bajo la cazadora llevaba una camiseta negra en la que ponía: «Mi cara está arriba, de nada». No llevaba mochila, ni carpetas. Nada que hiciera pensar que volvía al instituto para algo más que una visita.

—Hola. —Ella fue la primera en hablar. Nunca su voz había sonado tan tímida.

—Hola. —Scott se rascó la cabeza. Nada se había detenido a su alrededor, como solía suceder cuando se besaban. Los alumnos caminaban por los pasillos, algunos iban medio corriendo para llegar puntuales a clase. Scott debería hacer lo mismo. Pero no podía deshacerse del efecto imán que Max producía en él.

—¿Cómo va todo?

—Bien, sin más. —Se encogió de hombros—. ¿Qué tal tú? ¿Y Allison?

—Mi hermana está muy bien. Fue un susto. El tratamiento sigue adelante, mamá y Allison siguen adelante y yo... también estoy bien. También sigo adelante —añadió.

—Me alegro mucho.

El silencio, que nunca había sido incómodo para ellos, formó una pared densa entre sus cuerpos que los obligó a mirarse de reojo. Max estaba bien, saltaba a la vista. Tenía menos ojeras, había ganado peso y parecía más suelta. Como si hubiera cargado con algo durante mucho tiempo y hubiera conseguido liberarse. Scott se devanaba los sesos buscando alguna manera de alargar la conversación, pero cuando vio cómo ella miraba las escaleras a sus espaldas, con ansia, supo que no había nada que hacer.

—Tengo que irme —terminó diciendo. Parecía triste—. Allison me espera en el hospital. Ahora que estoy más libre, me encargo de ir con ella a las visitas médicas y acompañarla a casa. Mamá no puede faltar más al trabajo, ya sabes.

—¿Quieres que te acerque al hospital con el coche? Luego os puedo llevar a casa también, para que Allison no haga demasiados esfuerzos.

Max torció la cabeza.

—¿Y qué pasa con tus clases, Scott?

—Tampoco me voy a morir por perderme unas horas de Matemáticas y gimnasia.

Ella pareció sopesar sus palabras, decidiendo si su desinterés era sincero o solo obedecía a la desesperación. Finalmente, sonrió y escondió las manos tras la espalda.

—Vale, muchas gracias.

Bajaron las escaleras procurando no rozarse y sin hablar. Scott tenía un ejército de hormigas en el estómago y temblores en las manos, alguien había hecho de su corazón un tímbal. Era como una estrella a punto de consumirse, un girasol entre cuatro paredes, una gota de lluvia cayendo al mar. Era todo y nada a la vez. «¿Así se sentirá Max, también?».

Subieron al coche. La débil capa de hielo que se había formado en la luna delantera hizo que el chico soltara una palabrota y encendiera la calefacción. Cuando vio que ella se había abrochado el cinturón, arrancó. Últimamente había decidido ir al instituto en coche para poder quedarse más tiempo durmiendo en la cama. Parker lo había premiado por su vaguería y regañado por cederle más tiempo al zombie emocional. Scott empezaba a estar cansado de ese mote.

—Antes has dicho que ahora tienes mucho tiempo libre. —Max y él no habían vuelto a intercambiar palabra desde que ella le había dado la dirección del hospital. La radio emitía un

molesto sonido de estática, estaba estropeada—. ¿Qué pasa con el instituto?

—No sé, ¿qué pasa?

—¿Vas a volver?

—Tengo que pensármelo.

—¿Qué se supone que tienes que pensar? Arruinar tu futuro no puede ser una opción.

—Seguiría siendo algo que he elegido yo. Y sabes de sobra que no decido solo por mí.

Scott apretó las manos sobre el volante.

—El profesor Taylor me dijo...

—Ya he hablado con el profesor Taylor. Para eso he ido esta mañana al instituto.

—Y sabes que si no vuelves a clase el lunes habrás perdido todo el curso, ¿verdad? Las notas que has sacado este año, el trabajo sobre el mito, el tiempo que hemos pasado estudiando... todo ese esfuerzo no habrá servido para nada.

—Toda decisión tiene sus consecuencias —susurró Max, hundiéndose en su asiento—. Es cuestión de prioridades.

Scott decidió no insistir y dejar de presionarla porque, en el fondo, la entendía. Max había estado a punto de perder a su hermana. Lo que le dijo su padre antes de abandonarla tuvo que ser como una profecía para ella cuando se encontraba en el hospital. Estaba inundada por la culpa, tenía que aprender a dejarla a un lado para no ahogarse. Scott comprendía que ahora solo existiera su familia.

Nadie más.

Poco después, llegaron al hospital. Scott notó una sensación ácida en el fondo del estómago. Max parecía experimentar algo parecido. Sus dedos tamborileaban, nerviosos, sobre la ventanilla, y evitaba mirarle a la cara.

«Estoy haciendo caso a tu camiseta. ¿Cuándo vas a hacerme caso a mí?». Parecía una buena manera de romper el hielo. Muy al estilo Max. Scott estaba a punto de decírselo cuando Allison salió del hospital. Usaba una muleta para bajar las escaleras y se cubría la cabeza con un gracioso gorro de lana. No los había visto. Max se bajó del coche sin decir nada y corrió hacia ella para ayudarla. Le dijo algo al oído. Tenía el pelo demasiado corto como para ocultar sus labios, aunque Scott no pudo adivinar qué había dicho. Supuso que algo sobre él, porque Allison sonrió y alzó la cabeza en su dirección.

—¡Scott, me alegro un montón de verte! —exclamó, cuando Max la ayudó a subir al asiento trasero. Scott puso su mano entre los asientos para que pudieran chocar los nudillos y ella soltó una risita—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me he encontrado a Max en el instituto y me he ofrecido a acompañarla. Así puedo llevaros a casa.

—¡Qué caballero, gracias! —Allison sonaba entusiasmada.

Max entró al coche de nuevo y Scott arrancó. Los últimos días habían sido lentos, pero en ese momento sentía que el tiempo estaba pasando demasiado rápido. Conducía a paso de tortuga,

como siempre, y se le hizo raro que Max no se quejara en voz alta. Lo echaba de menos. Allison estuvo hablando durante el trayecto, haciéndolo todo más fácil. Le habló de la quimioterapia, de que lo peor ya había pasado y apenas sentía dolor. Le habló de la terapia a la que asistía, de todos los amigos que había hecho allí, de las escapadas que habían planeado para verano. Quería ver el mar y tomar el sol. Scott alzó las cejas de la sorpresa cuando Allison mencionó que Max también había empezado a ir a terapia, pero ella no cambió el gesto y guardó silencio. Así que Allison decidió cambiar de tema.

Al llegar, Scott paró el motor en la misma puerta y separó las manos del volante, preguntándose qué demonios decir a continuación. Max parecía tener las mismas dudas: se había desabrochado el cinturón, pero no salía del coche. Allison hizo lo mismo, pero se inclinó hasta asomar la cabeza entre los dos asientos delanteros. Olía a jabón de manos y a menta.

—¿No quieres pasar un rato, Scott? Mamá ha hecho bizcocho de zanahoria y está deseando captar nuevas víctimas para que lo prueben.

Scott se apresuró a negar con la cabeza cuando vio a Max fruncir el ceño.

—Lo siento, tengo planes con Parker. Otro día, quizás.

—Sí. Otro día —murmuró Max.

Allison hizo un puchero, pero no insistió. Le dio un beso en la mejilla para despedirse y se bajó del coche, agitando la mano con efusividad. Max y él se miraron unos segundos sin saber cómo decirse adiós. Scott era incapaz de descifrar la expresión de su cara.

—Nos vemos.

Eso fue lo que único que dijo Max.

—Nos vemos.

Eso fue lo único que respondió él.

Max se bajó del coche a toda prisa y ayudó a Allison con la muleta. Entraron en casa. Allison fue la única que miró hacia atrás para dedicarle una última mirada. De Max lo último que pudo ver fue su melena color azabache.

Scott se quedó parado unos segundos, aturdido y descompuesto. Cuando se convenció de que nada había sido un sueño, se puso en marcha de nuevo. Bajó las ventanillas, el aire entró en el coche. Sentía que llevaba demasiado tiempo viviendo en una burbuja. Romperla y salir al exterior tampoco había sido lo mejor.

Tengo miedo de malgastar mi juventud atrapado en unos ojos que no volverán a abrirse  
mientras el azul que contienen, el mar que solo busca hacernos sentir pequeños, me sumerge  
hasta hacerme tocar fondo. Nunca llegaré al fondo de tu mirada.

.....

## 43. Max

La luz que entraba por la ventana de su habitación brillaba con un resplandor tenue, apagado. Max jugaba a perseguir el amanecer con los dedos. Tumbada a los pies de la cama, era lo único que se le ocurría hacer. Su madre estaba trabajando y Allison estaba en el hospital, en una de sus revisiones. Max estaba sola en casa. Bostezó y se estiró como un gato. Había estado horas tocando la guitarra, bebiendo del sonido de sus cuerdas. Se masajeó las manos mientras se levantaba para sentarse frente al ordenador de su escritorio. Nunca estaba cómoda sin hacer nada, tenía una facilidad tremenda para aburrirse.

Lo primero que hizo fue poner un poco de música. Cigarettes After Sex, todo lo que escuchaba últimamente. Luego trasteó un poco con el ordenador, rebuscando en las carpetas para ver todo lo que tenía guardado. Encontró fotos con sus amigos. Sam, Debbie, Roberto, Gato, Sophie... Max aparecía junto a ellos sacando la lengua, posando con unas gafas de sol como si fuera una estrella de cine, sonriendo con los ojos cerrados mientras Debbie le besaba la frente. En conciertos, parques, el sofá de alguna casa que no recordaba. Parecía feliz. Sintió la nostalgia apuñalándole el pecho. Otra cosa con la que aprender a convivir. Debbie y ella hablaban de vez en cuando, pero Max no quería quedar con ella. No le salía que todo volviera a ser como antes. De momento, no. Su amistad con el grupo había quedado atrás, necesitaba tiempo para aclararse.

Era mejor así. Quedarse con lo bueno, y ya.

Golpeó la moqueta con los dedos de los pies. «Each time you have a dream, you never know what it means. You see that open road and never know which way to go and each time you fall in love, it's clearly not enough». Su mano clicaba en las distintas carpetas, explorándolo todo. Y entonces se topó con el vídeo que Scott y ella habían preparado para presentar la historia de Orfeo y Eurídice.

Max no se atrevió a darle al *play*. El archivo seguía llamándose «Taylorteamoponmeundiez.avi». Recordó lo rojas que se le pusieron las orejas a Scott al ver que no lo había cambiado cuando tuvieron que exponerlo en clase. Si Taylor lo leyó, no les dijo nada. Aunque...

—Te guiñó un ojo cuando fuiste a sacar el *pendrive* —le dijo Max al día siguiente, cuando estaban tumbados en su cama. Él leía un cómic, ella le acariciaba los lunares del brazo. Parecían constelaciones.

—¿Qué dices? —Scott alzó la mirada.

—Te lo juro.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Se me ocurren dos opciones posibles... y solo una te va a gustar.

Entonces Scott se había reído, se había puesto rojo y había tirado el cómic al suelo para colocarse sobre ella y besarla mientras ella se revolvió para seguir acariciándole los lunares, pero al final sus bocas se encontraron. Y ya no importó nada más. Una sonrisa involuntaria acudió a los labios de Max al recordarlo, aunque se la tapó con las manos como si fuera algo prohibido. Pasaba la mayor parte del día luchando contra los pensamientos que implicaban a Scott de algún modo, pero siempre perdía.

Lo echaba de menos. Echaba de menos hablar con él de cualquier cosa, preocuparse por él y sentir que él se preocupaba por ella, sus besos, la forma tan delicada que tenía de acariciarle la mejilla mientras la besaba y a la vez la intensidad que desbordaba su lengua cuando ella le tiraba del pelo. Echaba de menos jugar con esos rizos, sus ojos castaños cuando les daba el sol y los volvía tan claros como la miel, sus manos de artista, cuando se despistaba porque había visto algo que quería dibujar y había dejado de prestarle atención. Echaba de menos su sentido del humor, sentir que podía decir cualquier tontería y saber que Scott se reiría, porque en realidad nunca decía tonterías cuando estaban juntos. Juntos. Echaba de menos que estuvieran juntos.

¿Por qué le había dicho que no quería volver a verlo? Estaba enfadada. Y sentía miedo. Porque imaginarse siendo el centro de la vida de alguien le provocaba ansiedad y una responsabilidad que no quería tener. No estaba preparada para esa parte del amor. La parte de confiar en el otro como si fuera ella misma. La parte de entregarse, de buscar miedos compartidos. No, ella quería un amor más libre. Primero su vida y después ya se vería. Tendría que haber hablado con Scott acerca de eso. Explicarle que no es que ella tuviera algo mal por dentro, sino que su forma de querer a veces le pedía tiempo. Tiempo para decir un «te quiero» aunque lo sintiera, tiempo para sí misma y para su familia sin tener que compartirla con nadie, tiempo para curar viejas heridas e intentar no abrir otras nuevas. Tiempo para que el propio tiempo no doliera.

Richard la había ayudado con eso. La había ayudado a estar cómoda en su piel y a entenderse sin reproches ni culpa, a esclarecer lo que sentía. Y lo que sentía era exactamente todo lo contrario a lo que le había dicho a Scott en el hospital. Era injusto que nunca llegara a saberlo. Cuando coincidieron en el instituto el otro día, creyó que se le iba a parar el corazón. Intentó decírselo, hablarle de todo esto. Pero las palabras se negaron a cobrar forma y ella volvió a huir.

Quizás no era tarde para arrepentirse. «Hay cosas en el pasado que sí que merece la pena rescatar». Eso le había dicho Diana. Quizás podía recuperar lo que tenían. Pedirle perdón, volver a empezar. Distinto, empezar distinto, sentirse cómoda queriendo. Pero algunos miedos seguían ahí. Le daba pánico hacer más daño a Scott porque no se lo merecía. Pero quería todo lo que él le aportaba. Esa calma, esas constantes ganas de reír, ese sentimiento de saberse libre junto a él. Sabía que estaba perdiendo en vez de ganar, que las segundas oportunidades existían para hacer uso de ellas.

Que Scott y ella estaban mejor juntos que separados.

Dio un respingo cuando escuchó la puerta cerrándose en la planta de abajo y las voces amortiguadas de Allison y Diana. «Ya están aquí». Max apagó el ordenador, se puso una sudadera sobre el pijama y bajó las escaleras para reunirse con ellas. Después de que su hermana le dijera que todo estaba bien y Max se la comiera a besos, prepararon ensalada para cenar. Las tres, con su bol entre las rodillas, cenaron en el sofá con la tele apagada. Siempre tenían mucho de lo que hablar. Y ese día le tocaba a Max.

—He estado pensándolo mucho... —comenzó a decir, mientras pinchaba un trozo de lechuga para llevárselo a la boca— ... y he decidido que voy a volver al instituto. Mañana.

—¡Cariño, eso es estupendo! —exclamó su madre.

—¡Sabía que lo harías! —Como Max estaba en medio de las dos, recibió un abrazo doble. Max protestó hasta liberarse, entre risas. Se sentía el queso de un sándwich.

A la mañana siguiente, el cielo no fue lo único que amaneció despejado. Lo tenía todo claro, al fin.

Nerviosa, se levantó de la cama de un salto. Se duchó, se puso una sudadera azul (sus camisetas con mensaje le parecían demasiado invasivas para lo que pretendía hacer) y salió a la calle. Se puso los cascos y, sintiendo la música vibrar dentro de ella, fue a buscar a Scott a su casa.

Cuando llegó, se apoyó en la misma farola de siempre y se mordisqueó los dedos cada vez que creía ver abrirse el portal. Se le iba a salir el corazón por la boca. El frío enmascaraba el motivo de su temblor y entumecía sus piernas para frenar su impulso de salir corriendo. Scott tardó más de lo que pensaba en salir, con la cabeza agachada y esa cazadora oscura con forro de borreguito que le quedaba tan bien. Suspiró («allá vamos»), se quitó los auriculares y dio un tímido paso hacia delante. Scott alzó la cabeza y se quedó paralizado al verla. Abrió los ojos con incredulidad, separó los labios y se acercó a ella con recelo, seguramente preguntándose qué demonios hacía allí.

Por suerte para ambos, Max era capaz de contestar a esa pregunta.

—¡Buenos días! —empezó ella, con energía. El frío había dejado de ser tan intenso.

—Bue... buenos días —tartamudeó el chico. Los rizos le caían a ambos lados de la cara, desordenados e inquietos. Parecía asustado y poco confiado, aunque Max no podía culparle. Se lo había ganado a pulso—. ¿Qué te trae por aquí?

—Lo de siempre —respondió ella, y esperó que Scott captara el verdadero matiz de esa frase—. Vengo a buscarte para que vayamos juntos a clase.

Scott volvió a abrir los ojos de par en par y una sonrisa ocupó su cara, dándole forma a esos hoyuelos que a Max tanto le gustaban. Se moría de ganas por apartarle los rizos de la frente.

—¿De verdad?

—¡Claro! ¿Pasa algo?

—Es que... ahora voy al instituto en coche. Ya sabes, por el frío y esas cosas. —Max sabía que

«esas cosas» hacían referencia a lo que había pasado entre ellos—. Pero puedo acercarte si quieres.

La chica asintió, mordiéndose el labio y, en silencio, se dirigieron a su coche, aparcado unas calles más allá. Cuando Scott arrancó el motor, Max le puso una mano sobre el brazo y dijo:

—Creo que deberíamos tomar el primer desvío a la izquierda. —El calor de su piel traspasaba la tela ahora que se había quitado la cazadora y solo los separaba una fina camiseta. Max lo notaba contra la palma de su mano.

—Pero para ir al instituto tenemos que seguir recto —protestó Scott.

—Ya, ya lo sé. Me preguntaba... si querías acompañarme a un sitio. Sé que no te gusta saltarte clases, pero quiero enseñarte algo.

Se miraron. Bastó una simple mirada para sentirlo. Esa chispa, esa corriente de energía que los unía como si fueran polvo de estrella.

—De acuerdo.

Y Scott tomó el primer desvío a la izquierda.

Hola, papá:

Yo soy yo y mi circunstancia. Esa frase me flipa. Es de un filósofo español, y la escribí a los doce años con letras muy grandes en el fondo del armario. Mamá no me dejaba pintarla en la pared, le parecía una especie de acto vandálico. Pero yo necesitaba verla en algún sitio, que me asaltara cuando menos me lo esperara, así que... eso. Al armario.

La frase completa en realidad es: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Mola, ¿eh? En qué cosas nos fijamos cuando queremos entenderlo todo. Nos aferramos a lo mínimo, a cualquier detalle que hable de cómo nos sentimos. Esa frase me hacía entender una pequeña parte de mí: yo era yo porque había vivido unas cosas. Yo no sería yo si hubiera vivido otras. Si algo me ha llevado precisamente a ser yo es todo lo que he vivido. ¿Tengo que odiar lo que he vivido, entonces, si me odio yo? Eso sería atentar contra todo lo que conozco.

He pensado mucho en lo que podría haber sido de mí si mis circunstancias hubieran sido distintas. Si tú no te hubieras ido. Si hubiera nacido en otra familia. Si yo hubiera sido la primera y Ali la segunda. Si se hubiera curado con mi nacimiento y la leucemia no hubiera vuelto. No podía dormir, así que me pasaba las noches imaginando miles de escenarios distintos. Una Max de doce años distinta. Apuntándose a *talent shows* para que conocieran su voz y ganándolos, o perdiéndolos, pero con toda la familia arropándome a la salida. Una Max que quería ser arqueóloga. Una Max mayor, con gafas, cuidando de una niña rubia que no se estaba quieta. Una Max visitando a Allison en la universidad mientras estudiaba ingeniería aeroespacial. No sé. Muchas posibilidades distintas.

Pero esta he sido yo. Estas han sido mis circunstancias. Y... no me arrepiento.

No me arrepiento en absoluto de ser yo.

Max

## 44. *Scott*

Dejaron atrás Manhattan y atravesaron el Puente de Brooklyn. Las vistas eran increíbles. Abajo, enfrente, a los lados: el mar era un manto azul que parecía no tener fin. El chico bajó las ventanillas para absorber todo ese olor a sal y sonrió al ver a Max sacando el brazo por la ventanilla, mientras lo movía de arriba abajo como si fuese una ola.

Nunca antes había salido de Manhattan. Que él recordara, al menos. Cuando Max lo alejó de la costa guiándole a través de las calles de Woodside, Scott se desorientó. ¿A dónde iban, y para qué? Cuando la había visto esperándolo en la puerta de casa, creyó que seguía soñando. Ya había dado por perdido cualquier tipo de acercamiento, pero Max había actuado como si nada hubiera sucedido entre ellos. Seguía haciéndolo en el coche. Cada vez que Scott comentaba en voz alta que le daba miedo a dónde podían dirigirse, Max sonreía con picardía y respondía con evasivas. «Ya estamos llegando, señor impaciente. Un poquito más».

Se preguntó si era pronto para hacerse ilusiones o eso de soñar despierto se había acabado por fin.

Scott detuvo el coche poco después, cuando llegaron a la orilla de un riachuelo escondido en medio de un bosque. Estaban solos. Árboles de troncos lisos y ramas altas decoraban la orilla del río, con las raíces sumergidas en un agua ligeramente turbia. La tierra que lamía el río estaba cubierta de cántaros blancos que se hundían bajo las zapatillas de Scott a medida que se acercaba a Max, que se sentó sobre el esqueleto de un árbol. Se oían pájaros, ranas saltando al agua desde sus nenúfares y una pequeña cascada, a lo lejos. Olía a campo y a resina, a flores y a tierra mojada. Él se sentó a su lado. Max estaba relajada como nunca antes la había visto, era un elemento más del paisaje. Verla a ella en ese lugar. Le recordaba a los cuadros de Monet. Irregular, bucólico, remoto.

—Cuando era pequeña y mis padres seguían juntos y mi hermana aún no había tenido su primera recaída, veníamos aquí a pasar las tardes de los sábados siempre que hacía buen tiempo —le explicó. Su voz sonaba lejos, muy lejos del verde del bosque y el azul sucio del río, aunque su cuerpo estuviera junto al de Scott—. Allison y yo jugábamos a pescar culebras. Nos gustaba secarnos con los rayos del sol mientras escalábamos los árboles más bajos y aguantábamos la bronca de nuestros padres cuando nos caíamos y nos raspábamos las rodillas. Este era mi rincón favorito del mundo y, cada vez que nos marchábamos, me prometía que la siguiente vez que

volviéramos a visitarlo haría algo todavía más alucinante. Cruzar de un salto al otro lado. Construir una casa del árbol. Dejar que me llevara la corriente para ver si aparecía en Australia. Yo que sé, era una niña. Me encantaba Australia. Pero mi padre se fue poco después, y nosotras dejamos de visitar este lugar. —Max hizo una pausa y arrojó una piedra al río. El agua se la tragó con un sonido sordo, como un chapoteo, y una onda delicada barrió su superficie—. ¿Sabes? Creía que el río siempre sería el mismo. A pesar de la sequía, del barro, de la lluvia. Que las cosas cambian, pero que siempre hay algo que se mantiene vivo. Intocable. Como las personas. Pensaba que el río mantendría su esencia aunque yo no estuviera aquí para verlo. Pero está distinto. No es el mismo río en el que me bañaba con siete años. Me he dado cuenta de que el más mínimo cambio, como la piedra que acabo de arrojar, cambia el río. Nunca volverá a ser el mismo, aunque por fuera sus aguas sigan mostrándose tranquilas.

—Eso no tiene por qué ser malo —intervino Scott, mirando el río.

—Es verdad. Los cambios buenos también existen. Lo he descubierto hace poco.

El silencio volvía a ser cómodo entre ellos, liviano. Los árboles cubrían sus sombras, el viento zarandeaba sus cabellos y se respiraba tanta tranquilidad que aquel lugar parecía de mentira.

—Llevo días pensando en volver aquí —le confesó la chica, abrazándose las piernas y apoyando la barbilla en las rodillas.

—Nunca me habías hablado de este lugar.

—No me permitía recordarlo. Pero ahora que me siento mejor puedo hacerlo. —Max puso una extraña mueca y lo miró a los ojos. Parecía indecisa (Max, Max parecía indecisa), pero se giró hacia él y colocó las piernas a lado y lado del tronco en el que se habían sentado. Scott hizo lo mismo, y de pronto estaban frente a frente. Manteniendo el equilibrio, bajando el volumen del mundo—. Voy a serte sincera, Scott. Porque lo mereces, no hay nadie que lo merezca más que tú. A ver por dónde empiezo... llevo pocos días con Richard, pero me está ayudando a ver las cosas de una manera mucho más amable, más gris, y... Richard es mi terapeuta, no mi nuevo novio. Puedes volver a respirar, Scott, no estoy con nadie. Joder, me he perdido. Vale, ya sé por dónde iba. La terapia, saber que mi padre no lee las cartas porque no le importo, que no es mi culpa que Allison esté enferma... me he quitado un gran peso de encima. Comienzo a saber quién quiero ser, cómo, cuándo, con quién. Ahí entras tú. Tú me ayudaste a dar los primeros pasos que me han traído aquí, a este lugar. A terapia. Junto con Ali y mi madre, claro. Y quiero pedirte perdón por todo lo que te dije. Lo pensaba, pero no era yo la que lo pensaba. Ahora no lo pienso, ni lo creo. —Scott trató de interrumpirla para decir que no pasaba nada, que la perdonaba, pero Max le puso un dedo en los labios para poder continuar hablando. Su contacto le hizo estremecerse—. Me he portado fatal contigo y, dios, me arrepiento tanto... Entendería que no quisieras saber nada más de mí, pero es que tú has sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. A lo mejor soy egoísta por pedirte otra oportunidad y quizá lo nuestro solo sea un capítulo acabado para ti, pero... Qué difícil es esto. Lo que quiero explicarte... es que mi vida está cambiando, sí. Y quiero que formes parte de este cambio, quiero vivirlo a tu lado. Porque yo también te quiero, Scott. Te quiero.

Scott quiso decirle muchas cosas. Que también la quería, que adoraba volver a oír cómo se perdía al hablar, que la había echado de menos. A eso se reducía todo: la echaba de menos y había vuelto. Y, como seguía sin poder hablar de la emoción, hizo lo único que podía hacer, lo que más le apetecía hacer. Besarla. Con urgencia, con deseo, hasta que la necesidad pasó y pudieron ser ellos de nuevo. La mano de Max en sus rizos, Scott dibujando surcos en sus mejillas con los pulgares. Calor en el estómago, sus bocas explorándose aunque ya conocieran todos sus rincones. Sus cuerpos encajando como dos piezas de un puzle, las ganas de ir a más. Ella mordiéndole el labio inferior y Scott controlándose para no gruñir. Todo era nuevo y, a la vez, familiar. Se apartaban lo justo para mirarse, para susurrarse sus nombres con los ojos y, entonces, se volvían a besar. Aislándose de todo lo que los rodeaba, del olor a eucalipto que estornudaba el bosque, de la frescura que los abrazaba desde el río.

Continuaron besándose hasta recuperar el tiempo que habían perdido. Scott sentía los labios hinchados cuando se separaron, sabían a pasta de dientes. Max guiñó un ojo y le susurró: «Vaya aliento más mentolado». Scott se rio, feliz, y le dio un beso en la frente. Eran los besos favoritos de Max.

—¿En qué piensas? —le preguntó, en un murmullo.

«En ti, Max. En cómo me has cambiado la vida. Antes me bastaba con sostener un lápiz entre los dedos para sentirme completo, ahora mis manos están desnudas hasta que rozan tus mejillas».

—Me preguntaba si ahora todo está bien —mintió, siguiendo la dirección de su mirada. Una ramita cayó desde un árbol cercano, posándose sobre el agua, hasta que la corriente se la tragó.

—Sí, Scott. Ahora todo está bien.

Ella se apoyó sobre su hombro y Scott la rodeó con un brazo. Se quedaron en silencio, mirando el paisaje, y Scott sintió que la vida recuperaba el color.



El pasado no siempre tiene que doler. A veces solo se repite, pero podemos escapar del bucle.  
Solo hay que intentarlo.

.....

## *45. Max*

Cuando no podía tocar la guitarra, aunque fuera un solo día, le cosquilleaban los dedos y se sentía extrañamente vacía. Vivía para lo que creaba, y eso era como vivir por dos. Por cien, por mil. Por infinito.

En todo ese tiempo que había estado separada de Scott había sentido algo muy parecido. Un vacío indescriptible. Silencio en cada canción. Miraba las estrellas cada noche, preguntándose si él estaría haciendo lo mismo desde su ventana. Sus dedos acariciaban el aire buscando hundirse en su piel. Y ahora que estaban juntos de nuevo era como si hubiera recuperado el aire de golpe. Como si todo fluyera solo. Volvía a tener ganas de vivir en cada letra, los acordes se deslizaban por su garganta con gracia y arrancaban destellos de sueños que creía enterrados. Llenaba sus libretas de canciones, componía a todas horas.

El amor no la había hecho revivir. La había fortalecido.

Max y Scott veían los días pasar en una rutina que no sentían como tal. Habían marcado unos límites, como Max necesitaba para sentirse libre. Scott estaba de acuerdo también. No era necesario verse todos los días, ni llamarse a todas horas, ni decirse pasteladas románticas cada dos segundos. Su tiempo se repartía entre estudios, familia, música y Scott. A veces rompía sus propias reglas porque le apetecía. Invitaba a Scott algunos fines de semana a casa aunque estuviera su familia. Se quedaba a cenar, jugaban a las cartas, veían películas. Lo llamaba por teléfono cada vez que salía de una de sus sesiones con Richard para contarle de lo que habían hablado. Solían verse con Parker y Sophie todas las semanas para hacer planes atípicos de pareja. Iban en busca de la peor cerveza por todos los bares de la ciudad. Competían por ver quién aguantaba más tiempo en el toro mecánico de las ferias. Se manifestaban contra el cambio climático.

La felicidad tenía que ser así de sencilla. Max no le podía poner otro nombre.

Se sintió tentada de compartir ese pensamiento con Scott, pero no quería molestarlo mientras estudiaba. Se habían quedado solos en casa de ella durante unas horas, encerrados en su habitación mientras trataban de memorizar complicadas fórmulas sobre la velocidad y otras cosas que Max no podía ni quería recordar. En tres meses terminaban el instituto y tenían exámenes prácticamente todas las semanas.

Pero Max estaba demasiado inquieta. Se sentía incapaz de seguir estudiando, así que se quedó

mirando a Scott, que estaba tumbado en el suelo. Apoyado sobre sus codos, miraba con atención las páginas del libro de Física, frunciendo el ceño cada vez que algo se le escapaba. Max estaba tirada sobre la cama, con las piernas sobre la pared y la cabeza colgando. Bufó un par de veces y, al ver que Scott no le hacía caso, comenzó a soplarle la cara. Ver su irritación era mucho más divertido en esa posición.

—Max, estate quieta —le advirtió, sin despegar los ojos del libro.

—Venga, vamos a hacer un descansito. Esto es un rollo.

—Hay que sabérselo todo muy bien para no llevarnos sorpresas.

—Yo ya me lo sé todo —refunfuñó ella, arrojando su libro al suelo.

Scott la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué diferencia hay entre velocidad y rapidez?

—Em... ¿ninguna?

—Error. ¿Cómo surge la aceleración normal?

—Yo sí que estoy acelerada y a mí no quieres estudiarme tanto.

Scott rompió a reír y Max vio su oportunidad. Bajó de la cama todo lo deprisa que pudo y se lanzó sobre él, separándolo del libro. Fueron un lío de piernas y brazos durante unos minutos, besándose entre risas entrecortadas y protestas. Terminaron desparramados sobre la moqueta, respirando muy rápido. Scott le apartó el pelo de la frente con actitud cariñosa y Max posó sus labios sobre su nariz.

—Es increíble la facilidad que tienes para distraerte —le dijo el chico.

—Es tu colonia. Huele demasiado bien, a caramelo y regaliz. Me flipa el regaliz. Tú eres el culpable de mi futuro suspenso.

—Encima —protestó, y Max se rio aún más alto. Sin embargo, notó como Scott se ponía serio a su lado—. Oye, hace tiempo que quiero preguntarte algo ¿cómo ves tu futuro después del instituto?

—Lejano y negro. Muy negro.

—Max...

—Vale, vale. No lo sé, la verdad. Tengo algunas ideas, pero no me convence ninguna. Creo que intentaré aprobarlo todo y me quedaré en casa, cuidando a Allison y a mamá. Ellas dicen que pueden cuidarse solas, pero prefiero asegurarme. Hasta que Ali vuelva a estar bien.

—Me lo imaginaba. Diana y yo estuvimos hablando de eso el otro día.

—No sé si me gusta que seas amigo de mi madre. Es... antinatural.

—No decimos cosas malas sobre ti.

—¡Solo faltaba! —La risa de Scott sonaba como un pájaro abriendo las alas para alzar el vuelo y Max se dejó contagiar por ella—. ¿Y tú, qué piensas hacer?

Scott dejó de reírse. Dibujó las tres letras de su nombre en el dorso de su mano con el pulgar. Cuando habló de nuevo, su voz estaba impregnada de dudas:

—Creo que me quedaré también, para ayudar a mis padres con la tienda. El ayudante que habían contratado se ha largado, así que...

—Pero siempre has querido estudiar Bellas Artes en Tennessee.

—La universidad puede esperar un poco más.

—Scott, no puedes aplazar tus sueños así como así —le riñó Max.

—Yo no tengo de eso. Ya sabes, yo me muevo por...

—Objetivos, sí. Lo sé. —Le tironeó del brazo—. Sueño, objetivo, qué más da. El deseo es el mismo.

—Quizás no era tan importante al fin y al cabo. De todas maneras, es pronto para hablar de esto. Todavía tenemos que aprobar el instituto —dijo Scott, cambiando de tema.

Max prefirió caer en el anzuelo y se incorporó, inclinándose sobre él.

—También podemos sacar tiempo para más cosas, ¿no?

—¿Cómo qué? —preguntó Scott, todo inocencia.

Max prefirió demostrárselo en lugar de responder. Agachó la cabeza hasta rozar la frente de Scott y lo besó. Su lengua se abrió camino en su boca y un gruñido gutural, casi salvaje, emergió de entre sus labios. Max lo tomó como una invitación y se tumbó encima de él, notando cómo el corazón del chico latía, frenético, contra el suyo. Lo sentía en las costillas, en el estómago, abajo. Mucho más abajo. Las manos de Max se deslizaron por el pelo de Scott como si fuera un jardín de rosas sin espinas, agarrándose con fuerza a sus rizos al sentir sus manos posándose sobre sus caderas. Estaban un poco frías, pero no le importó. Max se separó de su boca para dejar un reguero de besos y mordiscos en el cuello hasta llegar a su clavícula, que lamió muy despacio. Escuchó cómo Scott soltaba un pequeño jadeo y volvió a apretarse contra él, buscando sus labios con una urgencia desenfadada, preguntándose si en algún momento él se atrevería a quitarle la camiseta.

Pero Scott, en cuanto sintió que las manos de Max bajaban por su cintura, soltó un ruidito estrangulado y se hizo a un lado. Mientras se incorporaba, Max vio que tenía las mejillas rojas y la marca de sus dientes en el cuello. Se sentó muy recto con la espalda apoyada en la cama y una extraña contorsión en las piernas para intentar que Max no se diera cuenta de lo «realmente emocionado» que estaba.

—¿Qué pasa? —graznó, todavía con los sentidos ligeramente nublados por el deseo. Por muchos besos que se hubieran dado esos meses nunca habían pasado la frontera de las caricias sobre la ropa. Y ella no era de piedra. Y, como acababa de comprobar, Scott tampoco.

—Yo... no sé —tartamudeó Scott, cohibido. Se llevó una mano al pelo para tratar de aplastarse los rizos, pero no hubo manera—. Prométeme que no vas a reírte.

—Prometo que voy a reírme muy alto y muy fuerte. Dime.

Scott sonrió y puso los ojos en blanco como queriendo decir: «Venga, Max, dame un respiro». «Yo te daría otra cosa», respondería ella, pero guardó silencio hasta que Scott se animó lo suficiente para hablar. Su pecho seguía subiendo y bajando con fuerza.

—Nunca... nunca he estado con nadie. Tú fuiste la primera persona a la que besé, así que no... no he hecho nada más. Con ninguna otra chica.

—¿Y con chicos?

—¡Max!

—Vale, es una broma, no me mires así. Sé que los chicos no te gustan. —Max se acercó a él, guardando una distancia de seguridad. Ese olor a regaliz la estaba trastocando demasiado—. Tampoco es algo de lo que avergonzarse, Scott. Cada persona lleva su propio ritmo con estas cosas. Yo puedo esperar todo el tiempo que necesites hasta que te sientas preparado. Nunca se me ocurriría presionarte.

Él sonrió un poquito y Max le devolvió la sonrisa. Se abrazaron, y nunca un abrazo había sido tan su casa, su refugio.

—Gracias, Max. Qué raro que no me hayas soltado ninguna puyita sobre mi virginidad.

—Nos queda mucha tarde por delante todavía, no me tienes. —Max volvió a subirse a la cama, y Scott se rio mientras recuperaba su libro—. Anda que preferir estudiar Física antes que a mí... No sabes lo que te pierdes.

—¡Max!

—¡Vale, vale! Me callo.

Pero las mejillas de Scott volvieron a teñirse de un rojo intenso. Max no tuvo problemas en adivinar lo que estaba pensando. Satisfecha, se recostó sobre la cama y se sumergió en el mundo de la Física.

Hola, papá:

Cada persona tiene un sueño. Me lo enseñaron en el colegio. Una profesora nos preguntó una vez qué es lo que más deseábamos en nuestra vida. En ese momento aprendí que un sueño era la cumbre de los deseos. Los niños levantaron la mano a mi alrededor, seguros. Decían chorradas, eran niños. Mi sueño es ser un superhéroe. Mi sueño es tener una máquina de chuches infinitas. Mi sueño es volar más alto que un avión. Yo dije que mi sueño era ser cantante, y los niños se rieron. La música es para los mayores, me dijeron. Los sueños también, tendría que haber contestado.

Otro profesor nos hizo la pregunta hace unos cuantos años, cuando ya éramos adolescentes y no respondíamos emocionados a estas cosas. Mi sueño es ser millonario. Mi sueño es tener un Ferrari. Mi sueño es volar a Egipto. A regañadientes, dije que mi sueño era ser cantante. Nadie se rio, pero me miraron raro. Como queriendo decir: «¿Dónde está tu canal de YouTube, entonces?», «¿por qué no has cantado nunca en la semana cultural?», «¿por qué pareces resignada, por qué dices que quieres ser una cosa y luego no luchas por ella?». El miedo lo cambia todo, tendría que haber respondido.

Allí aprendí que los sueños tenían que cumplirse para existir.

Richard me ha preguntado hoy cuál es mi sueño. Si tengo algo a lo que aferrarme, si hay algún deseo que me mueva. Yo le he dicho que quiero ser cantante. Richard me ha pedido que le cante algo. Y yo lo he hecho. Y cuando he abierto los ojos y he visto su cara, he sentido que estaba más cerca de mi sueño que nunca. «Eres afortunada», me ha dicho. «No todos podrán presumir, dentro de cincuenta años, de ser lo que de verdad quieren ser».

Hoy he aprendido que los sueños no son inalcanzables. Que quizás el mío todavía merezca la pena. Puede que los sueños nos elijan, pero somos nosotros los que al final decidimos luchar por ellos o dejarlos marchar.

Max

## *46. Scott*

Por primera vez en toda su vida, Scott había dejado de sentirse invisible.

Y, por primera vez en toda su vida, echaba de menos serlo.

El instituto era un lugar peculiar para la gente que existía allí. Ahora muchos alumnos lo saludaban por los pasillos como si lo conocieran de toda la vida cuando nunca habían coincidido en clase y en el comedor las mesas dejaban de estar ocupadas por mochilas y abrigos para abrir un espacio cuando pasaba con la bandeja.

Aunque nadie se lo hubiera dicho, sabía que todo se debía a que estaba saliendo con Max. A los besos que se daban a la salida, en los descansos, a que entraran a clase de Filosofía de la mano. Max no se juntaba con nadie, pero era un poco leyenda. La chica rebelde que se saltaba clases y escuchaba música para no oír a los profesores. Que elegía estar sola y no parecía necesitar a otra gente para pasárselo bien. Algunos de los mensajes que llevaba en sus camisetas luego aparecían en pintadas sobre las paredes de los baños. Eso era antes, claro. Menos lo de las camisetas, todo lo demás había cambiado. Pero así funcionaban las leyendas. Seguían vivas en la memoria porque se alimentaban de deseos frustrados. Todos querían aparentar esa seguridad. Todos querían ser como Max, pero nadie se atrevía.

Nadie sería nunca como Max, en realidad.

A ella le daban igual los rumores. Siempre hacía lo que quería, sin importarle lo que opinara el resto. No hacía caso de las miradas. Lo besaba delante de la sala de profesores. Se había hecho una foto con la señora Roberts cuando apareció a dar clase un día con una camiseta que decía «Si no me dais vuestra atención, yo os daré suspensos». Gritaba por los pasillos cuando aprobaba un examen y se liaba a golpes con su taquilla cuando suspendía.

Max en estado puro.

Se atragantó con el agua y se le acabó saliendo por la nariz un día en el comedor porque Scott le había dicho que Tessa, una de las animadoras, le había arrimado su pompón en gimnasia y le había guiñado un ojo. «Normal, es que estás bastante bueno. Ella también, las cosas como son». Esa había sido su respuesta, y Scott se había reído, y se había preguntado en qué clase de simulación estaba viviendo para que las chicas más populares, con las que Parker había soñado, ahora le guiñaran el ojo y se dieran cuenta de que era real, de que pisaba los mismos pasillos que ellas y que tenía un nombre y un apellido.

Y eso le llevaba a pensar en Parker y todo lo que había pasado después.

«Ay, Parker. Ay, pobre Parker».

Todo era increíble en su vida desde que había empezado a salir con Sophie. Sacaba mejores notas, era más independiente, cocinaba unos platos de pasta que eran para enmarcar, vestía mejor, estaba más centrado y había dejado de actuar como si tuviera doce años cuando estaba delante de las chicas. Pero sin perder su esencia, sin perder su toque de adolescente bocazas que a veces se comportaba como si viviera en un juego de rol. Parker era la clase de persona que exprimía el amor y que se volvía alguien mejor al encontrarlo. Cero toxicidad, aunque le costaba no ver a Sophie todo el tiempo. Cero celos, aunque su inseguridad demandaba *te quiero* de repente. Cero reproches, aunque discutían cuando sus gustos entraban en conflicto porque lo que mejor compartían era el lenguaje que los unía bajo las sábanas. «Vas a exprimirla tanto que al final le vas a quitar todo el jugo», le advirtió Max. Parker hizo una broma sexual que provocó que se desternillara de risa mientras Scott ponía los ojos en blanco.

Al final, había ocurrido lo inevitable. Era sábado. Scott estaba con Max dando un paseo después de haber desayunado tantos pasteles que creía que iba a echar a rodar de un momento a otro, cuando recibió una llamada de Parker. Tras cuatro meses de intensa relación con Sophie, había pasado lo que les pasaba a la mayoría de relaciones. Acababan. Así, de golpe y sin esperarlo. Desconsolado e hipando por el llanto, Parker le explicó que Sophie lo había dejado. Y no por lo distintos que eran.

Hacía un par de semanas, Sophie había ido a tatuarse un girasol, su flor favorita, en el brazo. Allí conoció al tatuador, un chico llamado Nash que cultivaba girasoles en el patio de su casa. Bueno, y plantas de marihuana, pero lo principal eran los girasoles. Empezaron a hablar y descubrieron que no solo tenían en común su amor por las flores. Nash era un apasionado de las motos, iba a conciertos todos los fines de semanas, tenía más *piercings* que pecas y su sueño era recorrer Estados Unidos con una Harley. Fue un flechazo. Ese mismo día se lo dijo a Parker. Su amigo había pasado por todas las fases de la ruptura en menos de quince minutos (negación, ira, negociación, depresión y aceptación), pero había retrocedido y se había quedado estancado en la depresión. Por eso lo había llamado.

Scott y Max corrieron a su encuentro. Tardaron cuatro canciones en llegar: Max medía el tiempo que tardaba en llegar a los sitios en canciones. «¿Sabes esta gente que cuando llega a un sitio dice: me he plantado aquí en dos cigarros? Pues yo lo mismo, pero con canciones. Es más sano, ¿verdad?». Scott le dijo que esa medida no le parecía muy fiable, pero Max interrumpió su réplica cuando llegaron al instituto. Se encontraron a Parker sentado en los columpios de la plaza, berreando como si le estuvieran abriendo el pecho en canal.

Y repetía sin parar...

—No lo entiendo, tío, te juro que no lo entiendo. —Cuando lograba dejar de llorar, era lo único coherente que le oían decir. Scott le acarició la espalda, sentado en el columpio de al lado. Max estaba recostada en la arena, con las piernas flexionadas y la cazadora de cuero desabrochada. El

sol no se veía, pero empezaba a hacer más calor. Hoy, su camiseta decía: «No hables si no tienes nada inteligente que decir». Muy acertado para consolar a alguien al que acababan de dejar—. Me quería. La quería. Nos queríamos. La quiero. Joder, tío, es que todo iba bien. Yo... no lo entiendo. No lo entiendo, tío, te juro que no lo entiendo.

—Estas cosas pasan —intentó animarlo Scott. Parker no dejaba de darle vueltas a su anillo, el anillo que lo unía a Sophie.

—A mí no. A nosotros no.

—A todo el mundo le pasa, tarde o temprano. El desengaño amoroso es lo que tiene. Te destroza y todo ese rollo del primer amor multiplica la tristeza por mil —dijo Max, con los ojos cerrados y la cabeza metida en un diminuto rayo de luz.

—Es que no lo entiendo, Max, te juro que no lo entiendo —repitió. Intentó decir algo más, pero rompió a llorar y se tapó la cara con las manos.

Un grupo de niños se quedaron plantados frente a la plaza. Llevaban pelotas y una comba: estaba claro que querían jugar allí. Scott se encogió de hombros mientras les dedicaba una mirada de lástima y los niños se marcharon sin emitir un solo sonido. Después, Scott se giró hacia su amigo y le palmeó la espalda.

—Tranquilo, Parker. ¿Sabes lo que tienes que hacer para superarlo cuanto antes?

Parker alzó la cabeza, ilusionado.

—¿Qué?

—Pensar que la vida es como un océano.

—Scott, no tiene gracia. —Chistó la lengua y volvió a cubrirse con las manos.

—En serio, Parker: piensa que la vida es como un océano lleno de peces...

—¡Vamos, para de una vez!

—... los peces son personas, y hay tantas personas con las que podemos conectar...

—¡Scott!

—... que sería una lástima perder la oportunidad de conocer a alguien por una mala ruptura. ¡Hay muchos peces en el mar, Parker, solo tienes que sacar la caña!

Soltando un rugido de rabia, Parker le dio un puñetazo en el hombro. Scott se rio, encantado de poder devolverle una de sus metáforas y ser el Doctor Amor por primera vez, aunque lo que más le alegró fue ver aparecer una tímida sonrisa en los labios de Parker.

—Te lo dije, Parker. Sophie y tú erais demasiado distintos.

—Creo que Parker necesita de todo menos la verdad ahora mismo —intervino Max, abriendo los ojos. Por un momento creyó que se había dormido. Max era como los gatos cuando se tumbaban al sol: ronroneaba y se quedaba frita en dos segundos. Le había pasado en los jardines de Central Park. Muchas veces. La chica bostezó y su gesto se volvió duro cuando se giró hacia Parker, aunque su voz sonaba divertida—. Tú no le hagas caso: lo que has compartido con Sophie ha sido maravilloso a pesar de vuestras diferencias. Es solo que... se ha acabado. A veces las cosas terminan así, sin que uno se lo espere. Pero no por eso tenemos que hundirnos. No somos barcos

de papel en el mar. ¿Sabes lo que dice mi hermana siempre?

Parker preguntó, en tono lastimero:

—¿Qué?

—Que si caminamos con los hombros hundidos y la cabeza agachada nos perdemos todas las oportunidades que la vida nos pone en el camino. —Ante la cara de desconcierto de Parker, Max puso los ojos en blanco y soltó un bufido. «En otra vida fue un gato, fijo»—. Que cuanto antes dejes de pensar en Sophie, antes podrás empezar a conocer a otras chicas.

—Tienes... ¡tienes razón! —bramó Parker, dando un salto repentino desde el columpio para lanzarse sobre Max y besar sus mejillas. Ella le pidió que parara, entre risas, hasta que Parker se quitó de encima y se sentó en el columpio de nuevo. Parecía otro: sus ojos brillaban sin lágrimas y sonreía. Scott nunca había visto una recuperación tan milagrosa—. ¡Gracias, me has abierto los ojos!

—¡Pero si es lo mismo que te intentaba decir yo con lo del mar! —protestó Scott. Cabeceó, divertido—. Sí que te ha durado a ti la pena...

—Calla, no vaya a ser que se vuelva a acordar —susurró Max, que se sacudió los vaqueros al levantarse del suelo, corrió a sentarse en su regazo y le dio un suave beso en los labios. Sabía a crema y hojaldre.

—¿Podéis controlar vuestras lenguas un poquito? —se quejó Parker.

—No inventes, no ha habido lengua.

—Scott es demasiado puritano.

—Eso es mentira y lo sabes.

—A ver cuándo me demuestras lo contrario —susurró Max.

—Huelo vuestras hormonas desde aquí —interrumpió Parker, y los tres se echaron a reír—. Podéis besaros como si mañana se acabara el mundo, no me importa. Total, a saber qué será de nosotros después del verano.

Scott frunció el ceño. Hacía relativamente poco que les había dicho a sus padres que no iba a empezar la universidad ese año. A su padre le había dado igual, pero su madre no se lo había tomado demasiado bien. Insistía en que era una oportunidad perdida. Su expediente era excelente y ellos no necesitaban más ayuda en la tienda. Scott lo sabía, pero se resistía a abandonar Manhattan. Max se quedaría allí y quería estar con ella. Quería estar donde estuviera Max. A eso se reducía todo.

Aun así, para evitar problemas con su madre, presentaría la solicitud para Tennessee. Por si acaso.

—El verano queda muy lejos, yo prefiero centrarme en el ahora. —Max rompió el silencio, y Scott volvió al parque, a los columpios, al olor a bosque humedecido por la lluvia.

—Pues el ahora más próximo es el baile de fin de curso, solo quedan dos meses —dijo, intentando que no se notaran demasiado las ganas que tenía de ir al baile con Max. Ahora que empezaba a ser alguien, le apetecía hacer ese tipo de cosas.

—Scott, no empieces —se quejó Max.

—¿Cuál es el problema? ¿El vestido?

—Eso es lo principal, pero hay muchos otros.

—Max, puedes ponerte lo que quieras. Incluso vaqueros.

—Claro, claro. Eso es muy normal en un baile de instituto.

—¿Qué importa lo que sea normal o no? —Scott sacudió la cabeza—. A lo que me refiero es que... terminar el instituto marca el fin de una etapa. Es un momento especial. Y quiero que sea memorable.

—Yo no voy a disfrutar del baile si tengo que pasarme la noche subida a unos tacones y sintiéndome totalmente disfrazada—contraatacó la chica.

—Pasárselo bien es una actitud. Tú me lo enseñaste, Max. Yo podría ir disfrazado de hawaiano, incluso.

—Venga ya. —Max soltó una risa seca—. No aguantarías en el centro de la pista con esas pintas ni dos minutos. Asímelo, Scott: este baile es una fuente de frustraciones. Yo paso de pasarlo mal. Prefiero evitármelo.

—Pues yo quiero que vayamos juntos.

—Te he dicho mil veces que no voy a ir.

—Y yo te lo voy a preguntar otras mil veces más. A ver quién gana.

—Ella. Fijo —intervino Parker, y él y Max chocaron los puños con complicidad.

—Creía que tú también querías ir.

—He madurado, Scott. Esas cosas son de críos.

—¡Venga ya, capullo! ¡Llevas hablándome de lo que te vas a poner para el baile semanas! Lo que pasa es que no vas a poder ir con Sophie y ahora te echas para atrás.

—En realidad, podría ir y decirle a todo el mundo que mi novia es de otro instituto y que por eso no puede asistir. Pero no me gusta mentir.

—Las verdades a medias no son una mentira —añadió Max, volviendo a chocar el puño con Parker. Scott puso los ojos en blanco.

—Idos al infierno, los dos.

Max le dio un cariñoso beso en el pelo. Parker se balanceó en su columpio, animado, pero no mucho. Acababa de quitarse el anillo para guardárselo en el bolsillo. Su mirada estaba quieta en las nubes cuando preguntó:

—Oye, ¿creéis que podría conseguir una nueva novia antes del baile? ¿O ya he agotado mi suerte hasta dentro de cien años?

Sin poder evitarlo, Scott se echó a reír.

Somos efimeros, fugaces y torpes, pero hay pieles capaces de aguantar cualquier golpe, capaces de navegar hasta en la más temible de las tormentas.No estamos hechos de papel.

.....

## 47. Max

—¿Estás lista?

Sentir el aliento cálido de Scott en su oreja le hizo dar un respingo, asustada. La música reverberaba en sus huesos, sonaba tan alta que era incapaz de escuchar sus propios pensamientos. Max se estiraba los labios con los dedos, resistiendo el impulso de morderse las uñas.

—No sé cómo me has convencido para hacer esto.

—En el fondo ya estabas convencida.

—Vale, ¿y qué? Nadie te dice qué hacer mientras esperas.

Scott sonrió, sugerente.

—¿Quieres besarme?

—Siempre. Pero ahora no es el momento.

Él se rio y le dio un beso en el pelo. Max se apresuró a toqueteárselo y a asegurarse que las horquillas que se había puesto para recogerse a los lados seguían intactas. «Vale», pensó, resoplando. «Todo está en su sitio».

Estaban en el Smalls, un bar de *jazz* en Greenwich Village. El local era bonito e íntimo, con luces tenues, un techo bajo y paredes cubiertas de pósteres de Louis Armstrong y Billie Holiday. Había sofás de terciopelo tapando parte de la barra y un improvisado escenario sobre una minitarima rodeado de sillas. Ese era el gran encanto del Smalls: podías tomarte una cerveza de diez dólares mientras el sonido de un saxofón te transportaba a los años 30. El tercer viernes de cada mes cualquier músico podía tener sus diez minutos de gloria sobre el escenario. Daba igual el estilo, el tipo de música. Era una buena oportunidad para darse a conocer, iba mucha gente.

—¿Va a salir bien? —Había intentado que fuera una afirmación, no una pregunta. La espera la estaba matando.

—Por supuesto, Max —contestó Scott, abrazándola por la espalda y obligándola a parar. Llevaba varios minutos dando vueltas en círculo y no se había dado ni cuenta—. Todo va a salir tan bien que no tendrás ganas de bajarte de un escenario nunca más.

—¡Tú! Sales en un minuto —le gritó un tipo entre bambalinas. El hombre se quitó el lápiz que llevaba en la oreja y tachó un nombre en un papel. Luego volvió a mirarlos y entornó los ojos al fijarse en Scott—. ¿Quién eres? No estás en mi lista y no hay más actuaciones por hoy.

—Soy... esto...

—Mi novio —completó Max por él. La sorpresa tiñó los ojos de Scott más rápido que la vergüenza—. ¿Algún problema?

—Ninguno. ¿Tienes tu instrumento?

Max se separó de Scott para coger su Takamine, y se la colgó del cuello. El tipo se marchó, satisfecho. Scott la miraba con una sonrisa de lado a lado.

—¿Con que novio, eh?

—Me ha salido solo. —Max se giró hacia él sonriendo con fanfarronería—. Pero si te sientes incómodo no volveré a decirlo.

—¡No! —se apresuró a contestar. Max rio y él puso los ojos en blanco al darse cuenta de que le estaba tomando el pelo—. A veces eres mala, ¿sabes?

—Me sé de un sitio en el que soy mucho más mala.

Se aproximó a él con pasos lentos, mirada sugerente y, cuando había entreabierto los labios para recibir los suyos, la música cesó y una marea de aplausos lo llenó todo. Los nervios paralizaron a Max, que observó la silueta de la chica que tocaba antes que ella abandonando el escenario con su ukelele. Tragó saliva, sus manos se aferraron a la guitarra y Scott le dio un beso en la frente.

—Déjalos con la boca abierta —murmuró contra su oído antes de marcharse.

Los aplausos empezaron a menguar y Max supo que había llegado el momento de salir. Se aseguró de que el pelo seguía como Allison se lo había dejado: a su hermana le había dado por ser su estilista y Max le había permitido peinarla, pero no maquillarla. Llevaba unos pantalones de cuero y unas botas altas. Había intentado ponerse una de sus camisetas con mensaje, «Calla y escucha», porque le parecía perfecta para la ocasión, pero Allison la había obligado a llevar un top negro que dejaba sus brazos al descubierto. Estaba guapa con esa ropa, tenía que reconocerlo. Ese tipo de escote la favorecía, parecía que tenía más pecho. Más curvas. Y aun así le daba igual. Cómo vestía, cómo la vieran los demás. Solo quería ser música. Tomó aire, lo soltó muy despacio. Tomó aire, lo soltó mucho más despacio. Ya no se oía nada fuera.

«Déjalos con la boca abierta».

Con la guitarra por delante, Max contuvo el aliento, traspasó las cortinas y apareció en el escenario. Un foco la golpeaba directamente en la cara. Parpadeó muy rápido, dio otro paso al frente. El local estaba lleno. Muy, pero que muy lleno. No quedaban sillas libres. Había gente de pie cerca de la entrada. Diana, Allison y Parker estaban sentados en primera fila. Scott se les unió. Sonreía como si estuviera esperando a que saliera su artista favorito.

Todo el mundo estaba pendiente de lo que ella tenía que decir. De su voz.

Max se situó frente al micrófono y se aclaró la garganta.

—Hola, me llamo Maxine. Maxine Wallace. —Qué raro era escucharse tan alto, en todas partes—. Pero prefiero que me llamen Max. No tengo un nombre artístico porque no he formado ningún grupo de música. Todavía. Solo somos yo y mi guitarra. Mi guitarra no tiene nombre. Siento la discriminación, juro que pensaré algo para la próxima vez. —Risas—. Voy a empezar con una canción de Lewis Capaldi. Porque me encanta y... bueno, eso es motivo suficiente. Luego cantaré

*She used to be mine* y terminaré con algo que compuse hace tiempo. Sentíos libres de aplaudir, de abuchearme, de invitarme a una cerveza o lo que queráis. Gracias.

Las risas se mezclaron con aplausos y Max agachó el mentón, segura. Le sudaban un poco las manos, menos mal que tenía la correa. Con su mano derecha, colocó tres dedos en escala. Quinta cuerda, tercera cuerda, segunda cuerda. Do mayor. Con la izquierda, sujetó la púa que se había sacado del bolsillo antes de subir al escenario y la pasó por las cuerdas para asegurarse de que sonaba bien. «Has afinado la guitarra unas cien veces, claro que suena bien». Cerró los ojos, se aclaró la garganta de nuevo. El local entero volvió a guardar silencio. El aire olía a expectación y a cerveza y a regaliz. Max respiró contra el micrófono, abrió los ojos. No veía caras, aunque sabía que su familia seguía allí. Y Parker. Y Scott. Pero no los veía, todo era borroso y claro a la vez. «Está pasando», pensó. «Voy a cantar delante de otras personas y voy a disfrutar como si fuera la última vez».

Y eso hizo. *Someone you loved* nunca había sonado tan bien en sus labios, ni en su guitarra. Era la canción que había tocado para Scott en su habitación antes de besarse por segunda vez, le parecía un recuerdo de otra vida. Como si hubieran estado toda una vida juntos y luego se hubieran encontrado en esta también. Cuanto cantó la última estrofa, buscó su mirada entre toda la gente que se había levantado a aplaudir. Lo habría reconocido aunque los separaran millones de personas. Porque sí, porque reconocería esos rizos con los ojos cerrados y porque su sonrisa combinaba tan bien con su mirada que lo transmitía todo sin decir nada.

Después llegó el turno de *She used to be mine*, de Sara Bareilles. Había elegido esa canción porque le recordaba al pasado. A cómo era ella en un pasado tan reciente que aún dolía por las noches, pero que cada vez estaba más cerca de dejar atrás. «She is messy, but she's kind. She is lonely most of the time. She is all of this mixed up and baked in a beautiful pie. She is gone, but she used to be mine». Se desgarró la garganta cantando esa parte. Se aisló del mundo y se olvidó de que estaba en un escenario. Estaba en su cuarto, bajo un manto de estrellas que brillaban. La guitarra era como una extensión de su cuerpo y sus dedos se movían ágiles por las cuerdas. Por eso cuando volvieron los aplausos se sintió tan desorientada. Notó cómo se le coloreaban las mejillas de rojo y rodeó el micrófono con las manos mientras biqueaba por la luz. La gente seguía haciéndole caso, su madre se limpiaba las lágrimas sin disimulo y Allison, Parker y Scott se iban a dejar las manos de tanto aplaudir. Max pidió silencio y un vaso de agua. Tenía la boca seca.

—Bueno, esto se acaba. —Se bebió de un trago el agua que le trajo el camarero, le dio las gracias y volvió a dirigirse a su público. Empezaba a sentirse como en casa. Cómoda, respaldada. Lo comprendió de pronto. Había nacido para estar allí. En ese bar, ese viernes, a las ocho y cuarto de la tarde, con esa canción. Su voz estaba bien. Ahora le tocaba el turno a sus letras—. Voy a tocar una canción que compuse hace un par de años. Cosecha propia. Se titula *The ghost of that damned may*. Espero que os guste.

Esa canción era como una espina que quería sacar de sus dedos cuanto antes. Nunca se la había

cantado a nadie. Ni siquiera a Allison, que se sabía de memoria todo su repertorio y era su mayor fan. Esa canción siempre había sido solo suya. Y si tuviera que pertenecer a alguien más, en cualquier caso, sería a su padre. Le gustaba la capacidad que tenían los recuerdos de influir en su voz. En lo que creaba. Sonaba sentida, y su guitarra lloraba.

Ella ya no. Por eso podía cantarla.

So wake up in the morning and call me with the scars.

Tell me where the wine is. Put your ring back.

Mushrooms in my body, walking on the sun.

This house feels so empty. We are just some.

And you see me on the floor and you don't mind.

And you see me float on my own pain.

And you keep the ghost of that damned may.

You are not here.

You are not here anymore.

Había cantado con los ojos cerrados y el corazón en un puño. Vivir en sus letras era la manera más auténtica que tenía de vivir. El local parecía que iba a caerse con tanto aplauso. Oyó silbidos y supo que era Parker sin necesidad de verlo. Allison saltaba. El pompón de su gorro golpeaba a Diana en la cabeza, que lloraba a lágrima viva. Scott la miraba como siempre: con admiración, cariño y orgullo y con unos ojos tan brillantes que pensó que podría ahogarse en su mirada. Él confiaba en ella. Siempre lo había demostrado.

Max sintió que se le humedecían los ojos y miró al foco de luz directamente. Los aplausos no cesaban y pensó que iba a estallar de felicidad mientras hacía una cómica reverencia.

«Mis sueños no se han apagado. Son como las estrellas», pensó, vibrando con esa sensación hasta sentirla en los huesos. «Siguen aquí».

«Yo sigo aquí».

Hola, papá:

Me he subido por primera vez a un escenario y ha sido... buah. Increíble. No, increíble se queda corto. Alucinante. Apoteósico. Fantástico. Sensacional.

Me he quedado sin adjetivos, pero para que lo entiendas: ha sido como reencontrarse con un amor de verano. Todo es maravilloso mientras estés con esa persona entre la espuma de las olas y la arena, aunque se te pegue a la piel (es muy molesto). Sientes que has recuperado una parte de ti, que has abandonado la estática que latía en tu pecho desde tu marcha. Descubres que perteneces a ese momento. Tu corazón está bien, tu cabeza también. Así me he sentido en el escenario. Me he encontrado con la música, con mi sueño, después de creer que lo había perdido para siempre.

Perdona por la comparación romántica, es que Allison me ha obligado a ver una de sus películas ñoñas.

El corazón me sigue latiendo a mil por hora. Intenté no dudar de mí, intenté que mi afinación fuera perfecta, no fallar en ningún acorde, poner una sonrisa bonita mientras cantaba. Y, ¿sabes qué? Me dio igual. Al verme allí, me dio igual todo. Fue muy natural. Fue como cantar sola. Estaba tan segura... tendrías que haberme visto. Tomé aire y lo solté en forma de música. Dios, qué maravilloso ha sido.

Pero esta vez quiero que sea eterno. Que esta sensación dure para siempre. No quiero una sola ocasión en un escenario. No quiero un solo verano.

Quiero vivir en la música.

Max

## 48. Scott

Scott llamó al timbre hecho un manojito de nervios. Eran las siete de la tarde y aún no había anochecido. La primavera había despertado, por fin, y con ella el buen tiempo y las temidas toneladas de polen que le hacían estornudar cada año y mantenerse bien alejado de los parques. Scott notaba el sudor acumulándose en su nuca y en sus axilas. Dio gracias mentalmente por haberse puesto una camiseta blanca para que no se notara y se pasó la mano por el pelo.

Max abrió la puerta al segundo. Llevaba unos vaqueros estrechos y una camisola que hacía juego con su mechón. Era el mismo morado, idéntico: Scott se preguntó si se la había comprado por esa razón o si habría sido casualidad. Iba descalza. Alzó la mano con la que cargaba una bolsa de plástico y se la mostró.

—Una tonelada de *sushi* del Yummy City.

Max entornó los ojos y lo miró con recelo.

—¿Hay *nigiris* de salmón?

—Sip.

—¿Y has pedido salsa agridulce?

—Un montón. Puedes nadar en ella.

—Acceso permitido. —Max rio y se hizo a un lado.

Scott le dio un beso rápido en los labios al entrar y soltó un silbido de la impresión al ver que Max había preparado la mesa para la cena y colocado algunas velas. Las cortinas estaban ligeramente echadas y sonaba una música suave.

—Vaya, sí que te has tomado en serio lo de nuestra noche especial —bromeó, mientras Max cerraba la puerta y se acercaba a él para quitarle la bolsa.

—¿Qué llevas en la mochila?

—Nada, mi pijama. —Scott se tensó y se apresuró a quitársela para apoyarla al lado de la escalera. Después siguió a la chica, que se encogía de hombros en la cocina y sacaba el *sushi* de la bolsa para ponerlo en platos.

—No sé para qué te traes pijama. —Mojó el dedo en salsa agridulce y se lo llevó a la boca—. No vas a necesitarlo.

—Max, estos comentarios no me ayudan a calmarme. Y... haz el favor de dejar de chuparte el dedo.

Ella se rio entre dientes y Scott suspiró, aún más acalorado que antes. Era normal, supuso. No todos los días se le presentaba la oportunidad de pasar la noche con Max. Se lo había propuesto el día de antes, a la salida de clase. Iba a estar sola en casa porque les había regalado a Allison y a Diana un fin de semana en un *spa* en las afueras. Max quería que ellos tuvieran una noche solo para los dos. Su noche especial. Scott se había mostrado un poco cortado al principio, y le había preguntado si a Diana no le importaría que fueran a dormir juntos. Max le dijo que ya lo había hablado con ella y que no había problema, y Scott enrojeció aún más al preguntarse qué era lo que le habría dicho exactamente. Pero allí estaba. Había dedicado toda la mañana del sábado a estudiar (mentira, a intentarlo) porque quedaba menos de un mes para los finales y ahora miraba a Max como quien mira un cuadro de Gustav Klimt.

—Oye, que yo también estoy nerviosa —repuso ella, terminando de preparar la cena. Había seis platos de *sushi* variado y tres boles con salsa agridulce. Scott se empachó solo de ver tanta comida.

—No mientas, estás disfrutando viéndome sudar.

—Que no.

—Max...

—Vale, es verdad. —Solo Max podía reír de esa manera, como si le faltara el aire, y que siguiera resultándole el sonido más hermoso del mundo—. Pero no te angusties, te prometo que no voy a fingir más.

—¿Puedes dejar las bromas sexuales y sentarte para que cenemos de una vez?

Rojo hasta las orejas, Scott se preguntó si sería capaz de cenar algo. Max se sentó frente a él y sirvió agua sin dejar de sonreír. Pero le hizo caso, y no volvió a lanzar ninguna insinuación más... al menos que Scott supiera distinguir.

Cenaron tranquilos, sin silencios, sin poner la televisión. Max le enseñó a coger el *sushi* con palillos y Scott aprendió a medias tras salpicarse la camiseta de salsa agridulce unas seis veces.

—Tan hábil con los pinceles y luego para otras cosas... —Max ahogó un *maki* de mango en el único bol de salsa que quedaba (se había bebido los otros dos, prácticamente) y se lo metió en la boca.

—¿Eso va con segundas?

—¡No te obsesiones, solo era una broma!

—Ya, ya —se quejó, mojando la servilleta en agua y tratando de borrar las manchas de la camiseta. No funcionó. Ahora parecía que llevaba una camiseta de lunares marrones. La dio por perdida y apoyó los codos sobre la mesa—. ¿Qué tal llevas el examen de Física?

—No, por ahí no paso. —Max se tapó la boca para terminar de masticar y lo apuntó con un palillo—. Nada de hablar de exámenes esta noche. Ni de estudios.

—¿De qué voy a hablar, entonces?

—Scott, te aseguro que agobiarme con los finales no es la mejor manera de conquistar mi corazón.

—Ya lo he conquistado con el *sushi*, no me hace falta nada más.

Max rio y le dio la razón. Terminaron de cenar hablando de música, su tema de conversación favorito. Scott intentó alargar el debate acerca de la idealización de los Beatles (¿era merecida o se la habían robado a The Who?) cuando Max decidió que era hora de hacer otra cosa. Se levantó para cogerlo de la mano y llevarlo al sofá. «Ven, ya lo recogeremos todo después». Scott tragó saliva.

—Yo... voy un segundo al baño —dijo. Estaba tan poco convencido que la voz de Max sonó preocupada cuando preguntó:

—¿Seguro? ¿Estás bien?

—Sí. Y sí. Ahora vuelvo. Tú... espérame tumbada.

Cuando se aseguró de que estaba de espaldas a él, Scott cogió su mochila y se coló en su habitación. Había estado dándole muchas vueltas a lo que quería hacer, preocupado por lo que opinaría Max. Pero, por una vez, quería hacer lo que realmente le apetecía sin temor a hacer el ridículo, a no ser suficiente.

Y eso hizo, con una sonrisa de niño que brillaba.

Volvió al salón mucho más relajado. Max seguía tumbada en el sofá. Sus pies descalzos, con las uñas pintadas de azul como las de las manos, marcaban un ritmo que solo existía en su cabeza. Scott se inclinó sobre su boca y le dio un beso que sabía a mar.

—Hola.

—Hola. —La chica se pasó la lengua por los labios y sonrió—. Has tardado mucho. ¿Te has perdido?

Scott no respondió. Volvió a inclinarse para besarla, pero con mucha menos ternura que antes. Fue un beso instintivo, sin contención, la única barrera la marcaba la ropa que había entre ellos. Max lo agarró de los rizos (dios, cómo le gustaba que lo hiciera) y tiró de él hacia ella, pero se dieron un golpe terrible en la nariz y ambos rompieron a reír. Enrollarse con Scott en cuclillas y Max tumbada no parecía la mejor opción. Frotándose la nariz, ella se puso en pie. Sus ojos brillaban aunque todo fuera prácticamente oscuridad a su alrededor. Las velas ya se habían consumido.

—Vamos a mi habitación.

Los nervios volvieron, pero por una causa muy distinta. A Scott le apetecía hacerlo. No había nada que le apeteciera más en este mundo que hacerlo con Max. Pero ahora temía cómo se tomaría ella la que le había liado en el cuarto. «Bueno, ya está hecho. No sirve de nada arrepentirse», se dijo, mientras seguía a Max escaleras arriba.

Ella entró delante. Iba riendo y medio saltando porque los escalones estaban muy fríos, pero se detuvo tan de golpe que Scott chocó contra su espalda. Contuvo el aliento mientras la veía alzar la cabeza, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—Pero qué coñ... —Fue lo único que dijo.

Por la ventana solo entraba la oscuridad de la noche, pero todo brillaba porque Scott había

transformado su cuarto en un cielo lleno de estrellas. Había tantas que era imposible contarlas, como en el cielo de verdad. Cuando Max avanzó hasta situarse en el centro de la habitación, se reflejaron en su ropa como si vistiera diamantes. Bajo su cabeza, junto a toda aquella noche estrellada, Scott había colgado un dibujo de la luna en todas sus fases. No había conseguido decidirse por una sola porque Max era un poco así, muchas facetas escondidas bajo la misma esencia. La misma palidez, la misma belleza. La misma sensación al contemplarlas: estar cerca y a la vez lejos.

—¿Te gustan? —preguntó, con timidez. Max seguía de espaldas, contemplándolo todo—. No son las mismas estrellas que tenías antes. Las estuve buscando, pero no hubo manera. Encontré estas. Son más pequeñas, más brillantes, también más realistas. Parecen de verdad. —Ella alzó la mano, sus dedos rozaron el dibujo. Scott tragó saliva y se retorció las manos—. No quiero que sea la noche más especial de nuestras vidas, ¿vale? Solo quiero que sea la primera de muchas a tu lado. Bajo las estrellas, sin ellas. Me da igual. Solo quiero hacerte feliz. Que nos hagamos felices juntos y...

Se interrumpió al ver que Max se había dado la vuelta. En sus ojos brillaba cada estrella, cada sueño roto. Pero seguía sin decir nada. Estaba seria, y Scott sentía deseos de taparse la cara con las manos.

—Max, di algo —le rogó.

—Es... infinito —tartamudeó, dando vueltas sobre sí misma—. Esto es como... como el espacio. Inmenso. Da miedo y es precioso a la vez. Joder, cómo no va a gustarme. Me has traído la luna, Scott, y las estrellas, y es el regalo más bonito que me han hecho en toda mi vida. Gracias. Gracias porque por primera vez... creo que me lo merezco. Y es una sensación increíble.

—Te mereces más que esto —suspiró Scott, aliviado y emocionado—. Te mereces...

Pero Max cambió de fase y empezó a gritar y a saltar y a bailar bajo las estrellas. Le dio besos por toda la cara, le cogió de las manos para obligarlo a bailar con ella, se subió a la cama de un salto para tocar cada estrella, se miró la piel de los brazos como si no pudiera creerse que ella también fuera una.

—¿Ves esto, Scott? ¡Brillo!

—Antes lo hacías por dentro, ahora también por fuera —contestó Scott, entre risas.

Max detuvo sus bailes y se llevó el dedo a la boca.

—Ayúdame con una cosa.

Cogieron la almohada y los cojines que había sobre la cama. También el edredón y, mientras Scott lo estiraba sobre la moqueta, Max fue al armario a por más mantas. De esa manera construyeron una cama improvisada sobre el suelo. Y se tumbaron, arropándose hasta la barbilla, con las estrellas brillando sobre sus cabezas. Se quedaron en silencio. Solo se les oía respirar.

Max se arrimó a él hasta que sus hombros se tocaron e, indecisa, le pasó el pulgar por el labio inferior muy despacio y se acercó más. Estaba tan cerca que podía oler su aroma a fresas con cada respiración, el perfume del bosque con cada suspiro.

—Tú haces de mi mundo un lugar mejor. Y, si algún día el mundo se viene abajo y nos arrastra con él... mis canciones seguirán vivas. Y tú vivirás en sus acordes, y yo seré la voz.

—Y, si fuese al contrario —añadió Scott, apartándole el pelo de la cara—, mis dibujos siempre estarán sobre un papel. Y yo seré tinta, pero tú serás color.

Max sonrió, y sobre sus dientes aparecieron diminutos destellos blancos. Scott rompió la distancia que los separaba y la besó. Lo hizo con timidez al principio porque era consciente de dónde se encontraban, del silencio que los envolvía, del calor que emanaban sus cuerpos. Sus labios se posaban sobre los de Max con delicadeza, mientras un hormigueo recorría su estómago y le hacía aumentar la intensidad de sus besos. Lo que empezó siendo una chispa se transformó en una poderosa llama.

Max no dejó de besarla mientras sus manos apartaban el edredón y se deslizaban bajo su camiseta, acariciándole el pecho. Scott se armó de valor y dejó que sus dedos dejaran suaves caricias por la piel de la chica. En su mejilla, en su cuello, en el hombro, en los brazos. Le bajó un tirante de la camisola, deslizó sus dedos por su pecho. Sin dejar de besarla, sin dejar de sentirse. Max gimió y Scott creyó volverse loco con ese sonido. La besó con más fuerza. Desenfrenados, solo pararon para quitarse la camiseta el uno al otro. Hasta que estuvieron piel con piel. Hasta que solo reflejaron estrellas y lunares.

Scott disfrutó acariciándola entera, mirándola sin parpadear. Se fijó en todo, como hacía antes de pintar un paisaje. La línea de la clavícula cuando se arqueaba. Su ombligo, ligeramente hacia dentro. Una pequeña cicatriz en el antebrazo, recuerdo de una caída de la infancia. Su piel era agua y Scott no podía dejar de besarla en todas partes mientras Max le arañaba la espalda con suavidad. Todo estaba siendo tan inesperado, tan... intenso. Cuando vio que ella empezaba a desabrocharse la cremallera de los vaqueros, se mostró cohibido de pronto.

—Esto... he traído una cosa para este momento. ¿Me alcanzas la mochila? Está justo al lado de tu cabeza.

—¿Cómo? —Max lo miraba desorientada—. Ah, sí, espera. —Estaba desnuda de cintura para arriba. Era una vista tan maravillosa que le cortaba la respiración—. ¿Qué has traído? ¿Tu cinta de *Los Simpson* por si sudas demasiado?

—Ja, ja. No, lista. He comprado... cosas.

—¿Qué cosas?

Scott sacó cinco cajas alargadas y se las mostró. Max no arrancó a reír hasta que pasaron unos segundos.

—¡Pero, Scott, con una caja de condones era suficiente!

—¡Es que no sabía cuáles eran los buenos!

—Pues nada, tendremos que usarlos todos.

Scott abrió mucho los ojos, asustado.

—¿Hoy?

—No, hoy no, bobo. Moriríamos. —Max abrió una de las cajas y cogió uno. Lo guardó bajo su

almohada—. Y ahora ven aquí.

Volvieron a besarse, a besarse más profundamente, y Scott buceó en el océano de sus ojos hasta estar tranquilo de nuevo. La vergüenza se disipó al sentir el cuerpo de Max apretándose contra el suyo, al sentir que le robaba el aire, pero que su boca se lo devolvía. Se deshicieron del resto de la ropa. Max no dejaba de pasar sus manos, esas manos firmes y esos dedos delgados, por toda su piel, y Scott sonrió contra su boca al saber que buscaba sus lunares. Él la acarició más abajo, acarició sus muslos como si sus dedos fueran pincel y ella lienzo, y Max echó la cabeza hacia atrás y entreabrió los labios mientras lo guiaba más arriba. Él sentía explosiones por todo el cuerpo cuando ella lo tocaba. Burbujas de calor bajo sus dedos.

Y entonces Max se puso sobre él, lo besó con más fuerza, sacó el preservativo y se lo puso. Scott cerró los ojos al principio porque si la contemplaba sobre él, rodeada de estrellas como si fuera un ángel cayendo del cielo, iba a ser demasiado. Y no quería que acabara, no tan pronto. Max se movió, Scott también lo hizo mientras la abrazaba y, por un momento, solo se oyeron respirar, gemir y susurrar el nombre del otro contra su cuello.

Y, cómo habían empezado, terminaron: abrazados, sonrientes, rodeados de luz.

—¿Ves? No ibas a necesitar pijama. —A Max le faltaba el aire cuando volvió del baño y se tumbó sobre él, desnuda. Scott le apoyó una mano en la espalda para apretarla más contra él y se arroparon con las mantas.

—¿Ha estado bien? Es decir, sé que no soy gran cosa, pero...

—Aprenderemos a ser buenos juntos. El sexo requiere práctica, como todo.

—Pero tú ya eres buena.

—Oh, venga ya, tampoco lo he hecho tantas veces. Y siempre depende de con quién estés.

—Ajá. —Scott inspiró su aroma, a sudor y fresas. Sonrió, con los ojos cerrados—. No me importaría practicar más esta noche, la verdad.

—No me lo digas dos veces...

—Ahora entiendo que tuvieras tantas ganas.

—¿Tú no las tenías?

—Sí, pero me daba miedo no estar a la altura.

—Mira el techo, Scott. Siempre estás a la altura.

Contemplaron las estrellas en silencio.

—Hoy podemos serlo todo —dijo ella, cerrando los ojos.

Él también los cerró antes de responder:

—Ayer también lo fuimos.

Hay personas eternas, momentos imborrables y huellas que requieren tiempo.No todo puede medirse ni ser atrapado en un instante.He dejado de suspirar por todo. Ahora soy de los que viven y luego sueñan.Sueño con estrellas y cielos azules que se caen.

.....

## 49. Max

El final de una etapa siempre marcaba un nuevo comienzo. Podía resumir el último mes en tres palabras: café, estudiar y nervios. Se había tomado en serio eso de aprobarlo todo y terminar el instituto ese año. A su cabeza le costó funcionar al principio. Sus engranajes estaban algo oxidados por la falta de costumbre, pero lo había conseguido. Sacrificar su tiempo con la guitarra para rodearse de libros, ver la calle solo desde su ventana y estudiar incluso por la noche había tenido su recompensa. Todo aprobado. Todo. Ese año podría graduarse. Sus notas no eran gran cosa: todo eran aprobados excepto el diez en Filosofía y el ocho que la señora Roberts le puso en Matemáticas. Max seguía pensando que lo había hecho solo porque adoraba sus camisetas, pero bueno, estaba muy orgullosa.

Les habían dado las notas ese día, y ella había gritado por los pasillos mientras corría de la mano de Scott y Parker, que también lo habían aprobado todo. Vacieron sus taquillas, Max le hizo un *fuck you* a la fachada y se fue corriendo a casa para darle la noticia a Diana y a Allison. Habían gritado mucho más que ella, y Scott se había partido de risa cuando Max lo había llamado por teléfono solo para que escuchara la que tenían montada en casa.

Pensar en Scott hizo que se le erizara la piel de los brazos, y una sonrisa tonta asomó a sus labios. Aquella noche era el baile de fin de curso. Ella había decidido no ir, a pesar de lo insistente que había sido Scott con ese tema. Sabía que se moría de ganas porque disfrutaba estando en la parte alta de la escala social. Todos los institutos tenían una balanza desequilibrada. En la parte más alta estaban los guaperas, los populares, los chulos, los malotes, los deportistas. A la parte más baja pertenecían los empollones, los frikis, los que se apuntaban al club de ciencias. Scott había estado toda su vida abajo, sintiéndose inferior. Nunca había asistido a ningún baile ni a ningún otro acontecimiento social importante porque le daba miedo demostrarles a los demás y a sí mismo que su presencia no importaba, que seguía siendo invisible.

Pero eso había cambiado cuando todo el instituto se enteró de que estaban saliendo juntos. De golpe, la gente sabía quién era y lo invitaban a sus fiestas. Ya no era una molestia compartir espacio con él porque era alguien. Max no entendía por qué ella se había vuelto tan popular de repente. No pertenecía a ningún equipo de baloncesto ni al equipo de las animadoras, tampoco tenía amigos.

El instituto funcionaba así. Cuando empezó a faltar a clase y a contestar mal a los profesores

para que la suspendieran directamente, llamó la atención. Y la gente comenzó a inventar cosas sobre ella para ver quién se montaba la película más grande: que si había robado en unos grandes almacenes, que si la había detenido la policía más de diez veces, que si pertenecía a una banda peligrosa. No hizo nada por atajar los rumores porque no le importaba lo que pensarán de ella y, en el fondo, le gustaba dar la imagen de que era alguien que generaba más problemas que soluciones. Así los mantendría alejados.

«Que les den a todos y a su estúpido baile. No pienso hacerles ningún favor alimentando sus cotilleos», se dijo. Por eso prefirió quedarse en casa, recuperando el tiempo perdido con su guitarra. Estaba sentada en el alféizar cuando alguien llamó a la puerta. Max se giró a tiempo de ver la rubia cabellera de Diana asomando. Sonreía de una manera algo exagerada.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Oh, no es nada. —Su madre entró en su habitación con las manos detrás de la espalda. Sonaba como si estuviera planeando una travesura—. Se me ha ocurrido que, para celebrar tus buenas notas y que tu hermana entra la semana que viene en la última fase de la quimio, podíamos salir a cenar.

—¡Perfecto! Voy a cambiarme.

—Espera. —Diana le mostró todos los dientes y le pidió con un gesto que se acercara. Max frunció el ceño, pero se bajó de la ventana y dejó la guitarra apoyada en la cama. Las estrellas (sus estrellas) la observaron aproximarse desde el techo, inmóviles y relucientes—. Toma, esto es para ti —le dijo ofreciéndole algo envuelto en un delicado papel—. Es un regalo especial para la cena. Yo voy a cambiarme mientras, nos vemos abajo.

Tras decir aquello, soltó una risita y la dejó sola en el cuarto. Max dejó ir una exclamación ahogada al desenvolverlo: una preciosa camisa blanca de mangas largas y abombadas, una americana elegante de color marfil y unos pantalones anchos del mismo tono. Lo colocó sobre su cuerpo sin cerrar la boca, maravillada. Aquel conjunto era... era una preciosidad. Max corrió al cuarto de baño a cambiarse, pero antes se asomó a la planta de abajo y gritó, a pleno pulmón:

—¡Muchas gracias por el regalo, mamá!

Frente al espejo, se desnudó y se apresuró a probárselo todo. Cuando se abrochó el último botón de la camisa y se ajustó la americana sobre los hombros, no reconoció su reflejo. Era ella, pero no se sentía ella porque se veía demasiado... guapa. Y elegante. El marfil resaltaba la palidez de su cara en lugar de hacerla parecer un espectro. Sus ojos también eran mucho más azules, refulgían como dos lapislázulis en medio de la nieve. Los pantalones se ajustaban a sus piernas, estilizándolas y haciéndolas parecer mucho más largas. Podía aparentar que su estómago era plano si se abrochaba la americana a la altura del ombligo, pero le gustaba ver esa pequeña curva sobre la tela del pantalón. Los defectos no tenían por qué producir rechazo si se les daba una pequeña vuelta.

Max era incapaz de dejar de mirarse. Nunca había llevado algo tan bonito. No tenía el gusto por la moda de su madre, tampoco se había preocupado por llenar su armario de algo que no fueran

vaqueros o camisetas básicas. Pero tenía que reconocer que aquello le sentaba muy bien. Su mirada se posó en el armario que había sobre el espejo, y lo abrió para coger gomina y experimentar. Se despejó el pelo de la cara echandoselo hacia atrás hasta que consiguió que se mantuviera aplastado sobre su cabeza. Su mechón morado parecía negro con tanto brillo. A Max le encantaba el resultado. Con el pelo engominado, imitando la forma de un tupé, veía su cara mucho más redonda. Más expresiva. Quizás tenía la frente un poco grande, unas orejas desproporcionadas para el tamaño de su cabeza y unos pómulos demasiado angulosos, pero se gustaba. Y mucho. «Estoy deseando ver la cara de Scott cuando le mande una foto».

Max salió del cuarto de baño y se puso sus Converse. No tenía tacones, tampoco los necesitaba. Después, bajó al salón dando trotes alegres.

—¡Ya estoy lista! —gritó, plantándose frente a Diana y Allison. Sentadas en el sofá, se levantaron para piroppearla hasta que no fue necesario que se echara colorete. Allison cogió aire para ver cuántas veces seguidas podía llamarla guapa. Cuarenta guapas después, Max llegó a su límite y se las estaba quitando de encima entre risas cuando se dio cuenta de que algo no cuadraba—. Un momento, ¿qué hacéis todavía en pijama? ¿No íbamos a cenar?

Una sonrisa divertida invadió el rostro de las dos y se encogieron de hombros ante el desconcierto de Max.

—Bueno, es que... —empezó a decir su madre, pero en ese momento sonó el pitido de un coche desde la calle.

Max, preguntándose qué demonios sucedía, se asomó al exterior. No distinguió nada fuera de lo común al principio. La gente paseaba y era de noche. A lo lejos se escuchaba el sonido de un saxofón, un eco procedente de Harlem y de sus innumerables bares.

Hasta que se dio cuenta de que había un coche aparcado frente a su casa que conocía demasiado bien. Apoyado contra el capó, se encontraba un chico que también conocía. Mucho mejor que al coche. Tenía sus rasgos tatuados en el interior de la retina.

—¡Scott! —exclamó. No podía creérselo, ¿qué hacía allí? Entrecerró los ojos para verlo mejor y rompió a reír de manera descontrolada—. ¿De qué vas vestido? No me digas que...

—¿Estoy guapo o no? —Él extendió los brazos, acercándose a ella por el jardín. Max rio aún más fuerte.

—¡No me puedo creer que lo hayas hecho de verdad!

Scott iba vestido de hawaiano. Sí, de hawaiano. Llevaba una camisa de manga corta con estampados florales que hacía daño a la vista con tantos colores. Unas bermudas azules, demasiado anchas para sus delgadas piernas, cubrían sus muslos a juego con unas chanclas del mismo color. Adornando su cuello había un collar de flores artificiales. Un gorro de playa, de esos de paja con las alas grandes y alargadas, coronaba su cabeza. Sus rizos asomaban por debajo, inalterables.

—¿Y bien? —preguntó, dando una graciosa vuelta sobre sí mismo.

Max se mordió el labio para contener la risa. Le dolía el estómago de tanto reír.

—Estás muy guapo.

—Tú también estás preciosa. —Sus ojos castaños se oscurecieron y Max se sintió una auténtica diosa. La miraba como si fuera la chica más bella que hubiera visto nunca. Y por eso se lanzó sobre sus brazos abiertos y le dio un beso en los labios, aunque no tan profundo como le gustaría porque el gorro se le clavaba en la cabeza y era molesto. Scott se apartó y le ofreció el brazo—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde?

—Al baile, claro.

Max dudó.

—Scott...

—¿No te apetece hacer el ridículo conmigo? —Señaló su collar de flores como si eso fuera lo más raro de todo su atuendo y Max soltó una risita—. No me importa la gente, Max. Yo solo quiero pasar una noche inolvidable contigo.

—Y sacarme a bailar.

—Eso ya no me gusta tanto, pero puedo hacer un esfuerzo.

Max sacudió la cabeza, divertida. Seguía teniendo sus dudas, pero... sería una pena haber estrenado la americana para nada.

—Está bien. Me apunto.

Scott gritó de entusiasmo y la alzó en volandas. A Max no le dio tiempo a protestar: cuando la dejó en el suelo de nuevo, fueron a despedirse de Diana y de Allison, que observaban la escena desde el porche aplaudiendo como dos extras en una película romántica cuando uno de los protagonistas se declara al otro. Scott les dio las gracias por haberle guardado el secreto y Max las riñó por lo mismo. Las amenazó con una uña morada mientras subían al coche y bajó la ventanilla para seguir haciéndolo hasta que pusieron rumbo al instituto y las perdió de vista. Scott, conduciendo con el sombrero puesto, tarareaba una cancioncilla alegre.

—¿Parker viene también? —preguntó, mirando su reflejo en el retrovisor. Qué bien le sentaba ese peinado.

—Sí. Convencerlo a él ha sido mucho menos complicado.

—Déjame adivinar. Le has prometido que intentarás presentarle a alguna chica esta noche.

—Mucho mejor. Le he dicho que tú lo harías.

Max soltó una carcajada.

—Espero que al menos haya buena música.

Poco después, aparcaron en las inmediaciones del instituto. La plaza estaba abarrotada de gente, para su sorpresa. Los chicos vestían trajes elegantes y se ajustaban las corbatas mientras lanzaban miradas distraídas a las chicas, que se enseñaban sus vestidos largos, cortos, con cola, sin cola, unas a otras. La mayoría había optado por el color negro y por la seda, con sus largas melenas recogidas en trenzas o apretados moños. En grupitos, hacían señas a sus parejas para entrar

cogidos del brazo al instituto, mientras el resto buscaba con la mirada a sus acompañantes.

Max tenía que admitir que se lo habían currado. Cuando Scott y ella caminaron hacia la entrada para ponerse a la cola, sintió como todas las miradas se volvían en su dirección. Oyó risas, cuchicheos, exclamaciones de asombro, de horror, hasta de envidia. Era curioso lo poco que le importaba. Por si acaso Scott no opinaba lo mismo, lo cogió de la mano. Al entrelazar los dedos con los suyos, lo oyó suspirar.

—Tranquilo, les encantamos —le susurró. Sus chanclas hacían un ruido extraño al caminar. Scott rio, seguro que pensando lo mismo, y Max le robó el sombrero y se lo colocó en la cabeza—. Ahora mucho más.

Scott protestó, pero no hizo ademán de recuperarlo, así que Max se lo dejó puesto mientras estaban en la cola. Cuando llegó su turno, el conserje los miró como si fueran dos extraterrestres que hubieran perdido su nave y recurrieran a él para encontrarla. Pero los dejó pasar sin hacer un solo comentario y Max le guiñó un ojo antes de desaparecer en el interior del instituto.

El baile siempre se celebraba en el gimnasio. Eso lo sabía. Lo que no sabía es que se tomaban la molestia de decorarlo todo para la ocasión. Una gran bola de discoteca colgaba del techo y bajo ella se concentraban los estudiantes, bailando al ritmo de una canción *pop*. Dos potentes focos de luz que iban cambiando entre el azul, el verde y el rojo iluminaban el lugar, dividido por una barra en la que cualquiera podía servirse bebidas (sin alcohol, claro) y la mesa de mezclas, donde un DJ que se parecía sospechosamente al director se encargaba de la música que salía por los altavoces. Era la famosa lista de Spotify. Tan solo se encargaba de pulsar un botón para cambiar de canción si sonaba algo demasiado sexual.

Decidieron ir a por algo de beber primero. Scott no se sentía preparado para bailar y Max tenía sed. Encontraron un hueco libre en la barra y se apoyaron en ella, moviendo la cabeza al compás de la canción. Era pegadiza, aunque no la conocía.

—¿Qué te parece? —le gritó Scott al oído, bebiendo de su Coca-Cola con una pajita.

Max le devolvió el gorro y dejó que el sabor azucarado le refrescara la garganta. El gimnasio estaba completamente cerrado y comenzaba a hacer calor. Sin embargo, no se estaba agobiando ni se veía fuera de lugar. Se sentía bien. Se sentía ella.

—¿Cómo? —exclamó, fingiendo que no le había entendido. Escondió su sonrisa detrás del vaso.

—¿Te preguntaba que qué te parecía el baile!

—¿No te entiendo!

—¿Quiero que confíes que todo esto no está tan mal! —respondió el chico, cayendo en su juego y acercándose a ella hasta que sus frentes se rozaron.

¿Cuándo la distancia entre ellos se había vuelto una tortura? Max dejó su bebida en la barra, se ajustó la americana y le susurró al oído:

—Tienes razón. Esto no está tan mal.

Después, se acercó a su boca y la hizo suya.

Era lo único que le faltaba por hacer.

Hola, papá:

¿Qué día recordarás para siempre?

Yo tengo unos cuantos para elegir. El último día de instituto siempre estará en mi memoria. Lo recordaré toda mi vida por haberme atrevido a romper estereotipos, por reír hasta faltarme el aire, porque Scott fue mi pareja en el baile y con él me lo he pasado como nunca.

Pero también recordaré la otra parte.

El final de un camino.

El comienzo de otro.

El miedo, la indecisión.

¿Qué día recordarás para siempre? Me he dado cuenta de que a estas alturas ya habrás sido padre de nuevo. Tranquilo, ya no siento celos. Ni culpa.

Solo espero que ese día haya merecido la pena para ti. No lo dejes marchar. No dejes a ese niño marchar. Va a necesitarte. Y él no tendrá a Allison ni a mamá para sacarlo adelante como yo.

A todos nos gusta ver llover, pero desde la ventana. Nos gustan las historias con finales tristes, pero que sean solo eso. Historias.

Sigo pensando que estarías orgulloso si te hubieras quedado.

Max

## *50. Scott*

Aquel beso duró una eternidad, demasiado poco. Fue tan dulce como lo que estaban bebiendo y tan intenso como lo que latía en sus corazones. Cuando se separaron, Scott sintió la tentación de volver a inclinarse hacia su boca en busca de más, en busca de Max, pero la música sonó de nuevo y Parker apareció junto a ellos, gritando y saltando. Llevaba puesto un traje oscuro y una corbata de Wolverine. Había intentado hacerse un tupé, pero el pelo caía sobre su frente, lacio. Normal, con tanto salto. Se mostraba eufórico, y Scott se vino arriba y saltó también, arrastrando a Max con él.

Los tres se abrieron paso hasta el centro de la pista, donde todos bailaban. Parker intentó imitarlos como si supiera bailar, pero parecía que estaba sufriendo espasmos en los brazos y en las piernas. Max movía con soltura las caderas, alzando los brazos al techo en gráciles sacudidas mientras intentaba no dejar las piernas quietas. Había cerrado los ojos y dejaba que su cabeza se meciera dibujando órbitas mientras una sonrisa ligera ocupaba su cara. Scott no podía dejar de mirarla. Max tenía la capacidad de parecer perfecta dentro de todas sus imperfecciones. A ella le sentaba bien ser imperfecta porque se notaba que le gustaba serlo. No era la mejor bailarina de la sala, ni lo buscaba: solo quería bailar y divertirse, y esa seguridad y esa indiferencia hacia el mundo la convertían en magnética.

Parecía estar diciendo a todos los que la rodeaban: «Sí, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero ¿me veis preocupada? Intentadlo, joder. Intentad que lo único que os importe, por una vez, sea vosotros mismos».

Así que Scott se dejó llevar. No había bailado en su vida y mover los pies y los brazos a la vez, siguiendo un mismo ritmo, le pareció más complicado que todas las fórmulas matemáticas que había estudiado ese último mes. Pero era divertido hacer algo sabiendo que estaba siendo un desastre, algo imperfecto, así que comenzó a brincar como su amigo, como él quería: sin tener la más mínima idea de lo que estaba haciendo. La gente terminó abriendo un espacio a su alrededor, seguramente abochornados por el espectáculo que estaban dando. Pero cuanto más consciente era del ridículo que estaba haciendo, más ganas tenía Scott de bailar peor. Incluso perdió el gorro de paja en un paso de baile improvisado con Max. No intentó recuperarlo, prefirió abandonarlo a su suerte.

Y siguieron bailando, riendo, haciéndose fotos poniendo muecas raras, quedándose sin

respiración. Sintióse el centro de su propio centro. Las canciones pasaban una tras otra, olvidables y especiales, y Scott no tenía ninguna prisa por llegar a casa, pero supo que, cuando lo hiciera, dibujaría ese momento hasta conseguir darle vida.

Poco o mucho después, Parker decidió que había llegado la hora de presentarse al resto de las chicas y los dejó solos.

—Ven aquí —susurró Max contra su oído, arrastrándolo al otro lado del gimnasio, al lugar donde se reunían las parejas para buscar intimidad y bailar lento. La luz se volvió más tenue, azul celeste, y Scott vio como los ojos de Max cobraban aún más vida. De los altavoces surgieron los acordes apagados de un piano, y Scott miró a Max, que sonreía con los ojos puestos en las luces —. Adoro esta canción.

«I'm really on the ropes this time, I've been fighting all my life for you». Sin decir nada más, colocó las manos alrededor del cuello de Scott. A pesar del collar de flores, él sintió el tacto suave de su piel, estremeciéndose. Se preguntó si alguna vez dejaría de sentirse así cuando estaba cerca de Max. Como si estuviera a punto de saltar por un acantilado sin escuchar el rumor de las olas estrellándose contra las piedras. «I never should have said goodbye, but maybe that's what stupid people do».

—¿Quién crees que la puso en la *playlist*? —Scott colocó las manos en sus caderas, meciéndose al mismo compás que marcaban sus pies.

—¿Cómo sabías que me gustaba Jaymes Young?

—¿Bromeas? He contratado a un agente del FBI para que investigue tus movimientos por YouTube. —Hablaban muy juntos, casi con los labios pegados—. No sabía que te gustaban tanto los vídeos de gatitos.

—Vale, me has pillado. Ahora tendré que matarte.

Rieron y, sin dejar de mirarse a los ojos en ningún momento, bailaron de manera lenta y dulce. Bailaron mal, porque no sabían bailar y juntos era más difícil coordinarse, pero era fascinante seguir intentándolo. Los fallos de uno eran los aciertos del otro. Ellos eran comienzo y final, todo en uno. «Wake me up when you are sleeping next to me, 'cause I really loved you. Thank you for the happiest year of my life».

—Gracias por el año más feliz de mi vida —repitió, inclinando su cabeza hasta rozar la de Max. Frente con frente, susurró con voz ronca—. Te quiero.

Los ojos de Max se cerraban, pero él seguía atrapado bajo el azul de sus pupilas.

—Yo también te quiero —murmuró. Después abrió los ojos, traviesa—. Un poco.

—¿Solo un poco?

—Es para que no te vengas muy arriba. En realidad es mucho.

Scott rio contra su boca mientras Max lo besaba. Cuando descubrieron que lo único que querían hacer era besarse lejos de miradas indiscretas, salieron de la pista de baile cogidos de la mano. La canción aún no había dejado de sonar: «I'm here to admit that you were my medicine. Oh, love, I couldn't quit and I'm down on my knees again» y Scott la escuchó desvanecerse en el aire

mientras escapaban del gimnasio. El piano siguió sonando en su cabeza un rato más.

A la salida se cruzaron con Parker, que había hecho un nuevo grupo de amigas. No se detuvieron cuando les gritó que tuvieran cuidado. Scott condujo hacia Central Park con Max a su lado, en silencio. Eran casi las cinco. La luna era cada vez más delgada en un cielo cada vez más claro y las estrellas podían contarse por cientos, como las del cuarto de Max.

Soplaba un aire frío cuando llegaron al mirador. Max fue la primera en sentarse. Sus piernas colgaron con gracia, mientras el viento revolvía su tupé desmoronado después de una noche de baile. Scott se sentó a su lado, recogió las piernas. La tierra le manchó las pantorrillas. Sin decir nada, observaron cómo despertaba la ciudad. La forma del sol comenzaba a adivinarse en el horizonte, tras los edificios. Silencio. El mundo dormía y ellos lo contemplaban con los ojos abiertos. Scott torció la cabeza para mirar a Max. Ella seguía mirando el cielo, embelesada. Le vino a la cabeza una frase de una de las canciones que había cantado en el Smalls, hacía ya tanto tiempo. «I was getting kinda used to being someone you loved». Pero en presente. Y en futuro. Miró al frente de nuevo.

Y la cogió de la mano. Solo eso.

Y, juntos, vieron el sol nacer.

Me olvidaría a mí mismo con tal de dejarte más espacio en mi cabeza. Jamás pensé que la  
felicidad tuviera un nombre propio.

.....

## 51. Max

—¿Estás segura de que no se te olvida nada? —le preguntó Diana por enésima vez.

—Sí mamá, he revisado la maleta mil veces.

Empezaba el verano. La única época del año en la que Max prefería pasear por el centro de Manhattan para poder refugiarse del asfixiante y seco calor a la sombra de los rascacielos, o no pasear en absoluto. Para alguien que disfrutaba durmiendo bajo una pila de mantas y llevando a todas partes una cazadora de cuero, el verano era un suplicio. Demasiado pegajoso todo.

Menos mal que iba a alejarse de allí unos días. Scott y ella habían alquilado un apartamento en Maine para celebrar que el cumpleaños de Scott había sido hacía menos de una semana. Sus primeras vacaciones juntos, ahora que ambos eran mayores de edad: Max los cumplió en abril. Sus ahorros les daban para pasar tres días en un apartamento que no parecía una pocilga en las fotos. «Así surgen los mejores planes: sin pensar», le había dicho a Scott tras hacer la reserva mientras él le buscaba un pero al apartamento.

Max escuchó el claxon de un coche y supo que era Scott sin necesidad de mirar por la ventana. Se ajustó los tirantes de su peto vaquero y bufó, inquieta.

—Voy llevando las maletas al coche de Scott, ¿vale? —le sugirió Diana.

Max asintió y observó como su madre cogía sus cosas y salía de la habitación. Echó un último vistazo a su guitarra. Abandonada en el interior de su funda y sobre su cama, parecía devolverle una mirada llena de rencor. Lo normal hubiera sido llevársela al viaje. Había sitio en el coche de Scott y a él le encantaba oírla tocar. Pero no quería ser egoísta. Ya tendría tiempo de tocar después. Esos días solo iba a centrarse en Scott.

Un suave golpe en la puerta le hizo girar la cabeza. Allison estaba en el umbral, mordiéndose los labios.

—¿Ya te marchas? —preguntó, con una vocecilla infantil. Parecía mentira que ella fuera la hermana mayor.

—Sí. Scott está esperándome fuera —Ladeó la cabeza—. ¿Estarás bien?

—Claro que sí. ¡No seas dramática! De verdad, Max, estoy muy bien. —Allison dio una vuelta sobre sí misma y Max ahogó una risita. Llevaba un pijama de unicornios.

Sabía que su hermana tenía razón, pero no podía evitar preocuparse en exceso. Había entrado en la última fase de la quimio y ahora quedaba lo más difícil: mantenerse. Las pruebas eran

favorables y habían eliminado todas las células cancerosas de su cuerpo, pero ellas mejor que nadie sabían que eso no tenía por qué ser definitivo. No podían hacer más que esperar. Pero Max tenía un buen presentimiento.

Después de todo lo que habían pasado, las dos se merecían un descanso.

—Cualquier cosa, llámame por teléfono, ¿vale? —quiso asegurarse Max, parándose frente a su hermana para que se dieran un abrazo.

Se separaron a regañadientes, y entonces Allison le puso una mano en el hombro, como si quisiera darle fuerza, la fuerza que tantas veces Max le había dado a ella con ese gesto tan simple. Su rostro se tiñó de preocupación.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Max sabía de sobra a lo que se refería. Con los ojos tristes, respondió que sí. Allison le apretó entonces el hombro con más delicadeza y Max le dio un beso en la mejilla antes de pasar por su lado y bajar las escaleras.

Scott, apoyado sobre el capó, sonrió al verla salir de casa. Max aprovechó para observarlo unos instantes. Con el sol dorando su cabello, sus rizos parecían casi rubios. Sus ojos brillaban, emocionados y claros como la miel. Al reír le salían hoyuelos y tenía un lunar nuevo en la mejilla. Llevaba puesta una camiseta de manga corta, gris, que mostraba unos delgados brazos ligeramente bronceados. Estaba tan guapo que tenía ganas de morderle la cara.

Se acercó al coche. Diana, que había metido todas sus cosas en el maletero, no dejaba de darle consejos a Scott para no cansarse durante el viaje. Que estirara las piernas cada hora, que se tomara un café después de comer, que pusiera música para entretenerse...

—Mamá, deja de atosigar a Scott, por favor. Te prometo que tendremos cuidado. —Scott salió a su encuentro, sujetándola por las caderas para atraerla hacia él y darle un casto beso en los labios.

—Hola —murmuró. Olía a colonia de chico y suavizante.

—Hola —respondió ella, mordiéndose el labio.

Se separaron, recordando que no estaban solos, y se despidieron de Diana con un cariñoso abrazo al que después se sumó Allison. Max, ante tanto cariño innecesario, puso los ojos en blanco y les gritó que se iban de vacaciones, no a la guerra.

—Al menos tu familia se preocupa por ti —dijo Scott, de camino al coche. Había dejado las ventanillas bajadas para que el calor no se concentrara dentro y no sintieran que viajaban en un horno. Max lo agradeció—. Mis padres solo me han dicho que no me gaste más dinero de la cuenta y que sea responsable.

—También es un buen consejo —repuso Max, sacudiéndose la melena. Scott estaba entrando al coche cuando algo le hizo detenerse. La observó detenidamente, con el ceño fruncido, como si fuera un rompecabezas.

—¿Y tu mechón morado? —preguntó.

—Ah. —Max se encogió de hombros. Se lo había teñido el día anterior, y ahora su melena era completamente oscura, como el carbón—. Me cansé de él.

Scott abrió la boca de la sorpresa. Luego, la cerró y pestañeó.

—Qué pena.

Max prefirió no decir nada. Se montó en el asiento del copiloto y apoyó la cabeza contra la ventanilla para despedirse de su familia una última vez. Ninguna parecía especialmente contenta: Max sabía por qué. Sin despegar la cabeza del cristal, se prometió que lo olvidaría durante tres días.

Tres días era poco tiempo y, a la vez, el suficiente.

Tardaron ocho horas en llegar a Portland. No tuvieron ningún imprevisto en la carretera: estuvieron parando cada pocos kilómetros para que Max fuera al baño y Scott esbozara la costa y el mar en su cuaderno. «¿Para qué tienes un teléfono móvil?», le decía la chica cuando volvía del baño. Luego lo abrazaba por la espalda, apoyaba la barbilla en su hombro, lo miraba dibujar, y sentía que podría estar horas así. Después volvían al coche y Max agradecía que hubieran escogido la ruta más bella en lugar de la más rápida. La radio, que Scott había arreglado para el viaje, no dejó de sonar en ningún momento. No hablaron mucho durante el trayecto; Scott prefería centrarse en conducir, como si solo existieran la carretera y él, y Max prefería apoyar los pies en el salpicadero, ponerse las gafas de sol y adormecerse admirando las vistas. A veces Scott le pedía que se sentara como una persona normal y ella bufaba cuando los adelantaban. Algunas cosas nunca cambian.

Cuando se bajó del coche al llegar a Portland y estiró las piernas, Max se quedó sorprendida con el ambiente tan apacible que se respiraba allí. La gente paseaba sobre calles empedradas, había más árboles que coches y las casas tenían un falso aire victoriano y compartían espacio con edificios de aspecto más moderno. Y lo mejor: no hacía tanto calor como en Manhattan.

En uno de esos edificios enladrillados y con parte de la fachada cubierta por una escalera de incendios roja, se encontraba su apartamento. Era mucho mejor de lo que Max esperaba, tan bonito que solo le salió decir:

—Hostia puta.

Era un piso tipo *loft*, reformado y muy moderno. El comedor tenía unas vistas al mar que dejaban sin respiración. Estaban tan cerca que podía oír el rumor de las olas y oler la sal.

—Hay muchas otras maneras de expresar que estás emocionada, no hace falta decir tacos, ¿sabes? —Scott la abrazó por la espalda mientras ella estaba parada frente a la cristalera. Se puso de puntillas para apoyar el mentón sobre su cabeza—. Podrías decir «¡hala!». O «¡madre mía!», o incluso «¡esto es flipante, Scott!».

—¡Esto es flipante, Scott! ¿Pero tú eres consciente de la pedazo casa que tenemos? —Max se apartó de él y se puso a gritar y a correr por toda la casa mientras Scott la seguía, riendo—. ¡No puedo creer que lo primero que vaya a ver al abrir los ojos sea el mar, madre mía! ¡Me encanta! Y mira esto. —La chica se detuvo y señaló con una uña negra el resto de la casa. La cocina era minimalista y se unía al salón con una barra americana, vacía excepto por un frutero lleno de naranjas—. ¡Podemos hacer todos los zumos que queramos! ¡Hala!

—Estás fatal. —Scott sacudió la cabeza mientras Max corría hacia la habitación, tirándose sobre la cama y riendo como una niña pequeña. Un cuadro de flores colgaba sobre el cabecero y un armario gigante tapaba el resto de la pared.

—¡Y la cama es comodísima!

—¿Estarán limpias? —Scott se acercó, mirando las sábanas con el ceño fruncido.

Incorporándose, Max se bajó un tirante del peto y le mostró el hombro desnudo.

—¿Por qué no vienes a comprobarlo?

Scott enrojeció y murmuró que deberían deshacer las maletas y bajar a la compra antes de agotarse demasiado, pero Max se bajó el otro tirante y entonces fue Scott el que soltó una palabrota antes de tumbarse sobre ella para ahogar su risa con un beso. Y estuvieron así hasta que el atardecer comenzó a llenar el piso de sombras, haciendo de aquella cama su nuevo hogar.

Con pereza, abandonaron las sábanas y volvieron a vestirse. «Aquí tienes tu calcetín», «¿dónde está mi sujetador?», «Max, está en la lámpara. ¿Y mi camiseta?», «entre las sábanas. ¿Ves lo limpias que estaban?». Deshicieron las maletas, colocaron la ropa en el armario y fueron a hacer la compra. Max llenó su carrito de refresco, patatas y cerveza, y le sacó la lengua a Scott cuando la miró con los ojos entrecerrados.

Metieron la compra en la nevera al llegar a casa y, como se les había hecho muy tarde, decidieron cenar algo rápido en una bocatería e ir a una sala de conciertos que había cerca del Estadio de los Sea Dogs. Tocaba un grupo de rock que no conocía, pero se lo pasó genial bailando con Scott, tomándose una cerveza y repitiendo la última palabra que oía decir al cantante para fingir que se sabía la letra. Entre salto y salto se acordaba de su guitarra, y la echaba de menos. Echaba de menos lo que había sentido cuando tocó en el Smalls. No había vuelto porque había estado ocupada con los exámenes y... porque no se sentía preparada. Quería ser una verdadera artista cuando se subiera a un escenario de nuevo. Quería aprender más registros, dominar canciones con agudos que dejaran al público con la boca abierta, tener un grupo. Tomarse las cosas con calma antes de lanzarse a la piscina, por una vez.

«Yo algún día lo sabré», se dijo, mirando las luces, la gente que saltaba con ella, el sudor brillando en la frente del cantante mientras rugía contra el micrófono. «Sabré lo que voy a ser, porque lo que quiero ser ya lo tengo claro».

Cuando el concierto terminó, se fueron a casa dando un paseo. Estaban tan cansados que cayeron rendidos sobre la cama. Con los párpados cerrados, se dieron las buenas noches y se dijeron te quiero. Max recordó dormirse escuchando el latido del corazón de Scott. Le recordaba al mar.

Los primeros rayos del amanecer les despertaron por la mañana. Max sintió la luz besando sus mejillas y bostezó, remolona. Scott seguía durmiendo: era como un lirón. Aún no se había acostumbrado a ver su cara por las mañanas después de dormir juntos. Y eso que ya lo habían hecho unas cuantas veces, bajo su particular noche estrellada. Era raro levantarse acompañada de alguien que no fuera Allison, que la cosía a patadas durante la noche y le robaba la manta. Scott no. Si se dormía con la cabeza en su pecho, se despertaba con la cabeza en su pecho. La

acariciaba en sueños. Ella era la primera en abrir los ojos por la mañana, y se dedicaba a observarlo dormir hasta que se aburría del silencio o le entraba hambre. Era gracioso ver cómo le temblaban las pestañas y cómo abría la boca para coger aire. Parecía que se iba a dislocar la mandíbula. Siempre se levantaba con los rizos aplastados y le daba los buenos días con los ojos cerrados.

—Max, deja de mirarme —susurró. La chica contuvo una sonrisa. Scott seguía con los ojos cerrados—. Buenos días.

Max decidió darle los buenos días a su manera. Le besó la cara muy despacio. Los párpados, la nariz, los labios, las mejillas, la frente. La respiración de Scott se aceleró cuando empezó a besarle el cuello. Abrió los ojos cuando ella se subió encima de él. Y Max, haciéndole soltar un terremoto de suspiros por la boca, se metió bajo las sábanas y terminó de despertarlo.

Desayunaron tostadas con mermelada tras darse una ducha y Max exprimió un par de naranjas. Después, se pusieron los bañadores. Max debajo de unos pantaloncitos cortos y un top de rayas verdes, Scott debajo de unas bermudas y la camisa que llevó al baile. Aquel rollo hawaiano le sentaba realmente bien. Cogieron el coche para ir a la playa Ogunquit: Max había leído que era una delicia para los sentidos.

Y no se equivocaba. Tras unas dunas doradas y una hilera de puestos de comida rápida, se encontraba una playa de arena sedosa y blanca protegida por riscos tan altos como edificios. Las gaviotas se posaban sobre las rocas y lo observaban todo desde allí, con sus ojillos negros. La arena ardía bajo los pies de Max, el sol brillaba en el cielo y reflejaba su luz a través de los riscos como si fueran un prisma. El mar parecía turquesa y dorado. Todo era dorado, dorado y azul.

Max y Scott se alejaron de la gente que ocupaba el centro de la playa y se pusieron cerca del agua, bajo la sombra que ofrecían los acantilados. La espuma de las olas lamió los pies de la chica cuando se acercó al mar, que escupía una fuerte corriente de aire que hizo revolotear su top y su pelo. Se hizo dos coletas y se quitó la ropa. Su bañador era tan blanco como su piel, aunque esperaba remediar lo de la piel tomando el sol.

Scott se unió a ella después, y observaron el océano sin decir nada. Max sintió fascinación, pero también miedo. Era una sensación visceral, un vacío ardiente en las entrañas. Como si eso fuera lo que estaba destinada a sentir. Mirara a donde mirara solo había agua. Y eso la agobiaba y la hacía sentir libre al mismo tiempo. El oleaje rompía contra la costa. Solo se oía ese sonido, el viento, las gaviotas. El horizonte y el mar se fundían en una sola línea. Pestañeó.

El océano la hacía sentir pequeña.

—¿Qué crees que es más infinito: el universo o el mar? —le preguntó a Scott, con voz trémula.

—Ambos. —respondió al segundo—. Creo que en realidad son la misma cosa.

Max asintió y una nueva ola rompió en la orilla. Algunas gotas de agua le salpicaron en la mejilla por el viento. Cogió la mano de Scott.

—¿Vamos para adentro?

—Pero poquito a poquito, ¿vale? Odio sentir el frío de golpe.

Comenzaron a caminar por la arena húmeda. Había pequeños desniveles en la orilla, y las olas rompían contra ellos extendiendo un dedo de agua que apenas conseguía cubrir sus tobillos. Max sintió un escalofrío cuando siguieron caminando y una ola impactó contra sus muslos. Scott estaba más encogido que una cochinilla, y la chica se reía de su gesto de terror cada vez que se acercaba otra ola. Sin previo aviso, Max corrió hacia Scott y lo empujó. Scott se hundió en el agua helada, no le dio tiempo ni a protestar. A Max le hizo tanta gracia que no se molestó en huir de él cuando, con los rizos húmedos tapándole media cara, la arrastró con él bajo el agua. Ella convirtió las risas en gritos y se puso a nadar para que no se le entumeciera el cuerpo. Nadaban, se besaban. Sus labios sabían a sal, y entonces tuvo claro que el universo era infinito, que el mar era infinito y que lo que sentía por Scott puede que también fuera infinito.

Cada infinito con su tamaño, pero infinito.

A media tarde, abandonaron la playa para volver al apartamento a hacer el amor, comer, ducharse y vestirse para visitar el Parque Nacional Acadia. Les habían advertido que sus bosques solían ser fríos, así que se pusieron una chaqueta y unas botas cómodas para caminar.

Una vez allí, Max se contuvo para no soltar palabrotas, una detrás de otra. Era el paisaje más impresionante que había visto. Los senderos se camuflaban bajo árboles y más árboles, todos frondosos y de color verde, naranja y rojo: como Central Park cuando llegaba el otoño. Sintió que la montaña respiraba bajo sus pies mientras la exploraba. La oía en los riachuelos, en el musgo que recubría las rocas, en las flores que coloreaban el camino, en el piar de los pájaros, en los bosques sin final; en el mar, que también se veía desde allí. La naturaleza en todas sus formas y solo para ellos.

—Siempre he pensado que esto —dijo Scott mientras pretendía abarcarlo todo con los brazos, más para sí mismo que para ella— es lo que llevas dentro.

Pasearon hasta que el atardecer lo volvió todo mucho más frío y se sentaron a la orilla de un lago para descansar. Scott dibujaba el paisaje mientras Max miraba cómo su reflejo en el lago se iba tiñendo cada vez más de rosa, hasta que dejó de verse. Un pequeño faro que custodiaba las colinas encendió su luz, y solo tuvieron que seguirlo para salir.

Cenaron langosta hervida en un restaurante cercano y pasaron el resto de la tarde caminando de la mano y hablando entre silencios necesarios, no incómodos. Después de todo lo que le había dado ese día, necesitaba calma. Pensar. Seguir absorbiendo, aunque ya no estuviera delante del mar ni de la montaña.

—Todo se me ha pasado tan rápido... —se quejó, gimiendo mientras Scott le masajeara los hombros en el sofá del apartamento.

—Nos queda mucho viaje por delante. —Lo sintió sonriendo a sus espaldas.

—¡Solo un día!

—Podemos hacer otro en otoño. He oído que Philadelphia es muy bonita. Los cerezos florecen y, si tenemos suerte, igual vemos una lluvia de pétalos. Me muero por dibujar ese momento.

Max no contestó. Cerró los ojos, los apretó muy fuerte. Scott creyó que se había dormido, así que la cogió en brazos y la llevó a la cama. Se tumbó a su lado con delicadeza y Max sintió sus labios sobre su frente. Después lo escuchó susurrar: «Buenas noches, Max» y entrelazó manos y piernas con ella. Los dos tardaban menos en dormirse si sentían al otro cerca. Lo habían comprobado científicamente.

Max mantuvo los ojos abiertos mientras Scott dormía. Todo estaba oscuro, pero podía verle con la boca abierta, con las pestañas temblando cada vez que respiraba, sus lunares cobrando vida bajo sus dedos. Max tardó en dormirse: quería contarlos todos.

Hola, papá:

Antes de dejarnos, ¿tuviste miedo?

Siempre me he preguntado si tomaste esa decisión mucho antes. La de irte. O si fue algo que surgió de golpe. Siento que todo sería más fácil si nació con el destino tatuado en la nuca.

¿Qué hacer cuando todas las opciones parecen igual de importantes, igual de válidas? ¿Quién soy yo para elegir algo que escapa a mi elección? A veces lo tengo tan claro que duele. Dejar una parte de ti mismo atrás no implica perderla. Es a lo que estamos destinados algunos, ¿no? No lo sé. A veces siento que el destino cambia a la velocidad de un latido.

El minutero quiere dar marcha atrás, pero mis manos lo detienen. ¿No crees que merezco ser feliz, papá? ¿Aunque solo sea durante el tiempo que dura una canción? Yo no planifico, vivo improvisando, pero sé que lo necesito. Necesito saltarme pasos y hacer avanzar las horas.

Y si en ese tiempo logro encontrarme, habré completado la mitad de nuestra historia. De mi historia.

El resto que se escriba solo.

Max

## 52. *Scott*

El último día en Maine decidieron tomárselo con calma. Se ducharon juntos, se vistieron con la ropa más veraniega que habían traído y salieron a seguir descubriendo Maine: parecía que la ciudad estaba incrustada en medio de un bosque, entre explanadas de coníferas. Se internaron en la vegetación en busca de ciervos: Max se moría de ganas de ver uno. Era su animal favorito. Hasta se había puesto una camiseta de tirantes en la que ponía «Alone», pero la «e» final se transformaba en la silueta de un ciervo.

No tuvieron suerte, para su desgracia.

Scott le dibujó un ciervo cuando pararon a tomar algo en una terraza. No tenía acuarelas, así que solo usó un lápiz, pero le quedó bastante decente. A Max le brillaron los ojos cuando se lo regaló y le dio las gracias con una voz ronca y tímida que no era propia en ella. «No es para tanto, solo es un dibujo», le dijo Scott, para escapar del azul de su mirada. Era la primera vez que lo hacía sentir incómodo.

Compraron unas hamburguesas para comer mientras conducían hacia Augusta, la capital. Si Maine era bosque, Augusta era selva. Una cordillera de montañas verdes envolvía la ciudad: era el primer sitio que visitaba en el que los árboles eran más altos que los edificios. Un río separaba la Augusta turística, todo hoteles y *resorts* de lujo, de la Augusta rural, donde la presencia humana era prácticamente inexistente. Avance y retroceso en un mismo lugar, a solo un parpadeo de distancia. Un estrecho puente separaba las dos mitades. El rugido del río golpeaba sus pilares como si quisiera derribarlo.

Scott aparcó en la zona urbana, y Max y él visitaron los lugares más emblemáticos, entre ellos el fuerte militar y el Museo de Historia. A Scott le encantaba visitar museos siempre que podía. Max no se quitó las gafas de sol en ningún momento. No le interesaba. Se dedicó a comerse una piruleta mientras caminaban entre cañones y cuadros de generales en poses ridículas. Tenía los labios rojos cuando salieron.

Condujeron de vuelta al apartamento en silencio. Max iba dormida con las gafas de sol puestas. Scott la despertó cuando llegaron y se fueron a dormir tras darse un único beso. Sabía a cereza.

La alarma sonó a las cinco de la mañana. Ni siquiera había amanecido cuando se despertaron. Las piernas de Max sobre la cadera de Scott, la cabeza de él descansando sobre sus costillas. Con los ojos entrecerrados y soltando bostezos, se levantaron. Hicieron las maletas entre beso y beso,

desayunaron un café horrible, se pusieron ropa cómoda para el viaje y metieron las llaves del apartamento en el buzón al salir.

Max puso la música a todo volumen en el coche hasta que llegaron a Manhattan. Cantaron a pleno pulmón los últimos éxitos de Bon Iver y cuando Scott aparcó frente a la casa de Max y estuvieron quietos y rodeados de silencio, tuvo claro que a ella le ocurría algo. Lo había notado durante esos tres días juntos, en realidad, pero no había querido verlo ni preguntar porque la respuesta le producía un miedo terrible. Así que sujetó el volante con fuerza y esperó a que Max tomara la palabra. No iba a tardar en hacerlo, la conocía. Se estiraba el labio inferior con un dedo y suspiraba. Agachaba la cabeza, se miraba las zapatillas. Estaba sentada como una persona normal. Scott sabía que era algo serio. La inquietud le estaba taladrando el estómago cuando Max dijo:

—Me voy a Londres en una semana.

Si sonara despreocupada, si se atreviera a mirarlo a los ojos, si no se comportara como si estuviera perdiendo algo importante, Scott estaría tranquilo. Pero no era así.

—¿Cómo? —alcanzó a decir, a media voz.

Max se giró hacia él. Sus ojos seguían siendo sus ojos, su boca seguía siendo su boca y la cicatriz que ese *piercing* y una decisión precipitada le habían hecho en la nariz seguía ahí, pero su mechón morado no estaba y Max tampoco. No la conocía. Porque lo miraba como si los últimos meses no hubieran existido. Como si volvieran a ser ella y él. No había un «nosotros» en su mirada.

Scott quiso retroceder, pero estaba dentro del coche.

—Me han cogido en una escuela de canto muy prestigiosa. Me voy todo el año allí.

—¿Por qué a Londres? Tiene que haber cientos de escuelas en Manhattan.

—Yo... no voy a volver después. —Le tembló el labio inferior al pronunciar esas palabras.

Ese labio que tanto había besado, mordido, acariciado. ¿Y ya no más?

—¿Cómo que no vas a volver? No lo entiendo. —Su mente trataba de darle sentido a lo que estaba oyendo. Y las preguntas no tardaron en llegar: ¿habré hecho algo mal?, ¿ha pasado algo y no me he enterado?, ¿quiere que le ruegue que no se marche?, ¿debería irme con ella?, ¿por qué se va, si yo estoy aquí?

Fue esa última pregunta la que hizo que su corazón se sobresaltase. Scott soltó el volante y se llevó las manos a la cabeza. Sus rizos aún olían a sal.

—Tú eres el que mejor debería entenderlo, Scott. Tú también tienes un sueño. Y sabes cuál ha sido siempre el mío, desde que era pequeña.

—Pero pensaba que tú ya no tenías sueños.

—Yo también... hasta que descubrí que sí los tenía. Que seguía teniéndolos. Verás, en realidad nunca se fueron. Siempre estuvieron ahí. Esperándome. Pensaba que mi padre me los había arrancado al irse, pero solo puso cosas encima para que yo no pudiera verlos. Dolor. Inseguridad. Miedo. Pero ahora he quitado todas esas capas bajo las que me hundía... gracias a la terapia, a mi

familia y a ti. Y he encontrado mis sueños de nuevo. Y los quiero, los necesito. Quiero coger mi guitarra, un cuaderno y un bolígrafo y recorrer Europa cantando en bares, en garitos, en las calles. Quiero llenar salas de conciertos algún día. Quiero mostrar esa parte de mí al mundo, quiero aprender a confiar en todo lo bueno que sé que llevo dentro. Quiero viajar y descubrir los rincones más ocultos de este planeta, y que la música los descubra conmigo. Quiero montar un grupo y escuchar a la gente cantar las letras de mis canciones. —La voz de Max se quebró, así que tuvo que hacer una pequeña pausa para poder continuar—. Desde que me subí al escenario del Smalls no puedo pensar en otra cosa.

—O sea que todo esto es culpa mía por insistirte para que tocaras allí.

—No, Scott, no te quedes con eso. No tiene nada que ver con la culpa. Todo es por mí. Esto... esto iba a terminar pasando tarde o temprano. Recuperarme a través de la música. Me lo merezco, Scott.

El chico negó, negó y negó con la cabeza, intentando huir de la determinación de las palabras de Max.

—¿Y qué es lo que yo merezco? ¿Y Allison, qué pasa con ella?

—Allison es la que más ha luchado para que yo persiguiera mis sueños. Es la que me animó a que enviara una grabación mía a la escuela porque confiaba en que me seleccionarían, y Diana también. Las dos me han animado mucho. Yo no quería alejarme de su lado, pero son muy insistentes. —Sonrió—. Y Ali ya está mejor, y yo...

—No, no, no. —Scott dejó de escucharla. Solo era capaz de ver la imagen de Max desvaneciéndose en su cabeza y llevándose consigo todas las cosas buenas que había en su mundo: las sonrisas, las bromas, los besos, cogerse de la mano al pasear, hablar toda la noche, escucharla cantar, mirarla mientras dormía, acariciarse sin prisa... Todo estaba bien, todo había estado bien. Aquello no podía desaparecer de repente. No era justo—: No puedes hacerme esto.

La sombra del dolor cruzó la cara de Max como un rayo.

—Entiendo que estés enfadado, Scott, pero...

—¿Te das cuenta...? ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo? Max, hemos pasado unos días perfectos, al menos para mí, y hoy... ahora... me encuentro con esto. Joder, Max, me estás dejando de piedra. Me estás dejando, a secas. —Soltó una risa seca, nada alegre. Tensa—. ¿Cómo quieres que reaccione?

—Tienes razón, y te pido perdón por eso. He sido muy egoísta. Lo sé. Me dieron la noticia hace unos días, cuando ya habíamos reservado el apartamento. Y fui una egoísta porque no quise estropear nuestros últimos días juntos. Quería disfrutarlos al máximo, solo contigo. Que todo fuera como siempre. Antes de separarnos.

—Es que no puedo creer que hables en serio.

¿Ya no habría más besos? ¿Sus caminos iban a separarse cuando bajaran del coche y no volverían a cruzarse? ¿Su historia, como el resto de las historias del mundo, iba a tener un final? Scott trató de recordar cuál era el último beso que se habían dado. No podía. No sabía si había

sido anoche, mientras preparaban el equipaje o si, por el contrario, todo su amor se había quedado vagando por las calles de Augusta.

—Es mi sueño, Scott. —Max se encogió de hombros. Parecía ajena a todo. A su dolor, aunque sus ojos hubieran empezado a brillar—. Tengo que perseguirlo.

—Ya tuvimos esta conversación una vez.

—Sí, y no estuve nada de acuerdo entonces y tampoco estoy de acuerdo ahora. No podemos tirar nuestro futuro por la borda así, de una manera tan simple. No puedes hacerlo, Scott. No puedes.

El chico trató de defenderse.

—Yo no...

—¡Deberías estudiar Bellas Artes, como has querido hacer siempre! —exclamó Max, tratando de tocarle el brazo. Pero su contacto no quemaba, y tampoco era frío como el hielo. No le hacía sentir nada. Nada. Por eso lo esquivó. Y aunque se sintió una persona horrible viendo el dolor reflejado en los ojos de Max, se alegró de no ser el único que estuviera sufriendo—. No puedes cambiar toda tu vida por mí. Te conozco, y sé cómo vives el arte. Tú no lo sabes porque no puedes verte, pero te transformas cuando dibujas. Sonríes como nunca cuando coges un lápiz. Cierras un poco los ojos, ladeas la cabeza. Se te ve seguro, confiado. Te abstraes, te proyectas, te desvives por lo que creas. Y eres bueno, Scott, eres capaz de transmitir tanto con tan poco... Mereces ser feliz estudiando lo que te gusta. Mereces vivir en Tennessee, alejado de tus padres y preocupándote solo de ti. Tu vida ya no está aquí, tampoco la mía. Solo somos un paréntesis. Ha llegado la hora de decir adiós.

—Vale, es cierto que antes de conocerte ese era mi plan. No mi sueño. Mi plan —recalcó. Temblaba—. Pero fue antes de conocerte, Max, antes de que me enamorara de ti. Ya... ya no me importa nada ni nadie más que tú. A la mierda Tennessee y a la mierda la pintura, yo solo quiero estar contigo. Si el futuro lleva tu nombre, quiero perderme en él.

Max se abrazó a sí misma. La sentía lejísimos, y estaba cerca.

—Ese es el problema. Ya te lo dije aquella vez en el hospital. Y las formas me quitaron la razón, porque en realidad no quería hacerte daño, pero... No puedes hacer que tu mundo gire alrededor de una sola persona porque corres el riesgo de que todo se venga abajo cuando esa persona se marche.

—Creí que tú nunca lo harías.

—Yo también —le confesó Max. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas Scott quiso secárselas con los dedos, pero no se movió. Pensar en tocarla dolía. Hasta respirar dolía en ese momento—. Pero ahora estoy bien. Allison está bien. He superado mis fantasmas. Es como si la culpa decidiera darme una segunda oportunidad en lugar de destruirme, o quizás me la estoy dando yo misma. No lo sé. La culpa construyó una burbuja a mi alrededor que me aisló del resto del mundo. Creía que no merecería todo lo bueno que la vida pudiera ofrecerme. Hasta que apareciste tú.

»Scott, tú me ayudaste a salir de ahí. Me ayudaste a ser una mejor persona, a ver las cosas de

otra manera. A buscar ayuda. Te debo las ganas de intentar vivir en la música otra vez, y siempre te estaré agradecida por ello. Me ofreciste tu mano para salir de la burbuja, la rompiste con tu risa, tus lunares, tu confianza. Me ayudaste a creer en mí. A cantar sin miedos, a seguir lo que dictara mi corazón. Y aunque eso haya supuesto renunciar a Manhattan, renunciar a ti...

Max se frotó la cara. Scott también lloraba, en silencio, sin fuerzas para pedirle que no siguiera, que dejara de hablar en pasado, que todavía formara parte de su presente. Pero Max siguió hablando, con la mano en el pecho:

—Te he querido muchísimo, Scott. Te quiero, y no sé si podré dejar de quererte algún día. Pero necesito continuar mi historia sola, caminar lejos de esa burbuja sin ayuda de nadie. Ese momento ha llegado, es lo que he querido siempre. No sabes lo que me duele decirte esto, no puedes imaginarte todo lo que he llorado estos días, las dudas que he tenido, pero...

—Por favor, Max, para. Ya es suficiente. —Scott consiguió hablar—. No me hagas esto. No me abandones y finjas que ha sido una decisión difícil, que era lo único que podías hacer, porque es mentira.

—Entiéndeme, yo...

—¡No me pidas que te apoye con esto! ¡Lo haces solo por ti!

—¡Sí, lo hago por mí, pero es lo que quiero hacer! —respondió Max, gritando como él—. Puedes odiarme por pensar solo en mí y en mi futuro. Hazlo si eso te hace sentir mejor. Pero no puedo dejar escapar mis sueños otra vez.

—¿De qué sirven los sueños si no tienes a nadie con quien compartirlos?

—Me tengo a mí. Con eso basta.

Y Scott perdió el control y Max también, y empezaron a gritarse, a llenar su boca de reproches horribles. Max intentó hacerle ver que sus sentimientos hacia él no habían cambiado. Que ella también lo estaba pasando mal, que lo iba a pasar mal, pero que era ahora o nunca. Que no podía renunciar a la música por nadie. Scott era incapaz de entenderlo. ¿Acaso Max nunca lo había querido? ¿Solo lo había utilizado para apoyarse en el dolor y ya, para compartir lo malo? ¿Cuando estaba bien le daba la patada? Se sentía un miserable dudando de ella de esa manera, pero necesitaba ser egoísta él también. Era más fácil creer que Max mentía que afrontar que tuviera otras prioridades. Sueños que no llevaban ni llevarían nunca su nombre.

Max se desabrochó el cinturón, abrió la puerta y salió del coche, inclinándose para mirar a Scott. Transmitía pena. Pena sincera. No le había mentado. Ese era el problema.

—Piensa lo que quieras, Scott. Yo ya no puedo hacer nada más para que lo entiendas. Por favor, vamos a solucionar esto. Me voy en una semana.

Él puso las manos en el volante y miró hacia adelante.

—Que tengas un buen viaje.

Max cerró la puerta con violencia y cogió sus cosas del maletero. Scott la escuchó llorar mientras lo hacía. Atravesó corriendo el jardín y entró en su casa. Su olor se había quedado en el coche y era capaz de sentir su presencia a tan solo unos centímetros de él, pellizcándole la piel

como si se tratara de una afilada aguja. Las lágrimas no fueron capaces de borrar el dolor. Nada podría, ni en ese instante ni en toda su vida, hacer que Max desapareciera de su mente.

Y ese pensamiento, que antes le sacaba una sonrisa, ahora se le antojaba terrible.

El futuro es para los valientes que abandonan el camino sin saber cuándo sus pies volverán a dejar huella.

.....

## 53. *Max*

Max paseaba de la mano de Allison por Central Park, absorbiendo todos los detalles que la rodeaban. El reflejo del sol sobre la superficie de un lago tan claro que parecía cristal. Una mariposa posándose en un puñado de margaritas. Niños jugando a pasarse la pelota sobre la hierba. Alguien tapándose la cara con un libro. Sonrió, y a la vez sus ojos se tiñeron de tristeza. Iba a ser la última vez que pisara ese lugar. Físicamente, al menos. Le costaría dejar de pensar en él todos los días.

Su hermana no dejaba de preguntarle que a dónde la llevaba. Serpentearon entre árboles que parecían interminables, siguieron subiendo. Allison resollaba cuando llegaron a la cima del mirador. Abrió la boca y los ojos de la sorpresa al contemplar Manhattan desde tan arriba. Las dos hermanas se sentaron en el peñasco que se elevaba sobre el parque, sin dejar de sonreír. En silencio, contemplaron el cielo azul, salpicado de nubes blancas y desechas. La ciudad y todos sus edificios, toda su vida. Las personas eran como hormiguitas.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Allison, con la voz somnolienta y recostándose contra su hombro. Max la abrazó y apoyó la mejilla sobre su cabeza. Su pelo seguía siendo como pelusilla, le hacía cosquillas en la nariz.

—Quería enseñarte este sitio. Regalártelo, en realidad. Ahora que voy a marcharme necesito que alguien lo visite de vez en cuando. Para que estas vistas no caigan en el olvido. Son mágicas, ¿sabes? Tienen el poder de borrar todos tus problemas por muy difíciles que sean. Cuando las cosas empiecen a ir cuesta arriba, puedes venir aquí y observar la belleza de este lugar. A mí me ha ayudado mucho —le explicó.

Max encontraba mágico el vértigo de ver el mundo desde las alturas, avanzando deprisa. Y ahora le tocaba meterse de lleno, caer sin límites, sentirse como si se hubiera sumergido de golpe en un río de agua helada. Ya había preparado las maletas y la guitarra. Su habitación parecía la de otra persona: las paredes estaban desnudas. También el escritorio y el suelo. Lo único que había dejado atrás eran las estrellas del techo. Su noche eterna. Aunque quisiera, no podría llevárselas. Eran tan pequeñas, tan de verdad... Las rompería si trataba de arrancarlas.

—¿Cómo te encuentras? —La voz de Allison la trajo de nuevo al presente y Max dio un respingo, confusa.

—¿La verdad? No lo sé —respondió, alisando la tela de su camisa de cuadros—. Estoy contenta

de dar este paso porque eso significa que seré una artista algún día, la cantante que siempre he querido ser. Suena poco humilde, lo sé, pero también sé que solo me hace falta intentarlo para conseguirlo. Y no me arrepiento de hacerlo, eh. De intentarlo. Pero... a la vez me da pena dejar esta parte de mi vida atrás. Todo ha sido tan rápido...

—Estoy muy orgullosa de ti. En cuanto aterrices en Londres y escuchen tu voz, no van a querer dejarte escapar. Seguro que en menos de un año estoy escuchándote por la radio.

—¡Exagerada! De momento me apetece viajar. Buscaré curro mientras estoy en la escuela de canto, y luego pienso recorrer todos los países que pueda con mi guitarra y buscar inspiración entre sus calles. Después, el tiempo dirá.

—Sí, el tiempo dirá —repitió su hermana, con la vista puesta en el horizonte. Entonces, hizo la temida pregunta—: ¿Has hablado con Scott?

Max suspiró y cerró los ojos con fuerza. En tres días se marchaba a Londres y no había vuelto a saber nada de Scott. Le había llamado miles de veces porque necesitaba hablar con él una última vez antes de irse. Necesitaba saber cómo estaba, necesitaba saber que la comprendía y que entendía que no era su culpa, que él no había hecho nada malo para que ella tomara esa decisión. Ella... lo quería. Joder, que si lo quería. Scott no lo hacía todo más fácil. Lo hacía mejor. Esa mezcla de sencillez, inocencia y prudencia la ayudaba a parar, a disfrutar de la calma que le daba estar junto a él, pero luego también tenía esa parte bromista, pasional y alocada que la complementaba. Sentía que juntos no eran más, lo eran todo.

Renunciar a ese todo para perseguir su sueño dolía. Dolía como si le estuvieran arrancando una parte de su cuerpo. Pero no podía ofrecerle a Scott lo que quería. No podía quedarse y dejar que sus sueños volaran lejos de su alcance, otra vez. No podía renunciar a esa parte de sí misma por él. Porque si el desamor era como si le arrancaran un brazo, quitar la música de su vida sería como matarla. A Max le gustaba pensar que Scott era el amor de su vida, le gustaba pensar que lo seguía siendo. Que una parte de él estaría siempre con ella aunque estuvieran a kilómetros de distancia, en las estrellas, en las de verdad y en las de su cuarto. Pero no podía renunciar a sus sueños por un hombre o por una mujer, tampoco podía dejar que el amor la anclara en un solo lugar y esperara que ella se conformara con estar a su sombra mientras el tren de su vida pasaba a toda velocidad frente a sus ojos.

No sería ella si lo hiciera.

—Todavía no he podido hablar con él, no responde a mis llamadas —le confió a Allison, intentando sonar impasible. Tranquila. Pero al terminar de hablar, notó como sus ojos se humedecían y un segundo después, se encontraba tumbada en el regazo de Allison, regalando sus lágrimas al vacío.

—Dale un poco de tiempo. Estoy segura de que lo terminará entendiendo. —Las manos de Allison acariciaron su cabeza. Era como tener flores en el pelo.

—¿Crees que soy mala persona por abandonarlo así?

—Te estarías abandonando a ti misma si te quedaras. Tú has nacido para dejar huella, Max.

Tienes que empezar a pensar en ti, en lo que quieres. Y, si de verdad quieres esto, hay que sacrificar cosas.

—Siento que estoy destrozándole la vida a Scott, como papá hizo con nosotras.

—Tú no eres papá —replicó Allison, con dureza—. Tú quieres a Scott de verdad y nunca le harías daño intencionadamente. Has intentado que no sufriera, lo has hecho lo mejor que has podido, y ni siquiera estás cerrando una puerta detrás de ti. Porque os habéis hecho mejor el uno al otro, y eso pesa más que una despedida. —Allison sonrió, con la barbilla alzada. Ahora sí parecía la hermana mayor—. Papá solo pensaba en sí mismo, por eso nos dejó cuando las cosas se pusieron difíciles. Tú siempre has estado ahí para mí, para mamá, para Scott... Tú amas de verdad.

Allison consiguió que se sintiera mejor, siempre tenía ese efecto sobre ella: la ayudaba a ver las cosas de una manera más sencilla, más alegre. Escondía más magia en su sonrisa que todos los miradores del mundo.

—Hablando de amor —dijo, acomodándose mejor entre sus piernas—. ¿Cuándo vas a contarme que tu interés por la terapia grupal va más allá de la psicología?

—¿Cómo lo has sabido? —Allison enrojeció.

—Cuando la gente se enamora le cambia la mirada. Se vuelve más... distraída. No sé si me explico.

—Creo que lo entiendo. ¿Dónde habré visto yo ese reflejo antes...?

—No te aproveches de mi estado de debilidad y confiesa.

—Se trata de Claire —terminó diciendo, con una risa nerviosa y las mejillas a punto de explotar. Max contuvo una sonrisa. «Lo sabía»—. No sé si te acuerdas de ella, viene a terapia por un cáncer que atravesó hace unos años y la dejó en silla de ruedas. Es guapa y muy divertida, no deja de hacer bromas hasta que consigue que todos nos riamos. Dice que la vida se ve mejor si no dejamos de reír. No hemos hablado mucho fuera de la terapia, pero le propuse quedar la semana que viene para ir al cine y me ha dicho que sí. Tampoco voy a ilusionarme demasiado, pero...

—Allison, eres la reina del optimismo. No dejes que te supere tu primera experiencia amorosa. Estoy segura de que todo irá muy bien.

—¿Tú crees? —Allison sonaba esperanzada.

—Eres la persona más bella que conozco, tanto por dentro como por fuera. Si Claire es tan especial para ti, tienes que intentarlo.

—Eso pienso hacer. —Allison suspiró y Max oyó cómo contenía las lágrimas—. Voy a echarte mucho de menos.

Max sonrió.

—Yo también, Ali. Yo también.

El silencio volvió y Max se despidió de aquellas vistas mientras se aferraba a la mano de su hermana. Se despidió de la ciudad inalcanzable. Del reflejo del cielo sobre las hojas de los árboles. Del aire que besaba sus pestañas. Del hogar que había construido allí, junto a su guitarra.

De todo lo que había conocido y lo que había amado, de un pasado que la había alcanzado y la había hecho mejor persona. Se despidió de la Max desconfiada y perdida que tantas veces había visto el atardecer desde ese mirador. Tenía un mensaje para ella:

«Aguanta otro día más. Te prometo que todo va a ir mucho mejor».

Hola, papá:

Me marcho de aquí. Lo dejo todo. Dejo Manhattan. Voy a estudiar en una escuela de canto en Londres. Me han aceptado, ¿te lo puedes creer? Mis ahorros de la universidad han servido para algo. No es una universidad, ya lo sé, pero me va a servir para formarme vocalmente. Quiero aprender. Quiero ser la mejor versión de mí misma.

Y eso me obliga a dejarlo todo atrás. Me he sentido fatal estos días, ¿sabes? No podía creer que la perspectiva de dejar a mi familia atrás, de dejar Manhattan, de dejar a Scott, pudiera dolerme de una manera tan... punzante, pero es un dolor leve comparado con la frustración que sentiría si no dejara esta ciudad. Si no luchara por mis sueños.

No hay tiempo para nada más que no sea vivir. Desaparecemos más rápido de lo que creemos.

Richard está muy contento con mi decisión. Tiene razón con eso que me dijo: el mundo no cambia. Nosotros cambiamos el mundo.

Esta es la última carta que voy a mandarte. Sé que, como las otras, nunca la leerás, que ni siquiera abrirás el sobre. Pero me apetece despedirme de ti. Aquí acaba mi diario.

Espero que seas muy feliz, papá. De corazón. Espero que encuentres algo que te haga mejor persona. Que pidas ayuda si lo necesitas. Que nunca tengas ganas de marcharte de nuevo. Que cuides lo que es importante para ti. Sé de lo que hablo. Ahora soy feliz. Me he dado otra oportunidad y ya no puedo renunciar a mí.

No existen finales, solo despedidas. Adiós, papá. Que las estrellas guíen también tus sueños.

Max

## 54. *Scott*

Blanco. No gris. Ni negro. Blanco. Su vida estaba en blanco ahora. Su mesa de dibujo estaba llena de folios en blanco. El blanco era el color de lo invisible. Su cabeza estaba vacía, era ruido blanco también. Intentaba dibujar algo sencillo, cualquier cosa que pudiera romper esa nada, llenarla de color. Pero algo se lo impedía: saber que Max y él nunca volverían a ser Max y él, que lo que tenían se había roto para siempre, era como ver explotar el cielo. Ya no había vida. La vida que tenía la había perdido.

Sus padres habían dejado de discutir a gritos para preguntarle qué le sucedía. Él se limitaba a sacudir la cabeza y a guardar silencio. «Si ellos se han dado cuenta, debe ser más grave de lo que parece. ¿Qué puede ser más grave que esto, de todas formas?».

Parker también se había enterado de su ruptura con Max. Le había llamado por teléfono hacía un par de días. Por primera vez en toda su vida, se había quedado mudo cuando Scott le contó lo que había pasado a la vuelta. Se desahogó con Parker, lloró, gritó al recordar. Su amigo intentó consolarlo como pudo. Le preguntó si mantener la relación a distancia no era una opción, pero Scott no quería eso. Sabía que Max tampoco. Amaban de forma distinta. Los dos lo sabían, pero quisieron intentarlo aun así. Y fue bien. Demasiado bien, por lo que veía. Estaba descubriendo la otra cara del amor. Y no había salida. Parker le prometió sacarlo de casa cuando volviera de Boston. Allí veraneaba con su madre. «Recuerda lo del mar y los peces, ¿vale? Te quiero, tío. Sé fuerte».

Pero no lo era. No podía serlo. Había llegado el día. Max se iría a Londres y no volvería a verla. Solo quedaría su recuerdo y su música. Frustrado, arrojó el lápiz sobre la mesa y se llevó las manos a la boca para no gritar. Sentía que le iba a estallar la cabeza. Dio vueltas por su cuarto, iluminado por la luz de un nuevo día. Terminó sentándose sobre la cama, a punto de hiperventilar.

Aquellos instantes de felicidad habían sido tan cortos...

—¿Puedo pasar?

La voz de su madre le hizo girar la cabeza, asustado. Lilian lo observaba desde el marco de la puerta. Parecía preocupada, no enfadada, como la veía siempre. Llevaba una camiseta sencilla, unos vaqueros. Sus mismos rizos recogidos en una coleta mal hecha. Como cualquier otra madre.

Scott asintió y le hizo un hueco en la cama. Lilian cerró la puerta y se sentó a su lado, retorciéndose las manos. Estaban llenas de pecas. La vio morderse los labios al alzar la cabeza,

era lo más cerca que habían estado en años. Lilian dudó, luego le puso una mano en la pierna. Y aquel contacto tan sencillo, pero tan ausente durante todo ese tiempo, bastó para que Scott cerrara los ojos con fuerza al notar que se le llenaban de lágrimas. No podía más.

—Scott —susurró su madre, y él se llevó la mano a la boca para evitar llorar con más fuerza. Lilian lo abrazó y él se refugió en su pecho—. Escucha, Scott. Sé que lo estás pasando mal. Sé que lo último que te apetece ahora es contarle por qué a tu madre... porque una de las razones por las que siempre estás así, encerrado en ti mismo, somos tu padre y yo y la que tenemos montada en casa. Siento que últimamente solo nos veas así. Antes intentábamos disimular, cuando eras pequeño, pero cuando creciste... no pude aguantarlo más. No podemos. No es excusa, pero quería que lo supieras. Lo siento mucho, Scott —hablaba con la barbilla apoyada en su pelo y acariciándole el hombro con suavidad.

Scott quiso decirle que no pasaba nada, que no había hecho las cosas tan mal. Que a pesar de todas las discusiones y los gritos, seguía sintiendo que estaban unidos. Pero sus últimas palabras le recordaron a Max. A su relación, a su constante miedo a perderla. Y se sintió una mierda, se sintió una mierda porque a pesar de que quería a su madre y estaban hablando, hablando por fin para arreglar las cosas, solo podía pensar en Max. Max sonriendo. Max cantando. Max desnuda bajo sus brazos. El dolor volvió a silbar en su pecho y Scott se separó lentamente de Lilian.

—¿Qué ha pasado, Scott?

Y él se cansó de romperse en silencio. Y prefirió destruirse en mil pedazos hallando su voz.

Así que le habló de Max. De todo lo que había pasado en él, en el mundo, desde que la conoció. Otoño, invierno, primavera, verano. Lo que había sido de ellos en cada estación. No se dejó nada. Cuando terminó, tenía la garganta seca y los ojos le escocían de tanto llorar.

—¿Es egoísta? —se preguntó en voz alta—. ¿Max fue egoísta por no decirme que pensaba irse a Londres hasta que... hasta que...?

«Hasta que se fue. Hasta que fue demasiado tarde para seguir buscando un futuro para los dos».

—No creo que Max sea una persona egoísta —respondió su madre, mirándolo a los ojos. Eran azules, casi grises—. Piensa cómo tuvo que sentirse en Maine, sabiendo que esos serían vuestros últimos días juntos. No quiso decírtelo para no hacerte daño antes de tiempo, Scott. Te regaló unos recuerdos maravillosos, la clase de recuerdos que guardarás siempre y que algún día te harán sonreír.

—Pero si yo hubiera sabido que se iba lo habría hecho todo de manera distinta. No hubiera perdido el tiempo dibujando, ni habría dormido tantas horas, ni le hubiera hablado de chorradas, ni...

—Entonces no serías tú, Scott. —El chico agachó la cabeza—. Aunque ahora mismo no lo creas, hay algo que está por encima del amor. Por encima de cualquier otra emoción. Y ese algo somos nosotros mismos. Las cosas que nos hacen ser de una manera y no de otra. De todas esas cosas, los sueños lo son todo. Es lo que nos impulsa, lo que nos hace avanzar en una dirección y no en otra. Daríamos lo que fuera para alcanzarlos porque nos sentimos incompletos sin ellos. Todo el

mundo tiene un sueño. Todo el mundo asume riesgos y pierde cosas al perseguirlo. Es normal. Shakespeare dijo: «Estamos hechos de la misma materia que los sueños y nuestra pequeña vida termina durmiendo». —Su madre tragó saliva y añadió, con precaución—. Yo también tenía un sueño. Vivir en un pueblecito, a las afueras, donde la gente no fuera corriendo a todas partes y hubiera más árboles que casas. Quería montar una librería, hacer un rinconcito de este mundo mío, vivir rodeada de libros todo el tiempo. Y gatos, ya sabes que adoro los gatos. Me imaginaba ordenando estanterías, con cuatro o cinco gatos trepando por los libros mientras por la ventana entraba el olor del bosque. Suena a poca cosa, pero así funcionan los sueños. Nos hacen felices hasta cuando parecen pequeños. Entonces conocí a Albert, me enamoré. Nos enamoramos. Me dijo que ya habría tiempo de cumplir mis sueños. Que por qué no me quedaba aquí, con él. Solo unos años. Y nos casamos y viniste tú y empecé a darme cuenta de que nunca podrían hacerse realidad. De que nunca tendría una librería, ni gatos, ni viviría cerca de la naturaleza. Los sueños son así. Si no aprovechas la oportunidad, se desvanecen como la niebla. Verme atrapada en esta ciudad y descubrir que la persona que tenía a mi lado me había mentado... entiéndeme, Scott, te quiero más que a nada en este mundo. Lo perdería todo otra vez solo para tenerte. Pero, a veces, la gente solo quiere seguir el rumbo de sus sueños. No podemos culparlos.

Scott apretó la mandíbula. Le temblaba la voz.

—Mamá...

—El destino es una patraña, Scott —reflexionó Lilian, cogiéndole de la mano. Estaba fría, pero le reconfortó—. A veces las personas acuden a nuestra vida para irse poco después sin que podamos hacer nada para evitarlo. Pero tienes que quedarte con eso. La gente especial puede contarse con los dedos de una mano, y tú has tenido la suerte de serlo y de compartir un trocito de tu vida con otra persona que también lo es. Lo importante no es el tiempo que pasamos con esa persona. No importa si es eterno o si solo dura unos meses, incluso unos segundos. Lo importante es cómo nos hace sentir. Si esa persona ha cambiado nuestra vida y si ese cambio ha sido a mejor. —Se miraron a los ojos—. Max ha elegido dejarlo todo para intentar hacerse un hueco en el mundo de la música. Se va en busca de un sueño que la convirtió en lo que es, en lo que será. Tú siempre quisiste estudiar Bellas Artes en Tennessee. Vives para dibujar, aunque se te haya olvidado. También querías irte, y sé por qué ahora crees que no quieres, porque así funciona el amor. Es inmediato, se toca, te hace flotar. Los sueños requieren tiempo y esfuerzo. Puede que nunca se alcancen, pero intentarlo ya hace que merezca la pena. ¿Lo ves? Lo único que tenemos son los sueños. Cuida bien el tuyo, Scott.

Scott asintió tras las palabras de su madre. Le ardían las yemas de los dedos. Seguía viendo muchas manchas blancas, pero ahora veía más cosas. Más colores. Destellos azules. Líneas moradas. Una media sonrisa del color de una cereza madura. La palidez del cielo. Era fácil ver el final del camino si alguien se lo desvelaba primero.

—Tienes razón, mamá. Gracias.

Lilian sonrió, satisfecha, y le dio un beso en la frente. Ahora sabía por qué le gustaba tanto dar

besos en la frente. Inspiraban valor. Mientras su madre se marchaba de la habitación, oyó una voz en su cabeza. Pero no era la de Max, ni la de Parker, ni la suya. Era Debbie. Debbie lo había visto todo antes que él: «Te arrepentirás el día que te falte por no haberlo intentado lo suficiente». Era verdad. Y no quería arrepentirse, no quería quedarse con las ganas.

Scott no sabía cuándo salía el avión de Max, ni de dónde, ni si ya estaría volando. Le mandó un mensaje a Allison para preguntarle y corrió a la ducha. Con los rizos empapados, se puso una camiseta limpia y unos vaqueros. Su móvil seguía en silencio, y Scott creyó que le iba a dar un infarto, pero entonces recibió un mensaje de Allison en el que solo ponía: «Aeropuerto Newark. Terminal C. Su vuelo sale en una hora». Besó la pantalla, se guardó el móvil en el bolsillo. Cogió las llaves del coche y se despidió de su madre con un abrazo antes de correr a la calle.

Max habría estado orgullosa de él. Condujo sin su habitual prudencia, al límite de velocidad y adelantando coches sin parar. Se sentía como en una película de *Fast and Furious*. Observaba la hora en el salpicadero en cada semáforo en rojo, mordiendo el labio con fuerza hasta hacerse sangre. Por un momento creyó que jamás llegaría a tiempo, que sería demasiado tarde. Pero la carretera se despejó en el último tramo y encontró sitio para aparcar en el aeropuerto.

Y corrió. Corrió como Flash y se sintió más veloz que él atravesando pasillos, esquivando gente con maletas y saltando sobre letreros de: «Cuidado: suelo recién fregado». Llegó a la terminal correcta sin aire en los pulmones, le temblaban las piernas cuando se detuvo para fijarse en las pantallas. Sus ojos se posaron en una única palabra: Londres.

«Todavía no ha despegado. Vale», resopló, apoyándose sobre sus rodillas y sintiendo la camiseta pegada a la espalda por el sudor. Se pasó una mano por el pelo: sus rizos seguían algo húmedos. «Ahora, ¿dónde está?». Se incorporó y buscó a Max con la mirada. Ya no podía avanzar más: el control de seguridad le bloqueaba el camino y solo podían acceder los pasajeros. No la veía por ninguna parte. A Diana y a Allison tampoco. «¿Y si he llegado tarde?», se preguntó, con el corazón encogido.

Su mirada se detuvo en el control de seguridad, en la marea de gente que atravesaba esos arcos de metal. No vio nada fuera de lo común: gente que sonreía, ponía cara de aburrimiento, bostezaba. Rostros fugaces y desconocidos. Y, entonces, toda esa gente se apartó como si el destino realmente existiera y ofreciera segundas oportunidades, porque Scott reconoció sin problemas el caminar de una chica de pelo corto y negro como la noche con la funda de una guitarra colgada a la espalda. Se dirigía a la puerta de embarque. Se iba.

Scott intentó correr en su dirección, pero no podía atravesar los controles. Así que se llevó las manos a la boca y decidió gritar. Gritó lo más alto que pudo:

—¡Max!

Ella se dio la vuelta, al igual que el resto de la multitud. A pesar de la distancia, Scott vio como sus ojos se abrían de la sorpresa y sonrió, aliviado. Había llegado a tiempo. Max corrió hacia él a pesar de los carteles que prohibían expresamente hacerlo y se saltó el cordón de seguridad del control, escapando de los gritos del guardia que intentó detenerla. Ante la mirada sorprendida del

resto de viajeros, se lanzó a sus brazos cuando tan solo los separaba un suspiro de aire. Los dos se abrazaron sin miedo a romperse, se sumergieron en uno de esos abrazos en los que los ojos se cerraban casi sin querer. Max le mostró una gran sonrisa cuando se separaron y sus ojos se llenaron de emoción, como los de Scott, que soltó una risita al fijarse en la camiseta que llevaba. Era negra y ponía: «Espacio libre de ronquidos». Ideal para un viaje en avión. ¿Cómo conseguía expresarse tan bien con una sola frase?

—Has venido... —susurró, como si no pudiera creerse que estuviera allí aunque sus manos siguieran tocándose.

—¡Por supuesto que he venido! —respondió, con la voz acelerada—. Escucha, Max, no tenemos mucho tiempo antes de que salga tu vuelo. —Scott se interrumpió para pedirle al guardia que les había seguido que les diera un par de minutos más. El hombre accedió con el ceño fruncido. Las dudas se comieron sus palabras, así que decidió que fueran sus sentimientos los que hablaran por él—. Te quiero.

Max sonrió con tristeza.

—Yo también te quiero, pero...

—Tranquila, ya no existen los peros. Lo... lo entiendo, Max. Entiendo por qué lo haces, entiendo qué es lo que necesitas. Y no podía dejarte ir sin decirte que... adelante. Deja al mundo con la boca abierta.

A Max se le iluminó el rostro.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Yo... no sabía cómo reaccionar al principio. Llevo días ignorando tus llamadas porque solo me salía pedirte que te quedaras conmigo. Y ya no quiero eso. —Scott le apretó la mano y miró sus dedos unidos—. Me cuesta, me va a costar superar esto, superarte, pero jamás podría estar contigo sabiendo que has renunciado a tus sueños por mí. Porque yo también quiero perseguir los míos. Ahora los vuelvo a ver, tan claros como te veo a ti ahora. Y aunque te quiera un poco, mucho o infinito, aunque vaya a hacerlo toda una eternidad o solo hoy... nos toca intentarlo por separado.

Max unió su frente a la suya y cerró los ojos mientras las primeras lágrimas caían por sus mejillas. Susurró su nombre, una y otra vez. Solo su nombre. Scott saboreó su contacto una última vez mientras pensaba en ellos. En lo distintos que eran y lo bien que se habían querido. Scott era pragmático, más de tierra. Vivía para sus ojos, no hacía ruido, dejaba que la lluvia borrara sus huellas. Max era más volátil, más de aire. Aprovechaba los días como si solo tuvieran unas pocas horas y si las flores pudieran girarse para verla pasar, lo harían.

Estaban destinados a ser su última vez.

—Gracias... por todo —dijo Max, aún con las frentes unidas—. Gracias por aparecer en mi vida. Gracias por la historia que me has regalado.

Scott sonrió de medio lado y le acarició las mejillas. Se llevó las lágrimas con sus dedos manchados de pintura.

—Necesitábamos ser dos para hacerla realidad.

La megafonía sonó sobre sus cabezas para indicar a los pasajeros del vuelo con destino a Londres que eran sus últimos minutos para embarcar. Ninguno quería irse, pero había llegado el momento. Era hora de escribir una nueva historia.

—Bueno —dijo Scott, soltando el aire muy despacio.

—Bueno —lo imitó Max, sorbiendo por la nariz. Se metió el pelo detrás de las orejas al apartarse y se recolocó la guitarra sobre los hombros. No se había ido, y ya le faltaba—. ¿Te has dado cuenta? Nunca hemos sabido cómo decirnos adiós.

Scott sonrió.

—Eso es porque nunca quisimos hacerlo.

Max le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta. Era mejor así, de repente. Como arrancar una tirita. Scott la vio atravesar el control de seguridad mientras le pedía perdón al guardia, que la acompañaba para asegurarse de que no volvieran a montar una escenita. Era raro perder algo valioso en la cara y no correr para recuperarlo. Pero se acostumbraría. El dolor no duraría para siempre, el tiempo adormecía. Por eso la sonrisa de Scott no desapareció de su boca. Ni siquiera cuando se dio la vuelta para irse.

—¡Scott!

Se giró al oír la voz de Max gritando su nombre, sorprendido. Ella lo observaba al otro lado, de puntillas para hacerse ver sobre la multitud. Supo que era la Max de siempre porque sus ojos eran cielo y mar a la vez.

—Espero que seas muy feliz.

Scott sintió las lágrimas arañándole la garganta y le tembló la sonrisa, pero no cedió.

—Tú también.

Esa vez no se movió hasta que la vio alejarse. Ella se giró una última vez hacia él y compartieron en una mirada todo lo que nunca se habían atrevido a decir en voz alta, todo lo que un día sintieron. Después, Max desapareció entre la multitud.

Y Scott se quedó solo. Con sus recuerdos.

Abandonó el aeropuerto con las manos en los bolsillos y cabizbajo. Iba tan ensimismado que chocó contra Allison y Diana, que lo estaban esperando a la salida. Se dieron un emotivo abrazo y Scott se ofreció a acercarlas a su casa con el coche.

Diana fue la primera en bajar cuando aparcó en su casa. Le deseó suerte. Allison se sujetaba las rodillas, quieta a su lado. De perfil se parecía mucho a Max. Ambas tenían la misma barbilla afilada, la nariz pequeña, la mandíbula apretada cuando estaban tristes.

—Ya la echo de menos —musitó, con la voz apagada.

Scott tragó saliva.

—Yo también.

Allison se desabrochó el cinturón y se inclinó para darle un abrazo.

—Siento haberte ocultado que se iba, lo siento mucho. De verdad. —Lloró contra su oído.

—Allison, no pasa nada. Era lo que tenías que hacer. Por ella. —Scott la abrazó más fuerte—. Venga, deja de llorar. No me gusta verte así. Te vas a deshidratar.

Allison soltó una risita y se apartó. Abrió la puerta, pero pareció pensarlo mejor y se giró hacia él otra vez.

—Tú me devolviste a Max —le susurró—. Gracias a ti, mi hermana recobró su luz. Espero que puedas encontrar la tuya algún día también.

A Scott no le dio tiempo a responder antes de que Allison lo dejara solo de nuevo, con sus pensamientos. Volvió a la carretera. Se alejó de Central Park y de todos los lugares que conocía. Quería folios en blanco: ya no le daban miedo.

Condujo, sin rumbo, hasta que decidió parar en una carretera despejada, cerca de Inwood. Cerró el coche y caminó con la soleada brisa de la mañana acariciando sus párpados hasta toparse con un pequeño bosque. Parecía un lugar tranquilo, así que Scott decidió internarse en él y pasear sobre sus raíces. El suelo estaba cubierto de hojas amarillas y piñones, y los árboles eran robustos, lisos, y estaban desordenados. Solo se oía el sonido de las cigarras y de los pájaros cantando. Había flores de todos los colores, y se respiraba calma y tierra.

Pintaría ese paisaje al llegar a casa.

Se tumbó sobre la hierba, mirando hacia arriba. Sonrió al observar la estela blanquecina que dejaba un avión tras su paso, en ese cielo desprovisto de nubes. A esas alturas, Max debía de estar volando hacia su destino.

Había llegado la hora de encontrar también el suyo.

Nada podrá cambiar lo que hemos vivido. Nací para encontrarte, y te he encontrado. El tiempo curará, Max. Pero nuestra historia será como una lluvia de estrellas. Inolvidable.

.....

## *Epílogo: Scott*

*Dos años después. Manhattan, una de la madrugada. Smalls.*

Hoy la noche esconde sus estrellas. Por las ventanas del local solo entra una brisa agradable y un negro más oscuro que la camiseta que llevo puesta. Antes no solía fijarme mucho, ahora no dejo de observar el cielo por las noches. Ver las estrellas me hace sentir acompañado. Cuando no están, siento que yo tampoco estoy. No del todo.

El local sigue siendo el mismo: carteles de *jazz* en las paredes, diez minutos por actuación, cerveza a casi diez dólares. No sé por qué he venido si el refresco me ha salido más caro y hace tanto calor que noto los rizos aplastados contra la nuca. La gente no es como era antes: ahora nadie escucha. Hablan a gritos hasta que vacían sus copas y dejan las actuaciones en un segundo plano, como el hilo musical de los supermercados.

Qué tontería, sé de sobra por qué he venido.

En busca de recuerdos.

—No vuelvo a acercarme a la barra —anuncio, cuando logro llegar a la mesa.

Parker, sentado enfrente, me sonrío con indulgencia.

—La próxima vez espera a que me termine la copa. Así estarás entretenido un rato, Don Angustias.

Sus compañeros de universidad ríen y yo les saco el dedo corazón mientras le doy un trago a mi bebida, aunque no puedo evitar sonreír.

Volver a casa no ha sido tan traumático como pensaba. Bueno, en realidad solo he vuelto por las vacaciones de verano. Hace unas semanas me aseguré de que iba a coincidir con Parker. Echaba muchísimo de menos su sonrisa de niño, su manera tan ridícula de guiñar los ojos, sus explosiones de energía aleatoria. Nuestros caminos se separaron al terminar el instituto: Parker se fue a Chicago a estudiar Derecho y yo me fui a Tennessee, donde estoy cursando mi segundo año de Bellas Artes.

Siempre le estaré agradecido a mi madre por obligarme a reservar plaza aunque yo no lo tuviera claro. Me habría arrepentido toda la vida si no lo hubiera hecho. Porque vivo en un sueño desde hace dos años, y lo mejor es que no necesito tener los ojos cerrados para vivirlo. La pintura lo ocupa todo en mi vida. Me llena con sus colores infinitos y me completa con todas sus formas. Dibujar sigue siendo mi pasión. Mi necesidad. Me siento vacío cuando no llevo un lápiz y un

cuaderno encima porque en la universidad estoy todo el rato dibujando. Prefiero estar solo con mis pinceles, con mis libros, conmigo. He empezado a estar cómodo conmigo. Mi mayor logro. Además: alguien tiene que sacar las mejores notas de la clase para saciar su alma de empollón, ¿no?

Parker ve su día a día como una cárcel. Al final decidió no enfrentarse a sus padres y dejó que sus expectativas lo encerraran. Odia estudiar Derecho. Aun así, se le ve más maduro, la verdad. Ya no se engancha a cualquier chica que le sonrío —está aprendiendo a distinguir entre juego y auténtico interés— y su repertorio de bromas ha aumentado.

Me gustaría verle más feliz, quitarle de encima ese agobio que se ve que tiene por culpa de la carrera. Sé que la dejará en algún momento. Cualquiera día me llamará para decirme que ha decidido ser otra cosa: presentador de televisión, humorista, profesor de ética, repartidor... Algo que haya decidido él. Nadie más. Y aunque no salga bien o sea una locura, yo le daré todo mi apoyo.

Él siempre ha estado ahí cuando yo necesitaba que estuviera.

El piano sigue sonando y nuestras bebidas bajan mientras charlamos. Parker hace un monólogo sobre su vida, y yo río hasta que se me saltan las lágrimas. Nos habla de sus fracasos amorosos y de su recién estrenada soltería después de enterarse de que su novia virtual no existía y era un hombre de cuarenta años y barriga cervecera que se había hecho pasar por Lucy (jugadora de *WoW*, divertida, ojos azules) en Internet. Hablamos mucho, al piano le siguen guitarras y baterías, las bebidas terminan de vaciarse y Parker y sus amigos deciden que ha llegado la hora de irse. Yo prefiero quedarme un rato más. Parker sabe que hay ciertos recuerdos que uno debe afrontar solo.

Me despido de ellos y estoy aquí, sentado en una mesa vacía. Recordando. Recordándola. Al visitar los sitios en los que estuvimos juntos siento como si la volviera a ver. No sé por qué lo hago, por qué todavía me sigo recreando en todo lo que vivimos. A lo mejor soy masoquista. No sé. Dejo mi mesa y me encamino a la barra, dispuesto a gastarme otros diez dólares en un refresco. Estoy lejos del escenario, no escucho el nombre del grupo que ha subido a tocar ni lo que están diciendo. Aplaudo como el resto, me apoyo sobre la barra, oigo un carraspeo contra el micrófono. Cuando he conseguido que la camarera se fije en mí a la primera y sonrío, la escucho. Escucho su voz. La voz que tantas veces me gritó y me grita desde un lienzo en blanco. Su voz, esa que hizo brillar las estrellas. Su voz, joder, es la voz de la música y de los sueños, y siento que esa voz me abre un agujero en el pecho al oírla decir:

—Esta canción la compuse en un avión, hace dos años. Se titula *Ayer, nosotros, hoy*. Espero que os guste.

Las cuerdas de una guitarra empiezan a vibrar con suavidad inmediatamente después. Acordes pausados, tranquilos, melancólicos. Una batería hace su entrada y el teclado se le une. Juntos, los tres instrumentos sonando como uno solo, hacen que el bar se quede en silencio. O eso me parece a mí. Quizás solo yo estoy en silencio, quizás mi corazón es lo único que suena más alto que la música. Soy incapaz de moverme hasta que la oigo cantar. Con intimidad, con dulzura, como la

luna. Siempre fue la luna, en todas sus fases.

If you could read my eyes one last time.  
If you could touch the purity of my wings.  
My desires are drowning in the sea,  
but someone has written on the wall:  
you will see the light.

Cuando sé que no voy a desmayarme de la impresión aunque todo mi cuerpo tiemble, me giro lentamente hacia el escenario. Al principio no logro distinguir gran cosa: el foco de luz es demasiado potente. Entrecierro los ojos, me muerdo los carrillos. Veo a un chico con el pelo largo frente a la batería, centrado únicamente en el movimiento de las baquetas. A su lado hay otro chico, pelirrojo y con barba, tocando el teclado. Sonríe a las teclas como si fueran su público. Y allí, un paso por delante, en medio de los dos, nacida para estar sobre un escenario, está ella.

Max.

Sujeta su guitarra, la misma guitarra que la acompañaba siempre, y mira al público sin vergüenza, segura de sí misma, mientras toca con los dedos desnudos. El agujero que siento en el pecho se hace más grande. No la habría reconocido de no ser por sus ojos, por esos ojos azules que tantas veces me hicieron perderme y encontrarme en un solo parpadeo. Cómo no reconocerla, si sigo viéndola en todas partes. Veo su mirada reflejada en el cielo, en el azul de mis cuadros, en la inmensidad del océano. Cómo no reconocerla, si sus ojos siguen siendo los mismos.

Me acerco al escenario, atraído por su música como Eurídice hizo con Orfeo. El tiempo se ha detenido. ¿Qué probabilidades había de encontrármela aquí, dos años después, cantando sobre el escenario mientras yo la veo desde abajo? Parece un chiste. O el destino. O los dos. Max abre la boca, ajena a mi presencia y continúa cantando. Hablando con la guitarra, como solía decir ella:

I left behind the darkest horizon,  
your endless lips, your sweet interaction.  
It reminds me when your gravity  
finally brought me here.

Y al pronunciar ese último verso su voz se convierte en un susurro. Íntimo como las caricias que nos dábamos, profundo como los bosques de Maine.

Cuando el público aplaude entusiasmado, su mirada se encuentra con la mía. No es difícil reconocerme. Sigo siendo yo. Scott. Rizos mal peinados, ojos sosos y oscuros, lunares por todo el cuerpo, ropa básica. Me reconoce al instante. Lo sé por la forma en la que estira la espalda, porque abre y cierra la boca de la sorpresa, porque sus manos no tiemblan pero sí lo hacen sus ojos. Intento no huir de su mirada. De la infinidad que desprende.

Anuncian un descanso, la gente vuelve a sus asientos con rapidez. La magia desaparece. Veo a Max decirle algo a sus compañeros y dejar la guitarra, la veo bajar del escenario, venir hacia mí como a cámara lenta. Me va a explotar el corazón. Tengo la garganta seca y siento el sudor que me

cubre como una segunda piel.

He soñado muchas, demasiadas veces, con volver a verla. No sé nada de su vida de ahora. No sé cómo le ha ido en Londres, ni siquiera sabía que había vuelto a Manhattan. Cuando me despisto, mis manos la dibujan en cualquier parte. Garabateo el recuerdo que tengo de ella en mi memoria y a veces me asusto de lo vivo que parece, como si de verdad pudiera verme a través de un folio. Ya no estoy enamorado de Max, eso seguro. Lo que sentía por ella se ha transformado en algo distinto y difícil de explicar. Es un sentimiento arraigado en lo más profundo de mí, como mi timidez o mi poca tolerancia a que me tomen el pelo. Forma parte de mi historia. Es mi historia. Me es fácil acordarme de Max cuando atravieso el puente de Brooklyn para volver a casa. Es sencillo imaginarla a mi lado cuando les digo a mis compañeros de residencia que prefiero quedarme estudiando y dibujando en mi cuarto en lugar de irme a tomar algo con ellos. «Si sigues así, la diversión te tachará de su lista de invitados y ya no podrás volver». Casi puedo escucharla a veces, riéndose. Cómo olvidar sus bromas malintencionadas, su sarcasmo, sus cariñosas burlas.

Cómo olvidarla, si la veo aunque no esté delante.

Cómo olvidarla, si está aquí.

Max se detiene, nos separan dos pasos escasos. El mundo cobra forma a su alrededor de nuevo. Ella sonrío a medias, nerviosa. Yo me paso la mano por el pelo, al borde del infarto.

—Hola —me dice, una eternidad después.

—Hola —respondo.

Max toma la iniciativa, siempre era ella la que tomaba la iniciativa, y se acerca para darme un abrazo. Yo la envuelvo con mis manos, algo cohibido y mareado todavía. Su olor sigue siendo el mismo: fresas y bosque. Cuando nos separamos, puedo observarla mejor. Se ha dejado el pelo largo. Le cae en suaves ondas y se lo ha teñido de un rojo intenso. Lleva una blusa semitransparente y unos pantalones oscuros y estrechos. Está más mayor, más madura. No lleva maquillaje, pero se ha puesto un *piercing* en la nariz en forma de aro, justo en el lugar en el que antes solo había una cicatriz. Lleva un collar del que cuelga una púa.

Está guapísima.

—¿Qué tal? ¿Cómo va todo? —Ella es la primera en volver a hablar. De repente tengo frío.

—Bien. Muy bien, la verdad. —Me aclaro la garganta para responder—. Tennessee exprime tanto mi creatividad que a veces me cuesta pensar en otra cosa que no sea la pintura.

—¿Al final decidiste estudiar Bellas Artes?

Asiento, y sus ojos se iluminan tanto que me abruman. Me abruman el orgullo que reflejan, me abruman que aún le importe.

—Me alegro tanto, Scott. No te haces una idea —dice, con una pequeña sonrisa.

—Después de todo, era lo que quería hacer. Y creo que he tomado la decisión correcta. —«Tú me ayudaste a tomarla», eso es lo que me gustaría decirle. Pero en lugar de eso me meto las manos en los bolsillos. Quiero seguir oyéndola hablar—. ¿Tú cómo estás? ¿Qué te trae por Manhattan?

—He venido a ver a mamá y a Allison. Voy a pasar unos días con ellas.

Sonrío, contento por ella. Me encontré a Allison en Central Park, hace un par de meses, cuando vine a celebrar el cumpleaños de Parker. Yo paseaba entre bancos de madera y césped mal cortado, recordando, cuando una chica delgada, bajita y rubia saltó sobre mí. ¡Casi me caí al suelo del susto! Cuando vi que era Allison, mi corazón dejó de latir como si fuera una bomba a punto de explotar. Paseamos juntos y nos pusimos al día. Ella estaba a punto de terminar con la quimio. Estaba casi recuperada, y muy feliz. Estudiaba enfermería, tenía novia y las cosas le iban bien. Yo le hablé de Tennessee, de que me estaba aficionando al *country*, de mis clases. No le pregunté por Max. No podía.

—Me alegro mucho de que todo esté bien en casa.

—La verdad es que estamos viviendo una época fantástica ahora que Allison está curada. ¡Incluso mamá! Creo que ha conocido a alguien, aunque todavía no me lo ha contado. —Max sacude la cabeza y, aunque intenta mostrarse exasperada, no lo consigue. Es imposible ocultar la felicidad cuando la tienes—. ¿Cómo están tus padres?

Ahora soy yo el que sonrío.

—Mejor que nunca.

Creo que soy la única persona que se alegra del divorcio de sus padres. Pero qué le voy a hacer, también forma parte de mi historia. Papá se ha quedado en casa y se sigue encargando de la tienda. Mamá se ha mudado a Riverdale y ha abierto una librería de segunda mano. Me quedo con ella cada vez que vengo de visita y la ayudo con los libros. Tiene dos gatos, Ofelia y Romeo, que siempre se tumban en mi regazo cuando dibujo y me llenan las camisetas de pelos. La veo feliz. A papá también. A veces algunas historias tienen que cerrarse definitivamente para que empiecen otras nuevas.

—Qué bien, Scott, eso es fantástico. —Ahí está ese brillo en sus ojos otra vez—. Pero vamos a dejar de lado a nuestras familias y centrémonos en qué es de nosotros.

—Vale. —Suelto una risa nerviosa. La palabra «nosotros» me hace sentir incómodo—. Háblame de ti, de tu nueva vida.

—Bueno... —Se lleva un dedo a los labios. Tiene las uñas pintadas de color verde. Nunca la había visto con ese color antes, le sienta bien—. Estuve un año en la escuela de canto y fue una pasada. Conocí a muchísima gente, descubrí que tenía más potencial del que pensaba y aprendí a tocar el piano. Trabajé de camarera y entre eso, mis ahorros y el dinero que gano tocando en las calles, pude empezar a viajar. Me he comprado un mapa para clavar chinchetas de los sitios a los que viajo, ¿sabes? Muy *Tumblr*. Ya he marcado España, Portugal, Francia, Alemania e Italia. Ahora vivo en Italia, allí es donde conocí a los chicos de mi banda. No sé si te has enterado, pero nos llamamos *Lighter in your coat*.

Alzo las cejas, intentando aguantarme la risa.

—¿No encontrasteis algo mejor?

—¡Es provisional! —Max me da un amistoso puñetazo en el hombro, fingiéndose ofendida—. Ahora estamos intentando abrirnos un hueco en el panorama musical. Es complicado. De momento

solo nos dejan tocar en bares de madrugada o como teloneros en conciertos que apenas atraen a un puñado de personas. Pero... hemos formado algo muy bonito.

Y Max gira la cabeza, y a mí no me pasa desapercibida la mirada que intercambia con el teclista del grupo. El chico pelirrojo deja de sacar brillo a su instrumento para guiñarle un ojo, y Max sonríe. Le brilla toda la cara. Está llena de esa sinrazón que nos atrapa a todos en algún momento de nuestras vidas y nos hace sentirnos únicos, especiales. Lo entiendo sin que ella tenga que explicarse.

Sus ojos hablan por ella. Sus ojos siempre lo han dicho todo.

—¿Cómo se llama? —le pregunto, con suavidad.

—Piero —responde vergonzosa y con las mejillas arrojadas. Pero sonríe con los labios entreabiertos, y eso también dice mucho—. Mañana voy a presentárselo a mi familia. Espero que les caiga bien, estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes, seguro que sí —digo. Y me sorprende que mis palabras suenen tan sinceras, tan carentes de otro sentimiento que no sea auténtica alegría. Alegría por ella.

Siempre creí que sentiría algo en el pecho, un aleteo suicida, al ver a Max rehaciendo su vida. Imaginarla besando otros labios, brillando en los ojos de alguien que no fuera yo, compartiendo sus estrellas y pasando página, me mataba de dolor. Porque durante dos años he anhelado en secreto el tacto de su piel contra la mía mientras hacíamos el amor. La manera que tenía de enredar sus finos dedos en mis rizos. Llevar su aroma pegado al cuerpo y retrasar el momento de ducharme solo cinco minutos más para poder seguir sintiéndola. Su risa, dios, adoraba su risa. Y oírle cantar de noche, de día, a todas horas, y no cansarme porque me gustaba perderme en el sonido de su voz hasta volver a verla. Durante dos años he vivido en *stand by*, he caminado con su fantasma al lado y lo he compartido todo con ella, aunque ella no estuviera. Pero estaba, estaba sin estar.

Y ahora, viéndola de nuevo, comprobando que mis peores miedos se han hecho realidad... me doy cuenta de que no siento nada. Porque Max, mi historia con ella, nuestra historia, es parte del pasado. De mi pasado. No de mi presente. Max, mi Max, la chica que conocí en un momento en el que creí que no merecía nada, la chica que luchaba por las causas que aún no estaban perdidas, la que me enseñó a mostrarme en un mundo ciego, la persona a la que amé, ya no existe. Ha desaparecido, como el mechón morado que alguna vez adornó su pelo. La chica de las camisetas con mensaje solo existe en mi cabeza. Todo habla de ella, pero ella no. Ya no.

Ya nunca podremos ser nosotros de nuevo. Ya nunca podremos ser esos adolescentes que se encontraron en el instante preciso para vivir una historia que, inolvidable o no, solo les perteneció a ellos. Nunca podremos volver a estar juntos porque nada sería igual. Max ha cambiado. Yo he cambiado. Buscamos otras cosas, queremos de otra manera, aunque una vez nos quisiéramos igual. Y duele. Duele darse cuenta de que hay cosas irrecuperables, sobre todo cuando esas cosas nos hicieron felices una vez.

Pero hay que seguir avanzando. Ayer no siempre es hoy.

—Las cosas han cambiado aunque parezcan las mismas, ¿verdad? —reflexiona ella, en voz alta. Como si hubiera podido escucharlo todo. Le doy la razón asintiendo con la cabeza, notando cómo mis ojos se humedecen y la tensión de mi cuerpo desaparece. El nudo que me oprime el pecho se desenreda, poco a poco. Max echa la mirada hacia atrás y se muerde sus finos labios—. Tengo que volver al escenario. Vamos a tocar un par de covers de Foals y U2. ¿Te quedarás hasta el final?

—Creo que ha llegado la hora de que me marche.

Comprende a lo que me refiero, por eso no insiste. Nos damos otro abrazo mucho más largo que el anterior. Puede que sea el último, puede que no. La primera opción ya no me duele. Dirigiéndome una última mirada, Max vuelve al escenario. Con su grupo, con su sueño medio cumplido. Y yo abandono el Smalls, sintiendo que piso tierra firme de nuevo. Con mi sueño medio cumplido, también.

Tomo una gran bocanada de aire. No sabía que me faltaba hasta ahora. El cielo sobre mi cabeza sigue siendo negro y plano. Las calles parecen algo solitarias, exceptuando la entrada del Smalls a mi espalda. De pronto me fijo en que el guardia de seguridad y una chica joven, a la que solo puedo ver de espaldas, se están gritando. Bueno, en realidad creo que solo grita la chica. Curioso, me acerco a mirar.

—... no pienso volver más! ¡Este sitio es una mierda, no sé cómo puedes dormir por las noches sabiendo que trabajas aquí! —La chica le grita a un centímetro de la cara mientras gesticula de manera exagerada y cómica. Su acento no es del todo americano, pero no sé distinguir a dónde pertenece. El guardia tiene el rostro lívido, pero aguanta todos los insultos que le lanza sin decir una sola palabra, hasta que ella se cansa y se aparta de la puerta refunfuñando y cruzándose de brazos—. ¡Bah! No me ha dicho nada porque sabe que tengo razón.

El resto de personas que esperan para entrar no intervienen y prefieren apartar la mirada. Les entiendo, así evitan meterse en líos. Solo yo la sigo observando con una leve sonrisa en la cara, divertido.

—¿Y a ti qué te pasa? —La chica, que aparenta mi edad, se acerca hacia mí con el rostro rojo de furia. Solo le falta echar humo por la nariz—. ¿Te hace gracia que no me dejen entrar?

Extiendo los brazos en su dirección, intentando frenar su avance y tranquilizarla. Me da un poco de miedo.

—Lo siento, solo me reía porque me parecía muy... intensa tu manera de hablar.

—Muy bonito, ahora te burlas de mi acento francés. Si tienes narices ríete otra vez. A lo mejor mi manera de pelear también te parece intensa.

—¡Ya te he dicho que lo siento, no pretendía ofenderte! Y mucho menos reírme de tu forma de hablar. No me refería a eso con lo de intensa. —No me río porque lo digo en serio, pero su cara de enfado sigue pareciéndome muy cómica. Un gesto de fastidio cruza sus pálidos rasgos mientras suelta un «Merde!», y yo me acerco más a ella—. ¿Qué ha pasado?

No puedo evitar fijarme en lo guapa que es. Tiene pecas desordenadas por toda la cara, aunque parecen concentrarse más alrededor de sus labios, carnosos y pintados de rojo. Su pelo es

castaño, liso y largo, y un flequillo recto, como una cortinilla, oculta su frente. Es alta, más alta que yo, y viste una falda negra y un top de lentejuelas. Sus ojos son verdes, claros como un bosque que se ve desde las alturas. ¿Dónde he visto esos ojos antes? Quizás son el tipo de ojos que me gusta dibujar. Son expresivos, brillantes y grandes. La clase de mirada que habla... aunque ahora esté nublada por la furia.

—Estaba dentro del local, y me he separado de mis amigas un momento para ir a la barra a por una copa —me empieza a explicar, más calmada, con un tono de voz musical y franco— que me ha costado un pastizal, y un imbécil me la ha tirado cuando volvía a mi mesa. Y todo por ir mirando el teléfono. Los móviles nos vuelven idiotas, ¿ves? Total, he intentado explicarle muy amablemente que no se puede ir por la vida tirando copas a la gente. Para cambiar el mundo hay que empezar por cosas como esta. Pero ese imbécil ha seguido mirando su teléfono y pasando de mí, así que le he gritado que, al menos, me pagara otra copa. Cuando se ha negado, le he insultado hasta que el guardia de seguridad me ha sacado del bar. Y ahora no me deja volver a entrar. —La chica se da la vuelta y hace bocina con las manos—. ¡Gilipollas!

El guardia prefiere hacerse el sordo.

—A ver, este local tampoco mola tanto. —Animar se me da fatal, pero lo intento—. Lo mejor ya ha pasado.

—Sí... tienes razón. —Extrañamente, el silencio tras sus palabras no es tan denso como cabría esperar para tratarse de dos desconocidos. Ella rompe a reír, a carcajada limpia, por lo absurdo de la situación. Y yo hago lo mismo—. Gracias por calmarme —dice después, abanicándose la cara—. Has evitado que mate a ese tipo.

—Qué le voy a hacer, soy un ciudadano ejemplar. —Volvemos a reír—. Me llamo Scott, por cierto.

—Yo soy Melissa.

Me dedica una graciosa reverencia y yo intento responder de la misma manera. Aunque no parezco tan grácil, es gracioso. De pronto, se despierta un viento que me eriza la piel de los brazos. Huelo a humedad y alzo la mirada. El cielo está mucho más negro. Hay nubes que palpitan allí arriba.

—Bueno, Scott, ha sido un placer. Me voy a casa. —Melissa da un paso hacia atrás, se peina el flequillo con los dedos. Los lleva llenos de anillos—. Cambiar el mundo es agotador, ya seguiré intentándolo mañana.

Me dice adiós con la mano y yo la veo alejarse y sacarle el dedo corazón al guardia al pasar por su lado. Me rio y sigo observándola caminar porque lo hace muy despacio, como si no le importara que una tormenta se desatara sobre su cabeza en este mismo instante, como si en el fondo quisiera que lo hiciera. Esto podría ser una despedida, dos personas que continúan en direcciones diferentes después de haber tenido un pequeño encontronazo. Pero no quiero que sea así. No quiero que se marche ya.

—¡Espera! —grito a sus espaldas. Melissa se da la vuelta, sorprendida, y me acerco corriendo

hacia ella. Sonríó de verdad—. Podemos vernos mañana, si quieres, cuando no existan idiotas tecnológicos que amarguen noches. He oído que es mucho más fácil cambiar el mundo después de tomarse un café.

Melissa ríe, y su pelo se mueve con el viento cuando lo hace. Un trueno resuena en la distancia, el frío aumenta. No me importa. Estoy nervioso y eso es bueno.

—De acuerdo —responde, con una gran sonrisa.

Y entonces lo siento otra vez. Una chispa, un silencio que apetece. Un desequilibrio que ayuda a recobrase. El comienzo de algo, quizás fugaz o quizás no. Pero comienzo. Aquí. Ahora. Hoy. Al alcance de mi mano. Todo para mí, si me atrevo a saltar.

Y salto. Por supuesto que salto.

Si empezara a llover sería un recuerdo precioso.

## *Agradecimientos*

A veces pienso que escribir los agradecimientos de una novela es más difícil que escribir la novela en sí. Ya hace varios días que le puse punto y final a *Ayer, nosotros, hoy*. Esta historia lleva conmigo tantos años que se me hace raro pensar que ya se ha terminado, que no voy a volver a escribirla mientras escucho las canciones que se mencionan, que Max y Scott van a volar lejos de mí. Y pensar en ello me trae aquí, a las personas que han hecho posible que esto sea una realidad. A las personas que hacen que yo siga siendo yo para que pueda seguir trayendo historias. A estas personas les debo más que un todo.

Mi familia. Gracias a todos. A mi madre, por ser la primera en leer todo lo que escribo y haberse convertido en la mejor crítica que podría pedir. A mi padre, porque cuando dice que algo lo he hecho bien sé que es verdad. A Mario, por sus abrazos cuando más lo necesito.

A mi otra familia. La que he ido encontrando, la que nunca dejaré marchar. Gracias a Nacor por compartir mis pasos, por ser el mejor compañero de aventuras que hubiera podido soñar, por quererme tan bien. Tú eres y serás siempre mi mapa, mi brújula y mi destino.

Gracias a Ana, por ser mi chica favorita en el mundo entero, por los mil clubes de lectura que tenemos pendientes, por las historias que vamos creando casi sin darnos cuenta. Gracias a Noelia por volver y quedarse, por haber hecho de un piso en Quevedo un hogar y por regalarme tanto sin que yo lo pidiera. Gracias a Coral por apoyarme con esto siempre de una manera tan bonita y hacer que me lo crea. Gracias a toda la gente que ha entrado en mi vida este año para hacerla un poquito mejor también.

Gracias a Clara, a Elena, a Cristi, a Esther, a Nora, a Irene, a Amaya y a Ale. Entramos en el mismo bucle hace ya casi seis años y mi realidad es otra desde entonces. Una mucho más alegre y feliz, una que me ayuda a ver las cosas de manera distinta, una que me ha transformado en alguien mejor. Sin miedos (aunque todavía me queden unos pocos). Gracias por seguir ahí. «Nos vamos a comer el mundo».

Gracias a Sergio por conocer mis historias mejor que yo misma y saber qué es lo mejor para cada una. Tu filtro es lo más importante, aunque a veces me resista a creerlo. Pero no me lo tengas en cuenta, ya sabes que te quiero mucho.

Gracias a mis Suprnenas Vengadoras. El mundo literario a veces trae cosas más bonitas que los libros: personas con las que compartirlos, personas con las que compartir más. Mucho más.

Gracias a Julia por estar siempre pendiente y regalar sabiduría con cada consejo; ojalá vuelvas a Madrid pronto. Gracias a Rolly por contagiarme esa pasión tan bonita e inspiradora con la que lo vives todo. Eres un gran referente para mí (y no solo literario). Gracias a Lidia, porque cada día me demuestras que la distancia que nos separa, por muy grande que parezca, se hace fugaz cuando nos encontramos en cada audio kilométrico, en cada confesión, en cada risa. Estoy deseando que el mundo pueda conocerte, a ti y a M., tanto como yo. Y gracias a Sonia por ser mi otra mitad, por escribir las historias que necesitaba leer cuando pensaba que todo estaba perdido, por querer ir de la mano por el mismo camino. Vamos a hacer grandes cosas juntas. Lo sé.

Gracias también a Lidia por darle tanto amor a Max y a Scott en su primera versión, por animarme a no tirar la toalla. Gracias a Tamara por ayudarme a no conformarme con nada y a Laura por intentar ser la voz de la razón cuando empezamos a divagar y terminar divagando más que todas juntas. Valéis mucho, amigas.

Gracias a Sara por ser una de mis primeras betas y confiar en esta historia. Gracias a Sofía por tantas charlas, por compartir inquietudes y salseos. Gracias a Álvaro por no rendirse conmigo, y a María, gracias a los dos por ser una fuente de inspiración constante.

También quería dar las gracias al fantástico equipo de Versátil. Mis libros no podrían haber encontrado una casa mejor. Gracias a Eva, a Esther y a Consuelo por cuidarme tanto, a mí y a mis historias, por hacerme vivir más de un sueño. No quiero despertar nunca.

Y me despido dándote las gracias a ti, lector. Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que Max y Scott te acompañen fuera de estas páginas, aunque su historia haya terminado. Espero, también, que nos volvamos a encontrar muy pronto en otras historias.